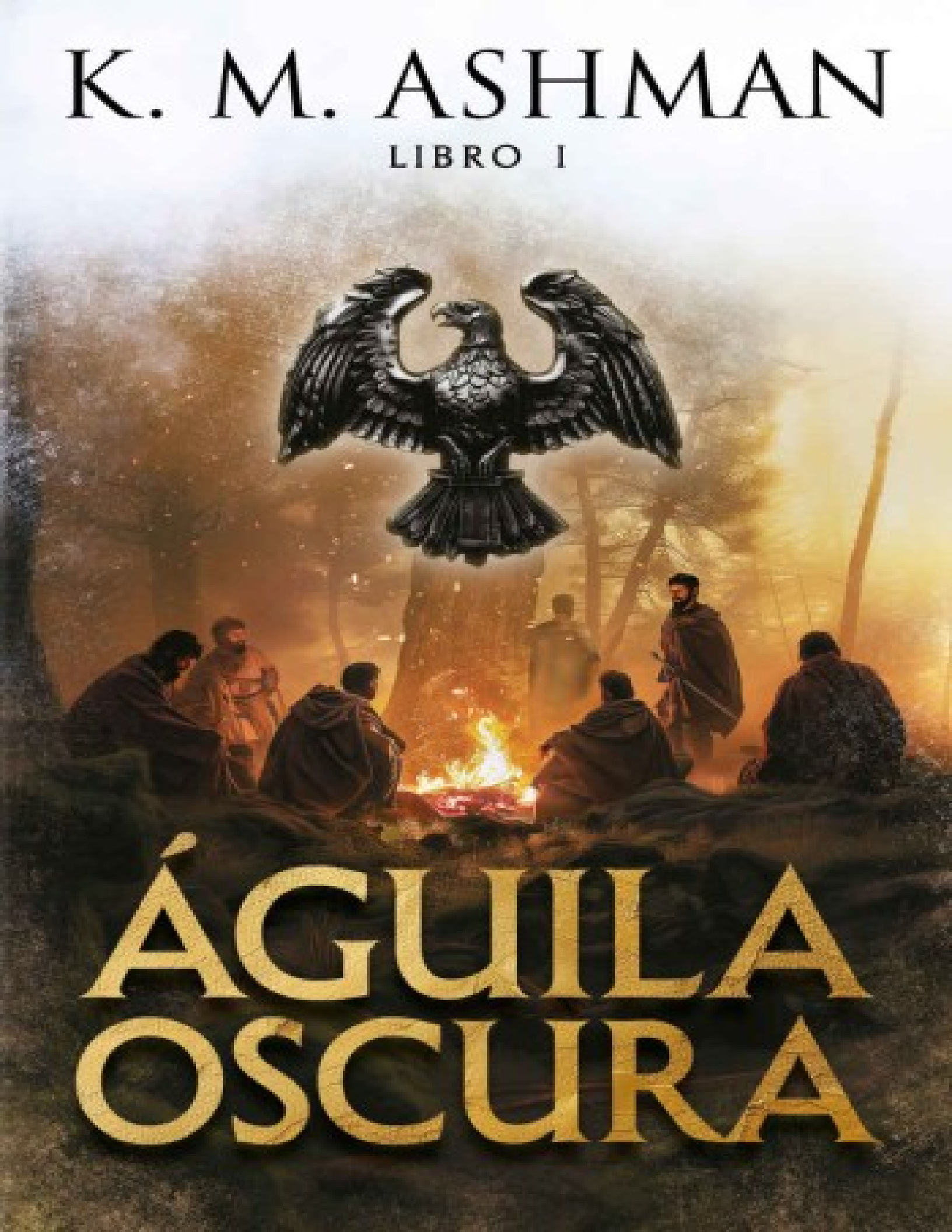
K. M. ASHMAN

LIBRO I



ÁGUILA OSCURA

Águila Oscura

de

K. M. Ashman

Copyright © K. M. Ashman - Julio de 2023
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna ni por ningún medio sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. Todos los personajes que aparecen en esta publicación son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contacto

Haga clic a continuación para ser el primero en recibir información actualizada sobre el lanzamiento de nuevos libros.

SUSCRIBIRSE

Introducción

Roma. Uno de los imperios más grandes y exitosos de la historia. Una superpotencia brutal cuya maquinaria militar fue una de las más grandes que el mundo ha conocido. Durante generaciones, sus fuerzas no tuvieron parangón y millones de personas en todo el mundo conocido temblaban al sonido de sus legiones en marcha.

Sus historias están bien documentadas, pero existieron otras tan importantes como las de sus legiones conquistadoras: unidades mucho más pequeñas que fueron igual de importantes, si no más, para el éxito de cualquier misión.

Estos grupos especiales de hombres tuvieron una enorme influencia en la continua grandeza de Roma; sin embargo, apenas dejaron registros y recibieron poco o ningún reconocimiento por sus servicios.
En la jerga actual, se les llamaría fuerzas especiales y eran desplegadas para obtener cualquier ventaja que pudiera ayudar a Roma en la incesante expansión de su imperio. Unidades de élite que trabajaban en el más absoluto secreto tras las líneas enemigas, valiéndose del subterfugio y el sigilo para cumplir sus misiones, a menudo brutales.

Fueron reales, existieron...

Y esta es su historia.

Prólogo

No cabe la menor duda de que el Imperio romano, como muchos otros de la época, utilizó fuerzas de élite para obtener la mayor ventaja posible, tanto en tiempos de guerra como de paz; pero, aunque siendo realistas no se les puede equiparar a los hombres que en la era moderna llamamos fuerzas especiales, sí que hubo algunos que evolucionaron de ser meramente de élite a algo más secreto, más especial y, en algunos casos, más siniestro.

Las fuerzas a las que se hace referencia en la siguiente historia han quedado registradas en documentos históricos que se remontan a la época de Julio César durante sus campañas en la Galia, y se mencionan a partir de entonces en muchas otras fuentes hasta la caída del Imperio romano. Estas fuerzas incluían, entre otras, a los *exploratores*, los *speculatores*, los *areani* y los *frumentarii*. Sirvieron por todo el Imperio conocido e incluso en las entrañas de la propia Roma. Algunos servían como exploradores y operaban tras las líneas enemigas para causar tantos estragos como podían o, simplemente, para recabar información. Otros actuaban como espías o llegaban a alistarse en los ejércitos enemigos para obtener información interna. Luego estaban los que simplemente servían como asesinos, pero, fuera cual fuera su cometido, es evidente que, en su tiempo y lugar, llevaron a cabo operaciones que incluso hoy, dos mil años después, reconoceríamos como encubiertas.

Estos hombres existieron en realidad y durante cientos de años proporcionaron a militares y políticos la información importante que necesitaban para ganar ventaja en un mundo sangriento de batallas e intrigas políticas. Pero, por su propia naturaleza, dejaron pocos registros, y ese hecho en sí mismo es intrigante y hace que la imaginación vuele a través de los siglos para preguntarse quiénes

fueron y qué operaciones clandestinas pudieron haber llevado a cabo.

Esta novela es una obra de ficción, si bien se basa en el contexto y los acontecimientos históricos correctos de la época. La trama solo refleja lo que podría haber sucedido; el resto queda a merced de su propia imaginación.

K. M. Ashman

Personajes

El Occultum

Gaius Octavius Seneca — Tribuno Romano, líder del Occultum
Marcus Antonius Maecilius — Antiguo Centurión Romano de la Legio II Augusta
Raven — Explorador Celta de Britania
Brennus — Auxiliar bátavo y Maestro de Caballos
Sica — Asesino Sirio
Falco — Antiguo Gladiador
Talorcan — Guía y Cazador Belga

Personajes Romanos

Quintus Marcius Lepidus — Legado de la Legio III Gallica en el sur de la Galia
Decimus Valerius Maximus — Explorator Retirado
Lucius Gabinius Umber — Senador Romano
Aulus Gabinius Secundus — Legado de la Legio XVI Gallica en Germania
Rufius — Centurión de Birreme
Crassus — Primus Pilus (Centurión Primipilo) de la Legio XVI Gallica
Scipio — Prefecto del Campamento de la Legio XVI Gallica
Mario — Trierarca (capitán) del Birreme Donde Sirvió Marcus
Lucilla — Esposa de Lepidus
Marcia — Tabernera del Toro sin Cuernos, con el Nombre en Clave de «Aníbal»
Dento — Cocinero, Medicus, almacenista y armero en el birreme
Custos — Guardia de la Prisión en el Carcer Tullianum

Poblado querusco

Sigimar — Caudillo Querusco
Kassab — Herrero de Acero de Damasco

Taranis — Señor de la Guerra y caudillo vándalo

Otros personajes

Calígula — Emperador de Roma
Claudio — Tío de Calígula

Galia y Germania
Hacia el 41 d. C.



Crédito — Wikipedia

Definición: Occultum

Aquello que está oculto, encubierto o secreto.

Perteneciente a aquello no visible o no perceptible por los sentidos.

Aspectos ocultos del conocimiento o asuntos que se mantienen deliberadamente fuera de la vista del público o del entendimiento general.

Prólogo
Galia - 40 d. C.

La niebla del amanecer se cernía baja sobre el cruce de caminos, un sudario fantasmal y frío que parecía amortiguar hasta el más mínimo sonido. Gaius Antonius, con el aliento visible en el aire gélido, esperaba solo, la mano apoyada en el pomo de su gladio y la mirada fija en el sendero apenas discernible que se abría ante él. El Imperio romano, en toda su gloria, aún era ciego a los secretos que guardaban las sombras matutinas.

El rumor de unos pasos rompió la quietud y tres figuras emergieron de entre la bruma desde la dirección de la aldea de los helvecios. Gaius tragó saliva; llevaba muchos meses reuniéndose con aquella misma gente y, sin embargo, el encuentro seguía poniéndole los nervios de punta, y la seguridad de las murallas del fuerte parecía a cientos de leguas de distancia.

Los tres guerreros se acercaron, deteniéndose justo delante del optio y escrutando la niebla para cerciorarse de que estaba solo. Una vez seguros, el más corpulento de los tres hombres habló.

—¿Se ha asegurado de que no lo seguían?

—Siempre soy precavido —dijo Gaius—. Nadie sabe que estoy aquí.

—Tenía que haber venido en la última luna llena. Lo estuvimos esperando.

—Enviaron a mi unidad a una misión de última hora —dijo Gaius—. No pude hacer nada para evitarlo.

—¿Qué clase de misión?

—Nada que pueda interesarle —respondió Gaius—. Solo una recaudación de impuestos en una de las otras aldeas.

Uno de los guerreros escupió en el suelo, mostrando su desdén por tales actos.

—¿Ha traído lo que acordamos? —preguntó el guerrero principal.

—No —dijo Gaius—, pero lo que traigo es mucho más valioso y cuesta al menos dos bolsas de plata.

El guerrero esbozó una mueca de desprecio.

—¿Y qué le hace pensar que pagaré semejante precio?

—Cuando vea lo que es, me suplicará que acepte sus monedas. Además, esto se está volviendo más peligroso cada día.

—Muéstremelo.

Gaius metió la mano bajo la capa y sacó un pergamino enrollado. Se arrodilló y lo extendió en el sendero. El guerrero se unió a él, mientras sus ojos se esforzaban por ver con la creciente luz del alba.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Una especie de dibujo?

—Mucho mejor que eso —dijo Gaius—. Es un plano detallado que muestra la ubicación de cada fuerte romano de importancia desde aquí hasta la misma Roma. Es más, indica las calzadas que los unen, así como los depósitos de suministros necesarios para mantener sus operaciones. Con esta información, podrán atacar sus convoyes de suministros y habrán desaparecido mucho antes de que se dé la alarma.

—¿Y esto es fidedigno?

—Lo dejaron sobre una mesa después de una reunión informativa —dijo Gaius, poniéndose en pie—. Como ya le he dicho, cada día es más peligroso.

El guerrero volvió a centrar su atención en el mapa, mientras el optio miraba a su alrededor con nerviosismo. Empezaba a clarear y realmente necesitaba regresar a su unidad.

—Es bueno —dijo el guerrero al cabo—, y recibirá la plata extra que pidió. La dejaré en el lugar de costumbre. —Enrolló el mapa y se puso en pie antes de entregarle una pesada bolsa. Gaius se apresuró a guardársela en un bolsillo bajo la capa antes de extender el brazo.

—Hasta la próxima —dijo, mientras el guerrero le cogía la muñeca en señal de amistad.

—Tráigame algo especial la próxima vez que nos veamos —dijo el guerrero—. Y si es tan bueno como este mapa, quizá también pueda encontrar algo de oro con que llenarle la bolsa.

—Lo intentaré, sin duda —dijo Gaius, dándose la vuelta para adentrarse en la arremolinada niebla matutina.

—Me repugna —dijo uno de los guerreros cuando el optio desapareció—. No tiene honor.

—Los traidores son iguales en todas partes —dijo el jefe—. Su lealtad se puede medir por el tamaño de la bolsa. Comparto vuestro odio, pero por el momento es útil, y mientras siga siéndolo, lo toleraremos. —Se dieron la vuelta y regresaron a la aldea con los planos romanos a buen recaudo.

Sendero arriba, Gaius se acercó al bosque, aliviado de regresar a su unidad. Por unos instantes, había odiado el hecho de estar traicionando a sus compatriotas, pero el sentimiento se desvaneció pronto mientras la bolsa de plata pesaba en su capa. Su hermano estaba de servicio en las puertas del fuerte y le dejaría entrar sin hacer preguntas, sobre todo porque compartiría con él las ganancias mal habidas.

Al acercarse a los árboles, se detuvo en seco al ver movimiento en el sendero ante él. Llevó la mano a su gladius y miró fijamente, intentando distinguir si era un hombre o un animal del bosque.

—¿Quién anda ahí? —preguntó—. ¡Muéstrese!

Al no obtener respuesta, exhaló un suspiro de alivio y empezó a envainar de nuevo el gladius. Pero antes de que hubiera llegado a la mitad, una mano le tapó la boca por detrás y le inclinó la cabeza hacia atrás para exponerle el cuello. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, una hoja afilada como una navaja se hundió en su garganta, seccionándole la yugular, impidiendo cualquier grito de dolor y proyectando un surtidor escarlata hacia el cielo.

El ataque en su totalidad había sido rápido y mortalmente silencioso y, como si quisiera evitarle a su víctima cualquier angustia adicional, el asesino lo depositó con suavidad en el suelo, emitiendo sonidos tranquilizadores como si le hablara a un niño asustado. Mientras el optio moría, su última visión fue el rostro encapuchado de un hombre, que tenía los ojos más negros que jamás había visto.

Momentos después, estaba muerto, y mientras el asesino lo contemplaba, otra figura apareció de entre la niebla.

—¿Está hecho? —preguntó en voz baja.

—Lo está —dijo el asesino—, y llevaba esto. —Le arrojó la bolsa de plata a su jefe antes de limpiar la hoja en la capa de su víctima.

—La codicia es una enfermedad —dijo el segundo hombre, con la mirada fija en el cadáver del traidor romano—. Pero ahora deberíamos irnos de aquí. —Alzó la vista y miró a la colina cubierta de helechos al lado del sendero y, soplando suavemente en sus manos ahuecadas, reprodujo el sonido lastimero de un búho nocturno hambriento.

Los dos hombres permanecieron en silencio por un momento, el peso de su tarea oprimiéndolos. Luego, como si obedecieran una orden tácita, otras cuatro figuras surgieron como espectros de la maleza, siluetas indistintas que se movían con una gracia silenciosa y letal para regresar a su base oculta en las profundidades de los bosques de la Galia. Y mientras desaparecían entre los árboles, la niebla comenzó a levantarse, sin dejar más rastro de su existencia que el cadáver de un hombre que lo había arriesgado todo por traicionar a Roma... y había pagado el precio.

Capítulo Primero
Roma

El sol se ponía en el horizonte, arrojando un cálido y dorado resplandor sobre las bulliciosas calles de Roma, una ciudad que vibraba al ritmo de la vida cotidiana. En medio de esta animada escena caminaba Quinto Marcio Lépido, un distinguido legado del Imperio romano. Sus pasos eran mesurados y decididos, un reflejo de su disciplinada formación militar.

Lépido era una figura alta e imponente, con la toga romana elegantemente dispuesta sobre sus anchos hombros. Debajo, vestía una túnica de tejido fino de un intenso color púrpura, indicativa de su rango y posición social, con una faja carmesí que le ceñía la cintura, símbolo de autoridad y honor. Sus sandalias de cuero bien labradas repiqueteaban suavemente sobre los adoquines; su porte era digno y su semblante exudaba confianza y autoridad. El rostro, pulcramente afeitado, lucía las distinguidas marcas de la edad y la sabiduría, y sus penetrantes ojos abarcaban el mundo a su alrededor con una aguda percepción.

Lo flanqueaban sus dos leales guardaespaldas, hombres formidables de gran destreza y lealtad incuestionable. Se movían con la presteza y precisión fruto de años de entrenamiento en las legiones romanas, cada uno armado con un gladio, listos para proteger a su comandante en cualquier momento.

Las calles de Roma al atardecer eran una sinfonía para los sentidos. El aire estaba impregnado de la fragancia de los vendedores ambulantes que ofrecían tentadoras delicias, como castañas asadas y vino especiado, mientras que el aroma distante del pan recién horneado flotaba desde las panaderías cercanas. El rítmico repiqueteo de los cascos sobre los adoquines se mezclaba con la cháchara de los mercaderes que pregonaban sus mercancías y las risas de los niños que jugaban en los callejones.

El resplandor parpadeante de las lámparas de aceite comenzaba a iluminar las calles, proyectando largas sombras sobre

la grandiosa arquitectura de Roma. Normalmente, Lépido se habría reunido con el hombre al que iba a ver en su villa extramuros, pero el senador se encontraba en ese momento en Roma, atendiendo a sus deberes cívicos, y por conveniencia estaba usando su casa privada en las afueras.

Lépido continuó, disfrutando de la experiencia. Hacía bastante tiempo que no la visitaba y la encontraba reconfortante, sobre todo después de haber pasado los dos últimos años en una fortaleza legionaria en la Galia. La visión de tanta gente viviendo sus vidas con relativa seguridad, sin el riesgo de un ataque en cualquier momento, le resultaba extraña pero grata y le recordaba por qué había elegido la vida que tenía.

Tras detenerse a comprar una frasca de vino, observó las calles que se oscurecían, deleitándose una vez más con las vistas, los sonidos y los olores. Roma era ciertamente una experiencia embriagadora, y le habría encantado quedarse más tiempo, pero los oscuros bosques de la Galia eran su lugar, y era allí adonde quería regresar lo antes posible. Con un profundo suspiro, reanudó su camino mientras uno de sus guardias pagaba al vendedor y, pocos instantes después, se encontró ante la ornamentada casa del senador Lucius Gabinius Umber, un hombre de gran influencia y estima.

La fachada de la mansión estaba adornada con intrincados frescos, y la grandiosa entrada estaba flanqueada por imponentes estatuas de mármol de los dioses romanos. Cuando Lépido se acercó a la maciza puerta de bronce, esta se abrió para revelar el vestíbulo del senador, decorado con opulentos mosaicos y obras de arte. El propio senador Umber estaba allí, ataviado con una toga ricamente bordada, para dar la bienvenida a su estimado invitado.

—Legado Lépido —declaró Umber cálidamente, sujetando el antebrazo de su invitado a la manera tradicional romana—. Me honras con tu presencia.

Lépido devolvió el saludo con un asentimiento respetuoso.

—Senador Umber, siempre es un placer estar en tu compañía. —Levantó la frasca de vino—. Te he traído un regalo, tu favorito, si no me equivoco.

Umber cogió el vino y, tras quitar el tapón, se lo llevó a la nariz. Una sonrisa apareció en su rostro y alzó la vista hacia su amigo de tantos años.

—Sabes una cosa —dijo—, ahora tengo acceso a los vinos más caros del mundo conocido y, sin embargo, son siempre los viñedos locales los que me reconfortan el corazón.

—Sospecho que es el recuerdo de las muchas noches en que disfrutamos de todo su efecto cuando éramos jóvenes —rió Lepidus —, o al menos de las que podemos recordar.

—Estoy seguro de que sí —dijo Umber—, y ya reviviremos más tarde aquellos días embriagadores; pero ven, he mandado preparar una comida en tu honor. Espero que tengas hambre.

—La tengo —dijo Lepidus, y juntos dejaron atrás las bulliciosas calles de la ciudad para adentrarse en un mundo de lujo, poder e intriga, donde a menudo se decidían los asuntos de Roma y se truncaban las vidas de los hombres.

Dos horas más tarde, ambos hombres estaban sentados en sillas de madera finamente labradas, con detalles tallados y cojines tapizados. El *tablinum*, la estancia utilizada para recibir a los clientes y tratar asuntos de negocios, estaba ricamente ornamentado, con hermosos murales y estatuas exquisitas. Al fondo, en su propia hornacina, había un busto del emperador Calígula, y los dos hombres intercambiaron una mirada de complicidad, ambos de acuerdo, pero reacios a expresar el odio que sentían por aquel hombre.

La comida había sido suntuosa: ganso asado, pescado y una selección de las verduras más frescas que los sirvientes de Umber pudieron encontrar. Ahora, ambos hombres observaban expectantes cómo uno de los esclavos servía el vino que Lepidus había traído del mercado. Una vez que el esclavo terminó, el senador lo despidió y se arrellanó en su silla.

—Ha sido una comida excelente —dijo Lepidus.

—Lo ha sido —replicó Umber—, pero lo mejor está por llegar. —Levantó la copa para aspirar su embriagador aroma antes de alzarla para proponer un brindis.

—Por los viejos amigos y las nuevas resacas.

Ambos hombres sorbieron sus bebidas, cada uno muy consciente de que aún quedaban asuntos que tratar y de que la noche era demasiado joven para emborracharse. El sabroso vino estaba lleno de matices de frutos oscuros y era obviamente potente, pero pedía a gritos agua caliente, como era costumbre.

—Por los dioses —dijo Umber—, esto es soberbio. Debes decirme dónde está el vendedor y haré que mis sirvientes compren todas sus existencias.

—¿Por qué no compras el viñedo? —dijo Lepidus—. Estoy seguro de que puedes permitírtelo.

—Probablemente pueda —dijo Umber—, pero la vinicultura es un arte en sí misma y no necesita la intromisión de gente como yo, ni de ningún otro político, si a esas vamos.

Ambos se recostaron en sus sillas, disfrutando de los efectos del vino mientras este recorría sus cuerpos. Durante la siguiente hora, más o menos, intercambiaron historias, poniéndose al día de lo que había ocurrido en sus vidas desde la última vez que se vieron, pero, finalmente, ambos supieron que era hora de dejarse de cumplidos y de que se discutiera la verdadera razón de la visita de Lepidus.

—Bueno —dijo el legado al final—, todo esto ha sido muy suntuoso, amigo mío, pero no me has hecho venir desde la más profunda y oscura Galia para compartir recuerdos y esa maravillosa comida. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tienes razón, por supuesto —dijo Umber—. Pero te aseguro que he pasado una velada maravillosa y que deberíamos hacerlo más a menudo. —Hizo una pausa y alzó la vista hacia el legado—. Lepidus —continuó—, iré directo al grano. He llegado a saber que has creado un cierto tipo de unidad dentro de tu legión, una que quizás no se ajusta a los ideales de la estrategia o el adiestramiento unificado de Roma. Una fuerza que opera al margen de cualquier límite o expectativa militar normal.

—¿Podrías explayarte? —preguntó el legado—. No estoy seguro de a qué te refieres.

—Estoy hablando de un grupo de hombres a los que se les ha dado total autonomía para hacer lo que sea necesario para cumplir una misión, sin ninguna influencia externa, dirección, ni siquiera apoyo militar.

—¿Te refieres a mis *exploratores*? —preguntó Lepidus—. Si es así, puedo confirmarte que son una unidad muy cualificada que garantiza que mi legión esté lo más segura posible en el día a día. Estamos muy orgullosos de ellos y de lo que hacen.

—Todas las legiones tienen *exploratores* —replicó Umber—. Algunas incluso tienen *speculatores*, pero los rumores que me han llegado hablan de algo completamente distinto. Hablan de un grupo de hombres que permanece en la sombra sin temor a la supervisión, a la disciplina, ni siquiera al castigo en caso de que se excedan en sus responsabilidades.

—Suena intrigante —dijo Lepidus, tomando un sorbo de vino —. ¿Quién difunde esos rumores?

—Sus nombres no tienen importancia —dijo Umber—, pero confío en ellos lo suficiente como para creer que, cuando el río suena, agua lleva.

—Puedo asegurarte —dijo Lepidus— que no tengo a tales hombres en el registro de mi legión.

—Estoy seguro de que no —dijo Umber—, pero eso no significa que no existan. Semejante fuerza, por su propia naturaleza, tendría que permanecer en el anonimato, especialmente para los demás hombres.

—Supongamos por un momento que tienes razón —dijo Lepidus—. ¿Por qué le preocuparía al Senado? Soy un legado cuya única función es dirigir mi legión lo mejor que pueda y procurar el éxito al emperador. Cómo lo haga es, y siempre ha sido, cosa mía. ¿Acaso ya no es así?

—¿Así que admites que existe tal unidad?

—No he dicho eso —dijo Lepidus—. Solo trato de averiguar el motivo de este interrogatorio.

—Mira —dijo Umber—. Eres un amigo de toda la vida y no te he hecho venir hasta aquí para que defiendas ninguna acción que hayas podido tomar en nombre de Roma. El caso es que tenemos

entre manos una situación delicada, una que necesita resolverse urgentemente, y si lo que oigo es cierto, entonces puede que seas el hombre indicado para ayudarnos.

Lepidus miró al senador en silencio. Ciertamente, eran amigos de toda la vida, pero Umber le estaba pidiendo que revelara algo que había jurado no hacer nunca, y no estaba seguro de cuánto debía decir, si es que debía decir algo. Umber era ahora un político, y eran tan escurridizos como las anguilas cuando se trataba de velar por sus propios intereses.

—¿Por qué no me cuentas primero el problema —dijo Lepidus —, y yo te diré si puedo ayudar?

—Por desgracia, debo tener cuidado de a quién se lo revelo —dijo Umber—. Si algo de esta información cayera en las manos equivocadas, podría causar la muerte de incontables legionarios por todo el imperio.

—¿No confías en mí?

—Sí, pero esto es más grande que nosotros dos.

—En ese caso, no puedo ayudarte —replicó Lepidus—. Me estás preguntando si una unidad que puede o no existir puede ayudar a resolver un problema del que no se me permite saber nada. ¿Cómo voy a emitir un juicio?

Umber se recostó para ordenar sus pensamientos antes de responder.

—Si te lo cuento y se sabe —dijo finalmente—, tu libertad podría estar en peligro, incluso tu vida, y las vidas de tu familia. La mía también, ya que estamos. Así que, si insistes en conocer los detalles, los compartiré contigo, pero primero debo saber si existen tales hombres. Porque si no existen, podemos terminar la conversación ahora mismo y disfrutar del resto del vino.

Era el turno de Lepidus de sopesar las opciones. Estaban en un punto muerto, y la conversación no podía avanzar a menos que uno de ellos cediera. Normalmente, negaría saber nada en absoluto, pero el hecho de que muchos legionarios pudieran morir le había tocado la fibra sensible, y sabía que, si había algo que pudiera hacer para evitar esa situación, no solo era su deber, sino también su obligación moral hacerlo.

—Senador Umber —dijo al fin—, la descripción que me has dado me parece fantasiosa y un tanto extrema, y no admitiré ni negaré que tales hombres existan. Pero lo que sí te diré es que, como legados, a menudo tenemos que recurrir a medidas extremas para proteger los asuntos de Roma, y no niego que a veces fuerzo los límites de lo que otros puedan considerar aceptable. Si con esa declaración tienes bastante, entonces estoy dispuesto a ayudarte, si puedo. Si no puedo, juro por los dioses que nunca volveré a mencionar esta conversación.

—Entonces, ¿existe tal fuerza? —volvió a preguntar Umber, presionándolo para que lo confirmara.

—Ya has oído mi respuesta —dijo Lépido—. La responsabilidad de lo que ocurra a continuación está enteramente en tus manos.

—Que así sea —dijo Umber—. Pero reitero que lo que estoy a punto de contarte no puede salir de esta habitación. No debes decírselo a nadie, bajo pena de muerte. ¿Entiendes?

—Entendido.

—Entonces escucha con atención, amigo mío, pues esta información no la conoce ni el emperador.

Capítulo Dos
Hispana

Cuando el prefecto Octavius, uno de los consejeros más cercanos de Calígula, lo había enviado a servir el resto de su vida como galeote, el centurión Marcus Antonius Maecilius había pensado que su vida había terminado. Primero, había recibido una brutal paliza a manos de hombres de su propia cohorte, pero el dolor de la tunda no fue nada comparado con los gritos de «desertor» y «cobarde» que llovieron sobre él mientras lo arrastraban fuera de la plaza de armas, cubierto de los escupitajos de hombres a los que una vez había llamado camaradas.

En los muelles de Tarraco, en Hispania, fue separado de los demás prisioneros. Mientras los esclavos eran conducidos como ganado a las bodegas de los barcos mercantes para ser vendidos por todo el Imperio, a Marcus lo arrastraron a un birreme y lo encerraron en un cajón mientras la nave se preparaba para zarpar.

A su alrededor, la cubierta era un hervidero de actividad, y pronto pudo sentir cómo la nave se movía mientras se adentraba en mar abierto. Durante días, fue prácticamente ignorado; tan solo le arrojaban un mísero trozo de pan duro a su cajón y, de vez en cuando, le vertían una jarra de agua a través de las tablillas. A pesar de sus súplicas, la tripulación actuaba como si no estuviera allí, y solo cuando el hedor de su propia inmundicia se volvió insoportable, alguien finalmente abrió la puerta de su improvisada prisión. Una luz cegadora lo inundó todo, y Marcus se protegió los ojos, entrecerrándolos ante el resplandor mientras unas manos rudas lo sacaban a rastras, con su debilitado cuerpo como un peso muerto.

Parpadeando rápidamente, alzó la vista y vio a un grupo de *marinarii* que lo observaban. Seguían siendo sus carceleros, pero sintió una oleada de alivio al tomar su primera bocanada profunda de aire salado del mar.

—Levántese —dijo uno de los marineros, con voz extrañamente calmada, y Marcus se puso en pie, estirando

lentamente la espalda dolorida después de haber estado tanto tiempo hecho un ovillo. Tenía las manos fuertemente atadas con una soga y el rostro oculto por una barba de más de un mes. Lo que quedaba de su túnica estaba hecho jirones tras tanto tiempo de cautiverio en Hispania, y su hedor hizo que algunos de los *marinarii* retrocedieran asqueados. En conjunto, era un ejemplo patético de hombre, una mera sombra del legionario que había sido. Otro hombre se acercó, y Marcus pudo ver que era un centurión, el rango que él mismo había ostentado otrora con tanto orgullo.

—Apesta —dijo el centurión—. Limpiadlo.

Dos de los marineros aseguraron el extremo de una cuerda a las ataduras de sus muñecas antes de arrastrarlo hacia el borde de la cubierta. Marcus se dio cuenta de repente de lo que pretendían hacer, pero ya era demasiado tarde. Mientras se revolvía, lo levantaron y lo arrojaron por la borda a las gélidas aguas del Mare Nostrum.

El impacto le dejó sin aliento y, cuando la cuerda se tensó, sintió como si le hubieran arrancado los brazos de cuajo. Lanzó un grito de dolor, pero solo consiguió que se le llenara la boca de agua fría y salada. Tosió violentamente mientras lo arrastraban entre las olas. Arriba, los marineros reían a carcajadas mientras él luchaba inútilmente contra el oleaje. Se esforzaba por tomar aire y, finalmente, justo cuando pensaba que sin duda se ahogaría, sintió que lo subían de nuevo a bordo y caía sobre la cubierta como un pez, boqueando en busca de aire.

Mientras yacía allí, el centurión se acercó de nuevo. En su mano derecha sostenía su *vitis*, la vara de vid que no solo simbolizaba su autoridad, sino que también se usaba para impartir castigo a cualquiera que mereciera una medida disciplinaria.

—Levántese —dijo, y una vez más, Marcus se incorporó con dificultad, tiritando violentamente bajo la fría brisa de la mañana. El centurión colocó la *vitis* bajo la barbilla de Marcus, obligándole a levantar la cabeza para mirarle a los ojos.

—Así que es usted el desertor —dijo con interés.

—No soy un desertor —dijo Marcus.

La vara de vid restalló contra la cabeza de Marcus sin previo aviso, y este cayó de rodillas por el dolor.

—No le he dicho que hablase —dijo el centurión—. Levántese.

Marcus se puso en pie de nuevo mientras el centurión examinaba a su prisionero de arriba abajo con desprecio.

—¿De dónde es? —preguntó de repente.

—De la provincia de Piceno.

—¿Y es usted un legionario instruido?

—Lo soy.

—¿En qué unidad?

—En la Legio II Augusta, destinada en la región de la Galia Aquitania.

—¿Ha entrado en combate?

—En muchas ocasiones.

—¿Y aun así la última vez huyó?

—No huí. Mi unidad fue masacrada, pero unos pocos logramos escapar arrojándonos a un río.

—Así que eligió la vida mientras el resto de sus hombres morían. A mí me suena a deserción.

—No tuve elección. La estupidez de un oficial agregado provocó una lucha que no podíamos ganar. Mis hombres lucharon con valentía, pero nos superaban ampliamente en número. Aunque algunos escapamos, muchos buenos hombres murieron aquel día. De vuelta en Roma, sus mentiras me transfirieron la culpa y me condenaron a una vida de castigo, y juré a los dioses que pasaría el resto de mi vida buscándolo para que muriese a mis manos. Ese juramento sigue en pie.

—Me temo que para eso falta mucho tiempo, si es que llega a ocurrir —replicó el centurión—. Octavius ha confiado su reclusión a mi mando, y eso significa que servirá un mínimo de veintiséis años, si es que aguanta tanto.

—Si aguanto tanto, entonces en el vigesimoséptimo año cumpliré mi juramento —replicó Marcus.

—Un juramento admirable —dijo el centurión—, pero sin posibilidad de cumplirse. Ahora debería centrarse en cómo sobrevivir en este barco. ¿Cómo se le conoce?

—Mi nombre es Marcus Antonius Maecilius.

—Bueno, Maecilius, dígame, ¿cómo ve su destino en este barco?

Marcus suspiró y se encogió de hombros.

—Morir de una forma que ningún hombre debería soportar.

—¿Y a qué muerte se refiere?

—Encadenado a un remo mientras el barco se hunde en el fondo del reino de Neptuno.

—¿Y la causa?

—La acción del enemigo, las tormentas, la maldición de un dios, no importa. El resultado es el mismo.

—¿Teme a la muerte, Maecilius?

—Solo a la que ha descrito. Preferiría morir mil veces al filo de la espada de un pagano.

—¿Acaso la muerte no es la muerte?

—Hay honor en la sangre —dijo Marcus—. No hay honor en morir como un esclavo.

—¿Sabe luchar?

—Sí.

El centurión hizo una pausa y clavó la mirada en Marcus antes de volver a hablar.

—Soltadle —dijo.

Uno de los soldados obedeció y Marcus por fin pudo frotarse las muñecas para restablecer la circulación.

—Yo no soy su juez, Maecilius —dijo el centurión—, solo su carcelero, y no me importa su pasado. Mi trabajo es servir a Roma y proteger este birreme junto a los que sirven en cubierta y bajo ella. En este barco no hay esclavos. Todo hombre a bordo es un legionario en servicio, un marinarii o un liberto, y a todos ellos confío mi vida, incluso a los que están en los remos. Sin embargo, esa confianza no se regala, sino que debe ganarse por ambas partes. Algo que se puede decidir de inmediato es su habilidad. —Se volvió hacia uno de los legionarios—. Dale tu gladio.

El soldado desenvainó su espada y se la entregó a Marcus con la empuñadura por delante.

—Defiéndase, Maecilius —dijo el centurión y, sin más aviso, se abalanzó sobre él con su propia espada.

Marcus se quedó atónito y se defendió con frenesí. Mientras retrocedía tambaleándose, desviando los mandobles del centurión, su mente analizaba la situación a toda velocidad. El gladio estaba diseñado como un arma de estoque y era mucho más eficaz de cerca, pero, si acortaba distancias, se exponía a la fuerza del otro hombre. En su debilitado estado, necesitaba una ventaja y, sin previo aviso, esquivó el siguiente tajo de su oponente agachándose y corrió hacia un lado para propinarle un puñetazo en plena cara a uno de los guardias desprevenidos, que cayó a la cubierta. Se inclinó y le arrebató el escudo de las manos al soldado aturdido antes de darse la vuelta una vez más para encarar a su atacante. Esta vez, tenía un brillo en la mirada. Así era como lo habían entrenado y como había segado muchas vidas en el campo de batalla: gladio en la mano derecha y escudo en la izquierda, el gran escudo militar diseñado no solo como medio de defensa, sino también como un arma en sí misma.

Con renovado vigor, lanzó un contraataque, y la tripulación se acercó para ver el desarrollo del combate. Marcus empleó las tácticas que había aprendido en la Galia y que había utilizado muchas veces desde entonces contra el enemigo: avanzar, golpear con el escudo y continuar con una estocada a la altura del hombro con su gladio. Junto a otros legionarios, la táctica había sido imparable contra los enemigos de Roma durante cientos de años, pero había un tipo de enemigo que sabía exactamente cómo enfrentarse al ataque reglamentario: otros romanos.

El centurión se retorcía y giraba, evitando cada estocada de la hoja de Marcus mientras mantenía el brazo del escudo de su oponente ocupado con sus propios golpes. Marcus pronto se dio cuenta de que, contra un hombre así y sin otros a su lado, su escudo se había convertido en un estorbo y que era solo cuestión de tiempo que se cansara. Sabía que no tenía otra opción y rápidamente retrocedió antes de deshacerse del escudo y secarse el sudor de los ojos.

—Buena jugada, Maecilius —dijo el centurión—. Ya no está en primera línea, y aquí el escudo ofrece una ventaja limitada. Ahora, veamos de qué pasta está hecho realmente. —Con renovada energía, se abalanzó sobre Marcus, descargando golpe tras golpe sobre su cabeza con tal velocidad y precisión que Marcus apenas tuvo tiempo de defenderse, y mucho menos de lanzar un contraataque. Poco a poco, fue forzado a retroceder hasta la popa del barco, hasta que no pudo retroceder más. Al desviar la atención para evitar caer al mar gris muy por debajo, su concentración falló por un brevísimo instante y se encontró con la punta de la espada del centurión en la garganta.

El tiempo se detuvo, y Marcus se concentró en una gota de sudor que recorría el rostro de su oponente, a juego con el hilo de sangre que sabía que manaba de su propio cuello, allí donde la hoja le había pinchado la piel.

—Ha luchado bien, Maecilius —dijo el centurión—. Demasiados movimientos ensayados para mi gusto, pero he visto lo suficiente para forjarme una opinión. —Retiró su gladio y lo envainó en la funda que le colgaba del cinto.

—Hay un sitio para usted aquí —dijo—, pero hay un precio que pagar. Puede unirse a mi tripulación como legionario y se le concederá la misma confianza que a todos los demás, pero a cambio exijo lealtad. Me dijeron que es usted un hombre sin honor, pero yo tomo mis propias decisiones en estos asuntos. Al retirar mi espada, le he perdonado la vida, y si queda un ápice de honor en su cuerpo, honrará esa deuda. —Miró a su alrededor—. Que alguien le proporcione equipo y un catre —ordenó—, e instruidlo en las costumbres del birreme. —Se volvió de nuevo para encarar a Marcus —. Aprenda rápido, Maecilius; mañana hablaremos más.

Marcus lo observó marcharse antes de bajar de la borda del barco y volver a la cubierta. Se le acercó un soldado, sobándose la dolorida mandíbula donde Marcus lo había golpeado momentos antes. Marcus se tensó, pero la tensión amainó cuando el soldado le tendió el brazo a modo de saludo.

—Soy Valerius —dijo el soldado.

—Yo soy Marcus —fue la respuesta, y se agarraron los antebrazos para saludarse.

—Lo siento por eso —dijo Marcus, señalando el moratón que empezaba a aparecer en la mandíbula del hombre.

—No te preocupes —dijo Valerius—. Ha sido culpa mía por no estar alerta. No volverá a ocurrir.

—¿Quién era ese? —preguntó Marcus, señalando con la cabeza al centurión que se alejaba.

—Ese era el centurión Rufius —dijo Valerius—. Te has defendido bien contra él, pero nunca lo he visto superado.

—¿Cómo es?

—Duro, pero justo —dijo Valerius—, y he servido a las órdenes de otros mucho peores. ¿Qué sabes de la vida a bordo de un birreme?

—Nada.

—Pues ve a asearte y te enseñaré lo que necesitas saber.

Capítulo Tercero
Roma

Una vez alcanzado por fin un acuerdo entre ambos, el senador Umber se levantó y se dirigió a la hornacina, de donde sacó algo que estaba detrás del busto de Calígula. Cuando regresó a su asiento, se inclinó y le ofreció a Lepidus una bolsa de terciopelo.

—¿Sabe usted qué es esto?

Lepidus cogió la bolsa y sacó su contenido. La respuesta era obvia, pero estaba intrigado.

—Es un cuchillo oriental —dijo, sacando la hoja de su vaina—, y muy hermoso. ¿Por qué es importante?

—Mire usted de nuevo —dijo Umber— y dígame qué ve.

Lepidus alzó el cuchillo y lo giró lentamente para examinarlo desde todos los ángulos.

—No estoy seguro de qué debo buscar —continuó—. Brilla con un extraño dibujo y está excepcionalmente afilado, pero no deja de ser un cuchillo.

—No, no lo es —dijo Umber—. Es mucho más que eso. —Le cogió el cuchillo a Lepidus—. Este cuchillo —prosiguió— procede, en efecto, de Oriente; en concreto, de la zona de Damasco, de la que toma su nombre.

—¿Es acero de Damasco? —preguntó Lepidus, con renovado interés—. Déjeme verlo de nuevo.

—Como quizá sepa usted —dijo Umber, devolviéndole el cuchillo—, el acero de Damasco es el metal más resistente que conoce el hombre y puede mantener un filo cortante como una navaja que rara vez se embota, sin importar cuántas veces se use. Si se produjera en grandes cantidades, podría cambiar nuestro modo de operar. Imagine a un legionario usando armas hechas de tal sustancia: su gladius, su pilum, su pugio, incluso quizá su armadura. Su capacidad para matar podría multiplicarse por diez o más, limitada solo por su propia aptitud para el combate. Ahora imagine

una legión armada con tales armas, incluso todo el ejército romano, y empezará a comprender el potencial de dicha sustancia.

—Conozco el acero de Damasco —dijo Lepidus—. He oído que uno de mis centuriones porta una hoja así, que encontró en un campo de batalla en Oriente, pero nunca la he visto.

—Pues este es un ejemplo excelente —dijo Umber—. Lo hemos probado exhaustivamente y de veras cumple con todo lo que acabo de decir. Toque el filo. No ha sido afilado desde el día en que lo recibimos.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó Lepidus, frotando con suavidad el pulgar contra el filo reluciente y viendo una fina línea de sangre.

—Ya llegaré a eso —dijo Umber—, pero primero quiero que reflexione sobre las posibilidades de usar este material y los beneficios que podría aportar militarmente.

—Por mi parte no hay nada que objetar —dijo Lepidus—, pero mi opinión, y desde luego la suya, es irrelevante en este caso. Entiendo que ya no se fabrica y que sus secretos se perdieron hace siglos, quedando solo unos pocos objetos como este.

—Y tiene usted razón —dijo Umber—. No se conoce ninguna fuente dentro del Imperio romano ni, que sepamos, fuera de nuestras fronteras. Durante cientos de años, se usó para armar a los bárbaros del este, pero todo conocimiento del proceso necesario para producirlo se ha perdido en la historia. Es decir, hasta ahora.

Lepidus alzó la vista, sorprendido.

—¿Ha redescubierto usted el proceso?

—No exactamente —dijo Umber—, pero hemos encontrado algo quizá incluso mejor: al mismísimo herrero que forjó esta hoja hace solo unos años, y muchas otras como esta. Procede de una pequeña aldea en las montañas, muy al este de Damasco, y su familia ha estado formada por herreros durante generaciones. Parece que, aunque el proceso se perdió, se mantuvo en una pequeña aldea y todos los hombres de allí portan hojas como esta. Pero como no son más que pastores, cabreros y algún que otro cazador, el conocimiento nunca llegó al mundo exterior.

—Son noticias excelentes —dijo Lepidus—. ¿Han traído a ese hombre aquí, a Roma?

—No —repuso Umber—, y ahí radica el problema. Una vez que supimos de él, enviamos una patrulla para traerlo y que desvelara sus secretos, pero en el camino de vuelta, nuestros hombres sufrieron una emboscada de unos bandidos y la mayoría murieron. Algunos sobrevivieron y lograron regresar para contarlo.

—¿Y el herrero?

—Pensamos que también estaba muerto y que ahí acababa todo. Pero unos meses después, uno de nuestros espías en el norte nos envió ese cuchillo y un mensaje diciendo que un nuevo herrero en una aldea cercana los estaba produciendo. Al parecer, después de que atacaran a nuestros hombres, algunos supervivientes, incluido el herrero, fueron vendidos a un traficante de esclavos. Finalmente, apareció en esa aldea unos meses más tarde y usó sus conocimientos para mejorar su posición.

—¿Y quiere que yo lo traiga de vuelta?

—Así es.

—¿No pueden conseguir otro herrero de esas montañas de Siria?

—Lo intentamos, pero los herreros son célebres por el secretismo con que guardan su oficio, especialmente en este caso. Como sus hijos son todavía jóvenes y aún no les ha enseñado el proceso, nuestro hombre parece ser la única persona viva que sabe cómo hacer acero de Damasco.

—¿Por qué no envían simplemente una cohorte a recuperarlo, o incluso una legión si es tan importante?

—No podemos —dijo Umber—, por dos razones. En primer lugar, cualquier tipo de conflicto abierto podría provocar su muerte o, como mínimo, que se lo llevaran a otro lugar donde no pudiéramos encontrarlo, y no podemos arriesgarnos a eso. La segunda razón es que la ubicación de la aldea nos impide enviar a ninguna de nuestras legiones allí.

—¿Por qué no?

—Porque está en Germania.

Lepidus se quedó mirando al senador, conmocionado.

—¿Dónde exactamente?

—En territorio querusco.

—Tengo entendido que nuestras relaciones con los queruscos son, como poco, complicadas.

—Está usted en lo cierto —dijo Umber—, y por eso le he pedido que viniera aquí. Si lo que he oído es cierto, sus hombres, si es que existen, podrían ser exactamente lo que necesitamos. Lo bastante diestros como para tener éxito y, a la vez, lo bastante reducidos como para pasar desapercibidos.

—¿Qué aliados tenemos en la región? —preguntó Lepidus.

—Tenemos una fuerte presencia al oeste del Rin y algunas alianzas en la ribera oriental, pero no siempre se puede confiar en su cooperación. Después de que Germánico destruyera la mayoría de sus aldeas hace veinticinco años, aceptaron nuestro dominio, pero hay fuertes indicios de que sus líderes están siendo presionados para contraatacar.

—¿Y más allá del Rin?

—Varias tribus conquistadas, pero ningún tratado sólido. Las tierras entre los ríos Rin y Weser son peligrosas, y dependemos de los fuertes para mantener a nuestros hombres a salvo.

—¿Y nada más allá del Weser?

—Tenemos unos cuantos fuertes situados a lo largo del extremo occidental del Elba, más al este, para contener las incursiones de los vándalos, pero ese es un territorio traicionero.

—Parece un riesgo mayúsculo solo por rescatar a un hombre.

—Lo es, pero las recompensas podrían cambiarnos la vida. Además, si no conseguimos traerlo de vuelta, todo su conocimiento podría acabar siendo compartido entre los bárbaros, y eso sería desastroso.

—Entonces, ¿cuál es la misión en sí?

—La misión —dijo Umber— consiste en traerlo de vuelta a Roma o, si eso no es posible, averiguar el proceso que utiliza para fabricar el acero de Damasco.

—¿Y si ninguna de las dos cosas es posible?

—Entonces, asegúrese de que su conocimiento nunca esté al alcance de nuestros enemigos.

—¿Cómo, exactamente? —preguntó Lepidus, conociendo ya la respuesta.

—Silenciándolo para siempre —dijo Umber.

De nuevo, Lepidus guardó silencio. La misión era secreta, peligrosa y con muy pocas probabilidades de éxito. Implicaba subterfugios, un alto nivel de riesgo y la posibilidad de que un hombre inocente tuviera que ser asesinado a sangre fría. Todo sonaba demasiado peligroso e insensato como para que lo consideraran legionarios normales, pero sus hombres no eran soldados corrientes, y era exactamente el tipo de cosas con las que ellos se crecían.

—¿Hay algo más que pueda decirme? —preguntó.

—Tengo algunos nombres de contactos en Germania que podrían serle útiles —dijo Umber—, pero seguirán conmigo hasta que sepa si está usted dentro o no.

—Tengo que deliberarlo con los míos —dijo Lepidus—, pero creo que puedo decir con seguridad que podremos ayudarle. —Se puso en pie y se terminó el vino—. Ahora debo marcharme, pero me pondré en contacto en los próximos días para confirmarlo.

—Hay una cosa más —dijo Umber, poniéndose en pie—. Nadie por encima de mí sabe nada de esto, y así debe seguir. Si Calígula llegara a enterarse, nos crucificarían a todos sin pensárselo dos veces. Aborrece el fracaso, y la pérdida de un activo tan importante sería considerada exactamente eso. Si él o sus esbirros se enteran, tiene que haber una negación total, y sus hombres estarán solos y sin apoyo. ¿Entendido?

—Entendido. —Se dirigieron hacia el atrio y salieron por la puerta.

—Antes de que te vayas —dijo Umber—, todavía no me has dicho nada sobre esa unidad tuya. ¿Existe de verdad?

—No podría decirlo —dijo Lepidus con una sonrisa, y mientras el senador lo veía marchar, se dio la vuelta para desaparecer entre las oscuras calles de Roma.

Capítulo Cuatro
Mare Nostrum

Marcus usó un cubo de agua dulce para quitarse la sal del mar y el hedor impregnado de semanas de cautiverio. Usó una cuchilla para cortarse el pelo y afeitarse la poblada barba antes de que finalmente se le acercase Valerius.

—¿Tienes hambre?

—Sí —dijo Marcus.

—Ven conmigo, cogeremos unas raciones para ti y el resto de tu equipo —dijo, y caminaron hacia la rampa que descendía a las entrañas del barco—. Hay dos bancadas de remeros a cada lado —continuó Valerius mientras descendían—, ciento veinte en total. Cada hombre, excepto tú, ha elegido estar aquí por voluntad propia.

—¿Por qué elegiría un hombre una vida como esta? —preguntó Marcus mientras caminaba entre los remeros.

—Se les paga bien y disfrutan de los mismos beneficios que nosotros. Por supuesto, tienen que servir un año más que las legiones, ya que son un servicio inferior, pero, cuando se retiran, Roma les concede una pensión.

—No todos son romanos —dijo Marcus, fijándose en los rasgos de algunos al pasar.

—La mayoría son de las costas orientales —dijo Valerius—, una zona famosa por sus marineros, pero hay algunos de la metrópoli. ¿Ves a aquel hombre de allí? —Señaló a un individuo musculoso que bogaba con ahínco—. Se le conoce como Gallius y es decurión.

Marcus se detuvo.

—Espera un momento. ¿Por qué se fatiga un decurión en los remos?

—Mira a tu alrededor, Marcus —dijo Valerius—. Este es un barco pequeño y no tiene espacio para albergar una centuria completa de legionarios. Hay veinte de nosotros, los soldados regulares, acuartelados a bordo bajo el mando de Rufius, ¿pero de

qué servirían solo dos contubernios en una batalla? No, el resto de la centuria se compone de lo mejor que estos hombres pueden ofrecer. Si tenemos que enfrentarnos al enemigo, cada hombre va armado y se espera que defienda este barco. Nosotros, los regulares, formamos la punta de lanza liderada por Rufius, mientras que el resto de la tripulación nos sigue para completar el número.

—¿Están entrenados?

—En el manejo básico de las armas, sí. Lo que les falta es disciplina en el campo de batalla, pero eso no es un problema. El único combate que se requiere de estos hombres es el cuerpo a cuerpo durante el abordaje de otro navío o breves incursiones en aldeas costeras si necesitamos suministros.

—¿Dónde duermen?

—En sus puestos —dijo Valerius—. Cada hombre tiene un espacio debajo del banco de delante donde duerme y guarda sus pertenencias. Es estrecho, pero suficiente.

—¿Y los legionarios?

—Los dos contubernios duermen en el otro extremo de la bodega —dijo Valerius—, aunque si hace buen tiempo, dormimos en cubierta. Allí arriba no huele tanto. En fin, esta es la zona del almacén.

Marcus miró a su alrededor. La bodega estaba oscura, iluminada tan solo por unos pocos faroles oscilantes que creaban sombras danzantes al compás del crujido de los remos.

—¿Qué queréis? —preguntó una voz desde la oscuridad.

—Salve, Dento —dijo Valerius—. Veo que estás tan contento como de costumbre.

—No tengo tiempo para estar contento —dijo un anciano que salía de entre las sombras—. Demasiado maldito trabajo que hacer. ¿Y este quién es? —Hizo una mueca y alzó la vista hacia el recién llegado, intentando distinguir sus rasgos.

—Este es Marcus —dijo Valerius—, y es nuevo a bordo. ¿Puedes equiparlo y darle algunas raciones?

—¿Puede pagar? —preguntó Dento, mirando a Marcus de arriba abajo.

—Todavía no, pero puedes apuntárselo a cuenta de su paga.

Dento se adelantó y miró a Marcus directamente a los ojos.

—¿Es solvente? —preguntó—. Porque no me gustan los deudores.

—Yo respondo por él —dijo Valerius.

—Sí, ya lo creo que respondes —dijo Dento, y regresó a la oscuridad arrastrando los pies.

—Ese es Dento —dijo Valerius—. Es nuestro cocinero, *medicus*, encargado del almacén y armero. De hecho, ahora que lo pienso, dependemos de él y del chico para casi todo.

—¿El chico?

—Su ayudante —dijo Valerius—. No lo vemos a menudo, pero tiene talento para la costura y es el encargado de mantener nuestra ropa. Dento es un desgraciado miserable, pero se asegura de que tengamos todo lo que necesitamos. Ah, y no te pelees con él, porque te partirá el cráneo mientras duermes.

Dento regresó y arrojó un fardo sobre un barril de agua volcado que usaban como mesa.

—Túnica —dijo—, manto, *gladius* y *pugio*. También hay una cantimplora y una bolsa de comida con tus raciones para la semana, un trozo de carne seca y un montón de *buccellatum*. A menos que estemos en riesgo de ataque, habrá un estofado caliente disponible cada noche en cubierta. Asegúrate de coger tu parte, porque, aparte de tu saca de raciones, no habrá más comida. Coge el agua para beber del barril que hay en la proa. Y de nuevo, asegúrate de que tu cantimplora permanezca llena en todo momento por si no podemos cambiar el barril por la razón que sea. —Le miró los pies a Marcus—. ¿Y las *caligae*?

—Necesitaré un par nuevo —dijo Marcus.

—No parece que haya nada que no necesites —masculló Dento—. ¿Dónde encontraste a este, Valerius, en algún mercado de esclavos local? —Sin esperar respuesta, desapareció de nuevo en la oscuridad, y los dos hombres lo oyeron refunfuñar mientras rebuscaba en un cajón. Finalmente, regresó y colocó tres pares de sandalias de cuero con clavos sobre el barril—. Pruébatelas —dijo— y coge el par que mejor te quede. Es lo mejor que puedo hacer.

Otro ruido llegó de detrás de él, y un muchacho apareció cargando un fardo que le sobrepasaba la cabeza. —Armadura, casco, *subarmalis* y *manica* —dijo Dento—. Eso es todo lo tuyo. —Sacó un rollo de pergamino de un estante—. Pon tu marca aquí —dijo—. El coste de tu equipo se descontará de tu paga durante los próximos tres meses. Si rompes algo, pagas; si pierdes algo, pagas; si desgastas algo...

—Lo pillo —dijo Marcus, interrumpiendo la cantinela bien ensayada del hombre—. Yo lo pago todo.

—Aprende rápido —le dijo Dento a Valerius.

Marcus cogió la armadura.

—¿Cuero? —dijo con sorpresa.

—Más ligero que el hierro —dijo Dento—, y mucho más fácil para combatir.

—También tiene la ventaja de ser inoxidable —dijo Valerius—. Una cualidad necesaria en este ambiente.

—Pero ¿es eficaz contra una espada bárbara? —preguntó Marcus.

—Hasta cierto punto, sí, contra todas salvo las espadas más pesadas o las hachas.

—Incluso la *lorica* es inútil contra un hacha doble bien blandida —dijo Marcus.

—Estoy de acuerdo. Pruébatela.

Dento observó a Marcus ponerse la armadura antes de acercarse para apretarle las correas, murmurando para sí.

—Hay que quitar un par de escamas de ahí y ajustarla más al pecho. Aparte de eso, no queda mal. Déjala aquí y el muchacho la tendrá lista para mañana. ¿Algo más?

—No, eso es todo —dijo Valerius—. Te estoy muy agradecido, Dento.

—Preferiría tu dinero —gruñó Dento, desapareciendo en la penumbra por última vez.

—Vamos —dijo Valerius—. Te buscaremos un rincón para tu puesto y podrás comer algo.

Más tarde, aquel mismo día, Marcus estaba sentado con la espalda apoyada en el mástil, cortando lonchas de un trozo de cecina que le habían dado de su zurrón de provisiones. El barco se mecía suavemente con el oleaje, mantenido firme por los expertos remeros en las cubiertas inferiores.

—Y bien, ¿cómo nos organizamos? —preguntó.

—Para empezar, este es un navío de guerra —dijo Valerius a su lado—. Patrullamos las costas del imperio, manteniendo a raya a piratas e incursores galos. Todos los hombres de este barco están bajo el mando del *trierarchus*, un hombre llamado Mario. No tenemos mucho trato con él, y tan pronto como se detecta una amenaza, le cede el mando a Rufius, que se hace cargo de todo. La tienda de proa la comparten Mario y Rufius, y se deja montada hasta que entramos en alerta de combate. En tales ocasiones, suena una alarma y cada uno de nosotros tiene una tarea que realizar para despejar las cubiertas antes de ocupar nuestros puestos.

—¿Cuál es la alarma?

—Normalmente, de viva voz, a menos que nos pillen por sorpresa, en cuyo caso se toca la campana repetidamente.

—¿Qué armamento llevamos?

—Hay una balista montada en la proa —dijo Valerius—, y llevamos tanto virotes como ollas incendiarias. El fuego es el mayor temor de todo marinero. Dento tiene los *pila* almacenados bajo cubierta y se reparten según sea necesario. Veinte de los hombres también están adiestrados como arqueros y ocupan su puesto junto a la balista en cualquier asalto, mientras que nosotros somos la fuerza de choque.

—Una unidad bastante eficaz —dijo Marcus.

—Funciona —dijo Valerius—. Hemos apresado tres naves frente a la costa de la Galia en el último año.

—¿Y qué hay del entrenamiento? —preguntó Marcus, al tiempo que sonaba una campanada en la popa del barco.

—Estás a punto de descubrirlo —dijo Valerius, mientras empezaban a salir hombres de la cubierta inferior—. Ven conmigo.

Durante las horas siguientes, Marcus presenció cómo adiestraban a la tripulación en el manejo de la espada, cada grupo de diez bajo la tutela directa de un legionario instruido. Se repartieron espadas de madera y, tras un período de ejercicios, cada hombre se enfrentaba a otro para poner a prueba su pericia. Al principio, los golpes se contenían, pero, animados por sus tutores, el nivel de violencia fue en aumento hasta que cada uno se empeñó en someter a su oponente. Cuando ese desenlace se convirtió en una posibilidad real, los legionarios intervenían y separaban a los combatientes antes de volver a emparejarlos con alguien de su misma estatura y habilidad.

Marcus observaba con interés cómo se intensificaba el entrenamiento, pero pronto se percató de que había alguien de pie a su lado. Alzó la vista y vio a Rufius, que lo observaba.

—Huele usted mejor —dijo Rufius—. ¿Ha comido?

—He comido.

—Bien. Los próximos días podrá descansar, pero después se unirá a estas sesiones de entrenamiento. Su habilidad es evidente, aunque necesita pulirla. Recupere las fuerzas, pues de nada me sirve si está débil, y no llevo pasajeros. Toda espada es necesaria si hemos de sobrevivir a este destino.

Marcus asintió antes de abandonar la cubierta y descender a su catre en la bodega. Los últimos meses de cautiverio le habían afectado más de lo que creía, y supo que debía recuperar las fuerzas lo antes posible. Aunque su destino parecía sombrío, el tono de voz del centurión había insinuado una alternativa y, si bien no sabía cuál podría ser, era algo a lo que aferrarse.

Capítulo Cinco
Gallia

Lepidus cabalgaba lentamente con su corcel por el estrecho sendero que se abría paso a través del denso bosque. Su robusta yegua alazana pisaba con cautela el blando camino cubierto de hojas, con las orejas en constante movimiento, atentas a los sutiles sonidos del bosque. Tras él iban los guardaespaldas del legado, cada uno a lomos de su propia montura, con la mirada escudriñando los alrededores con una vigilancia experta. Sus capas escarlata ondeaban ligeramente con la suave brisa, y las empuñaduras de sus gladii estaban a la vista, listas para entrar en acción con celeridad.

Habían pasado más de dos semanas desde su reunión con el senador Umber y Lepidus había regresado a su puesto de avanzada a toda prisa, ansioso por informar al hombre en quien confiaba para encargarse de las tareas más peligrosas de la legión. Miró a su alrededor con nerviosismo. El bosque era oscuro y hostil, con árboles densos apiñados entre una maleza enmarañada, todos luchando por el limitado espacio y la luz del sol. Parecía desprovisto de vida, pero Lepidus no se hacía ilusiones; varios pares de ojos observaban cada uno de sus movimientos.

Cuando el sendero serpenteó, Lepidus hizo una señal para detenerse. Desmontó con una grácil fluidez que desmentía el peso de su armadura e indicó a sus guardaespaldas que se quedaran atrás mientras él se aventuraba solo hacia adelante. Sus botas crujían suavemente sobre la maleza mientras se dirigía al punto de encuentro acordado.

Poco a poco, el bosque se abrió para revelar un arroyo, cuyas aguas murmuraban sobre las piedras lisas; un lugar familiar para Lepidus, pues era allí donde tenían lugar la mayoría de sus reuniones con su contacto. Se sentó en una gran roca y bebió un trago de su petaca mientras esperaba, contemplando la serena escena que lo rodeaba.

—Estoy solo, ¿sabes? —dijo en voz alta—. Así que ya puedes salir.

—Estoy impresionado —dijo una voz oculta—. ¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Digamos que ha sido una corazonada —dijo Lepidus, volviendo la cabeza hacia el joven que emergía de la maleza—. Seneca —dijo, poniéndose en pie—. Tienes buen aspecto.

El joven oficial romano se acercó y cogió el brazo que el legado le ofrecía a modo de saludo.

—Saludos, legado —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos en persona. Supongo que lo que sea que desea tratar debe de ser muy importante.

—Al grano, como siempre —dijo Lepidus, mirando al joven—. Seneca rondaba la veintena, era sorprendentemente apuesto, con rasgos clásicos romanos, una mandíbula afilada, ojos hundidos y una mirada llena de confianza. Llevaba el pelo más largo de lo que cabría esperar en un oficial romano, recogido hacia atrás, y su barba necesitaba sin duda el cuidado de una navaja. A pesar de esto, y de la sencilla capa marrón que probablemente había adquirido de alguna víctima desprevenida en una incursión nocturna, su complexión atlética y su fuerza implícita eran testimonio de su riguroso entrenamiento físico.

—Antes de empezar —dijo Lepidus—, he oído que tu última misión fue bien. Tienes mi gratitud.

—Capturamos al traidor —dijo Seneca—, pero, por desgracia, los bárbaros todavía tienen los planos que les vendió.

—No te preocupes por eso —dijo Lepidus—. El documento que se dejó estaba alterado para mostrar ubicaciones incorrectas. Además, salvo una invasión total, los depósitos de suministros están demasiado bien defendidos como para preocuparse por unas cuantas partidas de asalto.

—¿Ha venido usted de lejos? —preguntó Seneca—. Parece agotado.

—Lo estoy —dijo Lepidus—. He cabalgado directamente desde Roma, pero lo que tengo que decir no podía esperar. —Miró alrededor del claro—. ¿Estamos solos?

—Nos vigilan —dijo Séneca—, pero puede hablar con libertad. Mis hombres no pueden oírnos.

—Bien —dijo Lépido—. Porque, por ahora, mis palabras son solo para tus oídos.

Durante la siguiente media hora, aproximadamente, le repitió la conversación que había mantenido con el senador Umber en relación con el herrero. Séneca escuchó con atención, la cabeza gacha mientras asimilaba la información. Al final, ambos hombres guardaron silencio y Séneca alzó la mirada; su expresión era indescifrable, aunque teñida de una agudeza innegable.

—Aún no ha terminado usted —dijo sin más.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lépido, confuso—. Es todo lo que sé.

—No me ha dicho si cree que este plan debe seguir adelante o si es demasiado arriesgado.

—Necesitaba hablar contigo primero —dijo Lépido—. No seré yo quien ande esquivando a los germanos, así que necesito tu opinión.

—No la ha necesitado antes —dijo Séneca—. Mis órdenes suelen llegar por mensajero o dejarse en un punto de entrega acordado.

—Las misiones clandestinas dentro de mi esfera de control son una cosa —dijo Lépido—. Normalmente soy capaz de sopesar los riesgos frente al resultado probable, pero esto es algo completamente distinto. No tengo ni idea de qué recursos necesitas, dónde acabarás yendo o ni siquiera qué peligros puedes encontrar. Al menos aquí, en la Galia, tienes el apoyo del resto de los *exploratores* si lo necesitas, pero allí arriba, en Germania, estarás completamente solo.

—Hay legiones en Germania. ¿Por qué no podemos recurrir a ellas en busca de apoyo?

—Porque esta misión debe mantenerse en secreto entre tú y yo, y no podemos arriesgarnos a que nadie más se entere.

—Entonces, estaremos solos.

—En esencia, sí.

—¿Cuál es su presentimiento?

Lépido vaciló. Quería decir algo alentador, pero conocía a aquel hombre desde hacía años y nunca le había mentido. Merecía la verdad.

—Para serte sincero —dijo finalmente—, creo que es una misión suicida. Sé que tú y tus hombres sois buenos, pero no hay forma de que podáis entrar ahí, encontrar al hombre que queremos y salir sin ser vistos. Es imposible.

—Gracias por su sinceridad —dijo Séneca—. Pues esos son también mis pensamientos, y si hubiera respondido usted de cualquier otro modo, habría dicho que no. Pero si este hombre y su acero son tan importantes, y el resultado podría ser la salvación de muchos de nuestros camaradas en el futuro, entonces es una tarea que debe llevarse a cabo.

—Entonces, ¿lo harás? —preguntó Lépido, conmocionado.

—Acabo de decir que lo haremos, pero hay condiciones. Quiero seleccionar a mi propio equipo y necesitamos acceso a recursos hasta las orillas del río Rin. Después de eso, nos las arreglaremos solos, pero esta misión podría llevar meses y no pueden meternos prisa.

—De acuerdo —dijo Lépido.

—También necesitaremos caballos, comida y equipo. Enviaré una lista. Necesitaremos un guía en Germania, ya que ahorrará tiempo y exposición, y también necesitamos un barco.

—¿Un barco?

—No vamos a cruzar la Galia a pie —dijo Séneca—. Envíenos por mar y lo haremos mucho más rápido.

—Entonces, ¿crees que es posible?

—No veo por qué no —dijo Séneca—. Pero, como todo en la vida, está en manos de los dioses.

—Que así sea —dijo Lépido—. ¿Con cuántos hombres debo contar para el avituallamiento? ¿Veinte, treinta?

—Siete como máximo —dijo Séneca—, incluyéndome a mí.

Lépido lo miró atónito.

—¿Pretendes adentrarte en lo más profundo de territorio enemigo con solo siete hombres?

—Es mejor así.

—Pero seguro que no es suficiente. ¿Y si os encontráis con problemas?

—Pienso evitar los problemas a toda costa —dijo Séneca—. Con el mayor de los respetos, Lépido, preocúpese usted de llevarnos allí, que yo me preocuparé del resto. Y ahora, ¿cuándo partimos?

Capítulo Seis
Hispania

Marcus alzó la vista de su piedra de afilar. El birreme se encontraba atracado en un puerto hispano, donde llevaba ya dos días. Algunos de los hombres habían disfrutado de un permiso en tierra, pero ni él ni los otros diez legionarios a bordo; a ellos se les había encomendado la tarea de velar por la seguridad del barco mientras estuviera atracado. Durante las últimas horas, los esclavos del puerto habían estado acarreando provisiones frescas a la nave, como comida, agua y fajos de flechas para los arqueros. Marcus no estaba atado ni estrechamente vigilado y podría haber escapado fácilmente de haberlo deseado, pero era un hombre de palabra y aún estaba recuperando las fuerzas.

Satisfecho con el filo de su *pugio*, lo envainó y se puso en pie para asomarse por la borda. Las últimas provisiones estaban siendo subidas por la pasarela, y supo que pronto zarparían para reanudar sus patrullas por la costa.

Abajo, en el muelle, Marcus vio a Mario, el trierarca, hablando con un oficial bien vestido. Solo había hablado una vez con Mario desde que estaba a bordo, pero le había parecido un hombre tranquilo de ojos penetrantes, capaz de pasar de la amabilidad a la crueldad en un instante.

La conversación de abajo era obviamente tensa, y Marcus observó cómo Mario leía un pergamino que le había entregado el oficial. Al final, Mario arrojó el documento de vuelta al hombre y se dirigió al birreme hecho una furia, claramente enojado por el resultado que se hubiera alcanzado. Mientras subía por la pasarela, llamó al centurión que hacía guardia en la sección elevada de la proa.

—¡Rufius, preséntese ante mí!

El centurión bajó por la escala y se acercó.

—Hay un cambio de planes —dijo Mario, sumergiendo una taza encadenada en el barril de agua—. Se ha cancelado la patrulla.

—¿Por qué? —preguntó Rufius con calma, pues si algo había aprendido durante su servicio era que las cosas podían cambiar en cualquier momento y sin previo aviso.

—Acabo de recibir un mensaje del Senado y, aunque no estaba firmado, el sello era auténtico. Al parecer, a pesar de ser uno de los buques de guerra más exitosos desplegados en el Mare Nostrum, nuestro historial no significa nada y vamos a convertirnos en poco más que un barco de carga glorificado.

—¿Para transportar qué?

—No lo decía, solo que llegaría en los próximos días.

—¿Y nuestro destino?

—Tampoco lo decía, solo que recibiríamos más instrucciones cuando llegara la carga y que no debíamos hacer preguntas.

—La típica arrogancia senatorial —dijo Rufius—, pero da igual. Los hombres están bien entrenados y listos para ir adonde nos envíen.

—Asegúrese de que todo esté estibado —dijo Mario—. Tenemos que estar listos para zarpar en cualquier momento. Por lo visto, el tiempo apremia.

—Siempre apremia —suspiró Rufius y se dio la vuelta para ver a Marcus, que le devolvía la mirada tras haber oído toda la conversación.

—¿Tú qué miras? —gruñó—. Búscate una tarea o te la encontraré yo, y te aseguro que la mía será mucho más desagradable.

—Sí, *domine* —dijo Marcus, girándose para bajar a las cubiertas inferiores.

—Y dejad de llamarme «domine» —gritó el centurión—. Llamadme Rufius o no me llaméis en absoluto. Me da igual de una forma u otra.

Dos días después, Marcus estaba de nuevo en cubierta, esta vez con otros cincuenta tripulantes. El resto se encontraba abajo, preparando el barco para zarpar. Los que estaban arriba esperaban a que llegara la mercancía prevista, listos para bajarla a las entrañas del navío, pues habían recibido un mensaje de que ya venía en

camino. Mientras esperaban, Marcus se acercó para situarse junto al centurión.

—¿Sabes ya adónde vamos? —le preguntó.

—No —respondió Rufius sin apartar la vista de las lejanas puertas del muelle—, pero no tardaremos en saberlo.

Unos instantes después, seis hombres salieron por una puerta de un edificio cercano y se dirigieron hacia el barco. Excepto el que iba delante, que vestía una túnica de gran calidad, todos iban ataviados con ropas de campesino, incluidos unos mantos de color apagado. Todos iban sin afeitar y, salvo uno que era calvo, llevaban el pelo hasta los hombros o más largo. Cada uno cargaba un fardo sobre un hombro, similar a las sarcinae que llevaban los legionarios de Roma, pero más grande y sin las furcae, los palos cruzados que se usaban para transportar dichos bultos.

—¿Quiénes son? —preguntó Marcus.

—No tengo ni idea —contestó Rufius.

Los seis hombres subieron por la pasarela y pisaron la cubierta. Mario se acercó al hombre de las finas vestiduras, reconociéndolo como el oficial que había traído el mensaje inicialmente.

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó sin formalidades.

—Sus identidades carecen de importancia —dijo el oficial—, pero no así la necesidad de entregarlos sanos y salvos a su destino.

—¿Y dónde está ese destino exactamente?

—Está todo aquí —repuso el oficial, entregándole una cartera de cuero—. Contiene sus órdenes, así como las autorizaciones necesarias. Creo que verá que todo está en orden.

—¿Dónde está la mercancía? —preguntó Mario, mirando hacia el muelle—. No veo ningún carro.

—Estos hombres son la mercancía —fue la respuesta—, y todo lo que necesita saber es que es imperativo que lleguen a su destino sanos y salvos y lo más rápido posible.

—No mencionó en ningún momento que fuéramos a transportar pasajeros —dijo Mario, mirando a los cinco hombres que ahora estaban sentados sobre sus fardos y hablaban en voz baja

entre ellos—. Este es un barco de guerra, y si nos topamos con algún problema, no puedo garantizar su seguridad.

—No hay necesidad de que se preocupe por eso —dijo el oficial—. Ellos se cuidarán solos.

—Parece que ninguno de ellos ha visto un baño en su vida, y mucho menos una espada —dijo Mario, negando con la cabeza—. ¿Por qué no podía haberlos puesto en un barco mercante?

—Confórmese con saber que están haciendo un servicio a Roma —dijo el oficial—. Ahora, tengo que irme, pero sea consciente, trierarca, de que el Senado le considera personalmente responsable de su entrega y, salvo que su birreme se hunda con toda la tripulación, no aceptarán excusas por el fracaso. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Mario—. Pero la próxima vez que esté en Roma, recurriré a mis propios contactos en el Senado para averiguar qué está pasando exactamente.

—Haga lo que tenga que hacer —dijo el oficial, dándose la vuelta para bajar por la pasarela de vuelta al muelle.

—¡Preparaos para soltar amarras! —gritó Rufius, y mientras Mario abría la cartera para leer sus órdenes, el centurión se acercó para hablar con su cargamento humano.

—¿Quién de vosotros está al mando aquí?

—Eso sería contar demasiado —dijo uno sin levantar la vista —, pero puedes hablar conmigo si quieres.

—¿Tienes nombre?

—No te diré mi verdadero nombre —respondió el hombre—, pero puedes llamarme Falco.

—Bueno, Falco —replicó Rufius—, parece que tenemos una situación un tanto incómoda. ¿Has estado antes en un birreme?

—Eso, amigo mío, no es asunto tuyo —dijo Falco.

Rufius fulminó al hombre con la mirada y su mano fue a buscar la *vitis* que le colgaba del cinto.

—La verdad es que no me importa quién eres, cómo te llamas ni qué haces aquí —replicó Rufius—, pero mientras estés en mi barco, tu presencia es asunto mío. Y ahora, levántate cuando me hables.

Falco miró a sus camaradas, que intentaban disimular a duras penas la risa.

—Falco, déjalo en paz —dijo uno en voz baja, pero Falco se puso en pie y se volvió para encarar al centurión.

Rufius examinó al hombre de arriba abajo. No cabía duda de que era fornido y tenía la cara marcada por las cicatrices de demasiadas peleas, pero Rufius se había enfrentado a otros más grandes y no sentía miedo alguno.

—Bueno, empecemos de nuevo —dijo Rufius—. ¿Qué experiencia tienes en un birreme? —Le clavó la vara en el pecho a Falco.

Por un momento, todos guardaron silencio, a la expectativa de lo que pudiera ocurrir. La tripulación se imaginaba una paliza propinada por su jefe, pero los recién llegados sospechaban todo lo contrario.

—Por favor, no hagas eso —dijo Falco en voz baja.

—Haré lo que me plazca —dijo Rufius—. Sobre todo con alguien tan arrogante como tú. Quizá necesites una lección sobre las normas de un birreme. —Volvió a pinchar a Falco, esta vez obligándolo a retroceder.

—Ya te he pedido que no hagas eso —dijo Falco, con la voz ahora teñida de amenaza—. No volveré a pedírtelo.

Rufius apretó con más fuerza la *vitis*, intuyendo un desafío, uno que estaría más que encantado de aceptar.

—Cuando quieras, intenta detenerme —gruñó, adoptando una postura agresiva.

Falco frunció el ceño. Nada le gustaría más que hacerle daño a aquel hombre, no solo porque lo estaba provocando sin apenas motivo, sino porque representaba todo lo que despreciaba del ejército romano: la autoridad sin respeto.

—Falco, deja en paz a ese hombre —dijo uno de sus camaradas—, es una orden.

Con un profundo suspiro, Falco relajó los puños y retrocedió para sentarse en su sarcina.

—Ya me lo parecía —rio Rufius—. Gallina.

Falco miró al hombre que le había ordenado retirarse, con una súplica silenciosa en los ojos para que le permitiera darle una paliza al centurión. Pero su superior se limitó a negar con la cabeza suavemente, sabiendo que causar problemas tan pronto en el viaje solo acabaría en conflicto, y eso era lo último que necesitaban.

—¿Qué pasa? —gruñó el centurión, caminando alrededor del grupo—. ¿Sois todos unos cobardes como vuestro amigo? Venga, me encargaré de todos vosotros a la vez.

—Centurión Rufius —lo llamó una voz desde el otro lado de la cubierta—, venga a proa.

Rufius vaciló antes de volver a colgarse el vitis del cinturón y dirigirse a la proa para reunirse con Mario.

—Déjelos en paz —dijo Mario— y búsqueles un sitio donde dormir.

—Necesitan comprender cuál es su lugar en este barco —gruñó Rufius—, sobre todo el grandullón. Un birreme no es lugar para insolencias, y tampoco para civiles.

—He dicho que lo deje —dijo Mario, enrollando un papiro y volviéndolo a guardar en el zurrón—. Y fije un rumbo.

—Como desee —dijo Rufius, aparcando temporalmente su deseo de propinar una paliza; ya habría tiempo para eso más adelante—. ¿Adónde nos dirigimos?

—Hacia el oeste —dijo Mario—, y más allá del Mons Calpe.

—¿Vamos a abandonar el Mare Nostrum? —preguntó Rufius, escandalizado.

—Así es —dijo Mario—. Y una vez en el Mare Atlantica, rumbo al norte. Llevamos a estos hombres a Belgica.

Capítulo Siete
Mare Atlantica

Marcus oteaba a través de la bruma marina la lejana y oculta costa. Llevaban varios días siguiendo la línea de la costa desde que navegaron entre las Columnas de Hércules y ahora, debido a que la niebla se espesaba, se habían acercado mucho más a la orilla para no perder el rumbo. Desde que viraron hacia el norte, el cambio en las condiciones del mar había sido drástico. El oleaje era más alto, las olas más fuertes y el viento, brutal, lo que mantenía a los marinarii ocupados manejando la vela gigante mientras intentaban equilibrar la ventaja de los vientos del sur con la necesidad de mantener el barco bajo control.

El mayor vaivén había mareado a muchos de los legionarios, y los cinco hombres que habían embarcado en Hispania se habían mantenido apartados, recluidos tras una lona suspendida en un rincón de la cubierta inferior.

En la popa del barco, lejos de las jarcias, Dento y el muchacho servían cucharones de estofado caliente a la tripulación desde un caldero colocado sobre un horno de arcilla. Era la primera vez en días que habían podido cocinar, ya que el tiempo había amainado un poco. Aunque el fuego estaba cuidadosamente controlado, dos marinarii permanecían cerca con cubos de agua de mar para extinguir cualquier llama si era necesario. La mitad de la tripulación ya había comido y había desaparecido bajo cubierta con sus cuencos de estofado de cordero humeante y un pedazo de pan, mientras que otros hacían cola pacientemente, esperando su turno. Detrás de ellos estaban los recién llegados, que se acercaron al caldero con sus propios cuencos de madera una vez que la tripulación y los legionarios hubieron comido. Después de recibir su comida, cuatro de ellos siguieron a los demás bajo cubierta, pero el quinto se acercó a un cajón resguardado del viento para sentarse a solas. Marcus, con su propio cuenco en la mano, se acercó para sentarse con él.

—Me he dado cuenta de que no quedaba pan para ti y tus camaradas —dijo Marcus—. Toma, puedes quedarte con el mío.

El hombre alzó la vista. —¿Por qué haces eso?

—Por nada en especial —dijo Marcus—. O lo tomas o lo dejas, como quieras.

—Cogeré la mitad —dijo el hombre, señalando con la cabeza el espacio vacío en el cajón a su lado—. Siéntate, me llamo Seneca.

—A mí me conocen como Marcus —fue la respuesta, mientras Marcus se sentaba y se concentraba en su propio cuenco—. Qué bien sienta un poco de comida caliente al fin.

—Desde luego —respondió Seneca, mojando el pan en su estofado. El silencio volvió a reinar hasta que ambos cuencos estuvieron vacíos, y Marcus compartió una petaca de vino aguado.

—Y bien, ¿en qué legión serviste? —preguntó Seneca finalmente.

—¿Qué te hace pensar que no soy un marinarius?

—No eres un marinero, de eso estoy seguro —dijo Seneca—. Tu porte grita «legionario», y uno de los buenos. Te he visto entrenar con los otros y no te llegan ni a la suela del zapato. Habría pensado que alguien con tus habilidades ya sería por lo menos centurión en alguna de las legiones.

—Lo fui —dijo Marcus—. Serví en la Legio II Augusta. Ahora solo soy otro soldado atrapado en un birreme durante los próximos veinticinco años.

—Debiste de hacer algo muy grave para merecer ese destino.

—Depende del punto de vista —dijo Marcus—. Mi versión difiere mucho de la de mi acusador, pero esa es la carga que sobrellevo. A menudo se juzga la culpabilidad por la gente que conoces en lugar de por los hechos, y parece que yo no conocía a la gente adecuada.

—¿Qué hiciste?

—Ya no importa. Lo importante es regresar para matar al hombre que me tendió la trampa.

—Ah, una noble misión, desde luego —dijo Séneca, devolviéndole la petaca—. Todos necesitamos una de esas en la vida.

—¿Y tú? —preguntó Marcus—. ¿Cómo es que estás aquí, en medio de la nada?

—Algo parecido —dijo Séneca—. Aunque, en mi caso, fue una decisión tomada por voluntad propia.

—No sois mercaderes, ¿verdad? —dijo Marcus.

—Es mejor que no lo sepas —dijo Séneca, poniéndose en pie —. En fin, gracias por el pan y el vino. —Al darse la vuelta, un sonido lejano llegó a través de la niebla y se detuvo en seco.

Marcus se puso en pie. Él también había oído algo, pero no estaba seguro de qué era. Unos instantes después, el ruido se repitió, amortiguado por la niebla, pero todavía reconocible. Era el grito de una mujer aterrorizada.

Abajo, en las cubiertas inferiores, algunos de los *marinarii* seguían comiendo mientras otros aprovechaban para dormir, ya que el viento aún era su aliado. En el extremo más alejado, detrás de una lona de vela suspendida, tres de los pasajeros que habían subido al barco en Hispania estaban sentados alrededor de un cubo volcado, jugando a los dados. Otro intentaba dormir en una de las hamacas que les había dado el miserable pañolero.

Falco, el hombre que se había enfrentado a Rufius el primer día, estaba especialmente metido en la partida, pues había apostado uno de sus mejores cuchillos contra una jarra de vino en una apuesta en la que el ganador se lo llevaba todo. El juego era sencillo: una tirada cada uno y ganaba la puntuación más alta. Levantó los dados con sus dos manos gigantes, agitándolos suavemente mientras cerraba los ojos e imploraba suerte a sus dioses.

—Oh, Fortuna, diosa del azar y la suerte, escucha mi plegaria. Al lanzar estos huesos, guía mi mano con tu favor. Concédeme el triunfo y que la fortuna me sonría en este día. Ave Fortuna.

Con una sonrisa cómplice, hizo rodar los dados sobre el cubo y los vio rebotar en el borde metálico antes de detenerse para revelar la puntuación: un seis y un cinco.

—¡Sí! —exclamó Falco con entusiasmo y, mientras su oponente cogía los dados, volvió a levantar la cabeza para invocar la

ayuda divina, aunque esta vez fue una diosa diferente la que recibió su súplica.

—Poderosa Némesis, diosa de la retribución y el equilibrio. Gloria a ti en este día. Que se haga justicia por tu divina influencia y trae la desgracia sobre mi oponente. Maldice sus manos y haz que la balanza del destino se incline a mi favor. Ave Némesis. Ah, y que las pulgas de mil camellos infesten sus axilas.

—¿Has terminado ya? —suspiró Sica, con su voz aterciopelada y tranquila como siempre en la penumbra.

—Tira los dados y punto —dijo Falco, poniéndose en pie con excitación.

El sirio miraba fijamente al exgladiador con el atisbo de una sonrisa divertida en el rostro. Le había ganado docenas de veces, pero aun así Falco volvía a por más. Sopló los dos dados que tenía en la mano y los lanzó sobre el cubo mientras Falco se agachaba para ver el resultado... ¡Un doble seis!

—¡Nooo! —rugió—. ¡Por los dioses! ¿Cómo puede un hombre tener tanta suerte?

—Ya te lo he dicho antes —dijo una voz desde la hamaca—. Nunca deberías jugar a juegos de azar con un sirio, y menos con este. Es obvio que los dados están cargados.

—No pueden estarlo —jadeó Falco—. Los he traído yo mismo.

—Tiene su propio juego —suspiró el hombre—. ¿Puedes callarte ya? Tu voz empieza a ponerme de los nervios.

Falco fulminó con la mirada a su oponente sirio, entrecerrando los ojos.

—¿Tienes otro juego? —gruñó—. Porque si lo tienes, te juro que serás pasto de los peces antes de que pase una hora.

—Puedes registrarme si quieres —dijo Sica con una sonrisa ladina, poniéndose en pie y abriendo los brazos.

Antes de que Falco pudiera moverse, alguien bajó rápidamente por la rampa de la cubierta superior y siseó una orden, con la voz deliberadamente baja.

—¡*Marinarii* a los remos, legionarios a las armas, pero en silencio!

A pesar de sus intentos por mantener el silencio, el sonido de los hombres moviéndose con urgencia para ocupar sus puestos se extendió por el barco. Los *marinarii* se empujaban para acomodarse lo mejor posible en los remos mientras los soldados se ponían sus armaduras de cuero, cogían sus armas y subían por la rampa.

Los pasajeros dejaron lo que estaban haciendo y escucharon la actividad, olvidándose por completo de los dados. El sirio apartó la cortina de inmediato para seguir a los otros arriba, y tras él fue el tercer jugador, Félix, pero Falco se detuvo y recogió su cuchillo de la improvisada mesa.

—¿Vienes? —preguntó al pasar junto a la hamaca—. Parece que puede que nos necesiten.

—No, aquí estoy bien —dijo la voz—. Pero que te diviertas.

Falco negó con la cabeza, incrédulo. Parecía que su camarada se pasaba la mitad de la vida durmiendo, y se preguntó si todos los hombres de Britania estarían afligidos de forma similar.

—Te llamaré si te necesitamos —dijo mientras pasaba.

—Sí, tú haz eso —contestó el hombre, todavía con los ojos cerrados—. Cuando Falco se dirigía a la rampa, volvió a llamarlo—: Y pídeles que no hagan tanto ruido, que aquí abajo algunos intentamos dormir.

Falco subió por la rampa y cruzó la cubierta hasta donde sus camaradas se habían unido a Séneca en la barandilla. Los cuatro guardaron silencio y, aunque de fondo se oía el sonido de los legionarios tomando posiciones, a lo lejos se escuchaba el reconocible estruendo de una pelea. Mientras escuchaban, el trierarca Mario se acercó a hablar con Séneca.

—Parece que podríamos tener problemas más adelante —dijo —. Le sugiero que usted y sus hombres bajen hasta que esto termine.

—¿Por qué va a afectarnos? —preguntó Séneca—. No tenemos intención de desembarcar, ¿verdad?

—Ese combate no es en tierra —dijo Mario—. Estamos demasiado lejos. Es una batalla naval y calculo que hay al menos dos barcos implicados, posiblemente más. Lo veremos en breve,

pues esta bruma se está disipando, y cuando lo hagamos, decidiremos qué medidas tomar.

—¿Por qué no puede simplemente pasar de largo? Seguro que no es asunto nuestro.

—Lo es si hay un barco romano implicado.

—Tiene órdenes de llevarnos a mis hombres y a mí a la Bélgica lo antes posible —dijo Séneca—. Esto no es más que una distracción y nos llevará demasiado tiempo.

—Órdenes o no —dijo Mario—, la razón de ser de este barco es proteger los intereses de Roma, dondequiera que sea, y de ningún modo continuaremos hasta que sepamos qué está pasando. He oído claramente el grito de una mujer, y eso sugiere que podría haber un mercante implicado, lo que significa que puede haber civiles a bordo. Ahora le sugiero que baje a cubierta por si tenemos que intervenir.

—La bruma se está disipando —dijo Félix—. Parece un barco de guerra galo y está al costado de un mercante.

Todos observaron cómo la bruma se dispersaba por fin y la escena se volvía más nítida. El barco de guerra, más pequeño, estaba unido al más grande con garfios de abordaje, y era evidente que era el agresor. Séneca alzó la vista hacia el emblema en la vela del barco civil y maldijo en voz baja. Era romano, sin duda alguna.

Dos minutos más tarde, el birreme era un hervidero de actividad. Los *marinarii*, fuertemente armados, subieron corriendo de las cubiertas inferiores para formarse detrás de los legionarios, mientras que los arqueros se reunieron en el centro de la cubierta, cada uno con varias docenas de flechas junto con su propio *gladius* y *pugio*. Otro grupo de hombres se alineó en las barandillas, cada uno de ellos con una puntería mortal con la honda y llevando vasijas incendiarias apagadas para que los arqueros encendieran sus flechas si era necesario. También ellos llevaban espadas sujetas al cinto, pues en la guerra naval todo hombre era necesario si se llegaba a combatir. En la proa, la balista ya estaba cargada con una enorme flecha atada a un extremo de una cuerda, y mientras cada hombre se acomodaba en su puesto, una extraña calma se apoderó de todos en la cubierta.

El comandante de la nave evaluó la situación con cuidado. Era obvio que los atacantes ya habían visto el birreme y estaban reembarcando frenéticamente en su propia nave para escapar.

—Se están retirando —dijo el centurión Rufio en voz baja—. ¿Deberíamos dejarlos ir y ayudar a los que quedan en el barco mercante o atacamos?

—En esa nave hay romanos —dijo Mario—, y los están conduciendo a una vida de miseria. Si los dejamos escapar, serán libres de repetir sus ataques sobre otros barcos una y otra vez. Preparad el ataque, y enseñémosles a estos bárbaros de lo que es capaz realmente la armada de Roma.

Rufio se dio la vuelta y vociferó sus órdenes.

—¡Timonel, haz virar la nave! ¡Arriad las velas y pasad el mensaje, remos a toda fuerza! ¡Marineros de cubierta, guardad las vasijas incendiarias!

—A la orden, Rufio —gritó un coro de voces y, mientras el birreme volvía a estallar en actividad, Séneca se volvió hacia Falco y Félix, que estaban a su lado.

—¿Dónde está Raven?

—Durmiendo otra vez —dijo Falco—. ¿Voy a por él?

—Todavía no —dijo Séneca, volviéndose de nuevo hacia el barco galo—. Veamos primero cómo se desarrolla esto.

Capítulo Ocho
Bélgica

Talorcan, a horcajadas sobre su caballo, se encontraba en una colina que dominaba un ancho y boscoso valle, a sabiendas de que el día que tenía por delante sería difícil. Tras él, varios miembros de su tribu esperaban con paciencia, confiando en la inigualable habilidad de Talorcan para encontrar a su presa. Era, con diferencia, el mejor cazador de su generación, con un don de los dioses para seguir hasta el más tenue de los rastros.

Tras desmontar, Talorcan empezó a caminar describiendo círculos cada vez más amplios, deteniéndose de vez en cuando para examinar el suelo en busca de las más leves hendiduras, una hebra de pelo o una brizna de hierba doblada en la dirección equivocada. Cada pista era un posible indicador del paso de animales, pero solo una parte de la historia. La frescura y la dirección de las señales eran cruciales; cualquier cosa con más de un día de antigüedad resultaba inútil, pues la presa podría estar ya muy lejos. Recogió un puñado de tierra, se lo acercó a la nariz y luego miró a sus camaradas.

—Estamos cerca —dijo—. Han pasado por aquí hace apenas unas horas. —Volvió a mirar hacia el valle—. Sospecho que están por ahí abajo, buscando bellotas y raíces.

Sus compañeros asintieron con aprobación, pero sabían que, aunque Talorcan tuviera razón, aún les quedaba trabajo por hacer. Una piara de jabalíes protegía ferozmente a sus crías y muchos hombres habían muerto cazando a estas bestias. No podían correr ningún riesgo.

—Mandad aviso colina abajo —dijo Talorcan—. Decidles que traigan a los perros y que se reúnan con nosotros donde ese arroyo se une al río, pero aseguraos de que no los suelten todavía; no queremos espantar a los jabalíes.

Uno de los hombres hizo girar su caballo y galopó colina abajo, mientras otro se acercaba al cazador.

—El sol se está poniendo —dijo—. No creo que sea buena idea perseguirlos en la oscuridad.

—Ni yo tampoco, Gunther —contestó Talorcan—. Acamparemos ahí abajo, junto al arroyo, y saldremos con las primeras luces. No te preocupes, los jabalíes no irán lejos en la oscuridad.

Gunther asintió y se giró para llamar al resto de la partida de caza. Talorcan los vio pasar, cada uno de ellos un guerrero ferozmente orgulloso de los belgas y un hábil cazador por derecho propio. Todos lucían el pelo largo y la barba recortada, como era costumbre entre sus jóvenes, y vestían suaves calzas y jubones de cuero bajo pesadas capas de piel de animal. Estas capas estaban confeccionadas con las bestias que cada hombre había matado en presencia de otros; la mayoría eran de ciervo, unas pocas de lobo y Talorcan llevaba una piel de oso, con el cuero cabelludo incluido, que ahora formaba una cálida capucha cuando la necesitaba.

Sobre su silla de montar, Talorcan tenía su arco de caza al alcance de la mano, y del cinturón le colgaba una espada, pago por el tiempo que había pasado como explorador para la legión romana local. Llevaba un cuchillo envainado cruzado sobre el pecho, listo para ser desenvainado en segundos si era necesario.

Así armado, siguió a sus camaradas hasta el río y, cuando el resto de la partida de caza los alcanzó una hora más tarde, acamparon bajo las extensas ramas del robledal.

Más tarde esa noche, Talorcan y sus compañeros de caza estaban sentados alrededor de la hoguera, comiendo trozos de venado de un pequeño ciervo que se basaba en el espetón sobre las llamas. Dos de los perros habían abatido al animal ese mismo día y, como las noches eran cada vez más frías, agradecían el calor de sus capas para complementar el de la hoguera.

—¿Qué se siente? —preguntó Gunther, mordisqueando la carne que quedaba en un hueso de la pata.

—¿El qué? —preguntó Talorcan, mirándolo.

—Volver a estar aquí, en una cacería de jabalíes en las tierras de nuestros antepasados, sentado junto a una hoguera bajo las estrellas con tus compañeros belgas. Debe de ser agradable.

Talorcan hizo una pausa, pues sabía adónde iba a parar la conversación.

—Sienta tan bien ahora como en cualquier otro momento —respondió—. ¿Por qué no habría de serlo?

—Porque parece que últimamente pasas mucho tiempo en el fuerte romano. Empezaba a pensar que te habían convertido en uno de los suyos.

—Solo cazo para los romanos unas pocas veces al año —dijo Talorcan—, y, aun así, solo cuando las necesidades de nuestra tribu lo exigen. Los bienes que nos dan a cambio son bien recibidos por nuestros ancianos, sobre todo ahora que se acerca el invierno.

—Nos hemos ocupado de los nuestros desde el principio de los tiempos —dijo Gunther—. ¿Por qué necesitamos ahora las baratijas que los romanos nos arrojan a los pies?

—Las mantas cálidas no son meras baratijas —dijo Talorcan —. Tampoco lo son las medicinas o las semillas que traen. Todo tiene su lugar en nuestra tribu y, además, tú mismo sabes que los tiempos son cada vez más difíciles y que tales cosas son complicadas de obtener.

—Aun así, me parece que pasas demasiado tiempo allí —dijo Gunther—. La gente empieza a hablar. Dicen que prefieres el vino romano al hidromiel germánico y todo lo que conlleva su modo de vida. Llevas incluso un gladius atado al cinto en lugar de la espada que portaba tu padre.

—¿Quién es esa gente que dice tales cosas? —preguntó Talorcan.

—Los que se sientan junto a las hogueras por la noche, hablando de las costumbres de nuestra gente. No lo hacen con malicia, pero las dudas son cada vez más fuertes, amigo mío, y creo que deberías volver al redil. Después de todo, siguen siendo nuestros enemigos.

—Los romanos no son nuestros enemigos —dijo Talorcan—. Llevamos muchos años en paz.

—Los romanos siempre serán los enemigos de las tribus germánicas —dijo Gunther mientras lanzaba un hueso al perro más cercano—. La única paz de la que gozamos es la que ellos nos

imponen. Esas mantas y semillas que te dan a cambio de tus servicios, ya las hemos pagado con creces con el tributo que entregamos en el solsticio de verano. Te utilizan para sus propios fines, nada más, así que quizá sería bueno que regresaras a la aldea de forma permanente.

—¿Para qué? —preguntó Talorcan—. La familia que tenía desapareció hace mucho, e incluso cuando regreso, comparto una casa comunal con los otros solteros, hablando de nada más que de los viejos tiempos, cuando luchábamos y matábamos a nuestros hermanos de otras tribus. ¿En qué era eso mejor que la paz de la que ahora gozamos, sin importar cómo se haya conseguido?

—Entonces había honor y gloria —dijo Gunther— y, de todos modos, no tienes por qué vivir en la casa comunal. Si te buscas una esposa y formas una familia, los hombres de la aldea te ayudarán a construir tu propia choza, y podrás usar tus habilidades para tu propia gente en lugar de para los invasores.

Talorcan suspiró en voz baja. Sabía que Gunther tenía buenas intenciones pero, por mucho que amara a su pueblo, él deseaba otra cosa. Cuando cazaba o exploraba para los romanos, sentía que sus habilidades se ponían verdaderamente a prueba. La camaradería y las penalidades que a menudo experimentaba en las patrullas despertaban algo en su interior, casi un instinto primigenio de sobrevivir a toda costa.

—Rezaré a los dioses para que me guíen —dijo finalmente, dando por zanjada la conversación. Uno de los hombres pasó una petaca de hidromiel y, mientras el calor se extendía por sus cuerpos, la conversación derivó hacia historias de cuando las tribus combinadas, unidas bajo Arminius, infligieron una devastadora derrota a tres de las más poderosas legiones de Roma en Teutoburgo. La sangre había corrido como ríos aquel día y el bosque había reverberado con los sonidos de la batalla: el choque del hierro contra el hierro, los caballos relinchando de dolor y los hombres suplicando piedad o rezando a sus dioses por una muerte rápida. Había sido una victoria brillante para las tribus germánicas; sangrienta, brutal y costosa, pero brillante, al fin y al cabo.

Finalmente, cuando solo quedaban unas pocas horas de oscuridad, se arroparon bien con sus capas y se durmieron, sabiendo que el alba traería una de las cacerías más peligrosas de todas: la del jabalí gigante.

A la mañana siguiente, ya se encontraban dos leguas río abajo antes de que el sol se abriera paso entre las copas de los árboles, y Talorcan alzó la mano pidiendo silencio. La columna de cazadores contuvo a sus caballos y aguzó el oído en busca de cualquier sonido de su presa. Efectivamente, a lo lejos, oyeron el inconfundible gruñido de un jabalí hozando en la tierra blanda.

Como un solo hombre, descabalgaron, desataron las lanzas de sus sillas y esperaron a que Gunther, el cazador más veterano, diera la orden.

—Manteneos alerta —dijo—. Soltad a los sabuesos.

En cuestión de segundos, seis enormes perros de caza se abalanzaron hacia delante, liberados de sus correas. Sus fosas nasales ya estaban impregnadas del olor de su presa y se dirigieron a toda velocidad hacia el denso sotobosque, un lugar al que ningún caballo podía acceder.

Los cazadores los siguieron, abriéndose paso entre los arbustos espinosos, protegidos por sus gruesas capas. Sabían que debían actuar con rapidez, pues, a pesar de su tamaño, los perros no eran rival para un jabalí adulto y solo se los usaba para acorralar a la bestia hasta que llegaran los cazadores.

Al cabo de unos instantes, oyeron cómo comenzaba el enfrentamiento: los ladridos y gruñidos de los perros se entremezclaban con los bufidos y rugidos del jabalí gigante. El aullido de dolor ocasional significaba que los perros no lo estaban teniendo nada fácil y, para cuando llegaron los cazadores, dos de ellos ya yacían en el suelo, heridos de muerte, víctimas de los enormes y ensangrentados colmillos.

De inmediato, vieron que su presa había sido acorralada contra un contrafuerte de piedra y luchaba desesperadamente contra los perros. Los cazadores se desplegaron, formando un semicírculo, y esperaron a que el animal se cansara. Finalmente, la

lucha amainó y, cuando los perros empezaron a flaquear, Gunther dio la orden que todos esperaban.

—Retiradlos.

Uno de los cazadores se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido penetrante que cruzó el claro. Los perros, bien adiestrados, se dieron la vuelta y corrieron hacia sus amos mientras el resto de los hombres avanzaba.

—¡Preparados! —gritó Gunther. Cada cazador colocó una flecha en su arco, sabiendo que cada disparo debía contar.

—¡Ponedlas! —gritó Gunther—. ¡Fuego!

Varias flechas surcaron el aire, hundiéndose en su presa y causando heridas devastadoras. El jabalí cayó con un chillido ensordecedor, pero para horror de Gunther, se incorporó con dificultad y se volvió para enfrentarse a sus atacantes.

—¡Las lanzas! —rugió Gunther desde atrás, y mientras el jabalí cargaba, cada hombre preparó frenéticamente su venablo. Varios volaron por el aire, pero solo dos alcanzaron el objetivo. El ímpetu de la bestia la llevó directamente sobre uno de los cazadores, derribándolo bajo su cuerpo mucho más pesado y cargado de grasa.

La víctima gritó cuando el jabalí le aplastó los pulmones dejándolo sin aire. Otras dos lanzas se clavaron en el corazón del animal a corta distancia. Finalmente, el jabalí dejó de forcejear y los hombres se unieron para retirar el animal muerto de encima de su camarada. Para su alivio, aún estaba vivo, pero evidentemente herido y cubierto de sangre.

—¿Dónde estás herido? —preguntó uno de los hombres—. No veo nada con tanta sangre.

—No lo sé —jadeó la víctima—. Lo que más me duele es el brazo.

—Tienes el brazo roto —dijo otro cazador—. Ya lo arreglaremos. Pero ¿de dónde sale toda esta sangre?

—Es la sangre de la bestia lo que veis —dijo Gunther, acercándose—. No la de Alaric. Limpiadlo y vendadle el brazo. Las mujeres se ocuparán de él cuando regresemos. —Miró hacia el contrafuerte donde Talorcan se encontraba, a la entrada de una pequeña cueva.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gunther, acercándose mientras desenvainaba el cuchillo.

—Creo que hay crías dentro —dijo Talorcan—. Y posiblemente también la hembra. Con razón el jabalí se quedó a luchar.

—Son buenas noticias —dijo Gunther—. Los ahuyentaremos con humo y mataremos a todos los que podamos.

—¿Por qué? —preguntó Talorcan, volviéndose—. Ese jabalí tiene carne de sobra para un mes. ¿Por qué matar al resto de la familia sin más?

—El cochinillo está delicioso —dijo Gunther— y, además, nunca se tiene demasiada carne.

—Gunther —dijo Talorcan—, nuestros antepasados no cazaban así. Cogían lo que necesitaban y luego dejaban que el bosque se recuperara para que volviera a proveer cuando hiciera falta. Si seguimos matando así, sin motivo, pronto no quedarán jabalíes. Dejadlos en paz y el año que viene habrá más que cazar, tan magníficos como el que hemos matado.

Gunther reflexionó un momento y luego asintió.

—Tus palabras son sabias —dijo—. Por un momento, mi corazón ha sido tan codicioso como el de un romano. Los dejaremos en paz y daremos gracias a los dioses por lo que tenemos. Vamos, tenemos que encargarnos del brazo de Alaric y descuartizar a la bestia para transportarla. —Miró a los dos perros heridos que estaban siendo atendidos por sus amos—. ¿Cómo están? —gritó, pero solo recibió una negativa con la cabeza como respuesta. Mientras ambos observaban, uno de los hombres sacó un cuchillo para acabar con el sufrimiento de los perros.

Talorcan suspiró con frustración. Habían conseguido una buena pieza, pero los perros entrenados valían su peso en plata. Había sido un día productivo, aunque costoso.

Capítulo Noveno
Mare Atlantica

—Mantenedla firme —gritó Rufius mientras el birreme acortaba la distancia—. Timonel, ponga rumbo a los remos. ¡Remeros, a velocidad de embestida!

Las flechas volaron hacia ellos desde el barco que huía y, aunque muchas se clavaron inofensivamente en la cubierta, dos dieron en el blanco, lanzando a sus víctimas hacia atrás entre gritos de dolor. Rufius echó un vistazo y vio que a uno le habían alcanzado en el brazo y al otro en la pierna; ninguna de las dos era una herida necesariamente mortal.

—¡Bajadlos a cubierta! —gritó—. ¡Preparaos para el impacto!

En cuestión de segundos, el birreme se deslizó por el agua junto a la nave enemiga y, aunque intentaron retirar los remos, ya era demasiado tarde; la proa blindada de la embarcación romana los destrozó como si no fueran más que ramas secas de invierno. Dentro del barco celta, los gritos de los hombres heridos, con los cuerpos aplastados por los remos, resonaron por las cubiertas. A diferencia de los remeros romanos, ellos estaban encadenados a sus bancos y no pudieron escapar.

El impulso del birreme los apartó de los piratas y los llevó a mar abierto. Trazó un amplio arco hasta quedar frente al costado de la nave enemiga. Sin los remos dañados, el barco estaba al garete, pero Rufius pudo ver que intentaban izar las velas desesperadamente. Dio la siguiente orden.

—Ballista, preparad los cabos. Apuntad a mitad del casco. Asegurémonos de que no escapen.

Junto a las barandillas, Seneca y sus hombres observaban el desarrollo del ataque. Todos eran luchadores experimentados, pero una batalla naval era algo completamente nuevo para ellos.

—¿Por qué no le lanzan una andanada de flechas incendiarias —preguntó Falco— y lo envían al reino de Neptuno?

—Probablemente haya prisioneros romanos a bordo —dijo Felix—, y esperan tomar el barco intacto para poder liberarlos.

—Tiene sentido —dijo Falco asintiendo, mientras observaba con fascinación cómo se acercaban de nuevo a la nave. Felix era el único miembro del equipo que nunca sufría la arrolladora personalidad y el ingenio mordaz de Falco. Cuando se unió al equipo por primera vez a petición de Seneca, fue Felix quien lo tomó bajo su protección y le enseñó las habilidades necesarias para seguir con vida en su peculiar forma de vida. Felix era mucho mayor que los demás y se acercaba al final de sus veinticinco años de servicio en las fuerzas de Roma, pero a pesar de la diferencia de edad, su vasta experiencia y toda una vida de conflictos lo hacían tan letal como los otros en combate.

—¡Ballista lista! —gritó Rufius desde el otro lado del barco—. ¡Lanzad!

La flecha gigante salió disparada de la balista, arrastrando el cabo tras de sí como una cola interminable. Segundos después, se estrelló contra el casco de madera de la nave enemiga, y sus enormes púas aseguraron que no pudiera retirarse con facilidad.

—Eso debería sujetarla —gritó Rufius—. ¡Timoneles, abarloaos! ¡Marineros, preparad los garfios! ¡Preparaos para el abordaje!

Decenas de marineros corrieron hacia delante y se agazaparon tras las amuradas de madera, lejos de las flechas enemigas. Los legionarios se situaron detrás de ellos, protegidos por sus scuta, y entre ellos estaba Marcus, que anticipaba con entusiasmo su primera lucha en mucho tiempo. Estaba casi recuperado por completo y, aunque odiaba estar en el barco, el corazón se le aceleraba al pensar en la batalla. Era para lo que se había entrenado y en lo que había destacado antes de ser acusado de cobardía.

—Lanzadores de garfios listos —gritó Rufius mientras el birreme se acercaba a su objetivo—. ¡Firmes..., firmes..., lanzad!

Al instante, los marinariise pusieron en pie y lanzaron sus arpeos con todas sus fuerzas a través del estrecho hueco. Algunos se quedaron cortos, otros no lograron engancharse, pero la mayoría

hizo presa, y aquellos que habían encontrado un objetivo recogieron de inmediato el cabo sobrante y juntaron las dos naves. Algunos enemigos corrieron a cortar las amarras, pero ya era demasiado tarde, y en cuanto las dos naves se tocaron, un rugido ensordecedor brotó de las gargantas de los romanos mientras se abalanzaban sobre las bordas y cargaban contra los piratas galos.

Los galos respondieron con la misma intensidad. Puede que no tuvieran el entrenamiento de los legionarios, pero eran hombres salvajes, curtidos en la batalla tras una vida de violencia. Su táctica era sencilla: pura agresividad sin adulterar, sin el más mínimo atisbo de miedo. Desde las cubiertas superiores, los arqueros lanzaron una lluvia de flechas sobre la nave romana, pero a medida que ambos bandos entraban en combate, la amenaza disminuyó, pues era más difícil distinguir los objetivos en la melé.

El contraataque inmediato cogió a los romanos por sorpresa y se vieron a la defensiva, siendo sus escudos lo único que evitaba que cayeran víctimas de las hachas gigantescas y las espadas largas que blandían los enemigos. El centurión Rufius se encontraba entre los que habían abordado la nave y supo que tenía que hacer algo rápidamente. Miró a su alrededor y vio a Marcus a su lado, agazapado tras su propio *scutum*.

—Usted dijo que no era ningún cobarde —gritó Rufius—, así que demuéstreme de lo que es capaz. A la de tres, siga mi ejemplo. ¿Listo? ¡Una, dos y tres! —Se abalanzó hacia arriba y adelante, derribando a su atacante antes de hundir su *gladius* en la garganta de su víctima. Marcus hizo lo mismo, matando al hombre que tenía delante, y ambos avanzaron, abriendo una brecha en la línea enemiga.

—¡Legionarios, adelante! —rugió Rufius. Y como un solo hombre, sus soldados desplegaron la misma táctica y obligaron a los defensores a retroceder—. ¡Avanzad! —volvió a gritar Rufius. Y lentamente, paso a paso, la línea romana avanzó, con los escudos trabados y ahora mucho más cómoda con las maniobras familiares. Rufius y Marcus lucharon con furia y sembraron el caos tras su inesperada ruptura de la línea, y un grupo de piratas se reagrupó para abatirlos. Ambos eran excelentes luchadores y mataban sin

piedad gracias a su depurada técnica, pero no tardaron en verse separados y ahora cada uno luchaba por su cuenta.

Rufius hizo retroceder a su oponente por la cubierta, golpeándolo con su *scutum* mientras descargaba golpe tras golpe sobre él con su *gladius*. El galo se defendía frenéticamente con su propio escudo, más pequeño, pero había perdido todo el ímpetu y ahora retrocedía tambaleándose, luchando por recuperar el control. Momentos después, Rufius lo arrojó por la borda al mar. El centurión se giró y encontró a otro galo de pie a pocos pasos, pero antes de que pudiera reaccionar, el guerrero le lanzó un cuchillo que se clavó profundamente en su hombro y le partió la clavícula en dos.

Rufius ahogó un grito de dolor y retrocedió tambaleándose, tratando desesperadamente de quitarse la hoja mientras su oponente se abalanzaba para rematarlo. Sabiendo que estaba en serios apuros, el centurión cargó de nuevo contra su atacante con el *scutum* en alto. Los hombres chocaron entre sí y la espada del galo salió despedida de su mano al caer ambos en un montón sobre la cubierta. Durante unos instantes, Rufius llevó la ventaja, pero su oponente extendió el brazo por debajo de él y retorció el cuchillo ya incrustado en su hombro. Esta vez Rufius gritó de dolor y el galo lo apartó de un empujón antes de recoger su espada para acabar con él. Pero justo cuando se disponía a asestar el golpe mortal, una *caligae* con clavos le impactó en la cara, y la mitad inferior de su mandíbula destrozada se le subió hasta el pómulo. El hombre gritó de dolor, pero su lamento fue interrumpido por un *gladius* que se hundió en su nuca y le seccionó la columna vertebral.

Rufius alzó la vista con alivio y vio a Marcus cerniéndose sobre él. Le tendió el brazo para que lo ayudara a levantarse mientras Marcus miraba el cuchillo aún clavado en el hombro del centurión.

—Vuelva a la nave —gritó Marcus—. Yo me encargo desde aquí.

—Sáquemelo y ya está —gritó Rufius—. Aún no he terminado.

Marcus se quedó mirando al centurión, pero la determinación en el rostro del hombre le hizo comprender que era inútil discutir. Extendió la mano y agarró el cuchillo.

—¿Listo?

—Hágalo —gritó Rufius. Y mientras este rugía en señal de desafío, Marcus le arrancó la hoja del hombro. El centurión se dejó caer contra uno de los mástiles mientras las oleadas de dolor lo inundaban.

—Necesita un medicus —gritó Marcus, antes de volverse para enfrentarse a otro galo que los atacaba por la espalda. Se abrió paso a la fuerza, devolviendo golpe por golpe al pirata antes de desviar finalmente la hoja enemiga a un lado y hundir la suya en el corazón del hombre. A su espalda, la situación era desesperada. Otros dos hombres se habían abalanzado sobre el centurión herido y Marcus vio que estaba en serios apuros. Con un rugido atronador, se lanzó de nuevo a la refriega y mató a uno al instante antes de derribar al segundo. Ambos hombres forcejearon por tomar la delantera, igualados en habilidad y fuerza, pero fue Marcus quien reaccionó más rápido y le estrelló la frente en la cara al otro, rompiéndole la nariz.

La conmoción hizo que el galo aflojara momentáneamente el agarre, apenas un instante de desconcentración, pero fue suficiente. Marcus cogió su pugio y se lo clavó profundamente en el estómago a su oponente. Su víctima boqueó de dolor; tenían las caras tan cerca que Marcus pudo oler su fétido aliento. Giró la hoja y la hundió más, hacia arriba, cercenando órganos y sellando el destino del hombre. Lentamente, el agarre del galo se aflojó y, mientras caía hacia atrás, Marcus extrajo su cuchillo y se puso en pie con dificultad.

Miró hacia Rufius. El centurión estaba ahora sentado contra el mástil, con otro galo muerto a sus pies, pero era evidente que se encontraba en graves apuros. La herida del hombro manaba sangre a borbotones, pero también había sufrido un corte profundo en la pierna y su rostro estaba contraído por el dolor.

—Tiene que volver al barco —gritó Marcus mientras corría hacia él—, antes de que se desangre. Muerto no le sirve a nadie.

—No puedo andar —jadeó Rufius—. Creo que tengo el hueso roto.

Marcus vaciló, desesperado por no abandonar la lucha, pero sabía que si dejaba allí al centurión, moriría, si no por la hoja enemiga, desde luego por la pérdida de sangre. Sin dudarlo, envainó su pugio y su gladius antes de coger uno de los brazos del centurión.

—¿Qué hace? —preguntó Rufius mientras Marcus lo ponía en pie de un tirón.

—Lo llevo de vuelta —dijo Marcus—. Colabore conmigo. ¿Listo? ¡Uno, dos y tres!

Puso al centurión de pie y, haciendo caso omiso de sus gritos de dolor, lo levantó sobre su hombro antes de volverse hacia uno de los tablones que ahora unían las dos naves. Todavía había galos en el camino, pero, con el pesado centurión ahora sobre su hombro izquierdo, Marcus desenvainó de nuevo su gladius y avanzó tambaleándose.

La distancia era corta, pero el avance era arduo. Cadáveres y los detritos de la batalla cubrían la cubierta, convirtiendo cada paso en una pesadilla, y los duros combates continuaban por doquier. Algunos de los marinarii se dieron cuenta de lo que ocurría y se agruparon para protegerlos, pero, aun así, Marcus se vio obligado a defenderse con su espada mientras seguía avanzando a trompicones. Momentos después, alcanzó la borda y, subiendo al tablón, cruzó tambaleándose hasta la relativa seguridad del birreme romano. Al llegar al barco, unas manos ávidas le quitaron de encima al centurión; entre ellas, las de Dento y el muchacho de las cubiertas inferiores.

—Creo que solo es el hombro y la pierna —jadeó Marcus—, pero podría tener otras heridas.

—Déjemelo a mí —dijo Dento, y observó la sangre que se filtraba entre algunas de las escamas de la armadura de cuero de Marcus—. Parece que usted también está herido.

Marcus se miró la sangre. Debía de haber sido herido en el forcejeo con el galo de aliento fétido, pero, a pesar de la herida, sabía que no podía esperar. La batalla pendía de un hilo y necesitaban a todos los hombres que pudieran conseguir para recuperar la ventaja.

—Puede esperar —dijo, y antes de que nadie pudiera protestar, volvió a subir al tablón y, gladius en mano, regresó corriendo a la batalla.

De vuelta en el birreme, Séneca y sus hombres observaban cómo se desarrollaba la batalla.

—Ha sido impresionante —dijo Felix.

—Lo ha sido —dijo Séneca.

—Deberíamos unirnos a ellos —jadeó Falco, desesperado por intervenir.

—No es nuestra lucha —dijo Séneca, volviéndose hacia él—. Retírese.

—Hay vidas romanas en peligro —gritó Falco—. Eso lo convierte en nuestra lucha.

—Tenemos una tarea mucho más importante que cumplir —replicó Séneca—, y no podemos arriesgarnos a sufrir herida alguna. Además, parece que tienen ventaja.

Séneca tenía razón. Los galos habían flaqueado ante la embestida del disciplinado asalto de los legionarios y el apoyo de los *marinarii* del birreme, y ahora luchaban en pequeños grupos dispersos por el barco. El resultado era inevitable y, en cuestión de minutos, se asestó el golpe final cuando los últimos supervivientes galos arrojaron sus armas para rendirse. La tripulación del birreme los reunió y los obligó a arrodillarse, con las manos en la nuca.

—Deberían acabar con ellos mientras puedan —dijo Sica en voz baja—. Los prisioneros dan más problemas de lo que valen.

—Por los dioses, Sica —dijo Séneca—. ¿No tiene usted ni una pizca de humanidad en ese corazón tan negro que gasta?

El sirio se encogió de hombros, pero no respondió. Ya estaba saboreando la idea de desplumar a Falco en la siguiente partida de dados.

Falco se giró para hablar con Felix, pero este no se encontraba allí y, al alejarse para buscar a su camarada, se detuvo en seco y contempló horrorizado la escena que se desarrollaba ante él. Felix yacía en la cubierta, con una flecha gala clavada en la nuca; su cuerpo se convulsionaba a medida que los efectos de la letal

herida en la columna se apoderaban de sus miembros. Nubes de rocío sangriento brotaban de su boca mientras se ahogaba en su propia sangre y, cuando su vida comenzaba a desvanecerse, sus ojos se alzaron para encontrarse con los de Falco, que corría hacia él.

—¡Nooo! —rugió Falco, dejándose caer en la cubierta a su lado; pero era demasiado tarde, y el veterano de innumerables campañas al servicio de Roma murió en brazos de su camarada.

Al día siguiente, Séneca, de pie en la cubierta, observaba cómo los legionarios aseguraban el barco mercante y recogían los cuerpos. El trierarca se unió a él, permaneciendo en silencio a su lado.

—Por unos instantes, estuvo usted en apuros —dijo Séneca.

—El desenlace nunca estuvo en duda —dijo Mario.

—Permítame que discrepe —dijo Séneca—. En la guerra siempre hay dudas, y si no fuera por ese hombre de allí, me atrevo a decir que el resultado podría haber sido totalmente distinto. —Señaló con la cabeza a Marcus, que todavía estaba a bordo del barco enemigo, asumiendo el mando y organizando a los *marinarii* en ausencia del centurión.

—Luchó bien —dijo Mario.

—Sí, así fue —dijo Séneca—. Realmente muy bien.

—Me he enterado de lo de su camarada —dijo Mario—. Lo siento.

—Era un buen hombre —dijo Séneca—, y siempre decía que moriría de forma violenta. Es una lástima que haya sido en estas circunstancias, abatido por la espalda en una lucha que no era la suya.

—Las pugnas de Roma nos pertenecen a todos —dijo el trierarca—. Hice lo que tenía que hacer.

—Lo hecho, hecho está —dijo Séneca—. Limítese a llevarnos a la Bética para que podamos bajar de este barco maldito.

—¿Aún quiere ir?

—¿Y por qué no?

—Pensaba que, dadas las circunstancias, su misión, fuera cual fuera, tendría que interrumpirse.

—No se preocupe por eso —dijo Séneca—. Ese es mi problema. Usted limítese a llevarnos hasta allí. Yo me encargaré del resto.

Al caer la noche, el resultado de la contienda se había hecho patente. Las bajas del birreme ascendían a doce muertos y veintitrés heridos, mientras que las filas de los galos habían quedado diezmadas. Diez civiles también habían perdido la vida y, junto con los demás cadáveres, yacían dispuestos en la bodega del barco galo, atados a la cadena del ancla de la nave. En cubierta, Mario hablaba con el capitán del mercante.

—Hemos terminado aquí —dijo— y tenemos que ponernos en marcha. Hay un puerto a unas treinta leguas al sur. Le sugiero que atraque allí un tiempo y se lama las heridas. Siga la línea de la costa y lo encontrará sin problemas.

—Lo conozco —dijo el capitán—, y así lo haremos. Tiene nuestra más profunda gratitud, trierarca. Le debemos la vida. ¿Necesita algo de nosotros?

—Unos cuantos barriles de agua dulce nos vendrían bien —dijo Mario—, pero, aparte de eso, creo que estamos servidos.

El capitán abrazó a Mario antes de darle las gracias de nuevo y observar cómo regresaba al birreme. Unos minutos más tarde, mientras el mercante ponía de nuevo rumbo al sur, Mario se acercó a Rufius, que estaba cubierto de vendajes y se apoyaba en una amurada.

—¿Hemos terminado? —preguntó el centurión.

—Así es —dijo Mario—. Desatraquen.

Algunos de los *marinarii* cortaron las amarras que unían el birreme al barco galo mientras el resto de la tripulación se reunía en cubierta para despedirse de sus camaradas caídos. Mientras la nave inerte se alejaba a la deriva, Mario gritó desde su posición elevada en la proa.

—¡Arqueros, armen las flechas!

Dos docenas de hombres mojaron las flechas en los braseros que tenían a sus pies y apuntaron alto hacia el cielo.

—En memoria de nuestros hermanos caídos —continuó Mario en voz alta—, que Marte bendiga sus almas eternas. ¡Preparen, suelten!

Las flechas incendiarias surcaron el aire hasta el barco cercano, dejando estelas de humo tras de sí antes de clavarse en las cubiertas. Siguieron más andanadas hasta que la nave estuvo verdaderamente en llamas, y Mario levantó una mano para detener el bombardeo.

El barco pirata se alejó a la deriva, convertido en un infierno llameante y última morada para casi un centenar de hombres, mujeres y niños. A lo lejos, Mario pudo ver que la cubierta del mercante también estaba llena de gente que presentaba sus últimos respetos a los muertos. Finalmente, cuando el barco en llamas comenzó a desintegrarse, Rufius se volvió hacia la tripulación.

—Se acabó —gritó—. Vuelvan a sus puestos. Todavía nos queda mucha navegación por delante y este barco es un desastre.

Una hora más tarde, abajo en la bodega, Séneca y los hombres que le quedaban estaban sentados alrededor del barril, cada uno con la mirada fija en una frasca de vino que les había proporcionado el capitán del mercante. El ambiente era sombrío y nadie pensaba en los dados. Félix había sido uno de los miembros originales del equipo y un gran mentor para todos los que se habían unido desde entonces. Su muerte había tenido un impacto inmediato, pero Séneca sabía que aún tenían una tarea que cumplir y que era importante seguir adelante.

Se inclinó y sirvió el vino en cada una de las cinco copas que había sobre el barril. La quinta pertenecía a su amigo muerto, y todos la miraron en silencio, cada uno absorto en sus propios recuerdos. Al cabo de unos instantes, Séneca cogió la copa de Félix y bebió un sorbo antes de pasársela a los demás hombres hasta que se vació. Una vez hecho esto, cada uno tomó su propia jarra y se volvieron hacia Falco.

—Por un gran hombre —dijo—, un gran guerrero y un gran camarada. Descanse en paz, amigo mío, hasta que volvamos a encontrarnos en los Campos Elíseos.

Todos los hombres apuraron sus bebidas de un trago antes de golpear las copas contra el barril. Estaba hecho. El breve pero importante ritual, exclusivo de la unidad de Séneca, había terminado, y cada uno sabía que debía volver a centrarse en lo que tenía por delante.

—¿Hay algo que debamos hacer? —preguntó Falco.

—No tenía más familia que su padre —dijo Séneca—. Enviaré sus pertenencias de vuelta con el birreme cuando regrese a Roma.

—Sé que continuaremos —dijo Raven, el explorador de Britania—, pero deberíamos reconsiderar nuestras tácticas ahora que somos un hombre menos. Todos estuvimos de acuerdo en que harían falta al menos seis para tener alguna posibilidad de éxito.

—No olvide —dijo Séneca— que Brennus nos estará esperando en la Galia Bélgica.

—Aun así, solo quedamos cinco —dijo Raven—. ¿Va a enviar a buscar a otro?

—No tenemos tiempo, pero hay una cosa que podemos hacer. No será perfecto, pero si todos estamos de acuerdo, no veo ninguna razón por la que esta misión no pueda continuar según lo planeado.

—Hable claro, Séneca —dijo Falco—. Oigamos lo que tiene que decir.

Capítulo Diez
Roma

El legado Lepidus se encontraba sentado en el jardín de su villa a las afueras de la ciudad, disfrutando del sol y de la compañía de su joven esposa y de sus hijos. Como el sur de la Galia se encontraba en relativa paz, había aprovechado la oportunidad para tomarse un más que merecido permiso y visitar a su familia en Roma, dejando la legión en manos de su joven pero muy capaz segundo al mando.

El viaje de vuelta había transcurrido sin incidentes y ya sentía que el estrés de la vida diaria en un fuerte romano se disipaba como el vaho del lomo de un caballo. Ahora, la vida militar parecía un mundo lejano y, sentado en un banco bajo un toldo, sonreía mientras los niños jugaban entre los arbustos con el cachorro que había traído de la Galia.

—Desde luego, te los has ganado —dijo una voz. Él se volvió para ver a su bella y joven esposa de pie tras él, con una bandeja cargada con dos copas, una jarra de vino frío, queso en dados y un racimo de uvas.

Lucilla era mucho más joven que él, pues había perdido a su primera esposa, la madre de sus dos hijos, a causa de una enfermedad años atrás. Unos años más tarde, le habían presentado a Lucilla, la hija de un senador, y se habían casado poco después, en una unión conveniente debido a los lazos familiares de ella y al futuro político de él. Por suerte, como era habitual en ellos, los niños se adaptaron rápidamente, y el encantador temperamento de Lucilla hizo que, a pesar de la diferencia de edad, fuera una excelente esposa y una maravillosa madrastra, y nunca los había visto tan felices.

—¿Por qué traes esto tú? —le preguntó, levantándose para coger la bandeja—. ¿Dónde están los sirvientes?

—Cornelia está preparando la cena de esta noche —dijo Lucilla, sentándose en el banco—, y al resto le he dado la tarde libre.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió Lepidus, confuso—. Tuvieron algo de tiempo libre el mes pasado. Lo dijiste en tus cartas.

—Así fue —respondió Lucilla—, y volverán a tenerlo dentro de unas semanas. Trabajan muy duro; pensé que sería una buena forma de recompensarlos.

—Espero que no les hayas dado dinero —dijo Lepidus, frunciendo ligeramente el ceño.

—¡Oh, Lepidus! —rio Lucilla, tocándole el brazo—. Deja de ser tan tacaño. Apenas ha sido nada y, además, su ausencia significa que tendremos la casa para nosotros solos más tarde.

—¿Cómo?

—Cornelia se irá a su casa al anochecer y le he pedido a mi hermana que se quede con los niños. He pensado que podríamos pasar la noche juntos, a solas, bajo las estrellas.

Lepidus sonrió, olvidada ya su debilidad para con los sirvientes. Lucilla tenía un espíritu amable y gentil y, a pesar de la conveniencia política inicial de su unión, había llegado a amarla profundamente. Pasaron la tarde en el jardín, comiendo, bebiendo vino aguado y jugando con los niños. Lepidus se dio cuenta de que era lo más feliz que había sido en mucho tiempo, y mientras Lucilla volvía a la casa a por vino fresco, sus pensamientos se volvieron hacia su vida hasta entonces y lo que el futuro podría depararle.

Había tenido una carrera sólida y había ascendido rápidamente en el escalafón político hasta servir como legado de su legión. Llevaba ya varios años en el cargo y sabía que se acercaba el día en que dejaría atrás el servicio militar para ocupar un escaño en el Senado. Su excelente historial significaba que incluso podrían considerarlo para un consulado o para el gobierno de una de las provincias de Roma. En cualquier caso, sería feliz, pues aunque odiaría dejar su legión, su nueva carrera, fuera cual fuese su destino, significaría pasar mucho más tiempo con su familia, y eso no podía ser sino bueno.

Sus pensamientos y el delicioso sonido de sus hijos jugando se vieron interrumpidos cuando Cornelia, la anciana criada que llevaba con su familia casi toda la vida, apareció a su lado.

—Domine —dijo—, me han enviado para informarle de que el senador
Lucius Gabinius Umber ha venido a verle.

Lépido alzó la vista hacia la casa. La tarde le estaba yendo tan bien y lo último que necesitaba era una injerencia política, ni siquiera de un viejo amigo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—La dama Lucilla le está preparando una bebida de fruta —dijo Cornelia—, y me ha enviado para pedirle que acuda. Parece muy incómoda en su presencia.

—Iré de inmediato —dijo, y miró a los niños, que seguían riendo mientras disfrutaban del nuevo cachorro—. ¡Niños, tengo que subir a la casa! No salgáis del jardín.

Tras recibir un asentimiento entre chillidos de alegría, Lépido retomó el sendero hacia la galería, donde Lucilla y Umber ya estaban sentados a una mesa bajo el dosel.

—Senador —dijo mientras se acercaba—, hace años que no le veía. Bienvenido a mi hogar. —Extendió el brazo a modo de saludo y su amigo le correspondió del mismo modo; su evidente mentira le indicaba a Umber que Lucilla no sabía nada de su encuentro de hacía unas semanas—. ¿Qué le trae por aquí?

—Ningún motivo en particular —dijo Umber, aunque sus ojos contaban una historia diferente—. Estaba por la zona y oí que estaba en casa de permiso, así que pensé: «¿Por qué no hacerle una visita a mi viejo amigo?». Y además, ¿cómo podría un hombre con dos dedos de frente dejar pasar la oportunidad de ver a su encantadora esposa, por pequeña que fuese la ocasión?

—Me halaga usted —dijo Lucilla mientras los dos hombres se sentaban.

—Al contrario —dijo Umber, con una mirada ligeramente inquietante—, se ha convertido usted en una espléndida mujer, Lucilla, y Lépido es afortunado de tenerla.

—Por desgracia, tengo asuntos que atender en la casa —dijo Lucilla, poniéndose en pie—, así que les dejaré a ustedes dos con lo

que sea de lo que hablen. Tendrán mucho que contarse después de tanto tiempo.

—Solo cosas de muchachos de tiempos de muchachos —dijo Umber—. Ya habrá tiempo para la política cuando su marido se una a mí en el Senado. ¿Quizá la vea más tarde?

—Estoy segura de que sí —dijo Lucilla, jurando para sus adentros que se haría la encontradiza hasta que el senador se hubiese marchado. Se alejó, y Lépido no pudo evitar darse cuenta de cómo Umber la seguía con la mirada.

—Es usted un hombre muy afortunado —dijo Umber mientras se volvía hacia la mesa y cogía su bebida.

—¿Por qué está aquí, Umber? —preguntó Lépido en cuanto su esposa estuvo fuera del alcance del oído—. Nadie aparece sin más para charlar sin una invitación, y menos los senadores.

Umber dejó el vaso y miró fijamente a Lépido; la expresión de su rostro era completamente distinta a la que había mostrado apenas unos instantes antes.

—Necesitaba verle con urgencia —dijo—. Creo que podríamos tener un problema. ¿Ha enviado ya a esos hombres de los que hablamos a la Galia Bélgica?

—Sabe que no trataré esos asuntos —dijo Lépido—. ¿Por qué lo pregunta?

—Lépido —siseó Umber, inclinándose hacia delante—. Se acabó el tiempo de los subterfugios y tenemos un problema grave. No olvide que, aunque pueda ser amigo suyo, también ocupo un escaño en el Senado y, como tal, mi rango es significativamente superior al suyo. Puedo ordenarle que responda a mis preguntas si es necesario, pero no quiero hacerlo; así que, por favor, dígamelo sin más. ¿Están en camino?

Lepidus vio la desesperación en los ojos del senador y supo que hablaba en serio.

—Sí, lo están —dijo finalmente—. Zarparon de Hispania hace unas semanas y, si el tiempo lo permite, ya deberían estar en la Galia Bélgica.

—Maldita sea —maldijo Umber, reclinándose en su asiento y mirando al cielo.

Lepidus se quedó perplejo ante la reacción. Había sido Umber quien le había insistido en la necesidad de actuar con urgencia y él había tenido que recurrir a muchos favores para hacerlo posible.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Por qué ha cambiado de parecer a este respecto?

Umber volvió a mirar al legado.

—Tenemos un problema —dijo—. En los pasillos del poder se susurran rumores sobre sus hombres. Alguien, en algún lugar, se ha ido de la lengua, y están llegando informes sobre una unidad romana que opera tras las líneas enemigas sin autorización imperial. Es solo cuestión de tiempo que Calígula se entere y, cuando lo haga, rodarán cabezas.

—Puede que haya rumores —dijo Lepidus—, pero le aseguro que apenas habrá detalles. Solo usted, yo y los que están sobre el terreno conocemos los hechos.

—No importa —dijo Umber—. Si Calígula llega a sospechar que los rumores son ciertos, no dejará piedra sin remover hasta descubrir que tanto usted como yo estamos implicados y, si eso ocurre, somos hombres muertos, nosotros y nuestras esposas y familias. —Miró hacia el fondo del jardín, donde los niños jugaban, como para subrayar las consecuencias de lo que estaba diciendo.

—No lo entiendo —dijo Lepidus—. Si este acero de Damasco tiene tantos beneficios potenciales para nuestras legiones, ¿por qué sería tan malo que Calígula se enterase? Sin duda, lo acogería con los brazos abiertos, ¿no?

—Porque —dijo Umber— resulta que los enviados de Calígula están a punto de cerrar un importantísimo tratado con las tribus germánicas de entre el Rin y el Elba. Desde Teutoburgo, las alianzas han sido, en el mejor de los casos, fragmentadas y frágiles, pero ahora, a pesar de nuestro idiota de emperador, parece que estamos al borde de algo grande. Los beneficios serán enormes, no solo por las inmensas cantidades de tributos que llenarán las arcas de Roma a cambio de protección contra los vándalos, sino también por establecer una línea de frente segura a orillas del Elba. Si sus hombres causan algún problema con cualquiera de las tribus germánicas de allí arriba y se descubre que operan en nombre de

Roma, las consecuencias podrían ser desastrosas e incluso podrían llevar a otra guerra germánica. Calígula se pondrá furioso y buscará a los responsables utilizando todos los recursos a su disposición, y eso, amigo mío, nos incluye a nosotros. Tenemos que hacerlos volver.

Lepidus le devolvió la mirada, dándose cuenta de la gravedad de la situación. De haber sabido esto antes, nunca habría aceptado la operación.

—¿Cuándo se enteró de esto? —preguntó.

—Hace una semana, aproximadamente.

—¿Y me lo dice ahora?

—No podía actuar antes —siseó Umber, mirando a su alrededor—. Hay gente en el Senado que ya presiente que algo gordo se está cociendo y todo el mundo se vigila. Los espías espían a los espías y nadie está a salvo. —Hizo una pausa y miró fijamente a Lepidus—. Así que se lo volveré a preguntar, amigo mío, ¿puede retirar a sus perros?

—Usted no lo entiende —dijo Lepidus—. Esos hombres son los mejores que tengo, los mejores que cualquiera podría tener, y para estas horas probablemente ya se encuentren en los bosques de Germania. Están entrenados para permanecer ocultos e, incluso si tuviera a alguien, que no lo tengo, sería una completa pérdida de tiempo. ¿Y qué hay de su herrero?

—Al diablo con él y su acero —dijo Umber—. Mi vida es mucho más importante. —Se puso en pie para marcharse—. Esperaba más de usted, Lepidus —añadió, tratando de contener la ira—, y le juro que removeré cielo y tierra para encontrarlos.

—¿Qué podría hacer usted? —preguntó Lepidus.

—Olvida usted que mi hermano también es un legado al mando de una de las legiones de Germania Menor y que cuenta con vastos recursos a su disposición. Si uno de sus hombres tan solo estornuda, los suyos caerán sobre ellos y los silenciarán para siempre.

—¿Qué quiere decir? —jadeó Lepidus—. No puede ordenar la muerte de nuestros propios hombres solo para encubrir su propia ineptitud. ¿Qué clase de hombre es usted?

—Soy un senador —dijo Umber— y haré lo que sea que haya que hacer. Usted ha tenido su oportunidad, Lepidus, pero ahora veo que soy yo quien tendrá que solucionarlo.

Se dio la vuelta y salió por la puerta del muro lateral. Lepidus lo siguió y la cerró con llave tras él. Cuando regresó, Lucilla estaba de pie en la terraza, con expresión preocupada.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó ella—. Nunca lo había visto tan enfadado.

—Cosas de la política —dijo Lepidus—. Parece que se están cociendo asuntos en la Galia y tengo que volver a la legión.

—Pero todavía estás de permiso —dijo Lucilla—. Te queda más de un mes.

—Lo siento, mi amor —dijo Lepidus, tomándole las manos—. Esto es demasiado importante. Hay vidas en peligro y tengo que regresar lo antes posible.

Lucilla miró fijamente a su marido. Era evidente que algo había ido terriblemente mal y, aunque todavía era bastante joven, tenía el suficiente sentido común para darse cuenta de que él nunca le diría de qué se trataba, por mucho que quisiera hacerlo.

—Al menos, quédate esta noche —dijo ella—. Sea lo que sea que te atormenta, una noche más no cambiará nada.

Lepidus asintió. Se quedaría en casa hasta el alba, pero por la mañana, él y sus guardias cabalgarían hacia el norte tan rápido como sus corceles se lo permitieran.

Capítulo Once
Bélgica

Séneca estaba de pie en la amurada, observando cómo el birreme se acercaba al muelle. Desde el enfrentamiento con el barco pirata galo varios días antes, el viaje había transcurrido sin incidentes y habían llegado al ajetreado puerto antes de lo previsto. Portus Aepatiaci era uno de los puertos marítimos más septentrionales de Roma y resultaba militarmente esencial para el reabastecimiento de las legiones romanas estacionadas en la región. La escollera del puerto estaba flanqueada por barcos mercantes procedentes de toda la costa occidental de la Galia, así como por muchos del Mare Nostrum, que traían a las legiones de servicio un trozo de su hogar. Incluso había algunos de la costa de Britania, esa extraña tierra al otro lado del mar hacia el oeste, un lugar que se rumoreaba que era el hogar de demonios y espíritus malignos.

El muelle en sí era un hervidero de actividad, con hileras de trabajadores que descargaban suministros de los numerosos barcos y los cargaban en carros para su posterior traslado a los fuertes y ciudades de toda la región. Séneca observaba con interés. Normalmente, la presencia de rutas comerciales tan concurridas sería una buena oportunidad para mezclarse con los lugareños, quizás bajo la apariencia de comerciantes mientras buscaban una ruta hacia el este, pero sabía que no había tiempo que perder y, además, si Lépido había hecho bien su trabajo, debía de haber un guía esperándolos en algún lugar del muelle. Mientras observaba, Marcus se acercó y se colocó a su lado, ambos hombres en silencio mientras el barco se aproximaba a sus amarras.

—¿Cómo está su herida? —preguntó Séneca.

—Está bien —replicó Marcus—. Solo es una herida superficial. He tenido suerte.

—Al contrario —replicó Séneca—. Ha luchado usted bien. Y lo que hizo para rescatar a ese centurión fue extraordinario. Me ha impresionado.

—No luché ni mejor ni peor que cualquier otro legionario —replicó Marcus—. Es nuestro deber.

—Quizás, pero algunos lo hacen mejor que otros. —Le clavó la mirada a Marcus, como si buscara algo—. Esto no es algo que haría normalmente —dijo al final—, pero los luchadores como usted son difíciles de encontrar, y veo algo en usted que podría serme útil. Así que dígame: si le encontrara un sitio en mi equipo, ¿sería algo que pudiera interesarle?

—No estoy seguro —dijo Marcus—. ¿A qué se dedica usted exactamente?

—Por desgracia, no tengo libertad para decírselo —dijo Séneca—, pero puedo prometerle una vida mejor que la que tiene en este armatoste.

—Suena intrigante —dijo Marcus—, pero sin saber de qué está hablando, ¿cómo puedo tomar una decisión así?

—Dando un salto de fe —dijo Séneca—. Un hombre con sus habilidades está desaprovechado en un birreme. He perdido a un hombre y necesito un reemplazo, y creo que, con el entrenamiento adecuado, usted podría ser ese hombre.

—¿Y cuándo tendría lugar ese entrenamiento?

—Como tenemos poco tiempo, tendría que aprender sobre la marcha, pero un hombre con sus habilidades y experiencia lo asimilará sin apenas problemas. He hablado con mis hombres y todos estamos de acuerdo en que usted merece el riesgo.

—Aunque estuviera de acuerdo —dijo Marcus—, mi sentencia apenas ha comenzado, y de ninguna manera Mario o Rufius me dejarían ir.

—No se lo diga.

—¿Quiere decir desertar?

—Ya lo han tildado de desertor y cobarde —dijo Séneca—, algo que es evidente que no es, así que ¿qué tiene que perder? El camino del que le hablo es sumamente peligroso y puede que no sobreviva, pero, si muere, será con el aire de la libertad en los pulmones y con hermanos de armas a su lado. Sin embargo, si sobrevive, tal vez algún día tenga la oportunidad de buscar al hombre que lo puso aquí y limpiar su nombre.

—Es una oferta tentadora —dijo Marco—, pero la idea de desertar de mi puesto va en contra de todo en lo que creo. Mi honor me exige que permanezca aquí.

—Lo comprendo —dijo Séneca—, y solo usted puede tomar esa decisión. Pero sepa esto: pocos hombres son invitados y muchos de ellos no demuestran ser lo bastante fuertes para hacer lo que nosotros hacemos. Pero la oferta ahí queda. No le prometo nada y no volveré a preguntárselo, pero le daré hasta que zarpemos para que se decida. El resto depende de usted.

Al cabo de una hora, más o menos, Séneca se acercó a Marco de nuevo y se apostó a su lado en la barandilla.

—¿Y bien? —preguntó, mientras algunos de los *marinarii* lanzaban amarras a los trabajadores del muro del puerto—. ¿Cuál es su decisión?

—Todavía no tengo ni idea de quién es usted ni a qué se dedica —dijo Marco—, y apenas he tenido tiempo para considerar las opciones. Lo que propone va en contra de todo aquello en lo que siempre he creído y, sin embargo, ha encendido en mí un fuego que deseo ver culminar. Acepto su oferta.

—Sabía que lo haría —dijo Séneca—. ¿Sabe nadar?

—Sé.

—Entonces escuche con atención, Marco; esto es lo que quiero que haga.

Dos días después, el birreme, con sus reservas de agua y comida ya repuestas, abandonó Aepatiaci y puso rumbo de nuevo costa abajo, con destino, una vez más, al clima más cálido del Mare Nostrum. Se le había permitido bajar a tierra en el puerto a una parte de la tripulación y muchos disfrutaron de los dudosos placeres que tales lugares solían ofrecer, pero Marco se había quedado a bordo, fingiendo estar enfermo sobre su jergón de paja en un rincón de la cubierta inferior. Dento, el despensero, le había dado una mezcla de sabor nauseabundo para curar su mal y Marco creía que, si nada más lo hacía, aquel brebaje inmundo de seguro lo mataría de todos modos.

Mientras yacía allí, repasaba mentalmente el plan que Séneca le había ordenado seguir. Era peligroso en más de un sentido y diabólicamente sencillo, pero cualquier cosa podía salir mal y, por un momento, dudó de su capacidad para llevarlo a cabo. No obstante, cuanto más contemplaba la alternativa de pasar su vida a bordo del birreme, más decidido estaba a seguir adelante con el plan.

Llevaban apenas una hora en el mar cuando alguien se acercó en la penumbra de las lámparas, y Marco reconoció a uno de los *marinarii* que portaba un cuenco de madera.

—Le he traído algo de comida —dijo el hombre en voz alta—. Debe intentar comer algo. —Se sentó en una caja junto al lecho improvisado y dejó el cuenco en el suelo.

Marco estaba hambriento, pero no se movió y continuó con su farsa. El marinero miró alrededor del almacén, donde solo vio a otro hombre en el extremo opuesto fregando una parte de la cubierta. Se inclinó y le susurró a Marco al oído:

—Coma la comida y, esta noche, justo después del anochecer, prepárese para partir.

Marcus abrió los ojos de par en par. Le habían dicho que alguien se le acercaría, pero ahora que estaba sucediendo, el corazón comenzó a acelerársele.

—¿Está seguro?

—Sí, suba justo después de que entre el relevo de la noche y diríjase a la popa. Y no olvide traer el pago. Lo estaré esperando.

—Allí estaré —dijo Marcus, y el marinero se dio la vuelta para regresar a sus quehaceres.

Unas horas más tarde, oyó sonar la campana que anunciaba el relevo de la tripulación y, mientras una docena de hombres subían por la rampa, él los siguió, desnudo pero envuelto en una manta de crin. Todo lo demás, incluidas sus armas y su armadura, había quedado junto a su jergón.

Salió a cubierta, atrayendo las miradas divertidas de algunos tripulantes. Era bochornoso, pero exactamente lo que pretendía. Siguiendo con su actuación, se dirigió a la borda y se inclinó sobre ella como si intentara vomitar.

—Tiene un aspecto horrible —dijo uno de los tripulantes—. Debería volver abajo.

—Solo necesito un poco de aire fresco —dijo Marcus con voz débil—. Allí abajo ardo en fiebre.

—Tiene la calentura —dijo el hombre con aire entendido—, pero Dento se encargará de usted enseguida.

—Eso, o me matará con ese veneno que llama medicina —dijo Marcus.

—Nunca se ha dicho una verdad más grande —rio el marinero, y se alejó para reunirse con sus camaradas.

Marcus se dirigió arrastrando los pies hacia la popa del barco. Casi había anochecido y, para que el plan funcionara, tenía que ser pronto, antes de que el barco virara desde la costa hacia aguas más profundas.

—Por aquí —siseó una voz, y vio al marinero que le había traído la comida, de pie junto a la barandilla. Marcus se acercó arrastrando los pies, pero se mantuvo a unos pasos de distancia.

—¿Lo tiene? —susurró el marinero.

—Sí —dijo Marcus, consciente de que aquel era uno de los momentos más peligrosos de todo el plan. Si el hombre lo traicionaba, podría acabar encadenado en una galera de esclavos.

—Póngalo en el rollo de cuerda que tiene a sus pies.

Marcus sacó una bolsa con monedas de plata que le había dado Seneca y, tras comprobar que nadie miraba, hizo lo que se le pedía.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Busque la señal —respondió el marinero—, y en cuanto la vea, ya sabe lo que tiene que hacer. —Sin esperar respuesta, el marinero se alejó hasta el otro lado del barco, dejando solo al legionario.

Mientras el barco seguía avanzando, Marcus supo que el momento se acercaba. El corazón le martilleaba en el pecho, no de miedo, sino por la expectación de lo que estaba por venir, algo sencillo, pero repleto de peligros. Parpadeó rápidamente mientras escudriñaba más allá de la estela aparentemente luminiscente del

barco, buscando desesperadamente la señal que le habían dicho que esperara.

Unos minutos más tarde, justo cuando empezaba a pensar que todo aquello era una mala idea, vio algo en la negrura de tinta. Tragó saliva, sabiendo que se encontraba en el punto de no retorno. Si iba a actuar, tenía que ser ahora. Vaciló, con la mirada fija en la oscuridad donde momentos antes había habido un destello de esperanza. Sus manos se aferraron a la barandilla, las dudas volvieron a surgir hasta que, de repente, allí estaba: dos puntitos de luz de un candil descubierto donde no debería haber ninguno. Casi sin pensar, tomó su decisión final y, tras una profunda inspiración, se inclinó sobre la barandilla para zambullirse de cabeza en la negrura de tinta que se abría a sus pies.

De vuelta a bordo, varios hombres oyeron la zambullida y se giraron para mirar horrorizados al percatarse de que era una de esas situaciones que todo el mundo temía en un barco. Corrieron a la popa y buscaron con desesperación, a ver si divisaban a alguien en el mar revuelto bajo ellos, mientras el grito de «¡Hombre al agua!» resonaba por todo el birreme.

—¿Quién ha sido? —gritó uno de los marineros—. ¿Alguien ha visto lo que ha pasado?

—Yo —dijo el marinero al que Marcus había pagado unos instantes antes—. En un momento estaba apoyado en la barandilla, mareado, y al siguiente, se ha desplomado y ha caído al mar. He intentado agarrarlo, pero ha sido demasiado tarde.

—Habrá perdido el conocimiento —dijo otro—. La fiebre debía de ser peor de lo que daba a entender. ¿Deberíamos echar el bote al agua?

—No, no lo haremos —dijo una voz, y se giraron para ver a Rufius de pie tras ellos—. Aunque nos detuviéramos ahora, no lo encontraríamos jamás. —Miró a los hombres allí reunidos—. Es algo terrible —dijo—, pero estas cosas pasan en el mar. Todos vimos lo bien que luchó contra esos piratas y se habría convertido en un miembro útil de la tripulación de este barco, pero lo hecho, hecho

está. El hombre está muerto. Regresad a vuestros puestos, y mañana ofreceremos un servicio a los dioses en su memoria.

La tripulación se dispersó a regañadientes, dejando atrás a Rufius, que miraba fijamente el punto en el mar donde el barco había estado apenas unos instantes antes.

Una vez a solas, se ciñó la capa y, al hacerlo, oyó el leve tintineo de las seis monedas de oro que Séneca le había dado en una taberna dos días antes a cambio de que hiciera la vista gorda.

—Buena suerte, Maecilius —dijo para sus adentros—. Me parece que la vas a necesitar.

Bajo la superficie, Marcus luchaba contra el frío. Los pulmones le ardían en busca de aire mientras su cuerpo se agitaba en las garras heladas del mar. Manoteaba desesperado, sin saber en qué dirección estaba la superficie, hasta que, por fin, su cabeza rompió las olas para jadear en busca del aire vivificante del mar del Norte. Al girarse, pudo ver los tenues fanales del birreme en la distancia y las siluetas de los hombres que escrutaban sin esperanza la oscuridad en busca de alguna señal de él.

Estaba hecho, y sobreviviera o no, desde luego no había vuelta atrás. Observó por un momento cómo el barco desaparecía en la noche, pero saber su ubicación significaba que la tierra estaba a su izquierda y, como el frío se clavaba más hondo con cada bocanada de aire que tomaba, se dio la vuelta y empezó a nadar hacia donde imaginaba que estaría la costa.

En cuestión de minutos, supo que había sobrestimado enormemente su capacidad para nadar en las aguas heladas, y ahogó un grito cuando las piernas empezaron a acalambrársele, pues el agua gélida atacaba sus músculos con saña.

—Marte, no me falles ahora —rogó, y braceó con más fuerza todavía, pero pronto se dio cuenta de que era inútil, y perdió impulso, luchando por mantener la cabeza fuera del agua mientras se debatía en el oleaje.

—¡Marte, sálvame! —jadeó, escupiendo bocanadas de agua salada, y mientras sus últimas fuerzas menguaban, se hundió por última vez. Los ojos se le abrieron de par en par por el miedo,

escociéndole por la sal, y sus manos se alzaron automáticamente hacia donde estaba el preciado aire, pero en segundos, una gran calma se apoderó de él y se hundió lentamente en las profundidades.

Con el último resquicio de conciencia, miró a su alrededor, sus ojos se cerraron y lo último que vio fue una enorme zambullida, cuando algo pesado se precipitó en el agua asesina a su lado. Un brazo se extendió y lo agarró por el pelo, arrastrándolo hacia arriba, lejos del negro abismo que lo aguardaba. Segundos después, su cabeza rompió la superficie y una voz gritó en la oscuridad.

—¿Lo tienes?

—Sí —respondió su rescatador, arrastrando al hombre que se ahogaba hacia el bote—, pero no tardará en estar muerto. Quítamelo de encima, rápido.

Dos hombres se estiraron y arrastraron a Marcus a la barca de remos, dejándolo caer sin miramientos entre los bancos, al tiempo que su rescatador subía a bordo detrás de él.

—Apartaos —gritó el rescatador, y apartó a sus dos camaradas para dejarse caer de rodillas. Puso a Marcus bocarriba y le presionó el pecho varias veces antes de pinzarle la nariz y soplarle con fuerza en la boca.

Los dos hombres se miraron desconcertados, pero su empapado camarada insistió hasta que, finalmente, Marcus tosió una bocanada de agua y se retorció de dolor en el suelo de la barca mientras su cuerpo evacuaba el agua salada. Satisfecho con sus actos, el hombretón volvió a sentarse en el banco y aceptó una manta que se echó sobre los hombros, observando divertido cómo Marcus por fin recobraba el sentido. Marcus se incorporó sobre las rodillas con dificultad y, tras aceptar otra manta para él, miró a los hombres que lo habían salvado en la barca.

—Por los pelos —dijo al fin, con la voz temblorosa por el frío.

—Tonterías —dijo el hombre de la manta—. Lo hemos tenido todo bajo control en todo momento.

—¿Eras tú —preguntó Marcus, reconociendo a Falco, el del barco—, quiero decir, ahí abajo conmigo?

—El mismo —contestó Falco—. Y he luchado contra el mismísimo Neptuno para traerte de vuelta, pero he sido más fuerte. Dime, ¿qué se siente al estar a punto de morir?

—No lo recuerdo —respondió Marcus—, aunque me parece recordar un sueño en el que besaba a una mujer hermosa.

—Ese también era yo —dijo Falco—, pero no te vayas a hacer ahora ideas raras.

Los hombres de la barca estallaron en carcajadas ante la expresión de horror en el rostro de Marcus y, sabiendo que ya estaba a salvo, cogieron los remos para volver a la orilla.

A la mañana siguiente, Marcus se despertó todavía envuelto en la manta y cubierto con una capa de tela encerada para protegerlo del rocío. El olor a carne asada le inundó las fosas nasales y, al mirar, vio a varios hombres sentados alrededor de una hoguera, rompiendo el ayuno.

—Ah, por fin despiertas —dijo Falco—. Ven a comer algo. Casi se nos ha ido el día.

Marcus alzó la vista hacia el cielo entre los árboles y vio que el sol apenas había recorrido la mitad del camino hacia su cenit. Se quitó la capa de un manotazo y, ciñéndose más la manta, se acercó al fuego.

—Siéntate —dijo Falco con la boca llena de carne, señalando un tronco junto al fuego.

Marcus ocupó su lugar y examinó al grupo. Frente a él estaban los cuatro hombres que había visto en el barco, además de un quinto al que no había visto nunca.

—Supongo que será mejor que os presente como es debido —dijo Falco, y señaló a Seneca—. Ese es el jefe, pero a él ya lo conoces. —Seneca levantó la vista y dedicó una sonrisa de labios finos en respuesta al asentimiento de Marcus—. A Raven lo habrás visto en el barco —continuó Falco, apuntando con un hueso ya sin carne hacia el hombre de enfrente—. Como puedes ver, es un bárbaro y procede del otro lado del mar del Norte, pero se lo hemos perdonado y soportamos sus asquerosas costumbres porque una vez mató a un oso solo con su cuchillo.

—No le hagas caso —dijo Raven con un gesto de cabeza—. Me alegro de verte respirar de nuevo. Anoche te di por muerto.

—Y yo a mí mismo —contestó Marcus.

—Aquel de allí —continuó Falco—, es Sica. Es sirio, así que huele un poco a camello, pero es una carga que tenemos que soportar.

Sica no levantó la vista e ignoró el insulto.

—Tampoco habla mucho —dijo Falco—, pero lo preferimos así. Aquel, por lo visto, es Brennus, y no tengo ni idea de quién es. —Se volvió hacia el último hombre—. Se nos pegó cuando desembarcamos y ahora parece que no podemos quitárnoslo de encima.

—No le haga caso —intervino Séneca, lanzándole un cuchillo a Marcus—. Brennus vino aquí hace unas semanas para reconocer el terreno. Sirvió en los auxiliares bátavos y es tan parte del equipo como cualquiera de nosotros. Sírvase carne, Marcus, antes de que Falco se la coma toda.

Marcus cogió el cuchillo al vuelo y se inclinó hacia delante para cortar la última pata que quedaba del animal en el asador.

—¿Qué es? —preguntó, sin reconocer el sabor.

—Perro —dijo Falco, concentrado ahora en su propia comida —. Y uno bien cebado, por cierto.

Marcus se detuvo, con la boca llena de carne, pero, al darse cuenta de que no había otra cosa, continuó llenándose la barriga.

—Marcus —dijo Séneca—, ahí tiene ropa para usted, así como un gladius y un pugio. Supongo que serán sus armas predilectas. También hay un par de botas y una capa. He supuesto su talla de bota, pero puede cambiarlas cuando tenga ocasión. El resto de nosotros le proporcionaremos cualquier otra cosa que necesite hasta que lleguemos a una aldea donde pueda atender sus propias necesidades como es debido. Raven, dele algo de dinero; ahora es uno de los nuestros.

Raven buscó bajo su capa y sacó varias bolsas de plata. Las sopesó todas en sus manos antes de lanzarle una a Marcus.

—Con eso debería bastar por ahora —dijo.
—, pero si necesita más, hágamelo saber.

Marcus estaba anonadado. Era evidente que en la bolsa había mucho más de lo que necesitaba.

—Es también para sobornos —explicó Séneca al ver su reacción—, o para salir de apuros, pero úselo con prudencia, pues un hombre con dinero seguro que atrae atenciones no deseadas. Ahora, si hemos terminado todos, preparémonos; tenemos un largo camino por delante.

—¿Adónde vamos? —preguntó Marcus—. ¿Se me permite saberlo ya?

—Le informaré por el camino —dijo Séneca—. Vístase. Se está haciendo tarde.

Media hora más tarde, salieron del bosque y tomaron un sendero de cabras que subía por la ladera de una colina.

—Hay una aldea a unas leguas al otro lado —dijo Brennus—, y he apalabrado un lugar seguro sobre un granero donde podremos descansar y organizarnos. También he concertado una reunión con alguien que puede llevarnos al otro lado del Rin. Después de eso, estaremos por nuestra cuenta.

—Me parece bien —dijo Séneca, y mientras el sol surcaba lentamente el cielo hacia el lejano horizonte, los seis hombres se dirigieron colina arriba, cada uno de ellos totalmente ajeno a las tragedias y peligros que afrontarían en las semanas y meses venideros.

Capítulo Doce
Sur de la Galia

Lepidus cruzó una cancela y siguió un arroyo que ascendía a través de un bosquecillo hasta una charca en el otro extremo, dejando atrás a sus guardaespaldas. Junto a la charca había una cabaña rudimentaria, con el techo de helechos y las paredes hechas de cientos de sauces jóvenes entrelazados entre estacas de roble. Dos ardillas desolladas colgaban de un armazón; sus pieles, dispuestas sobre una plataforma, estaban listas para ser raspadas y secadas. Un pez eviscerado yacía sobre una mesa y su sangre todavía goteaba en el suelo.

—¿Dónde estás, Decimus? —preguntó—. Sé que estás aquí.

—¿Qué quieres, Lepidus? —dijo una voz a su espalda—. Te dije que no volvieras a venir por aquí.

Lepidus se giró para encarar al hombre que había venido a ver, uno de los mejores exploratores, si no el mejor, que las legiones habían conocido jamás.

—Tienes buen aspecto —dijo—. Se ve que la jubilación te sienta bien.

Decimus no respondió. Se limitó a quedarse allí, de pie y descalzo, con unos pantalones raídos, un cinturón y una faca envainada a la cintura. Llevaba el pelo mucho más largo de lo que Lepidus recordaba y la piel morena como una nuez por la constante exposición al implacable sol del Mediterráneo.

Lepidus examinó el campamento con la mirada. La parcela de tierra era propiedad del veterano; el Imperio se la había regalado tras cumplir su servicio, pero Lepidus sabía que a menudo vivía con los pastores en las altas montañas entre la Galia e Hispania.

—Has trabajado mucho aquí —dijo—, sobre todo en la presa. Supongo que la charca está bien surtida.

—Me las apaño —dijo Decimus—. Di a qué has venido, Lepidus, y lárgate. Dejas un rastro de muerte y destrucción allá donde vas.

—A eso me dedico —repuso Lepidus—, como tú antes.

—Todo eso ya ha quedado atrás, ya he pasado página.

—Los hombres como nosotros nunca pasan página —dijo Lepidus—. Lo llevamos en la sangre.

Decimus negó con la cabeza y se abrió paso, dejando atrás al legado para coger una petaca de cerveza que colgaba de un lado de la cabaña. Se dio la vuelta y se encaró de nuevo con Lepidus. Bebió un largo trago antes de volver a poner el tapón y se secó el exceso de cerveza de su poblado bigote.

—¿Me das un poco? —preguntó Lepidus.

—No —dijo Decimus—. No eres mi invitado y no eres bienvenido aquí.

—Tenemos que hablar —dijo Lepidus—. Necesito tu ayuda para resolver un asunto que ha salido rematadamente mal.

—Ya te lo he dicho; ya no hago esas cosas. Me ocupo de mis asuntos y me quedo aquí, sin molestar a nadie. Te di todo lo que tenía y maté a más hombres de los que quiero recordar, casi siempre por culpa de tu ambición desmedida, así que me debes este retiro. Haz lo correcto, Lepidus, y da media vuelta ahora mismo. Sea lo que sea, no puedo ayudarte.

—Lo único que te pido es que me escuches —dijo Lepidus—. Déjame decir lo que tengo que decir y, si aun así quieres que me vaya, me marcharé para no volver jamás. Tienes mi palabra.

Decimus se quedó mirando al legado antes de acercarse para echar el pescado eviscerado en una cesta y, tras coger un cubo de agua, arrojó el contenido sobre la mesa para limpiar la sangre.

—Trae ese taburete —dijo, y se sentó en la silla que había tallado en un tocón.

Lepidus acercó el taburete y tomó asiento a la mesa. Decimus cedió y cogió una jarra de madera del suelo antes de vaciar su contenido y llenarla de cerveza. Se la empujó sobre la mesa y se recostó, clavando la mirada en su antiguo comandante.

—¿Y bien? —dijo—. Te escucho.

Durante los siguientes minutos, Lepidus le habló a Decimus de la misión tras las líneas germánicas, a sabiendas de que el antiguo explorador nunca revelaría nada que se le confiara. Decimus

escuchó con atención, haciendo alguna pregunta ocasional, y comprendió rápidamente el problema.

—No parece distinto de las operaciones en las que tú y yo participamos bajo el mando de Tiberius —dijo finalmente—. Los detalles puede que difieran, pero los riesgos son muy parecidos. Tuve suerte de salir con vida cuando lo hice, ambos la tuvimos, así que, ¿por qué iba a plantearme siquiera volver ahora?

—Porque —dijo Lepidus—, a esos *exploratores* los lidera Seneca, y si le pasara algo, sé que nunca te lo perdonarías.

Decimus se quedó mirando al legado, consciente de que lo estaba manipulando con chantaje emocional. Por lo general, no habría funcionado, pero unos años antes, durante su última misión antes de retirarse, había sido capturado por una banda de helvecios y torturado horriblemente. Sin embargo, Seneca, desoyendo las órdenes de abandonarlo, dio media vuelta y, a pesar de sufrir heridas terribles, lo rescató de las fauces de una muerte segura. Ambos tardaron meses en recuperarse, y Decimus había jurado que, si alguna vez Seneca necesitaba su ayuda, él acudiría a la llamada.

—Aunque aceptara —dijo—, hace más de tres años que no hago nada parecido, y ya ni sé si puedo montar a caballo, y mucho menos rastrear y posiblemente luchar en territorio enemigo.

—Decimus —dijo Lepidus—, has olvidado diez veces más de lo que cualquiera de nosotros llegará a saber jamás y, a mis ojos, sigues siendo el *explorator* más hábil que este mundo ha visto, y me incluyo.

—Tú también eras muy bueno —dijo Decimus, alzando la vista—, y la legión te perdió cuando te arrebató la ambición política.

—Así son las cosas —dijo Lepidus—. Pero, en cualquier caso, me has concedido la oportunidad de exponer mis argumentos y, como prometí, si la respuesta es no, me iré y nunca miraré atrás. Pero la verdad es esta: no hay nadie más a quien pueda recurrir, y eres el único hombre que puede encontrar a quienes no quieren ser encontrados. Te necesito, viejo amigo, y aunque él aún no lo sepa, Seneca también te necesita.

Decimus se quedó mirando fijamente al legado antes de responder.

—Por supuesto que lo haré —dijo—. ¿Cómo podría negarme? Solo dime adónde han ido y qué quieres que haga.

—Trae otro frasco de cerveza —dijo Lepidus—, y te contaré todo lo que necesitas saber.

Unos días después, Decimus dejó su parcela y se dirigió a una aldea cercana. Había rechazado la oferta de Lepidus de una bolsa de plata y, en su lugar, había desenterrado una caja de debajo del suelo de su choza y recuperado las monedas y joyas que había guardado durante sus muchos años de campaña con el ejército romano. Una vez en la aldea, buscó a un viejo amigo, un compañero veterano que había servido en una de las unidades auxiliares de caballería de Roma.

—Lothar —dijo al ver que el hombre se le acercaba con una paca de heno en los brazos—. Te he estado buscando.

—Pues ya me has encontrado —dijo Lothar—, pero tendrás que esperar a que les lleve esto a los caballos.

—Iré contigo —dijo Decimus, y caminó junto al hombre por la aldea. Llegaron al cercado y Lothar arrojó el heno por encima, observando cómo sus caballos trotaban para comer.

—¿Son todos tuyos? —preguntó Decimus.

—Lo son —dijo Lothar—, y por eso nunca seré rico. ¿Qué puedo hacer por ti, Decimus?

—Tengo un problema —dijo Decimus—. Necesito ir a Germania, a territorio querusco para ser exactos, y tengo que llegar rápido.

—¿Y por qué ibas a ir allí? —preguntó Lothar—. ¿O es mejor que no pregunte?

—Ya sabes cómo va esto, Lothar —dijo Decimus—. Es mejor que no lo sepas.

Lothar negó con la cabeza, decepcionado.

—Sabía que no podrías mantenerte al margen —dijo—. ¿Por qué no te vas a casa y disfrutas de la vida? Ya has cumplido, amigo mío. Sea lo que sea que quieran que hagas, diles que no te interesa.

—No puedo —dijo Decimus—. Esta vez no. —La expresión de su rostro le indicó a Lothar que no tenía sentido seguir discutiendo.

—Entonces —dijo Lothar—, ¿en qué puedo ayudarte?

—Tu hermano —dijo Decimus—, ¿sigue sirviendo como intendente en la Legio XIII Gemina?

—Sí —dijo Lothar—. La legión está acuartelada en Vindonissa. Llevan allí años.

—Lo sé —dijo Decimus—. Protegen uno de los mayores depósitos del valle del Rin y supervisan la distribución de todos los suministros que se envían a nuestras legiones del norte.

—Más o menos, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Me imagino que, como tu hermano es el intendente, tendrá mucho que decir sobre quién o qué embarca en esas naves. ¿Me equivoco?

—Es uno de tantos bajo las órdenes del prefecto del campamento —dijo Lothar—, ya que la operación es muy grande, pero, en esencia, sí, esa es su función.

—Así que mi pregunta es: ¿puedes conseguirme pasaje en uno de los barcos de suministros que se dirigen al norte? De ser así, podría adentrarme en el corazón del territorio de los queruscos en la mitad de tiempo de lo que me llevaría a caballo o incluso por mar.

—Desde luego —dijo Lothar—, pero no estoy seguro de que pudiera hacerlo. Supongo que tendrías que pagarte el pasaje, o eso o trabajar para pagártelo.

—Cualquiera de las dos opciones me parece bien —dijo Decimus—, pero necesitaré una carta de presentación para que sepan quién soy.

—Puedo escribírtela. Pero ¿cómo piensas llegar a Vindonissa? Está muy lejos para ir a pie.

—Lo está —dijo Decimus—, y eso me lleva a la otra razón por la que estoy aquí. —Miró hacia el cercado—. Necesito comprar un caballo.

A la mañana siguiente, Decimus regresó y encontró a Lothar esperándolo en el cercado junto a una yegua de aspecto robusto.

—Te he preparado algunas provisiones —dijo Lothar mientras se acercaba—, junto con la carta de presentación. —Señaló a la yegua con la cabeza—. No es bonita, pero es fuerte e ideal para el

terreno germánico. Trátala bien y no se detendrá jamás. Si te olvidas de darle de comer o de beber, se negará a moverse.

—La cuidaré —dijo Decimus, dejando su macuto en el suelo y buscando la bolsa bajo su capa.

—Guárdate el dinero —dijo Lothar—. Esto es entre camaradas.

—Puedo pagar —dijo Decimus.

—Estoy seguro de que puedes, pero considéralo un préstamo. Tráemela de vuelta y me cobraré los intereses en cerveza y vino.

—Trato hecho —dijo Decimus, y ató su macuto a la parte trasera de la silla—. Te lo agradezco —continuó—, y tengo algo para ti. —Se dio la vuelta para entregarle un documento sellado.

—¿Qué es?

—Mi testamento y las escrituras de mis tierras —dijo Decimus —. Si no regreso, son tuyas.

—No seas necio —dijo Lothar—. Limítate a hacer lo que tengas que hacer y vuelve aquí con vida.

—Ese es el plan —dijo Decimus, montando a la yegua—. Pero si los dioses deciden lo contrario, prefiero que las tengas tú a que se las quede Calígula. Además, ahí abajo hay espacio suficiente para una manada de caballos. Nos vemos en unos meses. —Y, sin más, hizo girar a la yegua para salir de la aldea al galope.

Capítulo Trece
Germania Occidental

Séneca y sus hombres estaban sentados entre las balas de heno en lo alto de un granero, ajenos por completo al drama que se desarrollaba en el sur. Al llegar al granero, se habían puesto cómodos de inmediato y habían preparado unos lechos con el heno mientras Brennus salía a comprar caballos.

Incapaces de encender un fuego, picoteaban *buccellatum*, la galleta seca que había sustentado a los guerreros de Roma en sus campañas durante siglos, y cecina, que bajaban con agua del arroyo de las cantimploras que les colgaban de los cinturones. Marcus todavía no tenía mucho equipo aparte de la ropa que llevaba puesta y su espada, así que compartía lo que los demás le ofrecían. Dirigió la mirada hacia la *sarcina* de Falco, que estaba en el suelo.

—Son peculiares —dijo, arrancando un trozo de cecina con los dientes—. ¿Dónde están las *furcae* para llevarlas?

—No usamos *furcae* —dijo Falco—. Procuramos viajar ligeros y vivir de lo que nos da la tierra tanto como podemos. Entre todos tenemos lo que necesitamos, y el resto lo compramos o lo robamos.

—¿Y qué hay de las *caligae*? —preguntó Marcus—. Me he fijado en que todos lleváis botas.

—Lleva lo que quieras —dijo Falco—. Aquí no hay uniformes, pero las *caligae* te delatarían como romano en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y eso es malo?

—En nuestro oficio, sí. Es mejor que nos mezclemos con la población allá donde estemos.

—Entonces, ¿cuál es exactamente nuestro oficio?

Falco miró a Séneca y recibió un gesto de asentimiento como respuesta.

—Operamos al margen de los círculos militares y políticos habituales —dijo Falco—. Si hay que hacer algo que deba ocultarse o negarse, recurren a nosotros.

—¿Eso incluye el asesinato? —preguntó Marcus.

—A veces —dijo Falco—. ¿Te molesta?

—Dependería de las circunstancias —dijo Marcus—. Si es un enemigo de Roma que merece su destino, entonces no, pero si es una mujer o un niño sin razón para morir, entonces sí, me molestaría.

—¿Quién decide quién merece morir? —preguntó Sica desde el otro extremo del desván sin levantar la vista—. ¿Usted, yo, el emperador, los dioses? Todo es relativo, y las decisiones han de tomarse sobre el terreno, según se presenten las cosas. A veces se cometen errores, pero seguimos adelante.

—Ninguno de nosotros, salvo el jefe, figura en los registros de ninguna legión —continuó Falco—. Oficialmente, es tribuno de los *exploratores* de la legión.

—Si no existís, ¿cómo os pagan, os alimentan o os visten?

—Como te he dicho —replicó Falco—, nos cuidamos solos, y en lo que respecta al dinero, nos apañamos bastante bien.

—¿Y qué hay de la financiación de vuestras misiones? Seguro que no os la costeáis vosotros mismos. ¿Quién se encarga de eso?

—No tengo ni idea —dijo Falco—. Pregúntale al jefe.

Marcus se volvió hacia Séneca.

—No se preocupe usted por eso —dijo Séneca, mientras miraba por una diminuta ventana en el alero del desván—. Solo ha de saber que si necesita cualquier cosa, uno de nosotros se la proporcionará. ¿Por qué no nos cuenta cómo acabó en esa birreme?

—¿Por qué es eso relevante? —preguntó Marcus.

—Porque —intervino Falco—, estamos depositando una fe ciega en la decisión de Séneca de dejar que te nos unas y necesitamos conocer al hombre junto al que lucharemos. Sabemos que sabes luchar, pues vimos lo que hiciste en ese barco, pero ¿cuáles son tus antecedentes? ¿Por qué te condenaron a una vida en una birreme, para empezar?

Marcus suspiró y bajó la mirada al suelo mientras los recuerdos volvían en tropel.

—Fui centurión en la Legio II Augusta —dijo finalmente—, y habíamos salido a recaudar el tributo de una de las tribus locales.

—Oh, maravilloso —suspiró Falco—. Es lo que nos faltaba. Más autoridad romana acostumbrada a ladrar órdenes y a repartir disciplina. Eso no funciona aquí, amigo.

—Falco, déjele hablar —dijo Séneca, y se dirigió a Marcus—. Continúe.

—Nunca antes habíamos tenido problemas con esta tribu en particular, así que solo llevamos a unos ochenta hombres, incluido el hijo del gobernador local, un joven tribuno arrogante que creía saberlo todo pero que nunca había visto una batalla. El jefe del clan con el que solíamos tratar había muerto y su hijo había ocupado su lugar. Era totalmente distinto a su padre: arrogante, agresivo y se negó a pagar el tributo. También era influyente entre las otras tribus y, sin que lo supiéramos, había reunido a unos mil guerreros entre los árboles que nos rodeaban. Cuando se negó a pagar, nuestro tribuno interpretó la situación de forma totalmente errónea y lanzó todo tipo de amenazas, incluida la ejecución inmediata del guerrero. La situación se deterioró gravemente y, cuando el oficial desenvainó su gladio, el resto de la tribu salió en masa de los árboles para atacarnos. Baste decir que hubo una lucha, pero en el fragor de la batalla el oficial se asustó y huyó de nuestra posición. Sabiendo que lo matarían, tuvimos que romper la formación e ir tras él, y en retrospectiva, fue una decisión estúpida, pero era el hijo del gobernador y no había forma de no traerlo de vuelta con vida. Con nuestras líneas rotas, estábamos en desventaja, y se lanzaron sobre nosotros a través del bosque, segándonos como si fuésemos trigo. Alcancé al tribuno, pero estaba histérico de miedo y tuve que derribarlo para que recuperara la cordura. Pero ya era demasiado tarde, el daño estaba hecho. Mi unidad estaba destruida y, sin otra opción, huimos hacia el río para intentar escapar y fuimos arrastrados por la corriente. Solo unos pocos sobrevivimos, pero cuando informamos a la legión, el tribuno supo que caería en desgracia y afirmó que había sido yo quien había huido y que él se había quedado para dirigir un contraataque.

—¿No hubo otros testigos? —preguntó Falco.

—Unos pocos —dijo Marcus—, pero desaparecieron rápidamente; supuestamente, los reasignaron a otras legiones, pero

creo que los silenciaron para siempre.

—Esa es una acusación bastante grave.

—No puedo probarlo —dijo Marcus—, pero en un momento estaban allí y al siguiente ya no. En fin, como podéis imaginaros, el gobernador se involucró y exigió al legado que creyera la versión de su hijo, y aquí estoy. Acusado de un crimen que no cometí y ahora un desertor entre un grupo de hombres a los que no conozco, sentado en medio de la nada y a punto de hacer algo con lo que puede que no esté de acuerdo.

—Para nosotros, eso es un día cualquiera —dijo Falco.

—Y tú, ¿qué? —preguntó Marcus—. ¿Cuál es tu historia?

—Soy un gladiador —dijo Falco—. Así de simple.

—Querrás decir que eres un exgladiador —dijo Raven desde el otro lado del granero.

—O se es un gladiador o un gladiador muerto —dijo Falco—. No hay más.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —preguntó Marcus.

—Cuando era joven, mi padre solía llevarme a las arenas a ver los juegos. Me quedé fascinado y a menudo pasaba el rato por el ludus, a veces limpiando la arena de las zonas de entrenamiento junto a los esclavos. Los gladiadores me daban alguna moneda por hacerles recados y me enganché por completo. En cuanto tuve la edad, firmé con un ludus, para gran disgusto de mi familia.

—¿Te uniste por voluntad propia?

—Así es. Ansiaba la fama, la notoriedad, el dinero, las mujeres, todo. Pero, por encima de todo, ansiaba la violencia, la sangre y la agudísima concentración necesaria para mirar a la muerte a los ojos y retroceder victorioso. Y lo tuve todo, incluida la adoración del pueblo. Me convertí en su favorito y me vendieron a un ludus más grande donde los combates eran más duros, el dinero mayor y el riesgo de muerte mucho más alto.

—Creía que los gladiadores ya rara vez luchaban a muerte.

—Depende —dijo Falco—. Los espectáculos públicos no solían ser más que un circo de entretenimiento donde la única sangre que se derramaba era la de animales exóticos o convictos. A veces recreábamos algunas de las grandes batallas de la historia utilizando

a prisioneros aterrorizados para representar a la horda bárbara, masacrándolos para complacer a la multitud sedienta de sangre. A veces había juegos privados a puerta cerrada donde grandes sumas de dinero cambiaban de manos en apuestas y, cuando eso ocurría, para evitar cualquier riesgo de engaño, solo podía haber un superviviente en cada contienda. Eso significaba matar a tu oponente, y era ahí donde yo medraba, matando a más hombres de los que quisiera recordar. Pero incluso entonces, sabía que no podía continuar así mucho más tiempo, matando a prisioneros indefensos, animales y compañeros gladiadores. Mi amor por la lucha permanecía —la sangre, la gloria, el honor—, pero al final no veía a ningún enemigo en la arena, solo otra transacción que había que hacer para que los ricos fueran más ricos, y supe que tenía que marcharme.

—¿Y le permitieron hacerlo?

—Como ya era un hombre libre, no estaba atado a un largo servicio y me había ganado ya la rudis en la competición, así que sí, podía parar cuando quisiera. Durante un tiempo, intenté vivir en la ciudad, pero no funcionó. Luego probé con la agricultura y, de nuevo, no era para mí. Seguía ansiando la violencia, el riesgo, la sangre. Acabé viviendo en los callejones y las calles secundarias de Roma, hiriendo a gente a cambio de dinero, pero perdiéndolo todo después en juegos de azar antes de repetir el ciclo. Estaba enganchado al juego y metiéndome en líos todo el tiempo, y probablemente habría acabado en una mina de sal o algo peor, pero Séneca me encontró tras los barrotes de una prisión para deudores y me liberó.

—Un golpe de suerte, desde luego —dijo Marcus.

—En realidad, no —dijo Falco—. Me había visto luchar muchas veces en la arena, y cuando oyó que el mejor gladiador que jamás había existido, y uno muy apuesto además, estaba siendo retenido injustamente, pagó mi deuda y consiguió que me liberaran. ¿No es así, jefe?

—Algo así —dijo Séneca, sin volverse.

—No tenía adónde ir, así que cuando Séneca dijo que tenía un puesto que podría interesarme, no me lo pensé dos veces, y aquí

estoy, cinco años más viejo e incluso más apuesto de lo que era entonces. Las damas de la Galia son muy, muy afortunadas.

—Por los dioses —suspiró Raven—. ¿Es que esto no acaba nunca?

—No le hagas caso —dijo Falco—. Solo está celoso.

Marcus sonrió. Había echado de menos las bromas entre militares, un rasgo común en todas las naciones y personalidades.

—¿Y tú, Raven? —preguntó—. ¿Por qué estás aquí?

—Eso tendrá que esperar —dijo Séneca desde la ventana, cortándolo en seco—. Brennus ha vuelto. Salid todos.

Bajaron por la escalera de mano y observaron cómo Brennus llegaba a caballo, acompañado de otro jinete.

—¿Quién es este? —preguntó Falco, señalando con la cabeza al segundo hombre.

—Es Talorcan, de los belgas —dijo Brennus, bebiendo de su petaca—, un cazador que se conoce estas tierras como la palma de la mano y que suele trabajar de explorador para las legiones de la zona. Él nos guiará hasta territorio querusco.

—Otro recién llegado —dijo Falco—. ¿No somos ya bastantes?

—Necesitábamos un guía local —intervino Séneca—, o esto nos llevará el doble de tiempo.

—Ya tenemos a Raven.

—Raven —dijo Séneca, volviéndose hacia él—, con el debido respeto, ¿conoce usted los senderos ocultos de Germania Menor, las tribus, las tradiciones, el idioma, los dialectos? ¿Sabe qué clanes son amistosos y cuáles le arrancarán las tripas a la que se descuide? ¿O los mejores lugares para cazar o qué bayas podrían matarlo?

—No —dijo Raven—, pero aprenderé rápido.

—Estoy seguro de que lo hará —dijo Séneca—, pero, hasta entonces, este hombre nos guiará adonde queremos ir. Conviértase en su sombra y apréndase estas tierras como si fueran las suyas. —Se volvió hacia Talorcan—. Supongo que entiende usted nuestro idioma.

—Sí —dijo Talorcan—. A menudo trabajo como explorador para otros como ustedes.

—No hay otros como nosotros —dijo Sica en voz baja, con la mirada perdida en los dibujos que trazaba su bota en el polvo. Todos los ojos se volvieron para mirar al sirio. Era lo más que le habían oído decir en días.

—¿Necesitas un trago de agua? —preguntó Falco—. Tiene que haber sido agotador para ti.

Sica alzó la vista hacia Séneca, ignorando el sarcasmo.

—Tenemos que ponernos en marcha —dijo—. Pasamos demasiado tiempo hablando y no el suficiente actuando.

Séneca asintió y se volvió hacia Brennus.

—¿Ha logrado encontrar caballos?

—Sí. Hay unos establos en una aldea a dos leguas de aquí donde un mercader provee caballos de toda la comarca. El precio es elevado, pero tiene exactamente lo que necesitamos.

—Excelente —dijo Séneca, volviéndose hacia el resto de sus hombres—. Cojan sus bártulos; nos ponemos en marcha.

—Marcus, he cogido esto para usted —dijo Brennus, y le lanzó una sarcina vacía parecida a la que llevaban los demás hombres—. Ahora es usted uno de los nuestros; bienvenido al Occultum.

Capítulo Catorce
Germania

Séneca y sus hombres se dirigieron al este, hacia el Rin, guiados por la nueva incorporación al grupo: Talorcan. La marcha era buena, con poca o ninguna interferencia de las tribus locales, salvo algún que otro mendigo, algo habitual en la mayoría de los caminos del Imperio.

Durante unos días, se habían unido a una caravana de mercaderes que se dirigía al río, pero, cuando se acercaron, abandonaron el camino y cabalgaron hacia las colinas. Aquella noche, en el campamento, Brennus se sentó junto a Talorcan al calor de la lumbre para compartir un estofado hecho con las palomas torcaces que el cazador había abatido con su arco ese mismo día.

—¿Por qué hemos dejado el camino? Llevábamos buen ritmo —preguntó Brennus, bebiendo un poco de agua de su cantimplora.

—Ese camino lleva a Oppidum Ubiorum —dijo Talorcan—, una ciudad a orillas del Rin que tiene un ferri que cruza el río.

—¿Y eso no es lo ideal?

—No en vuestro caso —dijo Talorcan—. Allí hay mucha gente de la tribu de los ubios, y son conocidos por su perfidia. Vosotros y vuestros amigos —dijo, señalando con la cabeza al resto del grupo— parecéis muy vuestros, así que supongo que querréis pasar lo más desapercibidos posible. Seis hombres como vosotros, cabalgando juntos, llamarán la atención de inmediato, y la información se venderá a cualquiera que esté interesado, sobre todo cuando oigan vuestro idioma. De esta forma evitamos esas miradas, y hay muchas aldeas a lo largo del río que nos cruzarán gustosamente en sus barcas por una o dos monedas y sin hacer preguntas. Una vez a salvo en la otra orilla, os dejaré con vuestros asuntos y regresaré con mi gente.

—¿Y qué nos espera al otro lado?

—Entonces estaréis fuera de las tierras de los belgas y en las de los queruscos —dijo Talorcan—. Su influencia se extiende muy al

este.

—¿Son amistosos?

—Los más cercanos al Rin no deberían dar problemas. Comercian con los vuestros con regularidad y les interesa más la agricultura que la lucha, pero, cuanto más os acerquéis al río Weser, más hostiles se volverán.

—¿Y más allá del río Weser?

—Seguiréis en territorio querusco, al menos hasta llegar al río Elba. Pero esos fueron los clanes que lucharon con Arminio contra vuestras legiones en los bosques de Teutoburgo y añoran los viejos tiempos en que su nombre era temido en toda Germania. Si tenéis que ir allí, evitadlos si podéis, pues sin el apoyo de una de vuestras cohortes podríais estar en peligro.

—¿Qué hay más allá del río Elba?

—Nada de lo que debáis preocuparos —dijo Talorcan—. Porque si llegáis tan lejos y vuestra misión requiere que vayáis más al este, daos la vuelta y volved a casa.

—¿Por qué?

—Porque allí moriréis todos —dijo Talorcan—. Ni siquiera yo he cruzado el Elba, ni lo haré. Más allá de ese río se encuentran las tierras de los vándalos, y pocos regresan vivos de allí.

Dos días después, los hombres contemplaban una extensa aldea junto al Rin. Las casas eran una mezcla de cabañas de madera y estructuras de piedra, e incluso había algunos edificios más elaborados, a todas luces construidos con influencia romana.

—Parece bastante civilizado —dijo Falco—, no es lo que me esperaba en absoluto.

—Vosotros los romanos tenéis una visión muy estrecha de nuestro pueblo y de nuestra forma de vida —dijo Talorcan—. Creéis que todos somos unos bárbaros que vivimos en chozas de barro y corremos desnudos por ahí, sin vestir más que el glasto azul.

—Eso lo resume bastante bien —dijo Falco.

—Tenemos nuestros propios pueblos y ciudades —dijo Talorcan—, por toda Germania. Puede que no tengan las imponentes estructuras o los monumentos a la vanidad del hombre que Roma

parece tan desesperada por construir, pero son prósperos centros de humanidad que impulsan el comercio que alimenta a nuestra gente.

—Unos pocos edificios y puestos de mercado no hacen una ciudad —dijo Falco—. ¿Vamos a bajar o qué?

—Primero acamparemos en el bosque —intervino Séneca—, luego unos pocos bajaremos a por provisiones frescas. Una vez allí, también intentaremos averiguar lo que podamos sobre nuestro herrero.

Una hora más tarde, con los caballos ocultos a buen recaudo entre los árboles, cuatro de los hombres bajaron a la aldea: Talorcan y Séneca en un grupo, y Raven y Brennus en el otro. El resto se quedó atrás para vigilar los caballos.

—Nos separaremos aquí —dijo Séneca—. Mantened los ojos abiertos y ved si podéis encontrar alguna información, pero sed discretos. No queremos levantar sospechas.

Los dos equipos se separaron, dejando atrás las afueras para adentrarse en la aldea. Séneca y Talorcan se dirigieron directamente a la orilla del río para ver si encontraban a alguien que los cruzara en barca, mientras que los otros dos se encaminaron hacia el centro de la aldea para ver qué provisiones podían encontrar. El olor a comida caliente los atrajo hacia el mercado y pronto se encontraron en una bulliciosa plaza llena de gente ocupada en sus quehaceres diarios. Brennus señaló con la cabeza a un par de hombres que compraban pescado fresco en un puesto. Llevaban el pelo corto, iban bien afeitados y vestían togas de lino limpias.

—Tiene que haber un fuerte romano cerca de aquí —dijo—, o al menos un asentamiento. Talorcan dijo que este lado del río era amistoso.

Pasearon entre los diversos puestos, carros y vendedores ambulantes, y le pagaron dos sestercios a uno de los vendedores por un par de pichones asados.

—Mira —dijo Raven, señalando con la cabeza a un cervecero que servía a una cola de hombres desde unos barriles abiertos—, a esta gente desde luego le gusta la cerveza. —Se acercaron y compraron dos jarras antes de sentarse en una mesa con bancos

largos para comer. Varias personas más compartían la mesa y la conversación era animada. Ambos se sorprendieron de que al menos la mitad hablara en latín sin ninguna preocupación.

Brennus y Raven hablaron en voz baja mientras escuchaban cualquier conversación que pudieran oír sin llamar la atención. Gran parte de la charla eran los cotilleos triviales que se suelen oír en cualquier mercado de cualquier país: quién se había casado con quién, la influencia del gobernador local, el precio de la comida o del vino y, por supuesto, el impacto de los impuestos que cada aldea debía pagar a los romanos. En general, era muy interesante, pero en última instancia de poca utilidad para los dos hombres y, después de beberse la cerveza, se levantaron para continuar su camino.

Junto al río, los otros dos tuvieron más suerte. Casi de inmediato, encontraron un barco de pesca con una cubierta accesible capaz de transportar unos cuantos caballos al otro lado del río. El dueño dormía profundamente sobre un montón de sacos de arpillera apestosos, envuelto en su capa encerada.

—Esa parece perfecta —dijo Séneca—. ¿Lo despertamos y le preguntamos el precio?

—Déjalo dormir —dijo Talorcan—, ya volveremos más tarde. La gente de río es conocida por su mal genio.

—Estoy despierto —dijo el hombre sin abrir los ojos—, y el precio es de dos sestercios por hombre, diez por un caballo.

—¿Cómo sabe lo que queremos? —preguntó Séneca.

—Es lo que quiere todo el que ve mi barca —dijo el hombre —. ¿Cuántos sois?

—Seis hombres y seis caballos.

—Siete —dijo Talorcan—. Voy con vosotros.

Séneca lo miró, pero no hizo ningún comentario. Volvió la vista hacia el barquero, que ahora se había despojado de la capa y examinaba la desordenada cubierta, calculando el espacio que necesitaría.

—Puedo hacerlo en dos viajes —dijo— por el mismo precio. Pagado por adelantado.

—Entendido —dijo Séneca—. ¿Cuándo?

—Mañana, al amanecer —dijo el barquero—. Así no habrá tantos ojos curiosos.

—¿A qué se refiere?

El barquero levantó la vista.

—Hay un ferri más grande río abajo —dijo—. Quienes remontan el río suelen requerir más discreción. Supongo que es vuestro caso.

—Estaremos aquí al amanecer —dijo Séneca, mientras contaba las monedas de su bolsa—. Llévenos a salvo y habrá un denario de plata extra para usted.

—Los llevaré —dijo el barquero.

Los dos hombres se dieron la vuelta y se dirigieron de regreso al pueblo. Por el camino, vieron a sus camaradas hablando con un mercader, pero, tras intercambiar una fugaz mirada, continuaron su camino sin reconocerse.

Uno de los puestos vendía pertrechos y armas y Séneca, al ver un saco de gladios viejos, con las empuñaduras gastadas y las hojas cubiertas de muescas y óxido, sospechó que provenían de los campos de batalla del cercano bosque de Teutoburgo. Su ánimo decayó al pensar en los hombres que los habían portado en nombre de Roma más de treinta años antes. Muchos debían de tener por aquel entonces más o menos su edad y, de las decenas de miles que marcharon hasta allí, solo unos pocos habían regresado.

—Me quedaré una de esas —dijo, señalando las espadas.

—Le encontraré una buena —dijo el vendedor, volviéndose hacia el saco.

—No importa —dijo Séneca—. Esa servirá. —Pagó el precio y se guardó la espada en el cinto, bajo la capa—. ¿Tiene algo más nuevo? —preguntó como si se le acabara de ocurrir, intuyendo una oportunidad.

—¿Qué busca? —preguntó el vendedor—. Porque si no lo tengo aquí, probablemente pueda conseguirlo. Por un precio, claro está.

—Busco un cuchillo nuevo —mintió Séneca—, algo que dure años y no pierda el filo.

—Aquí tengo algunos que podrían interesarle —dijo el mercader mientras desenrollaba un atado de cuero que contenía una docena de cuchillos, algunos con empuñaduras ornamentadas.

Séneca hizo ademán de examinar las hojas, pero pudo ver que todas estaban forjadas con el hierro habitual; bellamente labradas y afiladas como navajas, pero hierro, al fin y al cabo.

—Son todos muy buenos —dijo Séneca—, pero busco otra cosa. He oído que, si el precio es el adecuado, un hombre puede encontrar una hoja que no se oxide.

El mercader miró a Séneca con interés.

—Existen tales hojas —dijo—, aunque son muy difíciles de encontrar. Se venden muy rápido y a un precio muy elevado.

—¿Puede conseguirme una? —preguntó Séneca—. Puedo pagar.

—Es poco probable —dijo el mercader—. Como ya le he dicho, son extremadamente raras.

—¿Sabe de dónde provienen?

—He oído que las fabrican en Weserburgh —dijo el mercader —, una aldea cerca del Weser, pero no puedo asegurárselo. ¿Van ustedes allí?

—No —dijo Séneca—, nos dirigimos al sur, pero no importa. Solo quería preguntar. Se alejaron y volvieron a atravesar la aldea. Había sido una mañana productiva.

De vuelta en el bosque, el resto de los hombres habían atendido a los caballos y ahora estaban sentados junto al fuego, esperando a que los demás regresaran. Sica había preparado un estofado con carne seca y algunas hierbas de una bolsa cuidadosamente envuelta en su sarcina. Falco y Marcus le habían ofrecido comida extra de sus propios macutos, pero él la había rechazado, diciendo que se echaría a perder. Lo observaban hambrientos, haciéndoseles la boca agua mientras los aromáticos olores impregnaban el aire.

—¿De dónde eres, Sica? —preguntó Marcus mientras esperaban.

—Ya sabes de dónde soy —dijo Sica, removiendo la olla—. De Siria.

—¿Y tu gente? ¿Sigue allí?

—No tengo gente.

—Todos tenemos gente —dijo Marcus—. ¿Y tu familia?

—Todos muertos.

Marcus miró a Falco. La falta de colaboración era difícil, pero estaba decidido a sonsacarle algún tipo de conversación.

—¿Y tu nombre? ¿Tiene algún significado?

—Sica no es mi nombre —respondió el sirio.

Falco lo miró sorprendido. Por lo que él sabía, siempre lo habían conocido como Sica.

—Entonces, ¿cuál es? —preguntó, uniéndose a la conversación.

—No tengo nombre. Murió con mi familia.

—Y bien, ¿quién o qué es sica?

El sirio se llevó la mano al cinto y, con un único y fluido movimiento, se giró para lanzar su daga, que voló girando por el aire hasta clavarse en un árbol, a apenas un palmo de la oreja de Falco.

—Esto es una sica —dijo, y se volvió hacia su olla.

Falco se quedó helado y, cuando Marcus lo miró, pudo ver cómo la ira asomaba al rostro del gladiador. Al darse cuenta de que la situación podía estallar si no se atajaba con urgencia, se puso en pie y se acercó al grandullón.

—Falco —dijo—, cuéntame otra vez más sobre tu vida de gladiador. ¿Había mujeres de por medio?

Falco siguió fulminando con la mirada al indiferente sirio, sopesando si romperle el cuello, pero, ante la insistencia de Marcus, su ira amainó y se volvió hacia el centurión, con la mente ya acelerada para deleitar a su nuevo amigo con historias de la vida en la arena.

Marcus miró de reojo al sirio y, para su exasperación, recibió a cambio una fugaz mirada de regocijo.

Diez minutos después, fue rescatado de los interminables relatos de Falco sobre lo bueno que había sido como gladiador cuando Sica les avisó de que la comida estaba lista.

Se acercaron y esperaron mientras el sirio les servía el estofado en sus cuencos de madera con un cucharón. El olor era increíble, y Falco de inmediato se metió tres cucharadas de comida en la boca.

—Te has superado esta vez, sirio —masculló—. Esto está delicioso. —Dejó de hablar de repente y se quedó mirando el cuenco antes de alzar la vista hacia Sica. Tragó saliva con dificultad y parpadeó rápidamente cuando sus ojos empezaron a llorar y su nariz a moquear. La boca le ardía, y buscó frenéticamente su cantimplora —. ¿Qué es esto? —jadeó—. ¿Qué me has hecho?

—La comida es para saborearla —dijo el sirio—, no para que te la metas por el gaznate como un cerdo hambriento.

Marcus olisqueó su propia comida antes de llevarse con cautela media cucharada a la boca. No tardó mucho en experimentar también los efectos, pero los controló mucho mejor.

—Está buena —dijo—, pero cuesta acostumbrarse al picante.

—Tomáoslo con calma —dijo Sica—. Y dejad que haga lo que tiene que hacer.

La comida prosiguió y, a pesar de su horrenda experiencia, Falco recobró el juicio y perseveró con el guiso. Media hora más tarde, los cuatro hombres que habían ido a la aldea regresaron y transmitieron su información al resto del equipo. Una vez más, hubo gestos de sorpresa ante la picante pero deliciosa comida y, tras reponer sus existencias de leña para la hoguera, hicieron sus planes para el día siguiente.

—He oído que vienes con nosotros —dijo Marcus mientras Talorcan se le unía para ver cómo estaban los caballos.

—Así es —dijo Talorcan—. Me parecéis buenos hombres y, aunque todavía no estoy seguro de vuestro propósito, creo que debería quedarme hasta que lleguéis a vuestro destino, sea cual sea. Las tierras de los queruscos no son lugar para forasteros.

—¿Es que no te ha informado Séneca?

—Creo que puede que tenga algo que ver con un cuchillo especial —dijo Talorcan—, pero los detalles no me incumben. Os llevaré adonde queráis ir y os traeré de vuelta al río cuando hayáis terminado.

—Tenéis nuestra gratitud —dijo Marcus, dejando un cubo de agua delante de su caballo—. ¿Eres de por aquí?

—Soy belga —dijo Talorcan—, de un lugar a unos días de viaje a caballo hacia el oeste. Pero mi pueblo era nómada y viajaba entre las tribus. No quedamos muchos, ya que vuestro general romano, Germánico, mató a la mayoría, pero otros huyeron a Britania a través del mar del Norte.

—¿Tienes gente en Britania?

—Sí —dijo Talorcan—. Mi abuelo paterno está allí, así como hombres que se criaron conmigo. Dicen que es una tierra muy espiritual, donde la gente está en sintonía con los dioses. Creo que eso me gustaría.

—He oído que es un lugar de monstruos —dijo Marcus—, de gente aterradora que come niños y controla demonios que escupen fuego y se esconden en la niebla y los bosques.

—Sospecho que esas historias las empezaron las propias tribus britanas —rió Talorcan.

—¿Por qué harían eso?

—¿Tú qué crees? —replicó Talorcan—. Quieren que Calígula y sus ejércitos se mantengan bien alejados. Vamos, deberíamos descansar un poco.

Ambos hombres regresaron al campamento y encontraron a los demás extendiendo esteras de juncos y envolviéndose en sus capas impermeables.

—Yo hago la primera guardia —dijo Séneca desde el fuego—. Descansad un poco.

A la mañana siguiente, Marcus se despertó con una suave sacudida de Brennus.

—Ven conmigo —dijo en voz baja.

Marcus se levantó y lo siguió varios cientos de pasos hacia el interior del bosque. Finalmente, llegaron a un claro donde Séneca esperaba de pie. A sus pies había un pequeño hoyo cavado en la tierra del bosque, lleno de ramitas secas y helechos.

—Marcus —dijo Séneca mientras se acercaba—, como ya sabes, solo nosotros tres juramos el *sacramentum* al imperio cuando

nos unimos a las legiones. Los otros que dejamos atrás tenían sus propios juramentos de lealtad a su propia vocación. Como también sabes, no muy lejos de aquí, en los bosques de Teutoburgo, muchos hombres como nosotros fueron masacrados por las tribus germánicas. La mayoría no regresó e incluso sus restos se perdieron para siempre. Hoy nos adentramos en esas tierras y he pensado que sería bueno rezar por los que murieron y buscar la protección de los dioses mientras seguimos sus pasos.

—¿Lo saben los demás? —preguntó Marcus.

—No tenemos secretos entre nosotros —dijo Séneca—, pero declinaron respetuosamente la invitación, sabiendo que era algo que nosotros tres debíamos hacer.

Marcus observó cómo Séneca prendía el fuego en el hoyo con una antorcha que había traído del campamento. Se apartó mientras las llamas prendían antes de elevarse hacia el cielo, sosteniendo el viejo *gladius* que había comprado en el mercado el día anterior.

—*Divino Marte* —dijo—*, dios del poder y el valor, escucha mi súplica. Tus humildes siervos se presentan ante ti, donde moran los espíritus de nuestros hermanos caídos. En su honor, ofrecemos esta ceremonia en memoria de su coraje y sacrificio. Su sangre fue la semilla de estos árboles; su valor, el susurro entre las hojas. Acepta este tributo en su honor y, al embarcarnos en nuestra propia misión, imploramos tu guía divina para que nos proteja de los peligros invisibles que nos aguardan. Concédenos la fuerza para vencer, la sabiduría para actuar con honor y la entereza para llevar adelante el legado de aquellos que dieron su vida por la gloria de Roma. En tu nombre.*

Una vez terminada la plegaria, Seneca se adelantó y colocó el viejo gladio entre las llamas, y los tres hombres contemplaron cómo el fuego se hundía bajo la superficie del suelo del bosque, llevándose el tributo consigo. Hecho esto, echaron tierra sobre las brasas y los restos de la espada antes de regresar al campamento, donde los otros cuatro miembros del grupo ya habían ensillado los caballos.

—¿Todo listo? —preguntó Falco en voz baja.

—Todo listo —dijo Seneca antes de montar a caballo—. Vamos a buscar a nuestro hombre.

Capítulo Quince
Weserburgh

A diferencia de las aldeas al oeste del Rin, Weserburgh tenía poca interacción diaria con sus señores romanos. Los queruscos dominaban las tierras entre los dos ríos y, aunque los romanos habían estado presentes en la zona desde que Germánico les impuso su voluntad años atrás, la relación era, en el mejor de los casos, tensa, y la violencia siempre estaba a una discusión de distancia.

En Weserburgh, el jefe de la aldea caminaba por el asentamiento, y el sonido del hierro golpeando el hierro se hacía más fuerte a medida que se acercaba a su destino. Era casi mediodía y había dormido hasta mucho después del amanecer, pues la noche anterior había participado en un ritual dedicado a Woden, el dios de la sabiduría, la guerra, la muerte y la magia.

—Kassab —lo llamó al acercarse—. Atiéndeme y tráeme cerveza. Tengo una sed que necesita ser saciada.

El martilleo cesó y, mientras el jefe se dejaba caer en un banco fuera de la forja, un hombre menudo de piel oscura salió de debajo del bajo alero del edificio de paredes abiertas, llevando un odre de cerveza.

—Sigimar —dijo el herrero—. No te esperaba hasta esta noche.

—Lo sé —dijo Sigimar—, pero necesitaba ver lo que has hecho hasta ahora. Dentro de unos días habrá una reunión a la que asistirá gente importante, y necesito que queden debidamente impresionados.

—No quedarás decepcionado —dijo Kassab.

—Muéstramelo.

El herrero desapareció en la cabaña y regresó con una piel de oveja enrollada. La colocó sobre la mesa y la desenrolló con cuidado, revelando su contenido al fascinado jefe querusco.

—Son magníficas —dijo Sigimar, cogiendo una de las seis puntas de flecha y sosteniéndola para que brillara al sol—. ¿Cuánto

tardas en hacer cada una?

—De momento, puedo hacer unas diez al día —dijo Kassab—, pero ese número aumentará cuando me consigas los materiales que te he pedido y me construyas una forja más grande.

—Es demasiado lento —dijo Sigimar—. Nuestros otros herreros pueden hacer diez veces esa cantidad.

—Yo también podría —dijo Kassab—, si las hiciera de hierro. Crear este acero es un proceso completamente diferente y lleva mucho más tiempo. Sin embargo, durará cien veces más que lo mejor que cualquier otro hombre pueda ofrecer.

—Sigue siendo demasiado lento —dijo Sigimar—. ¿No se puede acelerar el proceso?

—No si quieres la misma calidad —dijo Kassab, cogiendo un cuchillo del rollo y ofreciéndoselo a Sigimar—. Podría hacerlas más rápido, pero el producto final sería de mala calidad, y si eso es lo que quieres, entonces estoy malgastando mi tiempo aquí.

—Sería más rápido si tuviéramos diez hombres más como tú —dijo Sigimar—, o cien veces más.

—Así sería —dijo Kassab—, pero sé que muchos lo han intentado, y todos han fracasado.

—No fracasarían si compartieras tus secretos con nosotros.

—No puedo hacer eso —dijo Kassab—, pues en el momento en que lo haga, dejaré de serte útil y mi vida carecerá de valor.

—Podría torturarte hasta que lo hicieras —dijo Sigimar, dejando el cuchillo sobre la mesa y cogiendo una punta de lanza.

—Podrías. Pero el proceso no depende solo de un método, una cantidad o un peso; requiere meses de aprendizaje, quizá años. Implica técnica, olor, calor, frío, agua, fuego y un sentimiento en lo más profundo del corazón de que el metal está en su punto. Cuando está terminada, aún necesita una atención especial, y ni siquiera yo puedo estar seguro de cómo quedará la pieza final hasta que esté afilada y pulida.

—Entonces, ¿es una conjetura?

—Es un sentimiento —dijo Kassab—, junto con un profundo conocimiento. Si fabrico cien hojas, noventa de ellas saldrán como las que ves ante ti. Incluso si le enseñara el proceso a tu mejor herrero, tendría suerte si consiguiera producir diez de esta calidad. Necesitaré aprendices, entregados a servir años bajo mi tutela, para alcanzar de forma constante el nivel requerido.

—No tenemos años —dijo Sigimar—. Los hombres que vendrán a la reunión querrán un suministro regular de estas armas, y tenemos que ser capaces de convencerlos de que podemos satisfacer sus necesidades.

—Entonces no sé qué más puedo hacer para ayudarte.

—¿Y si te ofreciera algo a cambio —dijo Sigimar—, algo que sé que removerías cielo y tierra por tener a tu lado?

—Como ya te he dicho —replicó Kassab—, nada de lo que puedas ofrecerme cambiará los hechos.

—¿Y qué me dices de traer aquí a tu mujer y a tus hijos? —preguntó Sigimar, levantando la vista—. ¿Podría eso acelerar el proceso?

Kassab lo miró atónito. Hasta donde él sabía, su familia seguía en Siria.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, mirando a su alrededor—. ¿Están aquí?

—No están, pero puedo enviar hombres a por ellos si eso va a suponer alguna diferencia.

—Sigimar —dijo Kassab—. Llevo aquí dos años, he aprendido vuestra lengua y he hecho todo lo que me has pedido. No deseo nada más que reunirme con mi familia, pero lo que he dicho se mantiene. Crear el acero lleva el tiempo que lleva, y es inútil intentar enseñar a los hombres a acortar el proceso. Mi familia está mejor donde está.

—¿Y si te dijera —dijo Sigimar, con la voz ahora cargada de amenaza— que si continúas obstaculizándome en este asunto, aun así te traeré a tu familia..., pero en varios trozos?

Esta vez, el rostro de Kassab se llenó de miedo y el corazón se le encogió.

—No harías una cosa así —jadeó.

—¿Por qué no? No estoy obteniendo nada de ti a cambio, así que me estás obligando a tomar estas decisiones.

—Haz eso —dijo Kassab—, y me cortaré el cuello y nunca tendrás el acero.

—De todas formas, parece que no podemos tenerlo en la cantidad que necesitamos, así que ¿qué tenemos que perder?

Ambos hombres guardaron silencio y se miraron fijamente, sopesando si el otro iba de farol.

—Tengo una contraoferta —dijo finalmente Kassab.

—No creo que estés en posición de negociar, Kassab —dijo Sigimar—, pero te escucho.

—Accederé a enseñar a veinte hombres de tu elección durante un período de un año. Cumplido ese plazo, sin importar el nivel de cada uno, me concederás la libertad y me devolverás a un lugar donde pueda encontrar pasaje seguro a Siria para volver con mi familia.

—Interesante —dijo Sigimar—. Pero dime una cosa. ¿Qué me impide aceptar estos términos y no cumplir el acuerdo cuando llegue el momento, o incluso hacer que te maten?

—Dos razones —respondió Kassab—. Primero, que a pesar de mi cautiverio, creo que eres un hombre de palabra y que no romperías un juramento. Segundo, que me guardaré el secreto de un ingrediente crucial del acero de Damasco hasta que sienta la tierra de Siria bajo mis pies. En el momento de mi liberación, les diré a mis captores lo que necesitan saber.

—¿Y si mientes?

—Entonces no dudo de que me buscarás y matarás a mi familia.

—Es una propuesta interesante —dijo Sigimar—, pero tengo una condición.

—Dila —dijo Kassab.

—Que cuando nos reunamos dentro de unos días, convencerás a nuestros invitados de que es posible entrenar a tales hombres. Haz eso y tenemos un trato.

—De acuerdo —dijo Kassab.

—En ese caso —dijo Sigimar—, tenemos un acuerdo.

Muchas leguas al sudoeste, en el *Oppidum* Vindonissa, en el curso alto del Rin, Decimus había avanzado a buen ritmo y finalmente había llegado a la ciudad para buscar al hermano de Lothar. Habiendo servido en las legiones durante muchos años, no se dejó intimidar por la visión de las altas murallas de madera que rodeaban la fortaleza legionaria en el corazón de la ciudad y cabalgó hasta las puertas.

A lo largo de los parapetos de madera y en los dos imponentes torreones de la puerta, docenas de hombres montaban guardia, con más de un centenar repartidos por el perímetro de las murallas; su presencia era prueba de los riesgos que afrontaban cada vez que se encontraban tan lejos de los seguros muros de Roma.

Tras desmontar, ató su caballo a uno de los muchos postes de enganche que había fuera del fuerte antes de sacar dos objetos de su morral y acercarse a uno de los guardias.

—Saludos, hermano —dijo—. Tengo asuntos que tratar con el *Praefectus Castrorum*.

El legionario lo miró de arriba abajo, observando su aspecto desaliñado.

—Me llama hermano —dijo al fin—. ¿Es usted *veteranus*?

—Lo soy —respondió Decimus—, y serví en muchas legiones como explorador, incluida esta durante un tiempo.

—¿Puede demostrar quién dice ser?

Decimus sacó su *diploma militare*, una placa de bronce doblada, decorada con los sellos de siete oficiales. En su interior había una larga inscripción que lo licenciaba formalmente del servicio después de veinticinco años. Se la entregó y esperó mientras el guardia la leía antes de devolvérsela.

—Enviaré un mensaje —dijo—. ¿A quién debo anunciar?

—Tengo esto —dijo Decimus, y le entregó el segundo objeto, la carta de presentación sellada del hermano del intendente. El guardia tomó la carta y se acercó a un grupo de muchachos que esperaban justo al otro lado de las puertas.

—Lleva esto al pretorio —le dijo a uno—, y asegúrate de que le llegue al intendente Scaurus. —Se volvió hacia Decimus—. Podría tardar un poco, así que le sugiero que busque un lugar donde descansar y atender a su caballo. Si responde, enviaré a uno de los muchachos a buscarlo. Hay una buena taberna dos calles más abajo; el dueño también es un *veteranus* y lo atenderá bien.

Decimus salió del fuerte y se dirigió a la posada. En menos de una hora, ya había dejado a su caballo en el establo y estaba sentado en una mesa fuera, bebiendo vino aguado mientras esperaba la comida. Había descubierto que todas las ciudades eran bulliciosas, y por eso las evitaba si podía, pero esta lo era todavía más, con la gente aparentemente apurada por llegar a cualquier destino o tarea que el día les tuviera reservado.

Observó divertido cómo estallaba una pelea entre dos borrachos a las puertas de un burdel, mientras un vago recuerdo de cuando él mismo era joven le cruzaba la mente. Por aquel entonces, no tenía ni una sola preocupación en el mundo, pero sin perspectivas ni herencia a la que recurrir, se había decantado por el ejército. Aquel fatídico día, tantos años atrás, le había cambiado la vida y, con el tiempo, había desenterrado una habilidad oculta y muy arraigada que nunca pensó que tuviera. Se sacudió el recuerdo de encima cuando una mujer se acercó con su comida.

—Gracias —dijo él mientras ella colocaba en la mesa una bandeja de embutidos, junto con pan, queso y miel—. Tiene buena pinta. —La mujer se detuvo y miró al otro lado de la calle, donde otros hombres estaban separando a los que se peleaban.

—Nunca hay un momento de calma en estas calles —dijo ella con un suspiro—. Por favor, no dejes que te estropee la comida.

—Son hombres jóvenes con demasiado brío —dijo él—. Harían bien en alistarse en el servicio militar.

La mujer se volvió para mirarlo.

—Mi hermano se alistó —dijo ella, sin más—. Lo mataron los helvecios hace dos años.

—Siento oír eso —dijo él—. Mis disculpas.

—No tenías por qué saberlo —dijo ella—. ¿Necesitas algo más?

—No, estoy bien.

—Si lo necesitas, no tienes más que llamar. Me llamo Julia.

—Gracias, Julia —dijo Decimus, y mientras la mujer se alejaba, centró su atención en la comida. Habían sido unos días interesantes para Decimus, sobre todo porque llevaba mucho tiempo sin montar a caballo. El tiempo no había sido demasiado malo y, aunque en su juventud habría acampado a la intemperie en los bosques en un viaje así, la mayoría de las noches había pagado por alojarse en cualquier taberna u *hospitia* que encontraba por el camino. El viaje le había resultado vigorizante y sus pensamientos habían regresado gradualmente al estilo de vida que había conocido durante tantos años.

Como *exploratore*, había formado parte y, más tarde, comandado una gran fuerza de exploradores, generalmente desplegados muy por delante de una legión en marcha. Su función había sido inspeccionar el terreno para asegurarse de que no se dirigían a una emboscada y encontrar lugares adecuados para los campamentos de marcha nocturnos. Con el tiempo, a algunos miembros del grupo se les encomendó la tarea de adentrarse en territorio enemigo, infiltrarse en sus pueblos y aldeas, y algunos incluso se unieron a las fuerzas enemigas para obtener información desde dentro. Decimus había sido particularmente bueno en las misiones más clandestinas y, con el paso del tiempo, había sido reclutado con otros pocos hombres para formar una unidad especializada, sin nombre, sin afiliación y, lo más importante, totalmente negable.

Ahora, mientras esperaba a que el intendente le respondiera, recordaba aquellos días con una mezcla de cariño, arrepentimiento y un horror que le provocaba pesadillas. Su mente volvió al presente de golpe cuando la camarera pasó a su lado con las bandejas vacías, listas para ser lavadas.

—Julia —dijo él, y ella se detuvo para acercarse.

—¿Puedo ayudarte?

—Solo quería volver a disculparme —dijo—. El servicio militar es un compromiso serio y no debe tomarse a la ligera, pero quienes lo asumen son responsables de mantenernos a todos tan seguros

como sea posible. No debería haberlo trivializado y, a mis ojos, tu hermano fue un héroe.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella—. No tienes ni idea de lo que hizo.

—No importa —dijo Decimus—. He visto morir a muchos hombres en operaciones de toda índole, y cada una de esas muertes es todavía un puñal en mi corazón. Rezaré a los dioses en su nombre.

Julia se sentó, cogió el vino de él y bebió un sorbo.

—Gracias —dijo ella—, pero no es necesario. Ya le hemos dado sepultura y el dolor está amainando. Siempre estará ahí, pero la carga se aligera un poco cada día. ¿Dónde serviste?

—Serví con estos durante un tiempo —dijo Decimus, señalando el fuerte con la cabeza—, pero no fue por aquí.

—Quizá conocieras a mi hermano —dijo Julia—. Se llamaba Anthony. Era un carpintero que trabajaba en este mismo fuerte.

—Por desgracia, no —dijo Decimus—. Pero si era carpintero, ¿cómo murió?

—No estoy segura —dijo Julia—. Todo lo que sabemos es que los enviaron a una patrulla y hubo una pelea. Él y otros dos nunca regresaron.

Decimus negó con la cabeza.

—Así son las cosas —dijo. Hizo una pausa mientras la camarera daba otro sorbo a su vino, con un destello de regocijo en los ojos. Miró a la atractiva mujer y se preguntó si debía arriesgarse.

—Julia —dijo, decidiendo que debía hacerlo—, no estaré aquí mucho tiempo, pero me preguntaba si, cuando termines, tal vez podríamos vernos y hablar un poco más.

La expresión de Julia decayó un poco mientras miraba al apuesto hombre. Ciertamente era mayor que ella, pero no por mucho. También era un extraño, y rara vez se relacionaba con hombres que no conocía, pero había algo en él, una tristeza y casi una bondad oculta.

—Yo..., este... —empezó ella, y Decimus se recostó, dándose cuenta de que había cometido un error.

—Lo siento —dijo él—. No debería haber preguntado.

—No, no pasa nada —dijo ella, cogiéndole la mano—. Pero tengo que ser sincera contigo. Mi marido también ha muerto hace poco, de unas fiebres, y no estoy preparada para buscar a otros hombres, así que si lo que necesitas es compañía física, podrías ir al edificio de enfrente. Allí hay mujeres muy hermosas.

Decimus sonrió ante su respuesta.

—Los días de frecuentar tales establecimientos quedaron muy atrás en mi pasado —dijo—. Simplemente estoy disfrutando de tu compañía y pensé que sería agradable, tal vez, relajarnos con un poco de vino y hablar un poco más.

—Si ese es el límite de tus expectativas —dijo ella—, entonces sí, me gustaría hacerlo.

Decimus volvió a sonreír, pero, antes de que la conversación continuara, un muchacho se acercó corriendo y se detuvo ante él.

—*Domine* —dijo—, ¿es usted el conocido como Decimus?

—Lo soy.

—Entonces tengo un mensaje para usted. El intendente ha dicho que lo recibirá ahora.

Decimus se levantó y se volvió hacia Julia.

—Tengo un asunto que atender, pero estaré libre en unas horas. ¿Estás libre esta noche?

—Sí —dijo Julia—. Quedamos aquí al anochecer.

Decimus asintió y se alejó, mientras la mujer se quedaba mirándolo, nerviosa pero con una leve sonrisa en el rostro.

Poco después, Decimus cruzaba las pesadas puertas reforzadas con hierro del fuerte legionario, y su corazón, veterano de sus propias e incontables campañas, latía con una mezcla de expectación y una inquietante nostalgia.

El fuerte, un bastión del poderío romano en aquellas tierras salvajes, se alzaba tal y como lo recordaba: estoico, inflexible, con sus murallas de madera irguiéndose como los mismísimos brazos de la propia Roma. Sin embargo, al cruzar las puertas, lo envolvió el estruendo familiar de la vida militar: el resonar del acero en los yunques de los herreros, el ritmo acompasado de las cohortes en marcha y los lejanos resoplidos de los caballos de la caballería.

Sus sandalias de cuero rozaban la tierra bien pisada, un sonido que antaño había sido la percusión de su vida diaria. Los soldados, algunos lo bastante jóvenes como para ser sus hijos, se movían con paso resuelto, y sus armaduras brillaban bajo el cielo encapotado. Sus rostros eran lozanos, sin la marca del paso de demasiados inviernos, pero en sus ojos se apreciaba el mismo brillo decidido que él había visto en los ojos de camaradas ya desaparecidos.

Su mirada recorrió las estructuras familiares: los barracones dispuestos en hileras ordenadas y el imponente pretorio donde los oficiales elaboraban sus estrategias. No obstante, también había cambios. Habían surgido nuevos edificios, algunos de piedra, y los estandartes que ondeaban al viento llevaban las insignias de legiones que habían llegado y se habían marchado en el pasado.

A medida que se adentraba, sintió las miradas curiosas de los soldados, poco acostumbrados a ver a un veterano en el fuerte.

Decimus los ignoró y siguió al muchacho hasta el pretorio. El caminar, que antaño había sido orgulloso y firme, era ahora más ligero y comedido. Los hombros que habían cargado pesados bultos durante incontables leguas para enfrentarse al enemigo estaban ahora relajados y mostraban más confianza, pero sus ojos reflejaban las historias de batallas, de camaradas perdidos y de una época en la que él también formó parte de algo mucho más grande que él mismo.

—Ahí dentro —dijo el muchacho, señalando una puerta.

Decimus le arrojó una moneda y llamó a la puerta antes de entrar. Al final de un corto pasillo, otra puerta estaba abierta, y en la habitación del fondo pudo ver a un hombre sentado ante un escritorio, rodeado de una montaña de rollos y pergaminos.

—Pase —dijo el intendente, levantando la vista—. Entiendo que es usted amigo de mi hermano. ¿Qué puedo hacer por usted?

Más tarde, esa noche, en la taberna, Decimus estaba sentado de nuevo en la misma mesa, esperando a que llegara Julia. Cuando lo hizo, parecía una mujer completamente distinta a la que había conocido antes. Se había lavado y recogido el pelo y vestía una

estola blanca y limpia que le llegaba hasta los pies, con una colorida palla sobre los hombros.

—Hola de nuevo —dijo él, poniéndose en pie—. ¿Nos quedamos aquí o vamos a otro sitio?

—A otro sitio —dijo ella—. Ya veo bastante este lugar durante el día. —Lo guio por las callejuelas hasta otra taberna y, durante el resto de la noche, ambos charlaron animadamente mientras el vino corría a raudales.

—Tengo que irme —dijo Julia finalmente—, pero ha sido una noche encantadora. Gracias.

—Yo también me lo he pasado muy bien —respondió Decimus —. Quizá podríamos repetirlo pronto.

—Estoy libre dentro de tres días, si te viene bien —dijo Julia.

—Ah —dijo Decimus—, por desgracia, tengo que ausentarme unas semanas. Mañana por la mañana embarco en un navío. Pero, cuando regrese, me encantaría tomarte la palabra.

—Estaría bien —respondió Julia, con un atisbo de decepción asomando en su rostro—. Lo esperaré con ilusión.

Decimus la acompañó a su casa, a unas pocas calles de allí, y, tras una despedida muy formal, se dirigió a su alojamiento para hacer el equipaje. El carguero en el que el intendente le había conseguido pasaje zarparía al amanecer rumbo al norte de Germania, y él tenía que estar a bordo. Pero, a medida que la placidez de la velada se desvanecía, sus pensamientos se centraron en algo que el intendente le había dicho sobre un compañero de viaje que iría en el mismo barco.

La advertencia no había sido detallada, y él ni siquiera estaba seguro de si era pertinente, pero, hombre prevenido vale por dos, y sabía que, incluso allí, a leguas de cualquier parte, siempre valía la pena mantener el ingenio aguzado y la espada aún más afilada. Con la mente de nuevo centrada en la tarea que le aguardaba, cogió su petate y se dirigió hacia el muelle, decidido a averiguar más sobre el hombre del que le había advertido el intendente en cuanto tuviera la oportunidad.

Capítulo Dieciséis
Las Tierras de los Queruscos

Séneca y el resto de sus hombres cabalgaban lentamente por la estrecha senda que se adentraba en los altos bosques. El cruce del Rin, unos días antes, se había desarrollado sin contratiempos y ahora todos seguían a Talorcan mientras se adentraban cada vez más en territorio querusco.

Al principio, el camino había sido fácil, pero, a sabiendas de que cuanto más al este se dirigían, más peligrosa se volvía la gente, Talorcan los había desviado de las rutas transitadas para llevarlos a las colinas boscosas. Cuanto más ascendían, más descendía la temperatura, y se pusieron las capas para protegerse del frío. Finalmente, encontraron un lugar resguardado junto a un afloramiento rocoso donde cualquier hoguera quedaría oculta a los valles inferiores.

—Deberíamos acampar aquí esta noche —dijo Talorcan.

Los hombres desmontaron y, tras dejar a Brennus al cuidado de los caballos, se dispersaron para inspeccionar la zona en busca de peligros antes de recoger toda la leña seca que pudieron encontrar y regresar al campamento.

Talorcan se dispuso a preparar el fuego mientras Falco sacaba la olla de su sarcina.

—¿Es buena idea? —preguntó Séneca—. Las llamas podrían delatar nuestra presencia.

—Que yo sepa, nadie los está buscando —dijo Talorcan—, y todo el que anda por los bosques utiliza hogueras parecidas para cocinar y calentarse. Quien vea el humo a esta altura supondrá que es un cabrero. Además, este viento debería dispersar el humo antes de que coja altura.

Satisfechos de que estaban a salvo, los hombres extendieron sus esteras de junco alrededor del fuego y aportaron parte de sus raciones al guiso común.

—Nada de ese polvo de fuego esta noche, Sica —dijo Raven —. Quiero disfrutar de la cena, no que me abrase vivo.

—Pues a mí me gustó —dijo Falco.

—Estabas sudando como un cerdo —dijo Raven—, pero te reconozco el mérito de no haberte rendido. Espera a que te salga por el otro lado y luego dime si te sigue gustando tanto.

Una vez terminada la comida, los hombres se sentaron alrededor del fuego, afilando sus espadas y ocupándose del mantenimiento necesario de su ropa y equipo. Aparte de su propio equipamiento, que llevaban en sus sarcinas, todo lo demás que necesitaba el grupo —utensilios de cocina, suministros médicos, comida de repuesto y armas— se lo repartían entre todos, distribuyendo el peso por igual.

—¿Cuánto falta para llegar a la aldea? —preguntó Séneca mientras Talorcan se inclinaba para añadir un leño al fuego.

—Aproximadamente medio día a caballo —dijo Talorcan—, pero por la mañana tendremos que descender a los valles, así que es probable que nos vean mucho antes.

—¿Y por qué no podemos seguir por las alturas hasta estar más cerca?

—Porque el sendero de montaña es estrecho y empinado. Los caballos no lo conseguirán.

—¿Pero es accesible a pie?

—Sí, pero la ruta es peligrosa y el avance es lento. Tardaríamos al menos un día en llegar por ahí, y se nos podría ver fácilmente desde el fondo del valle.

—Entonces iremos a pie por la noche —dijo Sica sin levantar la vista mientras afilaba su *pugio*.

Talorcan miró a Sica con sorpresa y luego a Séneca, esperando que este contradijera al sirio, pero no hubo comentario alguno, y era obvio que el resto del equipo estaba de acuerdo con la estrategia.

—¿Y los caballos? —preguntó—. No podemos dejarlos aquí sin más.

—Brennus se quedará para cuidarlos —dijo Séneca—, y se asegurará de que estén listos para partir en cuanto regresemos.

—¿Está seguro de esto? Es muy peligroso.

—Es a lo que nos dedicamos —dijo Séneca—. Descansaremos aquí y mañana, al anochecer, partiremos hacia la aldea por el paso más alto. ¿De acuerdo?

El resto de los hombres asintió o gruñó en señal de aprobación. Marcus se encogió de hombros; nunca antes había empleado esa estrategia, pero, ya que todos sus camaradas estaban de acuerdo con el plan, se mostró dispuesto a seguir adelante.

—Que así sea —dijo Séneca—. Descansad.

A la tarde siguiente, se reunieron de nuevo cerca del linde del bosque. Brennus había llevado los caballos a un lugar más profundo entre los árboles y el grupo se aseguró de llevar todo lo necesario en sus *sarcinae*. Séneca comprobó que todos estuvieran listos antes de que Talorcan los guiara montaña arriba.

En menos de una hora, la noche trajo consigo su manto y la temperatura volvió a descender. El sendero se estrechó y agradecieron la luz de la luna para afianzar sus pasos. Poco a poco, a medida que ganaban altura, el terreno bajo sus pies se volvió más duro y las laderas bajo el camino, que unas horas antes eran verdes y suaves, ahora se tornaban escarpadas y rocosas.

Siguieron adelante con paso medido y ritmo cuidadoso. El más mínimo traspié significaría precipitarse sobre las rocas que se encontraban mucho más abajo, e incluso en el improbable caso de que el desafortunado sobreviviera, no habría forma de recuperar a nadie que cayera. Cuando el viento arreció y refrescó aún más, se detuvieron para sacar las capas de sus *sarcinae* y beber un trago. Adecuadamente protegidos del mal tiempo, volvieron a coger sus pesados fardos y continuaron por la senda cada vez más peligrosa. Unas horas más tarde, se detuvieron en seco y Séneca pasó junto a los demás para reunirse con Talorcan en la vanguardia.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué nos hemos detenido?

—Un desprendimiento se ha llevado el camino —dijo Talorcan —. La ruta acaba aquí.

Séneca observó el hueco hasta el otro lado. Era evidente que estaba demasiado lejos para saltar, y la losa de roca lisa que

quedaba en medio hacía imposible cruzar trepando.

—No podemos bajar —dijo Raven, oteando el oscuro vacío—. No hay forma de saber si nuestra cuerda es lo bastante larga.

—Entonces, tenemos que ir en la dirección opuesta —dijo Séneca, mirando hacia arriba—. No hemos venido hasta aquí para dar media vuelta ahora.

Talorcan alzó la vista hacia la pared del acantilado. No podía ver más allá de la altura de un hombre y era incapaz de saber si había siquiera una ruta disponible.

—Deberíamos esperar a las primeras luces del día —dijo—. Escalar en la oscuridad es un suicidio.

Séneca volvió a mirar hacia el valle. Muy abajo, pudo ver un pequeño grupo de luces en la oscuridad.

—¿Es eso una aldea?

—No —dijo Talorcan—. Parece una especie de reunión. O eso o un campamento de guerreros.

—Entonces es muy posible que, si esperamos a que se haga de día, puedan vernos. Tenemos que retroceder o subir. —Se volvió hacia sus hombres—. Yo digo que subamos —continuó—, ¿qué decís vosotros?

—Arriba —se oyó como respuesta en la oscuridad, sin que nadie sugiriera lo contrario.

—Yo iré delante —dijo Séneca, quitándose la mochila y cogiendo una cuerda—. Treparé todo lo que pueda hasta encontrar un lugar seguro. Una vez hecho, enviaré una señal para que el siguiente pueda seguir usando la cuerda. Seguiremos así hasta que encontremos una nueva ruta. ¿De acuerdo? —Esta vez no esperó respuesta y, tras quitarse la capa, se estiró en la oscuridad y sus dedos, ya fríos, encontraron el primer punto de agarre.

El frío del aire de la montaña le mordía la piel, un recordatorio incesante de la peligrosa tarea que tenía por delante. La cuerda parecía pesarle en la cintura, como si intentara tirar de él hacia abajo, y cuando una nueva ráfaga de aire helado le traspasó la ropa, comenzó el ascenso. Cada movimiento era cuidadoso y calculado, un testimonio de su experiencia y habilidad, y, a pesar de la visibilidad limitada, progresaba lenta pero firmemente.

La pared de la roca era traicionera y lo engañaba con piedras sueltas y agarres ilusorios. Aun así, Séneca se movía con paso firme, adaptando su cuerpo a los desafíos que planteaba la implacable montaña. La oscuridad era un adversario por derecho propio, que le ocultaba la visión y convertía cada asidero en un misterio y cada punto de apoyo en una incógnita.

Siguió subiendo mientras el frío se intensificaba, royéndole las extremidades y amenazando con agarrotarle los músculos, pero él luchó contra ello, con la mente centrada únicamente en la tarea que le ocupaba. Sus dedos encontraron un saliente, una pequeña victoria en aquel campo de batalla vertical, y al auparse, con el cuerpo esforzándose en la oscuridad, vio el más pequeño de los senderos que se extendía a lo lejos bajo la luz de la luna, en la dirección que necesitaban tomar. Sin seguirlo más allá, no había forma de saber con certeza si se adaptaría a sus propósitos, pero sin tiempo que perder, supo que tenía que arriesgarse. Regresó al saliente y llamó a sus camaradas.

—Creo que he encontrado un camino, ¡subid!

Uno por uno, los hombres treparon por el acantilado, pero, a diferencia de Séneca, ahora contaban con la ventaja de una cuerda de seguridad atada bajo los brazos, mientras su líder soportaba la tensión desde arriba.

En menos de una hora, se encontraban todos en el sendero superior y, deteniéndose solo para organizarse tras la extenuante escalada, comenzaron a seguir la nueva ruta.

Muy por debajo de la montaña, las luces que Séneca había visto antes iluminaban un claro en el bosque, no lejos de la aldea de los queruscos. En el claro, diez hombres estaban sentados en círculo alrededor de una hoguera: seis ancianos queruscos, con sus rostros grabados con la sabiduría y las cicatrices de muchos inviernos; tres caudillos vándalos, guerreros imponentes que habían viajado un largo trecho especialmente para esta reunión, y el herrero sirio, un forastero en este mundo de tribus celtas. Los vándalos, conocidos por su mal genio y su feroz destreza en la batalla, contemplaban la

asamblea con una mezcla de curiosidad y desprecio apenas disimulado.

Cada guerrero vándalo vestía una armadura de cuero negro con espadas largas colgando de sus cinturones, y los tres tenían el pelo negro azabache, que les caía más allá de los hombros, pulcramente colocado como si acabara de recibir la atención de un peine. Sus barbas les llegaban en punta hasta justo por encima de los petos, y su porte sugería que todos eran luchadores temibles.

Kassab, el herrero, estaba sentado un poco apartado del resto, con las manos temblorosas pero la cabeza bien alta. Sabía que su acero de Damasco era un tesoro más valioso que el oro en estas tierras y que había encendido una chispa de envidia en los corazones de los vándalos. El ambiente era tenso, y sabía que la violencia estaba a solo una palabra descuidada de distancia, pero también sabía que su vida no corría peligro, pues era el único hombre vivo que conocía los secretos y nadie podía permitirse que le hicieran daño.

Los ancianos hablaban por turnos, sus voces resonando por el claro, sopesando sus palabras con cuidado, conscientes también del delicado equilibrio de poder y la tensión latente que flotaba en el aire.

El líder de la delegación vándala se aburrió de tanta retórica y dirigió la mirada hacia el herrero. No había visto a nadie como él y se preguntó cómo los dioses habían dispuesto que un hombre de aspecto tan insignificante, sin una sola cicatriz de batalla en el rostro, pudiera llegar a ser tan importante.

Tras la charla, los ancianos hicieron circular una selección de armas hasta que llegaron a los vándalos. Taranis, el líder, cogió uno de los cuchillos con interés. Cuando oyó hablar por primera vez del metal especial que fabricaban los queruscos, había dudado de que tuviera valor alguno, pero ahora que lo sostenía en sus manos, su instinto de guerrero afloró y de inmediato se dio cuenta de lo importante que podía ser aquel metal. El ambiente se fue cargando por momentos, con una tensión casi palpable mientras los vándalos examinaban todas las armas expuestas. Finalmente, Taranis levantó la vista y asintió en dirección a Sigimar.

—No es tan bueno como las historias que lo precedieron —mintió—, pero podría serle útil a nuestro pueblo. Le quitaremos de las manos todo lo que tiene. Diga su precio.

—Esto es todo lo que tenemos por ahora —dijo Sigimar—, pero podemos fabricar mucho más sin dificultad. Si acordamos un precio, puedo tener a cien hombres fabricando armas como estas para el próximo solsticio.

—¿Por qué no las fabrican ya?

—Porque —dijo Sigimar— los secretos se guardan celosamente en esta aldea. No los compartiremos con nadie por si caen en manos de los romanos, pero si su jefe acordara un tratado con nosotros, tendrá acceso a un recurso que le proporcionará armas como estas durante muchos años. Con este acero, los vándalos y los queruscos no tendrán rival, y los escudos romanos no serán más que pergamino bajo nuestras hojas.

—¿Es este el hombre que guarda los secretos? —preguntó Taranis, mirando al herrero.

—Lo soy —dijo Kassab.

—¿Y puede enseñar a esta gente a fabricar hojas de esta calidad?

—Puedo —dijo Kassab, a pesar de sus dudas—. Para finales de este año, nos aseguraremos de que haya suficiente acero disponible para cualquier arma que desee. —Sintió el peso de todas las miradas sobre él y comprendió que era algo más que un herrero; era un peón en un juego mayor, uno que podía alterar el equilibrio de poder en estas tierras salvajes de gentes extrañas.

—¿Le pagan bien? —preguntó Taranis.

—Cuidan bien de mí.

—Venga con nosotros —dijo Taranis de repente—, y le pagaremos diez veces más.

El consejo reaccionó con enfado y Sigimar se puso en pie.

—Nos insulta, Taranis —dijo—. Le invitamos a partir el pan con nosotros y a discutir una alianza en nuestra lucha contra los romanos. Con sus guerreros y nuestro acero, podríamos hacerlos retroceder al otro lado del Rin, pero veo que solo le interesa lo que

puede arrebatarnos. Quizá deberíamos retirar la oferta y buscar aliados en otra parte.

—Solo era una pregunta —dijo Taranis—, y su herrero todavía no ha respondido.

De nuevo, todos los ojos se volvieron hacia Kassab y todos guardaron silencio. El bosque pareció contener el aliento, a la espera de la decisión que forjaría el futuro de las tribus germánicas hasta que, finalmente, el herrero tomó una decisión.

—Trabajaré solo para los queruscos.

Taranis suspiró y se puso en pie.

—La decisión está tomada —dijo—. Tendrá su alianza, Sigimar, y pagaremos una moneda de plata por cada espada o lanza; lo mismo por diez puntas de flecha. Deberán proporcionarnos cien piezas de cada una para la próxima luna llena. Si lo hacen, y la calidad es tan buena como la de estas, multiplicaremos el acuerdo por cien. Esa es mi decisión.

Sigimar tragó saliva. Había sido muy arriesgado contactar con los vándalos, pero parecía que la jugada iba a dar sus frutos.

—Aceptamos el trato —dijo Sigimar—, y esperamos reunirnos con su jefe para ratificar el acuerdo.

—Acaba de hacerlo —dijo Taranis. Mientras la asamblea observaba conmocionada, los tres guerreros se dieron la vuelta para regresar a sus caballos.

Capítulo Diecisiete
Weserburgh

El más leve indicio de la luz del alba apareció en el cielo germánico cuando Séneca y sus hombres alcanzaron por fin las boscosas colinas que descendían de las montañas hasta el fondo del valle. La travesía había sido más dura de lo que habían previsto, pero al fin habían llegado a un lugar resguardado sin ser vistos y sabían que estaban cerca de su objetivo.

Uno de los hombres divisó los restos de la cabaña abandonada de un cabrero. Aunque el tejado había sucumbido a un incendio hacía muchos años, aún quedaba suficiente piedra en pie para ocultarlos de miradas indiscretas y protegerlos del viento.

—La aldea está a unas dos leguas de aquí —dijo Talorcan cuando estaban todos acurrucados—, pero durante el día, mucha gente utiliza estos bosques para buscar comida. Ni siquiera esta cabaña es segura, así que tendremos que encontrar otro sitio donde escondernos.

—Ya nos ocuparemos de eso —dijo Séneca—, pero ¿y lo de averiguar dónde está el herrero?

—Iré a la aldea a ver qué puedo averiguar —dijo Talorcan—. Conozco este lugar, así que no llamaré tanto la atención como cualquiera de ustedes. Si averiguo algo, volveré para informarle.

—Descanse primero —dijo Séneca—. Se le ve agotado.

—Es mejor que vaya ahora —dijo Talorcan—, mientras la aldea aún está medio dormida. No hay hostilidad entre los queruscos y los belgas, así que no debería tener problemas, pero cuantos menos ojos se posen en mí, mejor.

—Tenga cuidado —dijo Séneca—, y cuando vuelva, reúnase conmigo en esta cabaña.

Talorcan asintió y, mientras se ponía en pie para dirigirse a la aldea, Séneca se volvió hacia el resto de los hombres.

—Hay un espeso matorral por allí —dijo—, despéjense y escóndanse bajo él. Asegúrense de no dejar rastro al entrar e

intenten descansar y comer algo. Solo *buccellatum* y carne seca, no podemos arriesgarnos a encender fuegos. El silencio es esencial, y si necesito a alguno de ustedes, yo les encontraré. Reúnanse conmigo aquí justo después del anochecer, y si a alguno de nosotros nos descubren a lo largo del día, el resto debe dispersarse y regresar al lugar por donde cruzamos el Rin hace unos días.

—¿Y usted? —preguntó Marcus.

—Encontraré mi propio lugar para ocultarme —dijo Séneca—, pero hasta que todos ustedes se hayan acomodado, yo haré guardia. Ahora vayan y desaparezcan.

Los hombres cogieron sus bultos y se dirigieron a la enmarañada maleza, encontrando cada uno su propio rincón antes de ponerse de rodillas y guarecerse bajo el follaje. Marcus siguió a Falco hacia el matorral, sin saber muy bien qué hacer, y en media hora, todos estaban escondidos bajo un grueso dosel de espinas y hojas.

Una vez que cesó la actividad, Séneca miró a su alrededor y, al ver un afloramiento rocoso elevado a cien pasos de allí, corrió para establecerse en él. Estaba protegido del viento, y a través de una brecha en las rocas, tenía una vista decente del paisaje. Se quitó el bulto y, cogiendo un poco de galleta seca, se la comió en silencio mientras observaba la salida del sol sobre el bosque de los queruscos.

Esta era la parte más peligrosa de ser miembro del Occultum: las horas pasadas en territorio enemigo justo antes de ejecutar el plan. Si algo salía mal ahora, estarían en serios problemas, sin ninguna cohorte disponible para ayudarlos. Sin nadie más a la vista, finalmente se reclinó y se puso tan cómodo como pudo. Iba a ser un día largo.

Talorcan caminaba entre los árboles, siguiendo el arroyo hasta el río Weser. Ya había pasado por allí de joven y, aunque no había rencillas entre ambas tribus, siempre se alegraba de marcharse.

A medida que el sendero se ensanchaba, el rumor de la vida humana fue creciendo y empezó a ver a cada vez más gente que salía del poblado para ocuparse de sus quehaceres. El olor a humo

de leña flotaba entre los árboles y, conforme se acercaba al poblado, pudo distinguir las zonas de bosque despejadas que se habían talado para albergar cerdos, caballos y ganado.

Hombres ataviados con sencillas túnicas y pantalones de lana basta se adentraban en el bosque con hachas y arcos, listos para talar árboles o cazar. Al empezar a pasar junto a las casas, las mujeres, ataviadas con faldas largas y chales, con el pelo recogido en prácticas trenzas, se afanaban en la preparación de las comidas matutinas, la molienda del grano y el cuidado de pequeños huertos. Los niños, con ropajes de similar sencillez, jugaban cerca de la orilla del río, y sus risas resonaban entre los árboles, pero se detenían con ojos curiosos al acercarse Talorcan, un desconocido en persona, aunque una pieza familiar en el tapiz de su mundo.

Mientras Talorcan se adentraba en el poblado, se intercambiaban gestos de reconocimiento. Aunque recelosos de los forasteros, los aldeanos reconocían el respeto mutuo que compartían quienes vivían apegados a la tierra. El sonido del martillo de un herrero resonaba a un ritmo constante desde una forja cercana, dando forma a las herramientas y armas necesarias para la supervivencia. El olor a tierra recién removida y humo de leña se mezclaba en el aire, creando un aroma singularmente ligado a aquel tiempo y lugar.

Consciente ya de la ubicación aproximada de al menos una herrería, Talorcan se dirigió hacia el origen del martilleo, sin apenas poder creer su suerte. Al acercarse, llamó en voz alta.

—Hermano herrero, ¿está usted ahí? Necesito sus habilidades y puedo pagar.

El martilleo continuó sin pausa, pero un muchacho se agachó para salir por debajo de los bajos aleros de la forja de paredes abiertas, con las manos y la cara ennegrecidas por el efecto del carbón y el humo.

—El maestro está ocupado —dijo—, pero me ha enviado a mí. ¿Qué desea?

—Se me ha roto el cuchillo —dijo Talorcan—, y busco una reparación. ¿Se puede arreglar?

Sacó un cuchillo de caza que había partido deliberadamente antes y se lo mostró al muchacho.

—No se puede reparar —dijo el muchacho—, pero se puede volver a forjar con el calor de la fragua. Mi maestro lo hará correr como líquido ígneo hasta que renazca en el molde. Pero está ocupado y tendrá que esperar.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Talorcan, tratando de ver el interior de la humeante forja.

—Dos días —dijo el muchacho—. Y le costará una moneda de plata.

—Puedo esperar —dijo Talorcan, aún sin saber si el hombre que buscaba estaba dentro—. ¿Puedo hablar con su maestro?

—Está ocupado forjando una espada —dijo el muchacho— y no se le puede interrumpir. Si deja la hoja y la moneda, me encargaré de que se la reforjen.

Talorcan bajó la vista hacia el muchacho. El aprendiz era pequeño y estaba extremadamente sucio, pero tenía una mirada inteligente.

—Dígame una cosa —dijo, cogiendo su zurrón—, he oído que su maestro vino de una tierra lejana del este. ¿Ha compartido alguna historia sobre el viaje hasta aquí siguiendo el río? Yo mismo voy en esa dirección y, como compañero de viaje, cualquier consejo sería un verdadero regalo.

—Mi maestro es querusco —dijo el muchacho—, como yo. Nació aquí mismo, en este poblado, y no sabe nada de esas cosas.

—Ah —dijo Talorcan, con genuina decepción—. Debo de estar equivocado. Había oído que viajó hasta aquí desde el este.

—Ha hablado usted de Kassab —dijo el muchacho y escupió en el suelo—. Presume de tener un hierro especial, de buen ver y que mantiene el filo, pero mi maestro dice que no es mejor que el que forjamos aquí. No malgaste sus monedas en él. Es un embustero.

El corazón de Talorcan latió un poco más deprisa al saber que iba por el buen camino.

—¿Dónde está su forja? —preguntó—. Para saber cuál debo evitar.

—Está al otro lado de la aldea, más abajo, siguiendo el río —dijo el muchacho—. ¿Quiere que le repare el cuchillo o no?

—Sí —dijo Talorcan, y le entregó las dos partes junto con una moneda de plata—. Volveré en dos días al mediodía.

Mientras el muchacho regresaba a la forja, Talorcan decidió adentrarse en la aldea para reconocer el terreno. Como en otros poblados germánicos, los caminos y las sendas eran irregulares, sin ninguno de los trazados en cuadrícula que se veían en los asentamientos romanos. Tampoco había tabernas o *tabernae* donde un viajero pudiera descansar u obtener algo de comer. En su lugar, los visitantes dependían de la hospitalidad de sus anfitriones para alojarse o compartían cerveza y comida en reuniones o festines.

Las casas, construidas principalmente de madera, con paredes de adobe y zarzo y tejados de paja, eran estructuras de una sola estancia, cada una con su espacio habitable, un fuego para cocinar y esteras para dormir. En el centro de la aldea se encontraba la casa del jefe, un edificio mucho más grande que también servía de lugar de reunión para los ancianos o los dignatarios visitantes de otras tribus.

Al pasar, Talorcan echó un rápido vistazo a la casa, pues no quería parecer demasiado interesado, pero uno de los guerreros de la guardia vio su mirada y lo llamó.

—Usted, forastero. Alto ahí.

Talorcan maldijo para sus adentros y se dio la vuelta para encarar al hombre que ahora caminaba hacia él.

—Saludos —dijo, y asintió con la cabeza a modo de reconocimiento.

—¿Quién es usted? —dijo el guerrero—. No es de este lugar, ¿verdad?

—Me llamo Talorcan —fue la respuesta— y solo estoy de paso. Esperaba encontrar un sitio donde comprar algo de comida.

—¿De dónde ha venido? —preguntó el guerrero, rodeándolo y examinándolo de arriba abajo—. Sus ropas son de la hechura de los queruscos, al igual que sus botas y su capa, pero sus rasgos dicen que es belga. ¿Por qué se viste como nosotros? Es casi como si intentara pasar desapercibido.

—Está en lo cierto —dijo Talorcan—. Soy de los belgas y provengo de una aldea similar a esta, cerca del Rin. Mi padre es belga, como lo fue su padre, pero mi madre es de los queruscos, y pasamos muchos años viajando entre las dos tribus para ver a su familia en una aldea al norte de aquí.

—¿Cómo se llama esa aldea? —preguntó el guerrero—. ¿Y cuál es el nombre de su jefe?

—La aldea se llama Wesermark —dijo Talorcan con seguridad —, y aunque no estoy seguro de quién es el jefe actual, cuando íbamos allí, era Ermanger, un hombre de gran habilidad y fuerza, especialmente con la lanza.

—Conozco a Ermanger —replicó el guerrero—, y he estado en Wesermark muchas veces. Pero siempre he encontrado el agua demasiado infecta para beberla.

—Me sorprende usted —dijo Talorcan—, pues en la aldea hay un pozo que da el agua más dulce que haya probado jamás. —Sabía que lo estaban poniendo a prueba, pero la historia que acababa de contar era toda cierta. Su madre había sido, en efecto, querusca, y también era verdad que, de niño, habían pasado mucho tiempo visitando la tribu de ella.

El guerrero asintió.

—Dice usted la verdad —dijo—, pero como nunca lo había visto, necesitaba asegurarme. ¿Qué asuntos lo traen por aquí?

—Busco un ciervo de gran renombre —dijo Talorcan—, uno del que dicen que es más blanco que la nieve recién caída y que tiene una cornamenta de más de veinte puntas. Mis compañeros de caza dicen que lo han visto por el Weser y deseo verlo con mis propios ojos.

El guerrero se echó a reír.

—Habla usted de Eikthyrnir —dijo—, dios de toda la vida y guardián del nacimiento de los tres ríos. ¿Por qué busca a ese ciervo?

—Soy cazador —dijo Talorcan— y he matado muchos ciervos. Mis sueños se han llenado con los lamentos de cada uno de ellos mientras mis perros los abatían o mi cuchillo acariciaba sus

gargantas. Me gustaría encontrar a ese Eikthyrnir, rendirle homenaje y darle las gracias por alimentar a mi gente para así poder dormir.

—Lo entiendo —dijo el guerrero—, y ha habido muchos rumores de que deambula por estas riberas, pero yo nunca lo he visto. —Hizo una pausa antes de tomar una decisión—. Le dejaré marchar —continuó—, pero debería irse tan pronto como pueda. Estos bosques ya no son tan seguros como antes y los forasteros traen problemas. Siga su camino y, si alguna vez viera a ese Eikthyrnir, rece una oración en mi nombre.

—Lo haré —dijo Talorcan, y al darse la vuelta, exhaló un gran suspiro de alivio. Había estado cerca.

Pocas horas después, estaba de vuelta en la cabaña del cabrero y, en cuanto Séneca lo vio acercarse, salió de su escondite para recibirlo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó mientras el cazador se dejaba caer tras los muros.

—La gente es bastante amigable —dijo Talorcan, quitando el tapón de su odre—, pero parece que hay más guerreros de lo habitual y, por alguna razón, todos parecen nerviosos. Le recomendaría que se mantuviera alejado de la aldea.

—¿Y ha visto al herrero?

—No, pues he tenido que marcharme. Pero sé dónde está y puedo llevarlo esta noche.

—No intentaremos sacarlo esta noche —dijo Séneca—, sino que vigilaremos sus movimientos y comprobaremos la zona. Cuando sepamos exactamente qué esperar, entonces actuaremos. Descanse, uno de nosotros lo despertará cuando anochezca.

Talorcan asintió antes de dirigirse a los arbustos donde los demás ya estaban ocultos. Todo aquel subterfugio era nuevo para él y, aunque no formaba parte del grupo ni conocía los detalles de por qué estaban allí, estar con ellos despertaba oleadas de emoción que le recorrían las venas. Esperaba con anhelo el anochecer.

Varias horas después, todos los hombres salieron de sus escondites y se reorganizaron tras los muros protectores de la

cabaña. Talorcan ya estaba allí y había dibujado un mapa rudimentario en la tierra con su cuchillo, fácilmente visible a la luz de la luna.

—Esto es Weserburgh —dijo, señalando un símbolo en el mapa—, y este es el río que pasa a su lado. Creo que el hombre al que buscan está en este edificio, cerca del extremo más alejado de la aldea —señaló otro símbolo—. No hay forma de acercarse a través de la aldea —continuó—, es demasiado arriesgado, así que tendrán que aproximarse desde río abajo. El terreno allí es abierto, con muy poca cobertura. También hay establos y cabañas para los hombres muy cerca, así que sin duda habrá guerreros en la zona, algunos probablemente de guardia.

—¿Por qué habrá guardias? —preguntó Falco—. ¿Qué es lo que esperan?

—No lo sé —dijo Talorcan—, pero se les notaba cierta tensión, así que algo está pasando.

—Todavía no podemos movernos —dijo Séneca—, al menos no hasta que sepamos con certeza qué está allí. ¿Hay algún lugar cerca de la forja donde podamos apostarnos y vigilar sus movimientos?

—El bosque llega casi hasta el río por aquí —dijo Talorcan, señalando el mapa de nuevo—, así que pueden acercarse bastante, pero como ya le he dicho, más allá no hay mucho donde guarecerse. Sin embargo, hay un pajar aquí, a medio camino entre los árboles y la forja, que sería perfecto. Pero tendrán que cruzar el descampado para llegar hasta él.

—Entonces, eso es lo que haremos —dijo Séneca, y se volvió hacia el resto de sus hombres—. Cuando oscurezca del todo, Talorcan nos guiará por el bosque y nos acercará al pueblo tanto como podamos. Una vez allí, si el terreno es propicio, Sica y yo iremos al pajar y nos apostaremos hasta mañana por la noche. Vigilaremos para ver si el hombre que buscamos está allí y cuáles son sus movimientos. Si podemos, comprobaremos también la ubicación y el número de guerreros que haya. Falco, Raven, venid con nosotros, pero separaos antes de que lleguemos y buscad un lugar entre los árboles donde apostaros como refuerzo. Mañana por

la noche, Sica y yo cogeremos a nuestro hombre y lo traeremos de vuelta por donde hemos venido. Cubridnos las espaldas y, si todo va bien, podremos estar de camino hacia Brennus y los caballos antes de la medianoche de mañana.

—Por favor, dígame que no vamos a volver a cruzar esa montaña —dijo Falco.

—No es necesario —dijo Séneca—. Una vez que tengamos nuestra presa, la velocidad es esencial. Con suerte, nadie se dará cuenta de que ha desaparecido hasta la mañana siguiente, para cuando estaremos a medio camino de vuelta al Rin.

—¿Y yo? —preguntó Marcus.

—Todo esto es todavía nuevo para usted —dijo Séneca—, así que no podemos llevarlo más lejos. Ya le llegará su hora, pero, hasta entonces, quédese aquí con las mochilas. Y cuando Talorcan nos haya llevado adonde tenemos que ir, volverá para reunirse con usted. Permanezca oculto y asegúrese de que todo esté listo para partir mañana por la noche, pues no habrá tiempo que perder.

—Entendido —dijo Marcus.

¿Alguna pregunta? —preguntó Séneca al grupo. Al no haber respuesta, se puso la capa y esperó a que los demás hicieran lo mismo—. Recuerden —dijo—, de momento, nadie sabe que estamos aquí. Que siga así.

Segundos después, los cinco hombres se escabulleron en la oscuridad. Habían dejado atrás todas sus *sarcinae*, y Marcus observó con respeto cómo se adentraban en el mismísimo corazón de territorio enemigo sin nada más que sus armas, sus capas, cantimploras llenas y unas galletas secas. Quienesquiera que fuesen aquellos hombres, supo que eran o muy especiales o, en su defecto, muy necios.

Una vez se hubieron marchado, llevó las *sarcinae* al borde de la espesura y las metió justo debajo del follaje, lo bastante cerca como para recuperarlas rápidamente, pero lo suficientemente adentro como para que quedaran ocultas. Se arrastró a su lado y, tras asegurarse de que tenía un campo de visión despejado, se dispuso a esperar el regreso de Talorcan.

Capítulo Dieciocho
El río Rin

Decimus cepillaba enérgicamente a su caballo, prestando especial atención a las patas delanteras y a los flancos para mantener la circulación de la sangre. Llevaban cuatro días a bordo de la liburna y, aunque el barco se había detenido en varios asentamientos para entregar y recoger mensajes y paquetes, no había tenido ocasión de ejercitar a su caballo, que permanecía atado en la bodega de los animales, bajo cubierta.

La travesía hasta el momento había sido tranquila y con pocos problemas. La liburna, una de las naves más rápidas de que disponían los romanos, era esencial para la comunicación diaria entre Roma y sus puestos de avanzada a lo largo del valle del Rin. Muchas naves de este tipo surcaban el río en dirección a las diversas legiones y comandantes destinados en Germania.

Además de los militares y de los pasajeros políticos importantes, había sitio para algún que otro pasajero de pago como él. El precio había sido desorbitado, pero las plazas estaban muy solicitadas, y tuvo suerte de conseguir una. Ahora, al acercarse a su destino, sabía que había tomado la decisión correcta y comenzó a pensar en su próximo movimiento.

De vuelta en el fuerte, después de leer la carta de presentación, el intendente había accedido gustosamente a ayudarlo, pero mientras ponía el sello, había mencionado algo que hizo que Decimus sospechara al instante: el hecho de que otro hombre también había solicitado un pasaje urgente en el mismo barco y se dirigía al mismo destino. Normalmente, eso no habría bastado para despertar su interés, pero el intendente también dijo que el hombre llevaba un mensaje importante para el legado que servía con la Legio XVI Gallica en el norte del Rin, enviado por el senador Umber.

En la Galia, Lepidus le había informado de la situación y del papel que Umber debía desempeñar en ella. También le había

mencionado que el senador había lanzado una amenaza velada sobre las medidas que podía tomar, incluida la implicación de la legión de su hermano en el norte. Ahora, apenas un par de días después, alguien iba en el mismo barco, llevando un mensaje de Umber a su hermano. Era demasiada coincidencia.

Decimus intentó apartarlo de su mente, pues, aunque estuviera relacionado, tampoco podía hacer gran cosa. Pero el hecho de que aquel hombre desconocido hubiera mencionado siquiera su misión al intendente significaba que era de lengua fácil y que se le podría sonsacar lo que contenía el mensaje.

Terminó de asear al caballo y, como solo quedaban dos días para llegar a Oppidum Ubiorum, supo que tenía que actuar con rapidez. Subió de nuevo a cubierta y buscó a un compañero veterano con el que había trabado amistad. Julius había servido en las tropas auxiliares muchos años antes, pero le habían licenciado por motivos médicos al perder un brazo y un ojo en la batalla. Le habían pagado, pero su resentimiento seguía a flor de piel y, a diferencia de muchos otros veteranos, recordaba su servicio con amargura.

—Julius —dijo Decimus al ver al hombre de pie junto a la barandilla, mirando hacia la orilla oriental del río—. Le acabo de dar agua a tu caballo. Su cubo estaba seco.

—Gracias —dijo Julius mientras su nuevo amigo se unía a él en la amurada—. Luego compartiré un vino contigo.

Decimus siguió la mirada del exlegionario. No habían visto más que un denso bosque en la otra orilla del río desde que zarparon.

—Al otro lado el mundo es diferente —dijo Julius finalmente —. Oscuro, salvaje e indómito. La mayoría de los hombres lo odiaban cuando los desplegaban al este del río, pero a mí me encantaba. Por eso me alisté, para enfrentarme a lo desconocido. ¡Qué vida podría haber sido!

—¿Volverías si tuvieras la oportunidad? —preguntó Decimus.

—Curiosamente, no. Ya cumplí mi tiempo y me habría encantado completar todo mi servicio, pero unos hombres sentados detrás de un escritorio decidieron otra cosa y me desecharon como

el brazo que me arrebató aquel guerrero querusco. Al menos él fue honesto y el corte fue limpio. Los que mandan en Roma me hicieron esperar meses para pagarme e, incluso entonces, fue una miseria. Dijeron que era porque solo había servido unos pocos años, así que debía estar agradecido por lo que había recibido.

—Duro —dijo Decimus—. Entonces, ¿por qué vas a Ubiorum?

—Mi hermano está destinado allí —respondió Julius—, y también ha sido gravemente herido. Quiero asegurarme de que, sea lo que sea que Roma le tenga reservado, no lo afronte solo.

—Es un gesto admirable —dijo Decimus—. Dime una cosa, Julius. ¿Qué lealtad guardas ahora mismo a Roma y a sus oficiales?

—A mis camaradas y a los hombres que aún sirven, toda. Pero a la burocracia, de ahí para arriba, ninguna en absoluto. A mis ojos, todos fueron cómplices. Estaba dispuesto a dar mi vida al servicio de Roma; lo único que ellos estuvieron dispuestos a darme fue el licenciamiento y un puñado de monedas de cobre.

—Julius —dijo Decimus—, hay un favor que podrías hacerme, si estás dispuesto. Hay hombres en riesgo, legionarios en activo, y necesito hacer algo para mantenerlos a salvo. No puedo contarte qué es lo que tengo que hacer, pero te juro que, ayudándome, quizá puedas evitar que les ocurra algo espantoso. No entraña ningún peligro y, además, será muy lucrativo para ti, pero implica hacer algo esta noche que los poderes fácticos podrían considerar ilegal. Solo yo correré peligro, pero necesito la ayuda de un camarada. ¿Te interesaría?

—Si es para ayudar a nuestros hermanos y le causa a Roma la más mínima molestia, entonces cuenta conmigo —dijo Julius—. ¿Qué quieres que haga?

—Es muy sencillo —dijo Decimus—. Solo quiero que pierdas una partida de dados.

Más tarde esa noche, como era habitual después de la cena, algunos de los hombres se dispusieron a beber vino y cerveza en la cubierta donde dormían todos los pasajeros. Las condiciones eran básicas, pero todos tenían un catre con un jergón de paja y una manta de piel de oveja.

La mayoría de los que viajaban eran mercaderes o exsoldados que regresaban a los lugares donde habían servido en su juventud, un pasatiempo peculiar de los *veterani* que aún anhelaban la vida que una vez llevaron.

Entre la veintena de pasajeros se encontraba el hombre que Decimus buscaba: un funcionario gubernamental de bajo rango que había pagado un extra por un catre mejor, apartado de los modales más toscos de los hombres de las clases bajas. Por lo general, se mantenía al margen, pero en los últimos días Decimus se había percatado de que sentía un interés malsano por el juego de los dados, y también por el vino fuerte.

Una vez que todos hubieron comido el guiso soso pero contundente del cocinero del barco, Decimus y Julius pusieron el plan en marcha. Colocaron una mesa no lejos del catre del funcionario y comenzaron una partida de dados. Al principio fue tranquila, un simple juego por diversión, y ambos tuvieron la misma suerte, o mala suerte, según caían los dados. Pero en el transcurso de una hora aproximadamente, la partida se fue volviendo cada vez más seria, y Julius fue ganando terreno gradualmente. Lenta pero inexorablemente, las apuestas subieron y, a medida que la cosa se fue caldeando, una pequeña multitud se congregó para observar el desarrollo de la partida. Tal y como sospechaba, el ruido y la excitación llegaron a oídos del joven funcionario en su catre, y este se acercó para ver a qué venía tanto alboroto.

Sobre la mesa, delante de Julius, había un gran montón de monedas, entre ellas al menos unas cuantas docenas de denarios de plata, mientras que delante de Decimus solo quedaban unas pocas monedas de latón. Todo parecía haber terminado y el funcionario se dio la vuelta para marcharse cuando un clamor de aprobación resonó por la cubierta al tiempo que Decimus sacaba un puñado de monedas de oro.

—Te crees muy bueno, amigo mío —anunció Decimus—, pero a ver si tienes agallas. —Colocó las monedas de oro sobre la mesa y continuó—: Apuesto estas monedas de oro contra todo lo que tienes en esta mesa, todo lo que guardas en tu bolsa y tu caballo. Pero si

aceptas, nos lo jugaremos todo a una sola tirada de dados para zanjar esto de una vez por todas.

Los hombres congregados se quedaron atónitos y se oyeron gritos por doquier; unos le animaban a aceptar la apuesta, otros a que abandonara la partida mientras aún le quedaba algo de orgullo.

—Guarda tu dinero, Decimus —dijo Julius—. Has bebido demasiado vino. Vuelve mañana y prueba otra vez.

Decimus se recostó en su taburete y se echó a reír.

—¿Qué pasa, Julius? ¿Tienes miedo de que me lo quede todo? Si hubiera sabido que jugaba con un cobarde, para empezar ni me habría sentado contigo.

Julius se enfureció y se puso en pie de un salto, con el rostro contraído por la rabia.

—¿Ves esto? —rugió, señalando el muñón donde debería tener el brazo—. ¿Ves esto? —Señaló la cuenca vacía de su ojo—. Esto demuestra que no soy ningún cobarde, así que, si quieres seguir, cierra la boca y acabemos de una vez.

La multitud congregada estaba fascinada, sobre todo el oficial, que se abrió paso entre la gente para ver el desenlace. Los dos hombres volvieron a sentarse y se fulminaron con la mirada hasta que Decimus cogió el cubilete, lo agitó suavemente y lo besó para atraer a la suerte.

—Una sola tirada, ¿verdad?

—Una sola tirada —convino Julius—. Gana la puntuación más alta.

Decimus lanzó los dados sobre la mesa y los miró con decepción. Un dos y un tres, una puntuación horrible. Los hombres allí reunidos gimieron al unísono, sabiendo que, a menos que ocurriera un milagro, acababa de perder todo aquel oro.

Ahora era el turno de Julius y, al coger los dados, los cambió por el juego cargado que Decimus le había dado antes.

—¡Fortuna! —imploró, mirando hacia arriba y agitando los dados con violencia en el cubilete—. ¡No me falles ahora! —Los lanzó sobre la mesa, con el rostro lleno de emoción ante la victoria que anticipaba. Pero, cuando se detuvieron, su expresión cambió y observó con horror el resultado: un dos y un uno.

Durante unos instantes reinó el silencio mientras los espectadores miraban con incredulidad; entonces, de forma igual de inesperada, prorrumpieron en un estruendoso clamor de aprobación cuando Decimus se levantó de su asiento de un salto para celebrar. El ruido era ensordecedor, e incluso el oficial se dejó llevar por la emoción. Decimus pidió vino para todos y, mientras las frascas pasaban de mano en mano, se giró hacia el hombre que seguía sentado en silencio a la mesa, habiéndolo perdido todo.

—Julius, amigo mío —gritó Decimus, por encima del alboroto —, no soy el demonio que quizá crees que soy, así que, aunque me quedaré con tu dinero, te dejaré conservar tu caballo en honor a tu servicio a Roma. —Los hombres congregados rugieron en señal de aprobación y, en medio del caos, Decimus aprovechó para poner una frasca de vino fuerte en las manos del oficial—. ¡Bebed conmigo, amigos míos! —rio—. Pues, aunque no nos conozcamos, esta es una noche de celebración, y corro yo con los gastos.

Hubo otro grito de aprobación, pero mientras se animaba al mensajero de Umber a beber el vino fuerte, Decimus bebía de su propia frasca cuidadosamente preparada, una que había sido muy diluida con agua y que no le afectaría en lo más mínimo.

En pocas horas, los testigos de la partida estaban borrachos como cubas, y el joven oficial más que nadie. La mayoría se fue a sus catres a dormir la mona de aquella juerga inesperada y, para cuando llegó la medianoche, mientras la tripulación se ocupaba de sus quehaceres, todos dormían profundamente. Decimus, en cambio, estaba completamente despierto y se levantó de su catre para cruzar la cubierta hasta donde dormía el mensajero. Hizo una pausa y buscó con la mirada algún tipo de talega, pero, al no ver nada en la penumbra de la lámpara, se arrodilló y estiró el brazo por debajo del lecho, sacando lentamente la bolsa del hombre.

El mensajero se revolvió y Decimus se quedó inmóvil. Si se despertaba, no tendría más remedio que matarlo y negar cualquier conocimiento sobre el asunto cuando encontraran su cuerpo a la mañana siguiente. Por suerte, el hombre se limitó a girarse hacia el otro lado; el hedor de su aliento cargado de vino era casi abrumador.

Lentamente, Decimus abrió la bolsa y, al mirar dentro, vio un zurrón de cuero atado, con un sello de cera roja cubriendo el nudo. Maldijo en silencio, pero tenía un plan, algo que ya había hecho muchas veces en el pasado. Cogió el paquete, regresó a su propio lecho y, a la luz de una lámpara parcialmente cubierta, sacó el cuchillo de su zurrón. Con cuidado, cortó el cordel por dos sitios, justo al lado de la cera, y luego deslizó la hoja por debajo del sello para despegarlo del pergamino. El cordel cayó a un lado y él deslizó el paquete para liberarlo del resto de las ataduras. Volvió a mirar rápidamente por toda la cubierta, pero era evidente que, en el estado en que se encontraban, nadie iba a molestarlo.

Abrió la carta y, inclinándose hacia la lámpara, leyó el mensaje del senador Umber a su hermano. Durante los instantes siguientes, leyó con rapidez, tratando de asimilarlo todo. Cuando terminó, respiró hondo y volvió a leerla, absorbiendo esta vez los hechos con creciente incredulidad. La carta era larga, con muchas referencias a la familia y la vida política, pero, justo al final, Umber había escrito sobre el herrero y los hombres que habían ido a buscarlo. También daba detalles de las posibles consecuencias antes de instar a su hermano a la acción, suplicándole que encontrara y destruyera a los traidores tan pronto como pudiera, pues, si no lo hacía y ellos regresaban sanos y salvos a Roma, la familia quedaría arruinada, o algo peor.

Decimus se quedó mirando horrorizado. Había sospechado algo, pero no una orden directa de matar a los hombres del Occultum. Por un momento, sopesó la idea de destruir la carta, pero sabía que eso solo retrasaría lo inevitable y que, en cuanto lo descubrieran, sería obvio que había desaparecido en el barco y lo pondría bajo sospecha. Otra opción era destruir la carta y matar al mensajero, pero, de nuevo, había demasiados riesgos. No, la única opción era volver a ponerlo todo como lo había encontrado y esperar poder llegar hasta Séneca y sus hombres antes de que lo hiciera el hermano de Umber.

Volvió a deslizar la carta entre los cordeles y, tras calentar la hoja de su cuchillo en las llamas de la lámpara, la pasó por el borde del sello, derritiendo una fina capa de cera y pegándolo así de nuevo

al pergamino. Del mismo modo, derritió dos minúsculos puntos a los lados del sello e introdujo los extremos cortados del cordel, manteniéndolos en su sitio mientras la cera se enfriaba a su alrededor. Cuando hubo terminado, inspeccionó la carta con cuidado y, al no hallar pruebas de que hubiera sido manipulada, la devolvió a la bolsa que había bajo el lecho del mensajero. La tarea estaba cumplida y, con un poco de suerte, nadie se daría cuenta de nada.

Una vez de vuelta en su catre, se tumbó bocarriba, con la mirada fija en el techo bajo y escuchando los ruidos del barco. Se había temido lo peor, pero ahora que lo había confirmado, sabía que tenía que actuar con rapidez. Partirían en igualdad de condiciones, y él solo podía contar consigo mismo, mientras que el legado disponía de más de cinco mil quinientos hombres. Pero él poseía un conjunto de habilidades muy especiales y pensaba usar todo lo que estuviera a su alcance para salvar las vidas de sus compañeros *exploratores*. Cerró los ojos para intentar descansar un poco, a sabiendas de que los días venideros iban a ser muy interesantes. Muy interesantes, desde luego.

Capítulo Diecinueve
Aldea de Weserburgh

Séneca y Sica permanecieron justo en el linde del bosque, a salvo de miradas indiscretas. El ocasional sonido de pisadas humanas por el sendero cercano fue cesando a medida que los aldeanos regresaban a sus hogares tras una jornada de trabajo en los campos o en los telares. La noche se fue tornando cada vez más silenciosa, hasta que el silencio solo se veía interrumpido por la brisa ocasional entre las hojas o el ulular lastimero de un búho de caza. Los dos hombres discutieron el plan en susurros y, en cuanto un banco de nubes cubrió la luna, lo pusieron en marcha.

Séneca se levantó del suelo y, agachado, caminó despacio hasta el borde del bosque. Miró a su alrededor una vez más para asegurarse de que no quedaba ningún rezagado en el sendero antes de ceñirse la capa y salir a campo abierto. La ladera cubierta de hierba no ofrecía protección alguna, y los varios centenares de pasos que lo separaban de su destino le parecieron media legua. Pocos instantes después, se sentó en la base del pajar, conteniendo la respiración mientras observaba y escuchaba en busca de cualquier señal de vida. Cuando estuvo seguro de que no lo habían visto, volvió la vista hacia el linde del bosque y alzó el brazo por encima de la cabeza para indicarle a Sica que lo siguiese.

El sirio no tardó en llegar y, tras esperar para cerciorarse de que seguían sin ser descubiertos, centraron su atención en el escondite que habían elegido. Como muchos otros de la zona, el montón de heno estaba apilado sin mucho orden y sujeto por una cerca de mimbre alrededor, con la parte superior cubierta por un techo de paja para protegerlo de las peores inclemencias del tiempo.

Treparon por la cerca de mimbre y se dejaron caer al otro lado antes de abrirse paso por el perímetro hasta tener una vista despejada de la forja del herrero, colina abajo. Satisfechos por haber encontrado un buen punto de observación, se arrastraron bajo los

bordes más sueltos del heno y esperaron el amanecer para poder comenzar la vigilancia.

De vuelta en el bosque, Falco y Raven habían explorado la zona antes de encontrar su propio escondite: la entrada de una mina de hierro abandonada hacía mucho tiempo en una colina que dominaba la aldea. Desde allí, apenas alcanzaban a ver el pajar en la distancia, y aunque estaban bastante lejos, el campo de visión despejado significaba que tendrían tiempo de sobra para advertir cualquier problema inminente.

Ya con todos en sus puestos, se dispusieron a esperar el alba, sabiendo que no había nada más que hacer hasta la noche siguiente. Entonces, y solo entonces, podrían llevar a cabo aquello para lo que habían llegado tan lejos.

A unas cuantas leguas de distancia, Brennus continuaba su solitaria vigilia en el bosque con los caballos. Como bátavo, había servido de jefe de caballerizas con los auxiliares de caballería y, de hecho, había sido un caballo el que le había salvado la vida en una escaramuza contra los helvecios unos años antes, cuando él y algunos de sus camaradas cayeron en una emboscada. Sus compañeros murieron todos y él sufrió heridas terribles, pero, aunque estaba casi inconsciente por el dolor y la pérdida de sangre, su caballo herido lo había llevado de vuelta al fuerte por su propia voluntad. Había sido suficiente para salvarle la vida, pero el caballo murió a causa de sus heridas al día siguiente. Desde entonces, Brennus había desarrollado una gran afinidad por los caballos y con el tiempo se ganó la reputación de ser un jefe de caballerizas excepcional. Tanto es así que, mientras limpiaba los establos cerca de uno de los fuertes, Séneca se le había acercado con una oferta intrigante. Aunque significaba dejar sus queridos establos, también implicaba poder volver a patrullar, lejos de la reglamentación de la vida en el cuartel y sus restricciones.

Séneca movió algunos hilos y, en una semana, Brennus fue relevado de su unidad para servir con los exploradores, una decisión de la que no se había arrepentido desde entonces. Ahora, cuando estaba de operaciones con Séneca y los demás, a él le correspondía

asegurarse de que los caballos estuvieran siempre en plena forma y bien cuidados. Aunque a los otros les parecía extraño que prefiriera los caballos a las personas, él no lo habría querido de otra manera.

Terminó de cepillar el último de los caballos y regresó a su campamento improvisado, a pocos pasos de distancia. Estaba bien oculto entre los árboles y al abrigo de las peores inclemencias del tiempo, pero Brennus sabía que, si la patrulla no regresaba en un plazo de diez días, tendría que volver al punto de encuentro acordado cerca del Rin, uno de los procedimientos operativos estándar a los que todos se atenían. Se metió a gatas en la pequeña tienda oculta entre la maleza, pero se detuvo en seco, con los sentidos alerta. Había oído un ruido en la lejanía, algo que no debería haber estado allí: el sonido de un ser humano que gritaba de ira.

Su primer instinto fue volver con los caballos y llevárselos a un lugar seguro, pero las voces parecían lo bastante lejanas como para no suponer un riesgo inmediato, y Talorcan le había dicho que no había sendas cercanas que la gente usara con regularidad. Decidido a asegurarse, se dirigió hacia el origen de los gritos y acabó llegando a lo alto de una ladera que descendía hasta un pequeño valle. Se detuvo en seco y se tiró al suelo. Abajo pudo ver una hilera de guerreros germanos que caminaban por un sendero, todos ellos fuertemente armados. Al final de la columna había otro grupo de hombres, esta vez en un estado mucho peor que los otros. Sus ropas harapientas colgaban de sus cuerpos demacrados, sus figuras encorvadas y rotas bajo el yugo del cautiverio. Era una columna de esclavos que, sin duda, se dirigía de una aldea a otra para vender su mercancía humana.

Uno de los esclavos, un hombre que era más hueso que carne, flaqueó y se desplomó, su frágil cuerpo cediendo al agotamiento y la desesperación. La columna se detuvo, y un guerrero imponente rompió filas y se dirigió hacia el hombre caído con una mueca que denotaba ira en lugar de preocupación. Su reprimenda fue rápida y brutal: su pie calzado con una bota de cuero propinó una severa paliza al esclavo postrado. Los demás observaban con silenciosa aceptación, sus ojos cansados reflejando

una resignación desesperanzada. El sonido de los golpes llegó hasta lo alto de la ladera, y Brennus sintió que un nudo de desprecio conocido se le apretaba en el estómago. Semejante barbarie era moneda corriente entre aquellas tribus germanas; su crueldad era un arma tanto como las hachas y espadas que portaban con tanta destreza.

El guerrero cesó su ataque tan bruscamente como lo había comenzado y dejó al esclavo hecho un ovillo en el suelo cubierto de hojarasca. Al darse cuenta de que el hombre apaleado ya no podía continuar, hizo algo que a Brennus le revolvió el estómago. Se arrodilló y le hundió una hoja en el vientre antes de regresar a la columna, dejando que la víctima, mortalmente herida, tuviera una muerte lenta y dolorosa.

Brennus observó con repugnancia cómo la columna se adentraba en el valle. No debería haberle afectado tanto y, desde luego, no era asunto suyo, pero incluso desde su escondite podía oír a la víctima gemir de dolor. Su prioridad era cuidar de los caballos para el resto del Occultum, y nada era más importante, pero sabía que no podía dejar a aquel hombre allí para que muriera solo.

Cuando los últimos miembros de la tribu desaparecían en la distancia, abandonó su escondite y bajó la ladera a trompicones para llegar hasta el esclavo moribundo. El valle estaba ahora vacío, y se arrodilló junto al hombre, un tipo mayor cuyos ojos apagados hablaban en silencio de una vida de dolor y miseria.

—Respira tranquilo, anciano —dijo Brennus, cogiéndole la mano—. Pronto cenarás junto a los dioses.

Los ojos del hombre se abrieron más al oír la voz, y un tenue destello de esperanza pareció parpadear en ellos.

—Romano —jadeó—, ayúdame.

Brennus se quedó de piedra. El anciano estaba tan escuálido y mugriento que era imposible adivinar su origen, pero ahora que había hablado, era obvio.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿De dónde eres?

El hombre intentó articular una palabra, pero tosió violentamente. Brennus examinó la herida, sabiendo al instante que no había forma de que sobreviviera. Una cuchillada en las tripas

significaba una muerte lenta, pero segura. Cogió su cantimplora y, acunando la cabeza del hombre, vertió un hilillo de agua entre sus labios resecos. Cuando el hombre bebió hasta saciarse, lo intentó de nuevo.

—Dime de dónde eres, amigo mío, y, si puedo, haré llegar un mensaje a tu familia.

El hombre intentó hablar de nuevo, esta vez con más éxito, pero Brennus frunció el ceño con confusión y duda. El lugar que la víctima había nombrado sencillamente no era posible.

—Lo siento —dijo finalmente—. Creo que le he entendido mal. Me ha parecido que decía Teutoburgo.

—Estuve allí —dijo el hombre con debilidad—, y luché junto a Varo. Mi unidad fue aniquilada, pero a unos pocos nos capturaron.

Brennus estaba atónito. La batalla de Teutoburgo se había librado hacía poco más de treinta años y, aunque las campañas posteriores habían logrado encontrar y liberar a algunos esclavos romanos de las manos de las tribus germánicas, la búsqueda de más supervivientes había terminado hacía mucho tiempo.

—Escuche —jadeó el hombre con una mueca de dolor—. Dígales que hay más como yo. Tienen que venir a buscarnos. Luchamos por Roma, pero nos han olvidado. Tienen que venir.

—Se lo diré —dijo Brennus en voz baja—. Y le prometo que, cuando muera, lo enterraré profundamente en esta tierra y rezaré una oración sobre su tumba. ¿Cuál es su nombre?

—Me llamaban Lucius —dijo el hombre—, y no tengo familia que me llore. Pero no me entierre, se lo ruego. Queme mi cuerpo y lleve mis huesos de vuelta a Roma. Quiero que mi espíritu vague por las tierras donde nací.

De nuevo, Brennus se quedó conmocionado, pero era el deseo de un moribundo y, como mínimo, debía concedérselo verbalmente, aunque no fuera posible hacerlo físicamente.

—Lo haré —dijo.

—Una cosa más —jadeó el hombre, mientras las pocas fuerzas que tenía le fallaban rápidamente—. Hay algo que necesita saber. —Durante los instantes siguientes, Lucius le contó a Brennus algo asombroso. Una vez más, se quedó conmocionado y no sabía si

creer al hombre o no, pero ¿por qué alguien diría tal cosa con su último aliento si no fuera verdad?

—¿Está seguro de esto? —preguntó.

—Lo juro ante los dioses —dijo Lucius—. Mi historia es cierta. —Sin fuerzas, su cabeza cayó hacia atrás y, mientras Brennus lo acunaba en sus brazos, el exlegionario finalmente murió, con sus últimos pensamientos sabiendo que por fin era libre y que regresaba a Roma.

A Brennus le costaba asimilarlo todo y bajó la mirada hacia el hombre muerto en sus brazos. La opción más fácil era dejar el cadáver allí o, al menos, enterrarlo en una tumba poco profunda, pero le había dado su palabra a un compañero soldado y cumpliría la promesa. Se echó el cuerpo al hombro antes de volver a subir la pendiente, con un peso que no era mayor que el de un niño pequeño. En la cima, encontró un terreno despejado y cavó un hoyo, que llenó de leña seca para formar una pira funeraria. Justo antes del anochecer, mucho después de que la columna germánica se hubiera marchado, colocó el cuerpo sobre la madera, susurró unas oraciones apropiadas y observó en silencio cómo las llamas envolvían al anciano. Finalmente, cuando el fuego se desplomó en el foso, regresó al campamento, con las últimas palabras del hombre todavía dándole vueltas en la cabeza.

De vuelta en la aldea, Seneca y Sica habían pasado el día observando las idas y venidas alrededor de la forja, y no tardaron en ver a su objetivo. Era más bajo de lo normal, corpulento, casi sin pelo en la cabeza, pero sus piernas, la parte superior de los brazos y el pecho estaban bien desarrollados, algo típico en un hombre de su oficio. A medida que se acercaba, pudieron ver que tenía las manos atadas y que estaba flanqueado por dos guardias. Cuando llegaron a la forja, le desataron las cuerdas y el herrero entró para llevar a cabo su trabajo del día. Los dos guerreros siguieron subiendo por la ladera para sentarse de espaldas a una roca con vistas a la forja y a los alrededores.

—Deben de pensar que intentará escapar —susurró Seneca.

—Estoy seguro de que lo haría —dijo Sica.

—¿Por qué?

—Porque es sirio, y es lo que yo haría.

Los dos hombres vigilaron durante el resto del día, registrando mentalmente las idas y venidas de la forja hasta que, al anochecer, regresaron a la linde del bosque y se reunieron con Falco y Raven. Los cuatro se adentraron aún más en el bosque para trazar sus planes.

—Está claro que retienen a ese hombre en algún lugar de la aldea durante la noche —dijo Seneca—, y lo traen a la forja cada día para que lleve a cabo su trabajo. Una vez que llega, permanece allí hasta el anochecer sin salir ni un solo instante. Una mujer de la aldea le lleva la comida al mediodía, pero, aparte de eso, nadie entra ni sale hasta la tarde, y a cualquiera que se acerca, los guardias lo despachan como si tuvieran algo que ocultar.

—Debe de estar trabajando en el acero de Damasco —dijo Falco.

—Es posible, pero lo que importa es que el único momento del que disponemos para sacarlo de allí sin ser vistos es por la mañana.

—¿A plena luz del día y a la vista de dos guerreros? —señaló Falco.

—Lo sé —respondió Seneca—, pero una vez que se lo hayan llevado de vuelta a la aldea, no habrá forma de alcanzarlo sin dar la alarma. Tenemos que sacarlo de la forja.

—Entonces, ¿qué hacemos con los guardias?

—Por desgracia, habrá que encargarse de ellos —dijo Seneca —. Pero en cuanto estén fuera de combate, deberíamos tener unas horas de ventaja para regresar a por los caballos. Durante la siguiente hora más o menos, trazaron sus planes antes de que Seneca y Sica se pusieran finalmente en pie.

—Tenemos que volver a nuestra posición —dijo Seneca—. Y mañana por la mañana, justo después de que lleguen a la forja, haremos nuestro movimiento. Vosotros dos quedaos aquí a cubierto para ofrecer apoyo si algo sale mal. ¡Que los dioses nos acompañen!

Capítulo Veinte
Aldea de Weserburgh

A la mañana siguiente, Sica y Séneca volvieron a atisbar entre los listones del cercado de mimbre que sujetaba el pajar. El sol había asomado por las montañas del este y la aldea comenzaba a cobrar vida de nuevo. Ambos habían permanecido despiertos toda la noche, preparándose mentalmente para lo que estaba a punto de suceder. Ahora, con el momento ya encima, sus corazones se aceleraban por la expectación y sus fosas nasales se llenaban del dulce olor a heno.

Tal como esperaban, el herrero apareció en el sendero acompañado por los mismos dos guardias. Siguieron el mismo ritual del día anterior y, una vez Kassab estuvo a salvo dentro, los dos guerreros volvieron a ocupar sus puestos en la roca que dominaba la forja.

Séneca se giró para mirar a su camarada y, con un rápido asentimiento, ambos salieron sigilosamente del heno y avanzaron despacio hacia los desprevenidos guerreros.

Los guardias, sorprendidos en la quietud de la madrugada, apenas tuvieron oportunidad. Sica, moviéndose tan sigilosamente como una lechuza en pleno vuelo, mató a uno de una rápida estocada con su cuchillo en la nuca mientras, al mismo tiempo, Séneca tapaba con su gran mano la boca del otro guardia por detrás y le rebanaba el cuello de un largo tajo con su pugio. Ninguno de los dos tuvo la menor oportunidad.

Con ambos guardias muertos en el suelo, Séneca supo que debían actuar con rapidez. Arrastraron los cuerpos hasta el pajar y los cubrieron con heno suelto antes de dirigirse rápidamente hacia la forja.

Dentro, las brasas de un fuego agonizante proyectaban sombras espeluznantes en las paredes, y de pie ante él se encontraba el hombre que buscaban. Su mirada se posó en sus rescatadores y denotó una mezcla de miedo e incredulidad.

—¿Quiénes son? —jadeó en su lengua materna—. ¿Qué quieren?

—Hemos venido a liberarle —respondió Sica en sirio—. Tiene que venir con nosotros.

—No —dijo Kassab—. No puedo marcharme; tengo un trabajo importante que hacer aquí.

—No tiene elección en este asunto —dijo Sica—. Si se queda aquí, será la causa de muchas muertes romanas, y no podemos permitir que eso ocurra.

—No lo entienden —dijo Kassab—. Si hago lo que me piden, me llevarán de vuelta con mi familia. Por favor, tienen que irse.

Sica tradujo la conversación a Séneca.

—Dile —dijo Séneca— que no hay la más mínima posibilidad de que lo dejen volver a casa. En cuanto conozcan sus secretos, se le puede dar por muerto.

Sica tradujo, pero el herrero no dio muestras de cambiar de opinión.

—Convéncelo de que tiene que venir con nosotros —espetó Séneca—. Dile que, si insiste en quedarse aquí, no tendremos más remedio que hacer el trabajo de los queruscos y matarlo en su propia forja.

Al comprender la amenaza, el herrero escupió en el suelo.

—Fueron ustedes, los romanos, quienes me sacaron de mi hogar en primer lugar —dijo, con la voz cargada de ira—, y son ustedes los responsables de que quizá no vuelva a ver a mi familia. Odio este cautiverio con cada fibra de mi ser, pero al menos aquí tengo una oportunidad, por pequeña que sea. Puede que tengan razón y que me maten, pero ¿qué destino diferente me ofrecería Roma? Todo el mundo quiere este maldito acero, y ninguno de ustedes se arriesgará jamás a que el secreto caiga en manos enemigas.

Séneca se sentía cada vez más frustrado; se les acababa el tiempo y las cosas no estaban saliendo como había planeado.

—Tendremos que llevárnoslo en contra de su voluntad —dijo finalmente—. Amordázalo y átale las manos —mas, cuando Sica se

dirigía hacia él, el herrero alargó la mano, cogió uno de sus cuchillos terminados y lo alzó ante sí.

—¡No se acerquen! —gritó—. O juro que usaré esta hoja.

Sica se detuvo. Sabía de sobra que podría desarmar al herrero con facilidad, pero no quería herir a su compatriota.

—Escuche —dijo—, usted y yo somos hermanos. De niños recorrimos las mismas montañas, comimos la misma comida, dormimos bajo el mismo cielo. Comprendo su dolor, amigo mío, pero si se queda aquí, morirá con toda certeza. Venga con nosotros, y le juro que, cuando regresemos a Roma, haré lo necesario para traerle a su familia. Puede que no sea perfecto, pero al menos volverá a verlos.

—¡Miente! —siseó Kassab—. ¿Por qué debería creer la palabra de un hombre que acepta monedas romanas para llenarse los bolsillos?

—Comprendo su miedo —dijo Sica—, pero tiene que confiar en mí. Deme el cuchillo antes de que nos descubran y muramos todos. No tiene ningún sentido.

—Todo lo que tengo que hacer —dijo Kassab— es gritar y los guardias estarán aquí en un instante. —Observó los rostros de ambos hombres, y la falta de reacción le indicó que los guardias no vendrían, ni ahora ni nunca—. Los han matado, ¿verdad? —dijo lentamente—. Ahora esta gente nunca me dejará marchar.

—Aún puede vivir, amigo mío —dijo Sica, dando un paso adelante—, y terminar su vida con su familia al lado. Solo deme el cuchillo y venga con nosotros.

—Es demasiado tarde —dijo el herrero—. Sus acciones ya han sellado mi destino y, como ha dicho, ya soy un hombre muerto. En cuanto a mi familia, no verían la vida en Roma más que como un cautiverio de otro tipo, y no les impondré eso. Están mejor en Siria.

Sin más aviso, el herrero alzó el cuchillo y, mientras ambos hombres corrían hacia él, se cortó el cuello con el acero de Damasco.

—No —jadeó Séneca, dejándose caer de rodillas junto al herrero tendido, pero era demasiado tarde; Kassab ya estaba

inconsciente y moriría en cuestión de minutos.

—Lo he juzgado mal —dijo Sica—, y todo esto ha sido para nada.

—No —dijo Séneca, mirando a su alrededor—. Tiene que haber algo aquí que revele a nuestros herreros los secretos del proceso.

—¿Y esto? —preguntó Sica, mirando las pequeñas pilas de hierro fundido y frío dispuestas en hileras a un lado de la forja—. Parece que ya está preparado para el horno, así que quizá sea la sustancia necesaria para fabricar el acero. Si nos lo llevamos, puede que nuestros herreros averigüen lo que necesitan saber.

—Buena idea —dijo Séneca—. Coge todo lo que puedas. Yo cogeré las hojas que ya haya fabricado. —Se giró para mirar fijamente al moribundo—. Ha sido una estupidez, amigo mío —dijo en voz baja—, pero que los dioses te perdonen.

Unos instantes después, inspeccionaron el exterior de la cabaña y se dirigieron de vuelta al bosque, cada uno con un saco que contenía todo lo que habían considerado de valor para llevar a Roma. Sica iba en cabeza, pero, mientras corrían, un muchacho apareció de detrás del pajar llevando un poni. Aunque al principio no vio a los dos hombres, a Sica se le encogió el corazón cuando el niño tropezó con uno de los cadáveres que habían escondido antes.

El muchacho se puso en pie y apartó el heno, ahogando un grito de horror al descubrir la garganta abierta del muerto. Retrocedió tambaleándose, conmocionado, antes de volverse y ver a los dos desconocidos que lo miraban fijamente desde más abajo en la colina.

Séneca levantó las manos en un gesto inútil para calmar al muchacho, pero no fue suficiente. Cuando Sica desenvainó la espada, el niño se dio la vuelta para huir hacia la aldea. El sirio hizo ademán de perseguirlo, pero Séneca alargó el brazo y lo agarró.

—Sica, déjalo ir.

—No podemos dejar que se vaya —dijo Sica—. Dará la voz de alarma y esto se llenará de guerreros en un santiamén.

—No importa —respondió Séneca—. No matamos a niños inocentes.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Ahora, amigo mío —dijo Séneca, volviéndose hacia el sirio —, ¡corremos!

Arriba, en la vieja mina de hierro, Falco se puso en pie y observó con confusión cómo se desarrollaban los acontecimientos más abajo. Desde su posición, habían visto la muerte de los dos guardias y la posterior salida de sus camaradas de la forja, pero algo no iba bien: solo eran dos, cuando deberían haber sido tres.

—Algo ha pasado —le dijo a Raven, que estaba a su lado—. O no estaba allí o han tenido que matarlo.

—Mira —dijo Raven, señalando el pajar—. Hay alguien más. —Desde esa distancia no podían ver con exactitud lo que ocurría, pero cuando sus dos camaradas echaron a correr hacia el bosque, supieron que algo había salido mal.

—Los han visto —dijo Falco—. Vamos.

Cogió su capa y echó a correr colina abajo, hacia el bosque.

—¿Adónde vas? —le gritó Raven—. Séneca dijo que si algo salía mal, debíamos volver a por los caballos y largarnos de aquí.

—Vete tú —le gritó Falco por encima del hombro—. Voy a ver si puedo ayudar. —Dicho esto, desapareció en el bosque mientras Raven lo observaba con frustración. Séneca había sido muy claro en la reunión informativa, pero Falco lo había ignorado por completo y se había metido de cabeza en el peligro. Se dio la vuelta para regresar a la cabaña del cabrero, pero, tras unos pasos, se detuvo y volvió a mirar en la dirección por la que se había ido su camarada.

—Vas a pagar por esto, grandullón —maldijo— y, desenvainando la espada, siguió a Falco entre los árboles.

Más cerca de la aldea, Séneca y Sica habían alcanzado la linde del bosque, pero ya estaban exhaustos por el peso de los sacos que ambos cargaban. Séneca se detuvo y se volvió hacia su camarada.

—Esto es una estupidez —dijo—, y nos costará la vida. —Sacó un cuchillo antes de arrojar a un lado el resto de la bolsa que contenía las armas de acero—. Tírala —dijo, señalando con la cabeza la bolsa que llevaba el sirio—. No hay forma de que podamos regresar con todo este peso.

Sica asintió y arrojó su bolsa a un arroyo. Ambos hombres bebieron de sus cantimploras, aprovechando para recuperar el aliento, pero, instantes después, oyeron un sonido que les heló la sangre: el tañido de unas campanas que daban la alarma.

—Nos han descubierto —dijo Séneca—. Vámonos.

Se dieron la vuelta y continuaron a través del bosque tan rápido como el terreno les permitía, conscientes de que, a sus espaldas, la aldea estaría movilizando a todo hombre capaz de darles caza. Se abrieron paso entre la maleza, mas, al salir a uno de los senderos del bosque, se encontraron cara a cara con un nutrido grupo de cazadores queruscos que regresaba a la aldea. Por un segundo, todos se quedaron mirándose en silencio, pero el sonido de las campanas de alarma en la distancia, combinado con la visión de dos extraños que huían, hizo que los queruscos ataran cabos rápidamente y desenvainaran las armas de sus cinturones.

Séneca y Sica sabían que nunca podrían ganar un combate abierto contra tantos guerreros entrenados, pero, sabiendo que la mejor defensa es un buen ataque, se abalanzaron sobre los hombres más cercanos, cogiéndolos a todos por sorpresa. El primero cayó bajo el gladius de Séneca, con el corazón atravesado por la hoja romana, pero los demás estaban mejor entrenados y, tras desviar el súbito asalto, formaron un círculo alrededor de sus objetivos. Sica y Séneca se colocaron espalda contra espalda, desviando lo que podían con sus hojas, pero sabían que no había esperanza. El ataque de los guerreros se detuvo un momento mientras evaluaban la situación, y tres de ellos se descolgaron de la espalda sus hachas de doble filo. Al verlas, Séneca supo que, contra tales armas y sin escudos, no tenían ninguna posibilidad.

—Voy a atacar al bajo —gruñó Séneca—. Cuando lo haga, ábrete paso y corre hacia los arbustos. Los contendré todo lo que pueda.

Sica sabía que el plan era una sentencia de muerte segura para su camarada.

—Vivimos juntos o morimos juntos, ¿recuerdas?

—Sica —siseó Séneca—, uno de nosotros tiene que volver para contarlo. Limítate a hacer lo que te digo. —Sin esperar respuesta, lanzó un rugido formidable y, agachándose para esquivar el hacha de un guerrero, lo derribó al suelo de un empellón y lo hizo girar para usar su cuerpo como escudo. Durante unos segundos, todas las miradas se centraron en el contraataque, y Sica aprovechó la oportunidad para coger su cuchillo y lanzarlo por los aires para que se hundiera en la garganta de otro guerrero. Mientras este caía, Sica se volvió para enfrentarse a otro atacante, pero un escudo lo mandó de bruces al suelo y lo dejó sin aliento. Desesperado, rodó hacia un lado justo cuando un hacha se clavaba en la tierra junto a él. Tras recuperar el aliento, alzó la vista y vio a otro guerrero de pie sobre él, con la espada en alto para asestar el golpe de gracia. Incapaz de hacer nada para evitarlo, pero reacio a morir como un cordero, arrugó el rostro y lanzó un formidable rugido de desafío, lo bastante fuerte como para anunciar su inminente llegada a quienes guardaban las puertas del infierno.

Mientras la espada descendía, una fuerza imparable irrumpió desde los árboles circundantes y se estrelló contra el guerrero, lanzándolo hacia atrás y arrancándole el arma de las manos. Sica reconoció el grito de guerra de Falco y, aunque el grandullón lo exasperaba varias veces al día, nunca se había alegrado tanto de verlo. Se puso en pie de un salto, desenvainó un segundo cuchillo del cinturón y se agachó para defenderse del siguiente ataque.

Falco luchaba como un poseso; su gladius era un borrón de velocidad y precisión mientras su entrenamiento de gladiador salía a relucir. Sus ojos echaban chispas mientras de su garganta brotaban rugidos de agresividad, y Sica lo observaba con asombro. Había visto a Falco luchar antes, pero nunca con la furia que mostraba ahora. Era un monstruo, un demonio irracional, un loco torbellino que se deleitaba en la sed de sangre de la batalla, aparentemente ajeno a su entorno, interesado únicamente en matar a cualquiera o a cualquier cosa que se interpusiera en su camino.

A pocos pasos, Raven se unió al ataque; su ascendencia celta aportaba un conjunto de habilidades diferente a la batalla. En un puño blandía un hacha de mano y, en el otro, una espada corta, y ambas armas infligían dolor y muerte a partes iguales. Los guerreros germanos retrocedieron, sin saber muy bien qué estaba ocurriendo. En el suelo, las enormes manos de Séneca se cerraron alrededor del cuello de su oponente y ambos hombres se sumieron en un silencio mortal: uno privado de aire; el otro, ejerciendo hasta la última gota de su fuerza para matar a su rival. Solo había un desenlace posible y, unos instantes después, Séneca recogió su gladius y se puso en pie a duras penas.

Al mirar a su alrededor, pudo ver que habían obtenido una ventaja temporal, pero sabía que debían rematar la faena, o el combate aún podría perderse. Falco seguía luchando como un poseso, ajeno al lugar y al momento, pero, mientras desataba su furia, Séneca vio cómo el resto de los guerreros se reorganizaban para contraatacar.

—¡Tras él! —rugió, y siguió a Falco hacia la refriega. Raven y Sica corrieron tras él y, ante la violencia sangrienta y desenfrenada ejercida por los cuatro diestros hombres, la patrulla enemiga finalmente se desmoronó y huyó hacia los árboles.

Falco los vio marchar, con el pecho agitado y el rostro, los brazos y la túnica empapados en la sangre de sus víctimas. Sica lo miró asombrado mientras las lágrimas corrían por las mejillas del gladiador y hizo ademán de acercarse, pero Raven lo agarró del brazo y negó con la cabeza.

—No —dijo—. Todavía no.

Segundos después, Falco cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un espeluznante rugido de victoria que amplificaba los de diez mil gladiadores antes que él; una cacofonía de triunfo que enviaba un mensaje de desafío a los dioses. El efecto fue asombroso: hasta el bosque escuchó con temor mientras el rugido primigenio resonaba hasta las raíces de todo ser vivo.

Unos segundos más tarde, su respiración se ralentizó y, al abrir los ojos, contempló los cadáveres que cubrían el suelo del

bosque a su alrededor y recobró el juicio antes de mirar a sus camaradas.

—Ha vuelto a pasar, ¿verdad? —dijo, casi a modo de disculpa.

—Sí —dijo Raven—, y por suerte para nosotros. Vamos, tenemos que ponernos en marcha.

Ambos hombres se dirigieron de vuelta a la choza del cabrero, dejando atrás la sangrienta escena. Al pasar, Séneca se volvió hacia Sica.

—¿Recuerdas aquella vez que me preguntaste por qué permitía a semejante idiota en nuestro redil?

—Lo recuerdo —dijo Sica.

—Pues ahora ya lo sabes —dijo Séneca y, sin esperar respuesta, siguió a sus camaradas hacia el bosque.

Capítulo Veintiuno
Oppidum Ubiorum

Decimus bajó su caballo por la rampa de la liburna hasta el muelle. Habían llegado al puerto esa misma mañana y, una vez que los *marinarii* aseguraron el barco, se les permitió desembarcar y continuar su camino. El mensajero fue el primero en desembarcar y ya había partido a caballo desde el muelle en dirección al fuerte local. Decimus lo vio marchar y, mientras organizaba su equipo, Julius se le acercó, llevando su propio caballo de las riendas.

—Ha sido un viaje interesante, amigo mío —dijo—, y sea cual sea la tarea que te aguarda, te deseo lo mejor.

—Gracias —dijo Decimus y, metiendo la mano bajo la capa, sacó una bolsa de monedas—. Esto es por lo que hiciste en el barco.

—Guárdate el dinero —dijo Julius—. Ha sido divertido. ¿Necesitas algo más de mí?

—No, estoy bien —dijo Decimus—. Viaja con cuidado y duerme tranquilo sabiendo que quizá hayas ayudado a salvar la vida de algunos hombres de bien.

Se agarraron de las muñecas y, mientras Julius se alejaba a caballo, Decimus montó en su propia montura para continuar su viaje; pero antes, necesitaba indagar un poco.

Armado con la información que había recibido de Lepidus, se dirigió hacia el ferry que transportaba a los mercaderes entre las dos orillas del río. Mientras cabalgaba, podía sentir sobre él los ojos de muchos observadores atentos. Eran tiempos peligrosos, y toda información era de interés, especialmente para aquellos que estaban dispuestos a pagar un alto precio; el movimiento de los extraños podía ser particularmente valioso.

Recordando los días que pasó junto a Seneca, supo que los Occultum no habrían sido tan necios como para cruzar el río por aquí con tanta gente observando, y que sin duda habrían utilizado un punto de cruce alternativo.

Se detuvo cerca de una taberna romana y, después de comer algo, entabló conversación con quienes lo rodeaban. En menos de una hora, se enteró de la existencia de un segundo ferry río arriba, uno que no se recomendaba, ya que el pueblo era una guarida de criminales y bandidos. Parecía demasiado peligroso para que lo usara cualquier hombre en su sano juicio, pero Decimus sabía que era exactamente el tipo de lugar que Seneca buscaría. Con él y su caballo ya descansados y alimentados, se dirigió río arriba por la orilla, seguro de que, tras el largo viaje desde Oppidum Vindonissa, por fin estaba en el buen camino.

A una legua de distancia, más o menos, en un enorme fuerte construido en un recodo del río, el mensajero también había comido y bebido, y ahora esperaba una audiencia con el comandante de la legión allí acuartelada. Había sido un viaje largo, uno que tuvo que compartir con hombres muy por debajo de su clase social, pero por fin estaba allí y, si los dioses lo acompañaban, podría estar de vuelta en Roma en cuestión de días, aunque esta vez, en un viaje por mar más tranquilo. Yacía en su catre en una de las habitaciones reservadas para los visitantes cuando un muchacho llegó para buscarlo.

—El *legatus* lo recibirá ahora —dijo el muchacho, y ambos se dirigieron a través del fuerte hacia el pretorio. Unos instantes después, se encontraba solo frente al comandante de la legión, Aulus Gabinius Secundus, con el corazón acelerado por la importancia del momento.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el legado, sin levantar la vista.

—Mi nombre es Marcus Aelius Valerianus —respondió el mensajero—, cuestor destinado en el Foro de Roma.

—Me han dicho que tiene un mensaje para mí —dijo el legado, con un suspiro—, uno que no ha querido compartir con mi personal.

—He recibido órdenes, bajo pena de muerte —dijo el cuestor —, de que este mensaje solo debe llegar a sus manos.

Secundus alzó la vista, picado por la curiosidad.

—Parece importante —dijo—. ¿Quién le envía?

—Su hermano, domine, el senador Lucio Gabinio Umber.

Esta vez, Secundus interrumpió lo que estaba haciendo y, tras unos instantes, se levantó de la silla y fue a cerrar la puerta a espaldas del cuestor. Regresó a su asiento antes de coger el documento y abrirlo. Después de leer la carta en silencio, la dejó sobre el escritorio y se volvió hacia el mensajero.

—¿Lo ha mantenido en su poder durante todo el camino hasta aquí?

—Así es, domine —dijo Valeriano—. Solo tres pares de manos lo han tocado: las suyas, las mías y las de su hermano.

—¿Y nadie más lo sabe?

—Ni un alma, domine.

—Bien, entonces, que siga así. Supongo que deseará regresar a Roma cuanto antes, y nosotros lo organizaremos. Hasta entonces, haré que mi personal le asigne un alojamiento más adecuado en los aposentos de los oficiales, junto con los privilegios habituales. Ha hecho un buen trabajo, Valeriano, y me aseguraré de que mi hermano sepa de su lealtad.

—Gracias, domine —dijo el cuestor, con el rostro enrojecido por el elogio—. Es un honor para mí servirle. —Se dio la vuelta y salió del pretorio, entusiasmado ante el probable ascenso que recibiría al volver a Roma.

Dentro, Secundus volvió a sentarse y releyó la carta, con una expresión de preocupación en el rostro. Finalmente, miró a uno de sus sirvientes, que estaba de pie junto a la puerta.

—Firo, lleve un mensaje al *Praefectus Castrorum*. Dígale que necesito verle de inmediato.

El sirviente asintió y salió de la estancia para cruzar corriendo el patio de armas hacia los aposentos de los oficiales. Media hora más tarde, el prefecto del campamento llamó a la puerta de Secundus.

—Prefecto Escipión —dijo el legado—, entre, por favor. —Miró al sirviente—. Puede retirarse y decir a los que esperan fuera que descansen. No necesitaré sus servicios hasta mañana.

—Sí, domine —dijo el sirviente, y dejó a los dos hombres a solas.

—Toma asiento —dijo el legado mientras se acercaba a una mesa para coger una jarra de vino. Sirvió dos copas, regresó y se sentó frente al prefecto del campamento, un hombre de vasta experiencia y también su más antiguo y leal amigo.

—Esto parece serio —dijo Escipión.

—Lo es —dijo Secundus—, o, al menos, podría llegar a serlo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Tengo un problema —dijo Secundus—; de hecho, puede que ambos tengamos un problema. Parece que mi hermano se ha metido en un lío y corre un grave peligro de desatar la ira del mismísimo Calígula.

—¿Y por qué iba a preocuparme eso? Tu hermano es un necio y se merece todo lo que le pase.

—Estoy de acuerdo —dijo Secundus—, pero esta vez se ha superado y, por su ineptitud, existe la posibilidad de que el nombre de nuestra familia se vea arrastrado a esto. Eso podría suponer una investigación del Senado, incluidos mis asuntos aquí en Germania, y eso, amigo mío, es algo que ninguno de los dos necesitamos en este momento.

La comprensión afloró en los ojos del prefecto al darse cuenta de adónde quería llegar el legado. Durante los últimos dos años, ambos hombres habían ocultado ingentes cantidades de riquezas destinadas a mantener a la legión en el bajo Rin y, aunque todos los documentos estaban en regla, una investigación de cierta profundidad bien podría destapar las irregularidades, lo que significaría el desastre.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Escipión al cabo de un rato, y observó cómo el legado deslizaba la carta sobre la mesa.

—Está todo ahí —dijo Secundo—. En la última página. Parece que ha conseguido desplegar una especie de unidad especial de exploradores aquí en Germania sin la autoridad del emperador. Es más, puede que Calígula esté a punto de firmar un tratado muy lucrativo y, si esos hombres, sean quienes sean, causan algún tipo de problema y ese acuerdo se ve comprometido, habrá un ajuste de

cuentas, y no quiero ser yo quien pague el pato. Incluso si tienen éxito, el mero hecho de que esto haya seguido adelante sin la autoridad del Senado o del emperador nos pone a todos en una posición peligrosa, así que no tiene que quedar ni rastro de que hayan estado aquí. ¿Entendido?

El prefecto leyó la carta de nuevo y se reclinó, pensando en las posibles acciones y consecuencias.

—Creo que podemos hacer algo al respecto —dijo—. Déjamelo a mí.

—Bien —dijo Secundo—, pero, hablando de atar cabos sueltos, ¿qué te parece el sello del exterior de la carta?

Escipión miró el sello, sin notar nada inusual, pero, intuyendo algo más, lo levantó para examinarlo más de cerca.

—Ha sido manipulado —dijo finalmente—. Lo han abierto con un corte cuidadoso y luego lo han vuelto a sellar con una hoja caliente o algo similar.

—Justo lo que yo pensaba —dijo el legado—, y, si ese es el caso, entonces puede que otros conozcan este problema.

—¿Tienes idea de quién?

—La tengo —dijo Secundo—, pues él mismo casi lo ha confesado aquí, en esta misma habitación.

—Dime su nombre y dejará de ser un problema.

—Se llama Marcus Aelius Valerianus, el cuestor que me trajo el mensaje. Parece que ha sido demasiado curioso por su propio bien. Actualmente se aloja con los oficiales.

—Déjamelo a mí —dijo Escipión—. ¿Algo más?

—De momento no —dijo Secundo—. Solo asegúrate de que todo esto desaparezca. Nuestras propias vidas pueden depender de ello.

Más tarde esa noche, Escipión estaba en lo alto de una de las torres de vigilancia con dos de sus hombres más leales. Había enviado a otro a buscar al cuestor a sus aposentos. Cuando este llegó unos minutos después, miró a su alrededor con interés.

—Cuestor Valerianus —dijo Escipión—, gracias por acudir. Esto es importante.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó el cuestor, acercándose y cogiendo la copa que le ofrecían.

Escipión se dio cuenta de que el aliento del hombre ya olía a vino, un detalle menor, pero que añadiría verosimilitud a la historia.

—El legado me contó lo que había hecho usted por el imperio —dijo Escipión—, y quedé impresionado, así que quería mostrarle esto. —Se giró e hizo un gesto hacia la oscuridad. Valerianus se unió a él en el parapeto, sin saber muy bien qué se suponía que debía mirar.

—No veo nada —dijo, mientras uno de los guardias se acercaba por detrás de él—, solo oscuridad y algunas hogueras.

—¿De veras? —preguntó Scipio, sin volverse a mirar—. Porque yo veo un nuevo y vasto mundo listo para su dominación total, uno en el que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos prosperarán durante generaciones. También veo una gran oportunidad para que un hombre amase grandes riquezas si es cuidadoso con lo que hace. ¿No está de acuerdo? Se volvió para encararse con el cuestor, sabiendo perfectamente que no recibiría respuesta, pues el joven estaba demasiado ocupado luchando por su vida.

—Verá usted —dijo el prefecto con indiferencia, mientras los fuertes brazos de un legionario rodeaban la tráquea del cuestor—, nos jugamos la vida cada día al servicio de Roma a cambio de muy poco, y muchos de nosotros creemos que nuestra fortuna está en nuestras propias manos.

Valerianus forcejeó desesperadamente, intentando tomar aliento, pero no era rival para su posible asesino.

—Y aunque algunos dirían que eso es justo —continuó el prefecto—, otros, como usted, tienen la costumbre de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado y de estropearlo todo. —Se inclinó para mirar fijamente los ojos moribundos del joven y, mientras la vida del cuestor se desvanecía, su última visión fue la del prefecto bebiendo de su copa de vino.

—Qué lástima —dijo Scipio, mientras el legionario depositaba el cuerpo silenciosamente en el suelo—. Al parecer, era muy ambicioso, y a mí me gustan los hombres ambiciosos.

—¿Qué quiere que haga con él? —preguntó el legionario.

—Rómpale el cuello y tírelo desde la torre —dijo Scipio—. Tire eso detrás de él. Sé que es un desperdicio, pero todo el mundo creerá que estaba borracho y se cayó por el parapeto. Y ni una palabra a nadie de esto —añadió—. Ese hombre era un peligro para Roma y era necesario silenciarlo.

—Como desee, domine —dijo el legionario, y mientras Scipio abandonaba la torre, colocó sus *caligae* tachonadas sobre el cuello del cuestor muerto y, echando todo su peso, oyó el satisfactorio chasquido de una espina dorsal partiéndose en dos.

Capítulo Veintidós
La Cabaña del Cabrero

Mientras Séneca y los demás salían corriendo a campo abierto en dirección a la cabaña, Talorcan y Marcus salieron de su escondite al darse cuenta de que sus camaradas estaban en apuros.

—Coged las mochilas —gritó Séneca mientras se acercaban—. Tenemos que irnos.

Marcus se quedó mirando a los hombres. Todos estaban manchados de sangre, pero Falco, en particular, parecía como si hubiera estado luchando en un matadero. Se volvió hacia los arbustos y arrastró las *sarcinae* al descubierto.

—Abrid las bolsas —jadeó Séneca—. Deshaceos de todo lo que no sea esencial: tiendas, utensilios de cocina, ropa seca, todo. Tenemos que movernos rápido y no podemos permitirnos llevar nada que no necesitemos. —Se volvió hacia Talorcan—. Es usted el que está en mejor forma de entre nosotros —dijo—, y conoce bien estos bosques. Vuelva junto a Brennus tan rápido como pueda. Dígale que nos traiga los caballos. Nosotros lo seguiremos por el camino principal tan rápido como podamos.

—Debería usar el sendero de la montaña —dijo Talorcan.

—No tiene sentido —dijo Séneca—. Saben que estamos aquí, así que nuestra única oportunidad es salir lo más rápido posible. Nos arriesgaremos en los bosques.

—Si insiste —dijo Talorcan—, pero hay un sendero más pequeño unos cien pasos por encima del principal. Está parcialmente oculto y podría ser la mejor opción.

—Gracias —dijo Séneca—. Usaremos ese. Ahora, vaya y vuelva con Brennus tan pronto como pueda.

Mientras Talorcan se alejaba, Séneca se dirigió al resto de los hombres que esperaban.

—¿Quiere que le prenda fuego? —preguntó Sica, señalando con la cabeza el montón de equipo.

—No hay tiempo —dijo Séneca—. Tenemos que irnos. Nos dirigiremos directamente al oeste por el linde del bosque hasta donde podamos y, cuando el terreno se vuelva demasiado difícil, nos adentraremos y buscaremos el sendero del que habló Talorcan. Nos moveremos rápido y no nos detendremos por nada. Si nos encontramos a alguien por el camino, nos encargaremos de él. ¿Entendido? No tiene sentido intentar negociar.

—¿Y los civiles? —preguntó Raven—. Podrían informar de nuestro paradero.

—Ignoradlos —dijo Séneca— y seguid adelante. De todos modos, a menos que lleguemos a esos caballos, somos hombres muertos. Bien, pongámonos en marcha. Raven, usted en cabeza.

Sin más dilación, los hombres giraron hacia el oeste y empezaron a correr a buen paso por el borde del bosque. Tenían un largo camino por delante y cada uno sabía que, si querían sobrevivir, necesitaban a los dioses de su parte. Eso, y una enorme dosis de buena suerte.

De vuelta en la aldea, Sigimar había reunido a dos docenas de guerreros a caballo y a otro centenar a pie. Sentado en su propio caballo, daba órdenes a los impacientes hombres.

—Esta aldea ha sido atacada —gritó—, y tenemos informes de que los culpables son romanos. Ya han matado a dos de nuestros hermanos y nos han robado un bien que habría devuelto a los queruscos a nuestro legítimo lugar entre las tribus. Esos hombres son veneno para nuestro pueblo y hay que encontrarlos. Que no les quepa duda: quiero todas y cada una de sus cabezas en picas alrededor de las hogueras antes de la medianoche. ¿Entendido?

—¡Sí! —gritaron los guerreros y, sin esperar más instrucciones, se dieron la vuelta para adentrarse en los bosques a la carrera. Sigimar los vio marchar. Puede que los incursores hubieran conseguido algo de ventaja, pero sus hombres conocían los bosques como la palma de la mano, y cualquier ventaja obtenida por los atacantes pronto desaparecería. Sabía que los encontrarían; solo era cuestión de tiempo.

—A por ellos —dijo en voz baja y, clavando los talones en los flancos de su propia montura, partió junto con el resto de los jinetes para unirse a la cacería.

Adentrándose en el bosque, Talorcan corría por el sendero más pequeño, con su venablo en la mano. A diferencia de los demás, no estaba equipado para la batalla, pero era hábil con las armas que portaba. Como cazador, era de pies ligeros, leía el terreno ante él y procuraba pasar lo más desapercibido posible, usando los arbustos y los árboles para cubrirse cada vez que veía a alguien en el camino.

Cuanto más se alejaba de Seneca y los demás, más fácil le resultaba, pero sabía que iba a ser casi imposible llegar hasta Brennus y regresar antes de que los atraparan. A pesar de ello, siguió adelante, con los pulmones doloridos por el esfuerzo de cubrir la mayor distancia posible. Al doblar un recodo del sendero, se agazapó de repente para cubrirse, pero uno de los hombres espoleó a su caballo y se acercó al trote hasta su escondite.

—Salga de ahí, forastero —dijo—. Sé que está ahí dentro.

Talorcan supo que era inútil seguir escondido y se puso en pie, venablo en mano.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el guerrero mientras su camarada cabalgaba para reunirse con él—. ¿Y por qué corre?

Talorcan pensó a toda prisa, tratando desesperadamente de inventar una buena tapadera.

—Soy un cazador —dijo finalmente—, y me perdí en las montañas. Cuando bajé, me di cuenta de que estaba en las tierras de los queruscos y supe que tenía que marcharme. Por eso me escondía; pensé que no les gustaría.

—Está en lo cierto —dijo el segundo guerrero—. Estas son nuestras tierras, y todo lo que vive en ellas nos pertenece. Ciervos, jabalíes, liebres, aves… Todo pertenece a los queruscos, y no tiene usted derecho a cazar aquí.

—Lo sé —dijo Talorcan—, y les pido disculpas. Pero como he dicho, ha sido un error, y estoy deseando regresar a las tierras de los belgas tan pronto como pueda.

—Si es usted un cazador —dijo el primer guerrero—, ¿dónde están su zurrón, su capa, su tienda, su comida?

De nuevo, Talorcan maldijo para sus adentros. Todo lo que el guerrero acababa de mencionar había sido abandonado en la cabaña del cabrero.

—Lo perdí en las montañas —dijo, buscando desesperadamente una excusa creíble—. Hubo una tormenta y caí por una ladera. En la oscuridad, perdí el fardo, por eso bajé a un terreno más llano. Ningún hombre puede sobrevivir ahí arriba sin ese equipo.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó el guerrero.

—Unos días.

—No recuerdo tal tormenta —dijo el segundo guerrero—, y creo que miente. Vendrá con nosotros de vuelta junto a nuestra gente y, si los ancianos creen que dice la verdad, lo traeremos aquí de nuevo para que siga su camino.

Talorcan se quedó mirando a los dos hombres. Obviamente, aún no sabían lo que había ocurrido en su aldea, pero eran un riesgo de todos modos. Pensó a toda velocidad mientras sopesaba sus opciones. No sentía una fuerte lealtad hacia Seneca y sus hombres, pero durante las últimas semanas se había unido más a ellos, compartiendo su camaradería y su evidente valentía. Los belgas no tenían problemas serios con los queruscos como pueblo. Eran difíciles y arrogantes, pero existía una tregua tensa entre las dos tribus y había habido pocos conflictos durante varios años. Sin embargo, también sabía que, si regresaba con ellos, descubrirían que había formado parte del grupo que había atacado la aldea, y eso solo tendría una consecuencia. Su mano se movió ligeramente sobre el venablo. Estaba perdiendo el tiempo y tenía que volver con Brennus.

—Llevo demasiado tiempo fuera —dijo— y tengo que volver con mi gente o pensarán que he muerto ahí arriba.

—Usted viene con nosotros —dijo el primer guerrero, llevándose la mano a la espada con gesto amenazador.

—No hay necesidad de esto —dijo Talorcan—. Déjenme seguir mi camino.

El guerrero desenvainó la espada, pero, a mitad del gesto, Talorcan levantó su lanza de caza y la lanzó hacia él, cortando el aire. El guerrero, con los sentidos alerta, se agachó rápidamente y la lanza pasó de largo para acabar clavándose con un ruido sordo en la parte superior del brazo de su camarada. Su grito llenó el aire y, sobresaltado, el caballo se encabritó y arrojó al herido al suelo.

El primer guerrero rugió de ira y, con la espada desenvainada, lanzó su caballo a la carga para abatir al cazador. Talorcan se arrojó a un lado y corrió a guarecerse entre los árboles mientras el guerrero hacía girar al caballo y cabalgaba en su persecución. Talorcan sabía que no tenía ninguna oportunidad contra un guerrero adiestrado y que debía confiar en las habilidades que poseía. Corrió entre los árboles y, a pesar de que su perseguidor iba a caballo, logró poner algo de distancia entre ellos. No era mucha, pero era todo lo que necesitaba. Dándose la vuelta, cayó de rodillas, se quitó el arco de caza de los hombros y colocó una flecha en la cuerda. Apuntó con cuidado al guerrero que cargaba contra él, sabiendo que no había posibilidad de fallar, pero dándose cuenta también de que nunca antes había matado a un hombre y que, una vez hecho, no habría vuelta atrás. Con el guerrero abriéndose paso a través de la maleza ante él, no tuvo más tiempo para pensar. Soltó la flecha y la vio surcar el aire hasta incrustarse profundamente en el corazón del guerrero.

El caballo continuó la carga, pero cuando su jinete cayó hacia atrás, ya muerto, se desvió hacia un lado y se detuvo a un centenar de pasos. Talorcan se giró rápidamente y corrió de vuelta hacia su primera víctima para recuperar la lanza, pero el guerrero estaba sentado contra un árbol, boqueando de dolor, con la lanza partida por la mitad a causa de la caída. Talorcan se detuvo y miró fijamente al hombre ensangrentado. Sabía que debía matarlo, pero ya no representaba ninguna amenaza.

—Su gente no tardará en pasar por aquí —dijo—. Sobreviva hasta entonces y quizá logre vivir. —Dicho esto, se acercó al caballo del guerrero y, tras lanzarle una cantimplora a su víctima herida, montó y se alejó de la sangrienta escena. Tan pronto como estuvo

de nuevo en el camino principal, clavó los talones y galopó hacia el oeste tan rápido como pudo.

Varias leguas por detrás de él, Seneca y el resto de los Occultum avanzaban a paso firme. El ritmo era monótono, pero implacable, y devoraban la distancia. Finalmente, Seneca se detuvo a la orilla de un arroyo.

—Solo unos minutos —dijo mientras se detenían a recuperar el aliento.

Falco se dejó caer al suelo y se apoyó en un árbol. Su corpulencia hacía que le costase más esfuerzo que a los demás.

—¿Cuánto falta? —preguntó quitando el tapón de su cantimplora.

—Depende de si Cuervo ha encontrado a Brennus —dijo Séneca—. Si lo ha hecho, unas pocas horas como mucho; pero si no, puede que tengamos que esperar a cubierto hasta que anochezca.

—Aún no ha habido señales de persecución —dijo Marcus—. Quizá hayan perdido el rastro.

—Esta gente es cazadora muy capaz —dijo Séneca— y no parará hasta encontrarnos. Debemos suponer que nos pisan los talones o nos pillarán desprevenidos. —Miró sus macutos—. Creo que podríamos deshacernos de ellos por completo. Ya no sirven de nada y nos están ralentizando. Deshaceos de ellos.

Los hombres escondieron sus *sarcinae* bajo unos arbustos cercanos y se quedaron solo con sus armas y cantimploras. Sica aprovechó la oportunidad para trepar a un árbol y mirar por donde habían venido. A lo lejos, vio una columna de jinetes salir de la linde del bosque para cruzar un claro. Descendió rápidamente para informar.

—Están casi sobre nosotros —dijo—. Tenemos que irnos.

Recogiendo sus armas, Séneca los guio de nuevo, desesperado por que el manto de la noche los ayudase a evitar la captura, pero todavía faltaban varias horas y los queruscos no andaban lejos.

Muy por delante, Talorcan espoleaba el caballo tanto como podía. Quienes viajaban por el concurrido sendero se apartaban de su camino y lo maldecían al pasar, totalmente ajenos a la situación de vida o muerte que intentaba resolver. El caballo se estaba cansando, pero aun así Talorcan lo forzó, desesperado por encontrar los bosques de hojas anchas donde se escondía Brennus. Poco a poco, la foresta comenzó a cambiar y, al alzar la vista, reconoció los peñascos rocosos que habían cruzado unos días antes. Con renovada energía, llevó al caballo hasta el límite, pero finalmente redujo la marcha hasta detenerse.

Talorcan desmontó y, tras cortar la silla, le dio una palmada en la grupa al caballo para enviarlo al trote hacia el bosque, antes de arrastrar la montura bajo el follaje al borde del camino. Echó a correr de nuevo y, menos de una hora después, llegó al claro donde habían acampado hacía unos días. La tienda no estaba y el fuego se había apagado. Brennus se había marchado.

Cayó de rodillas, exhausto y vencido. No había nada más que pudiese hacer para ayudar a sus nuevos amigos. A partir de ese momento, estaban solos.

De vuelta en el fuerte, el prefecto Scipio entró en el pretorio en busca del legado.

—¿Dónde está? —le preguntó al sirviente de siempre—. Necesito hablar con él.

—El amo está ocupado resolviendo un asunto con el intendente —dijo el sirviente—. No sé cuándo regresará.

—Esperaré —dijo Scipio, y tomó asiento. Media hora después, el legado regresó y, al ver al prefecto que aguardaba, cerró la puerta tras de sí.

—¿Y bien? —dijo, mientras colgaba su capa y sus guantes de montar—. ¿Qué ha averiguado?

—Tenemos hombres en las aldeas haciendo preguntas —dijo Scipio—, pero ya sabemos que un grupo de cinco o seis hombres cruzó el Rin hace muchos días. Se desconoce su ubicación actual, pero el territorio de los queruscos no es la zona más segura y, una vez que hayan cumplido su misión, sospecho que volverán por aquí.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

—Porque la tribu de los ubios vive al norte —dijo Scipio—, los vándalos al oeste y los helvecios al sur, y todos ellos hacen que los queruscos parezcan cachorros juguetones en lo que a la guerra se refiere. Si se dirigieran a cualquiera de esas direcciones, no tendrían ninguna oportunidad, por lo que su única opción es decidir su ruta de regreso a la Galia una vez que estén a salvo en este lado del Rin.

—¿Confía usted en que podamos atraparlos?

—He enviado hombres a todos los cruces del río en cincuenta leguas a la redonda. Si alguno de ellos viene por aquí, lo sabremos y actuaremos en consecuencia.

—¿Y qué hay de ir tras ellos? —dijo Secundus—. Preferiría tomar la iniciativa en lugar de sentarme a esperar.

—Puedo hacerlo —dijo Scipio—, pero enviar hombres a territorio querusco sin acuerdos previos invita a la tensión y a un posible conflicto.

—Ya no estamos para preocuparnos de eso —dijo Secundus —. Tenemos que encontrarlos, y rápido.

—¿A cuántos debería enviar? —preguntó Scipio—. ¿Una centuria, dos?

—Esto debe hacerse como es debido —dijo Secundus—, y no podemos arriesgarnos a que se escapen. Movilice a la *Cohors Prima*, Scipio, y tráigame las cabezas de esos hombres.

Capítulo Veintitrés
El Río Rin

Los dos últimos días habían sido frustrantes para Decimus, pues todos a los que había preguntado parecían no recordar a un grupo de hombres que hubiese cruzado el río. Ni los sobornos lograron sonsacarles información alguna, y Decimus sospechaba que se debía a la ley no escrita de las clases bajas, según la cual nadie respondía a las preguntas de los desconocidos. A pesar de ello, se quedó por allí, con la esperanza de ganarse la confianza de alguien, ya que sin saber hacia dónde se dirigían Seneca y sus hombres, no tenía sentido ni siquiera cruzar. La tierra del otro lado era inmensa y no tendría ninguna posibilidad de encontrarlos.

Estaba sentado en el umbral de una choza desvencijada a la orilla del agua, comiendo un poco del queso que había comprado en el mercado y planeando su siguiente paso. Mientras estaba allí sentado, oyó un alboroto y reconoció el sonido familiar de una patrulla romana que entraba marchando en la aldea. En cuanto se detuvieron, el centurión los dispersó en distintas direcciones para que hicieran preguntas, lo que levantó las sospechas y las miradas de ira de los aldeanos. Decimus se retiró a las sombras, sin querer llamar la atención, y cuando los soldados siguieron su camino, emergió para regresar a por su caballo a los establos. Mientras se alejaba, una voz lo llamó desde una de las barcas.

—¡Eh, tú! ¿Por qué te has escondido de tus camaradas?

Se volvió para encararse con el dueño de la barca.

—No son camaradas míos —dijo él.

—Reconozco a un soldado cuando lo veo —dijo el hombre—, y tú te estabas escondiendo de ellos, sin duda.

—Serví en el ejército de Roma en otros tiempos —dijo Decimus—, pero esos días quedaron muy atrás. Ahora solo cuido de mí y de mis amigos.

—¿Son tus amigos aquellos a los que buscaban los romanos? Porque hacían las mismas preguntas que tú.

Decimus sintió que se le revolvía el estómago. Si estaban haciendo preguntas sobre Seneca y sus hombres, el legado ya debía de haberlos informado y encomendado la tarea de encontrarlos. Se le estaba acabando el tiempo y sabía que tenía que hacer algo pronto, o su viaje habría sido en vano.

—Escucha —dijo—, sé que vuestra gente odia a la autoridad y nunca delataría a un hombre con motivos para esconderse. Es un rasgo admirable que más hombres deberían tener, pero me estoy dando de cabezazos contra un muro. Si nadie les hace llegar un mensaje a esos hombres pronto, cuando regresen, los romanos los detendrán y posiblemente desaparecerán para siempre. Si tienes alguna información, la que sea, te suplico que la compartas conmigo para que pueda intentar ayudarlos.

—¿Qué hicieron?

—Nada que no se les ordenara hacer, pero ahora han sido traicionados y hombres injustos buscan cargarles con su propia culpa. Son chivos expiatorios para los que se pasean por los pasillos del poder de Roma y no merecen el destino que ahora les aguarda. Y bien, ¿puedes ayudarme o no?

El barquero volvió a mirar a su alrededor antes de responder.

—Sí —dijo—. Yo los crucé al otro lado del río, junto con sus caballos.

—¿Sabes hacia dónde se dirigían?

—No he hecho preguntas, pero he oído por casualidad sus conversaciones. Creo que se dirigían a Weserburgh, una aldea en el río Weser, a cincuenta leguas al este de aquí.

Decimus respiró aliviado. Por fin tenía algo con lo que empezar a trabajar.

—¿Hay algo más? —preguntó.

—Nada —dijo el barquero—. Y no debería haberte dicho ni eso. En estas tierras, es mejor hacerse el ciego, el sordo y el mudo.

—Lo entiendo —dijo Decimus—, y no revelaré esta conversación a nadie. —Miró al otro lado del río—. ¿Puedes cruzarme?

—Eso sí que puedo hacerlo —dijo el barquero—. Ve a buscar tu caballo y yo prepararé la barca.

Poco más de dos horas después, en la orilla oriental del Rin, Decimus volvió a montar en su silla y, reconfortado por un propósito claro y unas indicaciones aproximadas, partió en busca de su antiguo camarada.

En las colinas, Talorcan estaba sentado junto a las cenizas de una hoguera extinta hacía tiempo, preguntándose qué debía hacer. Con Brennus desaparecido y sin caballos disponibles para ayudar al resto de los Occultum, parecía que los dioses se habían vuelto contra ellos y que nada de lo que pudiera hacer mejoraría la situación. Su primer pensamiento fue volver al fuerte romano del Rin y contarles lo que había sucedido. Sabía que era lo último que Seneca habría querido, pero, al parecer, todos trabajaban para un senador, así que sin duda eso ayudaría. Se puso en pie y contempló el bosque, todavía indeciso, pero antes de que pudiera tomar una decisión, su cuerpo se tensó y se le erizó el vello de la nuca al activarse su instinto de cazador. Alguien o algo se le acercaba por la espalda.

Desenvainó el cuchillo, giró sobre sus talones, listo para luchar a muerte, pero, mientras se abalanzaba, el presunto atacante levantó una mano y retrocedió.

—¡Para, Talorcan! —gritó—. Baja el cuchillo, soy yo, Brennus.

Por un momento, el cazador se quedó mirando, sin acabar de asimilar que el bátavo estuviera allí. Luego, con la misma rapidez con que sus reflejos se habían disparado, se calmaron, y la tensión disminuyó al comprender lo que estaba ocurriendo.

—Brennus —dijo—, podría haberte matado.

—¿Con esa cosita insignificante? —dijo Brennus, señalando con la cabeza el cuchillo de desollar—. Creo que habrías necesitado algo más que eso, amigo mío. ¿Dónde están los otros?

Talorcan guardó el cuchillo y se volvió hacia el adiestrador de caballos.

—Vienen hacia aquí mientras hablamos, pero los persiguen guerreros queruscos. Tenemos que llevarles los caballos antes de que los atrapen; sus vidas dependen de ello.

Brennus frunció el ceño mientras asimilaba la información.

—¿Por qué los persiguen? —preguntó—. ¿Qué ha pasado?

—Mataron a dos hombres en la forja —dijo Talorcan—, pero los vio un muchacho que dio la voz de alarma. Consiguieron escapar, pero están en serios apuros. Tenemos que volver y ayudarlos.

Brennus miró fijamente al cazador, inseguro de si decía la verdad.

—Dime —dijo—, tu gente es originaria de Germania, ¿no es así?

—Soy de los belgas —dijo Talorcan— y no debo lealtad a ninguna otra tribu. ¿Por qué te interesa?

—Porque —dijo Brennus—, un hombre suspicaz podría llegar a la conclusión de que, si alguien nativo de esta zona necesitara salvar el pellejo o llenarse la bolsa de plata, le resultaría muy fácil vender a sus nuevos camaradas, y más útil aún atraer a una trampa a cualquiera que quedara.

Talorcan miró fijamente a Brennus mientras asimilaba la acusación.

—¿Me estás llamando traidor? —preguntó finalmente.

—No puedes ser un traidor si no le has jurado lealtad a nada —dijo Brennus—. Por lo que yo sé, podrías ser extremadamente leal, solo que al bando equivocado.

—Fuiste tú quien me reclutó —siseó Talorcan—. Yo no acudí a ti.

—Yo solo corrí la voz cerca del fuerte —dijo Brennus—, y tu nombre salió a relucir. Tus habilidades son evidentes para todos, Talorcan, pero eso no significa que, acorralado, no eligieras la vida por encima de la lealtad. Lo único que digo es que, antes de adentrarme más en el territorio de los queruscos con estos caballos, basándome en la palabra de alguien a quien solo conozco desde hace unos días, necesito estar seguro de que no me dirijo a una trampa.

A Talorcan le hervía la sangre y tenía los nervios de punta. Sabía que el tiempo se agotaba y, sin previo aviso, se abalanzó hacia delante y derribó a Brennus al suelo antes de desenvainar su hoja y apretársela contra la garganta del bátavo.

—Fíjate en esta hoja que tan insignificante te parece —escupió—, con el más mínimo tajo, podría separar tu cabeza de tu estúpido cuerpo bátavo. Si te quisiera muerto, Brennus, ya serías un cadáver. Tienes razón, no he prestado ningún juramento, pero en mi mundo, la lealtad no se gana recitando meras palabras; se gana con sangre, respeto y confianza. Soy un cazador y mato animales para alimentar a mi gente. A diferencia de ti, no soy un asesino de hombres, pero eso ha cambiado hoy, pues he asesinado a un hombre a sangre fría solo para poder llegar hasta aquí y encontrarte. Si eso no es lealtad suficiente, entonces no puedo hacer más. —Retiró el cuchillo y se puso en pie—. Cree lo que quieras creer —dijo —. He terminado con todo esto.

Brennus se puso en pie y observó cómo el cazador se alejaba.

—Talorcan —dijo—, espera.

Talorcan se dio la vuelta y vio al bátavo sobándose la mandíbula.

—Menudo puñetazo —dijo.

—Te lo merecías.

—Probablemente, pero tenía que estar seguro.

—¿Y lo estás? —preguntó Talorcan—. Porque cada instante que nos demoramos aquí significa que los queruscos están mucho más cerca de tus camaradas.

—Ahora sí —dijo Brennus—. Vamos, los caballos están más arriba en el valle. Podemos ponernos en marcha en menos de una hora.

Talorcan asintió en silencio y siguió al bátavo mientras este subía la colina.

—Una cosa más —dijo Brennus, volviéndose para mirar a Talorcan mientras caminaban—, ese cuchillo tuyo.

—¿Qué pasa con él?

—Sigue siendo de lo más insignificante.

Talorcan reprimió una sonrisa y sacudió la cabeza con incredulidad, pero el breve momento de ligereza se disipó rápidamente cuando ambos echaron a correr, sabiendo que el tiempo se agotaba.

Capítulo Veinticuatro
El bosque de los Queruscos

Séneca y sus hombres se agazaparon tras un terraplén de tierra, luchando por recuperar el aliento. Frente a ellos se abría un vasto claro en el bosque. Era un terreno ideal para la caballería y, si los sorprendían a campo abierto, los jinetes queruscos podrían arrollarlos con facilidad.

—No podemos cruzar por ahí —dijo Séneca, señalando con la cabeza el campo abierto—. Nuestra única oportunidad es escondernos hasta que anochezca y entonces arriesgarnos.

—Los queruscos están a solo unos instantes de aquí —dijo Sica.

—Lo sé —replicó Séneca—, así que nos separaremos y nos ocultaremos. Aún no nos han visto, por lo que podrían pensar que ya hemos cruzado. —Alzó la vista hacia el cielo, que se oscurecía—. Ya casi ha anochecido, así que haced lo que podáis para evitar que os capturen y, cuando salga la luna, reuníos conmigo aquí. Vamos, antes de que sea demasiado tarde. Marcus, tú quédate conmigo.

Los Occultum se separaron y se adentraron en el bosque en busca de refugio. Séneca señaló con la cabeza una zanja llena de ramas secas y follaje en descomposición.

—Con esto tendrá que bastar —dijo, y ambos hombres corrieron a enterrarse en el montón de hojas húmedas, dejando solo la cabeza fuera para observar el camino por el que habían venido.

—No sé qué esperaba cuando me reclutaste —dijo Marcus—, pero desde luego no era esto.

—¿Qué ocurre, centurión? —preguntó Séneca, mirándolo—. ¿Añoras el patio de armas, la seguridad de los fuertes, quizá tu *vitis*? Porque, si es así, te aseguro que no hay lugar para ti entre nosotros. Pero en aquel birreme vi algo en ti que me recordó por qué hago esto: un hombre que sabe lo que quiere, un guerrero que puede respaldar sus palabras y pensamientos con hechos. He descubierto que un hombre necesita liberarse de las ataduras de la tradición y el

orden para llegar a ser todo lo que puede ser. Ese hombre eres tú, Marcus. Y aunque te has visto expuesto a todo esto sin el entrenamiento habitual que conlleva, sigo creyendo que tienes algo que aportar. No te rindas, escúchame a mí y a los demás, y con la ayuda de los dioses, superaremos esto.

Marcus alzó la vista y vio a lo lejos a un jinete solitario que cabalgaba entre los árboles hacia ellos. Llevaba la cabeza gacha, escudriñando el suelo del bosque en busca de cualquier señal de que hubieran pasado por allí.

—Desenvaina la espada —susurró Séneca— y escóndete lo más profundo que puedas.

Lentamente, el jinete se acercó a la zanja, con la mirada aún fija en el suelo buscando cualquier rastro de su presa. Ya no estaba solo, pues tras él, una docena más de guerreros se habían unido a la búsqueda, cada uno fuertemente armado, con los rostros pintados con vivas franjas de glasto azul. El primer jinete se detuvo y fijó la vista en el otro lado del claro.

—¿Y bien? —preguntó otro guerrero.

—No han cruzado por ahí —dijo el explorador—. No hay rastros. Deben de haberlo rodeado.

El segundo guerrero alzó la vista al cielo.

—El anochecer está al caer —dijo—. Cruzad el claro y deteneos en el arroyo más cercano que encontréis. Acamparemos allí.

—Los incursores podrán seguir moviéndose, incluso en la oscuridad.

—Lo sé, pero no pienso arriesgar a los caballos. No pueden llevarnos mucha ventaja, y podremos recuperar el terreno perdido por la mañana, cuando hayan descansado.

—Como deseéis —dijo el primer jinete, y guio a la partida de caza hacia el claro, alejándola de los hombres que se escondían a solo unos pasos.

Cuando se hubieron marchado, Marcus exhaló un silencioso suspiro de alivio. Habían estado tan cerca que podía oler el sudor de los caballos y, de haber sido descubiertos, aun con Séneca a su lado,

sabía que sus dos *gladius* no habrían sido rivales para tantos guerreros.

—Ha estado cerca —susurró—. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperar —dijo Séneca.

Marcus volvió a acomodarse, con el cuerpo frío y húmedo y el olor de las hojas podridas llenándole los pulmones. Pero, varios minutos después, comprendió por qué Séneca era tan bueno en lo suyo cuando más de cien guerreros queruscos pasaron caminando lentamente junto a su posición. Una vez que hubieron pasado y la oscuridad por fin cayó, Séneca se volvió hacia Marcus.

—Ahora podemos movernos —dijo y, tan lentamente como pudieron, salieron a rastras de la zanja y se adentraron en la oscuridad de la noche del bosque.

Durante la siguiente media hora, el resto de los hombres se unió a ellos y se acurrucaron juntos cerca de la zanja, hablando en susurros. Al otro lado del claro, y extendiéndose a ambos lados hasta donde alcanzaba la vista, se veían los puntos de luz de las hogueras de los queruscos.

—Tenemos que seguir adelante —dijo Séneca—, pues Brennus y los caballos están en esa dirección y no esperarán mucho más. Pero ahora tenemos al enemigo entre nosotros. La única ventaja con la que contamos es que todavía podemos viajar de noche, mientras que ellos no pueden arriesgarse a perdernos el rastro, por lo que se quedarán en el campamento hasta el amanecer.

—Entonces, ¿tenemos que rodearlos? —preguntó Marcus.

—Llevará demasiado tiempo —dijo Séneca— y, por lo que sabemos, podría haber otras patrullas a ambos lados. Nos debilitamos por momentos, así que cuanto antes lleguemos hasta Brennus, mejor. No tenemos más opción que atravesar sus líneas.

—¿Atravesar su campamento?

—Sí —dijo Séneca—. Si podemos cruzar sus líneas sin dar la alarma, podremos aumentar el ritmo y alcanzar a los demás.

—No hay forma de que pasemos ese campamento sin ser detectados.

—Llevas demasiado tiempo en las legiones, amigo mío —dijo Séneca—. Abre tu mente y te sorprenderá lo que es posible. —Se volvió hacia Sica y Raven—. Ya hemos hecho esto antes —dijo— y sabéis lo que hay que hacer. Vosotros dos iréis delante y nosotros os seguiremos.

El explorador y el sirio asintieron y se pusieron en pie.

—Falco —prosiguió Séneca, volviéndose hacia el gladiador—, tú cubrirás la retaguardia. Marcus, no te separes de mí y sigue mis pasos. Si todo sale mal y se llega a la lucha, no hay forma de que derrotemos a tantos hombres, así que haz lo que tengas que hacer para escapar y dirígete al Rin.

—Esto es una locura —dijo Marcus.

—Ya os dije que nosotros hacemos las cosas de otra manera —dijo Séneca—. Ahora, si estamos todos listos, acabemos con esto.

A unas pocas leguas de allí, Talorcan y Brennus habían avanzado a buen ritmo desde que dejaron las colinas, pero, al igual que los queruscos, no podían arriesgar a los caballos en el bosque. Tampoco podían arriesgarse a tomar el camino principal, ya que ahora estaba siendo patrullado por grupos de guerreros a pie. En consecuencia, se habían desviado del sendero y habían escondido los caballos en una hondonada, fuera del alcance de miradas enemigas.

—No podemos seguir —dijo Brennus, acariciando la cabeza de uno de los caballos—. Es demasiado peligroso.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Talorcan—. No podemos quedarnos aquí esperando sin más.

—Eso es exactamente lo que haremos —dijo Brennus—. Séneca y los demás conocen el procedimiento. Hemos llegado tan lejos como hemos podido por la ruta de escape acordada sin poner en peligro a los caballos. El resto depende de ellos.

—¿Pero cómo sabremos cuándo se acercan?

—Tenemos ojos y oídos —dijo Brennus—, igual que ellos. Vigilamos y escuchamos, y si lo que dices es cierto y están huyendo para salvar la vida, entonces, créeme, lo sabremos.

—¿Pero y si aún no han sido descubiertos y se escabullen por el bosque sin hacer apenas ruido? Podrían pasar de largo sin que nos diéramos cuenta.

—En esa situación —dijo Brennus—, tenemos un arma secreta que nos dirá exactamente cuándo hay alguien cerca.

Talorcan se giró para mirar a los caballos, sabiendo perfectamente a qué se refería Brennus. Su sentido del olfato y del oído era muy superior al de cualquier humano y, si alguien pasaba a cien pasos de su posición, se enterarían.

—¿Cuánto tiempo esperamos?

—Depende de quién llegue primero —dijo Brennus—. Si es Séneca, todo irá bien. Si son los queruscos, se habrá acabado el juego y nos dirigiremos a toda velocidad de vuelta al Rin.

De vuelta en el río, Decimus había pasado unas cuantas noches en el bosque en la pequeña tienda impermeable que tan bien le había servido durante muchos años. Aunque oficialmente se conocía como territorio querusco, tan cerca del río las aldeas eran mucho más dóciles, y se aventuró en una para recoger los suministros que necesitaría para su viaje hacia el este. Mientras estaba allí, se percató de un alboroto en torno a un hombre con un caballo de carga. La gente se estaba agitando, y algunos corrían a compartir la noticia con familiares y amigos. Decimus sintió curiosidad y se acercó para ver a qué se debía todo aquel revuelo.

—Les juro que es verdad —decía el mercader al grupo—, pues los vi con mis propios ojos justo después del alba.

—¿De quién habla usted? —preguntó otro hombre, uniéndose a la concurrencia.

—De los romanos —dijo el mercader—. Han cruzado el puente desde Oppidum Ubiorum esta mañana. Un ejército entero.

Decimus escuchó con preocupación y se acercó más, ansioso por saber más.

—¿Qué quiere decir con que vienen los romanos? —volvió a preguntar el aldeano—. Ya están aquí. Mire a su alrededor: su influencia se extiende a todo lo que hacemos.

—No me refiero a sus funcionarios ni a sus recaudadores de impuestos —dijo el mercader—. Hablo de sus legionarios. El suelo retumbaba bajo sus pies al marchar, y llevaban escudos y fardos al hombro cargados en palos.

—¿Cuántos? —preguntó el hombre, con el semblante demudado por la preocupación.

—Cientos —dijo el mercader—. Marchaban tras una tropa de jinetes y, a la cabeza, iba un portaestandarte que llevaba un asta decorada.

—¿Qué había en el asta? —intervino Decimus.

El mercader lo miró y negó con la cabeza.

—No estoy seguro de cómo describirlo —dijo—. Había unos cuantos pendones y unos discos de bronce, pero no pude ver las inscripciones, y era obvio que lo tenían en gran estima.

—¿Vio alguna representación de un águila? —preguntó Decimus, sabiendo que el detalle era importante.

—Había una pequeña águila en el cruce de las astas —dijo el mercader—, pero sé qué aspecto tiene el aquila de una legión, y no era una de esas.

Decimus asintió, sabiendo exactamente lo que significaba. Estaba a punto de darse la vuelta cuando el mercader volvió a hablar.

—Hay una cosa más —dijo—. Uno de sus hombres hizo una proclama, diciendo a todo el mundo que buscaban a una banda de pérfidos bandoleros que andaban sueltos por las tierras del este, criminales romanos que habían escapado de sus captores y eran muy peligrosos. Afirmó que nadie estaba a salvo de sus manos asesinas y que los encontrarían y se ocuparían de ellos, pero que, hasta entonces, cualquiera que les diera auxilio sería tratado como un criminal y compartiría su destino. También dijo que quien tuviera cualquier información que condujera a su captura recibiría una generosa recompensa.

Mientras la multitud se acercaba, ansiosa por saber más sobre la recompensa, Decimus retrocedió antes de darse la vuelta para regresar rápidamente a su caballo, con la mente hecha un torbellino. No solo el legado había desplegado legionarios para dar caza a

Seneca y sus camaradas, sino que la descripción del estandarte era perfectamente clara. Era un *signum*, un estandarte que toda cohorte legionaria portaba al marchar al combate. Pero este *signum* era particularmente especial, pues solo a la primera cohorte se le permitía portar la imagen del águila sagrada y, con el doble de hombres que las demás cohortes, era la principal fuerza de combate de la legión.

A Decimus se le revolvió el estómago al darse cuenta de que el Legatus Secundus no solo había puesto precio a las cabezas de los Occultum, sino que también había enviado a la *Cohors Prima* para hacerlos salir, una fuerza experimentada y curtida en la batalla de casi ochocientos hombres. Llegó a su caballo y, sin molestarse en volver a su campamento para recoger su equipo, clavó los talones y galopó hacia el este tan rápido como su montura se lo permitió.

Capítulo Veinticinco
Territorio de los Queruscos

Sin otra opción, los Occultum salieron a campo abierto, abandonando la relativa seguridad de los árboles. Sica iba en cabeza, seguido por el resto. Sobre sus cabezas, la media luna se ocultaba y reaparecía entre los jirones de nubes, exponiéndolos momentáneamente a la mirada de cualquier observador atento. Bajo sus pies, el terreno era traicionero, con multitud de posibles peligros ocultos por los helechos, que les llegaban a la altura de la rodilla. Aunque aquello les proporcionaba cierta cobertura a Sica y a sus camaradas, en comparación con el bosque se sentían desprotegidos y a la vista de todos. A pesar de la necesidad de sigilo, se movieron con celeridad, pues debían cubrir el trecho de terreno abierto lo más rápido posible.

A pesar de su velocidad, no se oía ni un ruido. Sica escogía el camino con cuidado, evitando cualquier cosa que pudiera delatar su avance. Finalmente, alcanzaron el linde del bosque y se dejaron caer al suelo para recobrar el aliento antes de acometer la siguiente etapa. A un centenar de pasos frente a ellos, dentro del bosque, podían ver la primera de las hogueras, ya reducida a brasas mientras los guerreros que no estaban de guardia disfrutaban de un merecido descanso.

Séneca se acercó sigilosamente a Sica y ambos contemplaron la oscuridad, dejando que sus ojos se acostumbraran a la noche tras haber estado a la intemperie. Sica posó en silencio su mano izquierda sobre el hombro de Séneca y, con la derecha, se señaló a sí mismo y a Raven antes de extender los dedos y gesticular dos veces con un lento movimiento cortante hacia el frente, indicando la posición de dos guardias. Séneca asintió en silencio y, al volver con los demás, repitió las señales para que todos supieran qué esperar. Una vez hecho esto, Sica asintió en dirección a Raven y, juntos, se pusieron en pie sin hacer ruido, como letales asesinos en su entorno

natural, con su mundo reducido al ritmo constante de su respiración y al débil y distante crepitar de las hogueras moribundas.

Más adelante, la mayor parte de la patrulla querusca dormía envuelta en sus capas, con las hogueras reducidas a meras brasas, y los dos guardias, recortados contra la tenue luz, los vigilaban, con posturas relajadas en la engañosa tranquilidad de la noche.

Raven le hizo una señal a Sica y se separaron sin mediar palabra, cada uno avanzando hacia su desprevenida presa. Sica se acercó a su objetivo con la gracia de un depredador. Sus ojos, ya bien acostumbrados a la oscuridad, percibieron la ligera inclinación de los hombros del guardia, la cansada inclinación de su cabeza, las señales delatoras de un hombre que libraba una batalla perdida contra el sueño. Una pequeña sonrisa, casi imperceptible, se dibujó en los labios de Sica. Estaba en su elemento, una sombra entre las sombras, e igual de invisible para su presa.

El objetivo de Raven, algo más alerta, se movió con inquietud, presintiendo quizá el cambio en el aire. Pero ya era demasiado tarde. El explorador lo alcanzó sin hacer ruido y envolvió a su víctima, mientras su hoja se deslizaba por la garganta del hombre con escasa resistencia. El momentáneo forcejeo del guardia quedó contenido en el abrazo mortal de su asesino y, mientras su vida se extinguía lentamente, Raven depositó el cuerpo con suavidad en el suelo, tan delicadamente como si acostara a un bebé.

A cincuenta pasos de distancia, Sica infligió un destino similar al segundo guardia, cuyos últimos alientos no fueron más que susurros en la noche mientras su cuerpo era depositado sobre el frío e implacable suelo del bosque. Sica miró a su alrededor. No se había dado la alarma, no se había producido ningún ruido y el campamento seguía durmiendo, ajeno a los portadores de muerte que caminaban entre ellos.

Los dos asesinos se reagruparon y Raven regresó junto a los demás para indicarles que avanzaran. Los cinco hombres se movieron lentamente por el corazón del campamento dormido; las palabras eran innecesarias y el peligro, evidente. Cada paso era meditado y planeado con cuidado mientras sus botas buscaban tierra firme bajo sus pies. El ritmo era terriblemente lento, a menudo

sin avance alguno, ya que el sonido de toses en la oscuridad atestiguaba los peligros que aún los rodeaban.

Lentamente, paso a paso, aliento a aliento, latido a latido, continuaron, a menudo a un palmo de hombres dormidos que, de tener la más mínima oportunidad, les arrancarían el corazón de buen grado.

Dos guardias más sufrieron un destino similar al de sus camaradas caídos antes de que Sica y los demás salieran del campamento, y mientras los primeros dedos del amanecer se extendían sobre la escena del crimen, por fin irrumpieron en las colinas abiertas que se extendían más allá.

A sus espaldas, el campamento querusco cobró vida, y oyeron los gritos furiosos de hombres presas del pánico resonar en la penumbra verdosa. Los cuernos sonaron a través de la niebla matutina y, mientras el bosque estallaba en un frenesí de actividad, los hombres de los Occultum echaron a correr, más rápido de lo que habían corrido jamás.

Una legua más adelante, aún oculto en una hondonada al borde de la siguiente franja de árboles de hoja perenne, Talorcan abrió los ojos de golpe.

—¿Has oído eso? —dijo.

—Sí —respondió Brennus, ya en pie—. Corrió hasta el linde del bosque y, al asomarse a las laderas despejadas que se extendían ante él, vio a sus camaradas correr desde la lejana línea de árboles como si les fuera la vida en ello. Se dio la vuelta y, olvidada ya toda idea de subterfugio, bramó una orden.

—¡Talorcan, los caballos!

Instantes después, los dos hombres salieron al galope a campo abierto y descendieron la colina tan rápido como sus monturas se lo permitían. Brennus llevaba tres caballos tras de sí; Talorcan, los otros dos. El suelo volaba bajo sus pies mientras corrían a tumba abierta por el terreno despejado, desesperados por ayudar a sus camaradas.

Séneca y los demás los vieron venir y, a pesar de estar exhaustos, hicieron acopio de las últimas reservas de fuerza que les

quedaban. Momentos después, los dos grupos se encontraron y el alivio fue palpable.

—Gracias a los dioses —resolló Falco mientras se izaba a la silla de montar—. Juro que haré un sacrificio al mismísimo Marte en cuanto regresemos.

Los siete hombres dieron media vuelta y cabalgaron ladera arriba hacia el oeste tan rápido como pudieron. Sabían que aún no estaban a salvo, pero, al fin, con caballos de refresco bajo ellos, al menos tenían una oportunidad.

Frente a ellos, en la cresta de una colina lejana, un grupo de exploradores romanos a caballo observaba los acontecimientos que se desarrollaban a sus pies. Era obvio que habían encontrado a los hombres que buscaban y también que dichos hombres se hallaban en graves apuros.

Normalmente, a pesar del abrumador número de queruscos que perseguían a los siete jinetes, los diez exploradores habrían cargado para prestar toda la ayuda posible, pero sus órdenes habían sido muy específicas. Les habían dicho que encontraran a los fugitivos, mas bajo ninguna circunstancia debían acercarse. Incapaz de intervenir, el decurión al mando dejó a dos hombres para que siguieran observando desde la distancia y se dio la vuelta para regresar al galope al fuerte, situado a unas leguas al oeste.

En el fuerte, el centurión Crassus caminaba lentamente a lo largo de una centuria de legionarios e inspeccionaba su equipo y su preparación para la batalla. Crassus era un veterano de casi treinta años y había ido ascendiendo en el escalafón de las legiones tras alistarse a los diecisiete. Había rechazado la jubilación cuando su contrato de servicio llegó a su fin, y sus cicatrices daban fe de los muchos combates que había librado durante su vida militar. Su reputación era inmensa. Los hombres hablaban en susurros de sus hazañas y de los innumerables hombres a los que había matado.

A pesar de su poder y su reputación, era un hombre de pocas palabras. Contaba con el respeto de todos los soldados de la legión,

desde el recluta más nuevo hasta el legado, y cuando hablaba, la gente escuchaba.

Mientras recorría la formación, los hombres que pasaban revista contenían el aliento, aterrorizados de que encontrara algo que no estuviera a la altura de sus altas expectativas. A menudo se contaban historias junto a las hogueras sobre los terribles castigos que había impuesto en el pasado por las más simples indiscreciones de legionarios desprevenidos.

Caminaba despacio, con sus ojos expertos examinando a cada hombre de arriba abajo, viéndolo todo, sin que se le escapara nada. Se detuvo, y el hombre que tenía delante tragó saliva con dificultad.

—¿Cuál es su nombre, soldado? —preguntó Crassus en voz baja.

—Legionario Gaius Marius Valens, *domine* —dijo el soldado, con la voz firme a pesar del miedo.

—¿Sabe dónde está el almacén del intendente, legionario Valens?

—Sí, *domine*.

—Entonces, ¿por qué viene a mi patio de armas con un equipo que no duraría ni un día en el campo de batalla?

Valens no respondió, confundido sobre qué parte de su equipo no estaba en condiciones.

—Mire su *scutum* —dijo Crassus, al ver la confusión en el rostro del hombre—. El umbo está rajado por el centro y se partiría al primer contacto. Váyase al intendente y consiga uno nuevo.

—Sí, *domine* —gritó el legionario, y rompió filas para cruzar corriendo el patio. El resto de los formados se quedaron atónitos ante la clemencia mostrada. Normalmente, aquello habría supuesto un castigo con la *vitis* o, como mínimo, unas cuantas guardias extra. Crassus continuó avanzando por la fila, mirando a cada hombre a los ojos, buscando la mirada culpable que delatara cualquier indiscreción. Volvió a detenerse, sabiendo que el hombre sudoroso que tenía delante ocultaba algo.

—Y usted —dijo—, ¿cuál es su rango y su nombre?

—Lucius Aemilius Rufus, *domine*, decurión.

—¿Está lleno ese odre? —preguntó Crassus, mirando el odre de cuero que colgaba del hombro del legionario.

—Sí, *domine* —gritó el decurión.

Crassus cogió el odre y lo apretó entre los dedos, notando el espacio vacío en su interior.

—Solo está medio lleno —dijo—, y un hombre sediento no lucha bien en el campo de batalla. Usted es el líder de diez hombres y se supone que debe predicar con el ejemplo. ¿Cómo espera que ellos estén siempre listos para luchar cuando usted mismo no lo está? Con efecto inmediato, perderá su rango de decurión y, para que comprenda la importancia de estos asuntos, la próxima vez que salga de este fuerte, marchará durante dos días sin agua.

—Sí, *domine* —gritó el soldado, maldiciendo en silencio al camarada que se había ofrecido a llenarle el odre antes de la formación.

Crassus se dio la vuelta y regresó al centro del patio de armas, golpeándose la pierna con su *vitis* mientras caminaba. Se giró y miró fijamente a los hombres.

—Se supone que son la *Cohors Prima* —gritó—, los mejores de la legión. Juntos hemos ganado muchas batallas, pero parece que nos hemos vuelto perezosos. Solo en estos últimos instantes, he encontrado faltas en hombres de los que tal vez tengáis que depender para salvar vuestras vidas, y eso no es tolerable. Mañana volveremos a formar, y si encuentro una sola pieza del equipo que no esté en condiciones, toda la cohorte sufrirá las consecuencias. ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí, domine! —gritaron los hombres.

—Pues más os vale —dijo Crassus, y cruzó el fuerte de vuelta a sus aposentos. Ya casi había llegado cuando uno de los guardias de la puerta vino corriendo hacia él.

—Domine —dijo—, una de las patrullas ha regresado con noticias.

Crassus levantó la vista y vio a un explorador de pie junto a su caballo, cerca de la entrada del fuerte. Se acercó.

—Ave, Crassus —dijo el explorador—. Tengo noticias de los fugitivos. Nuestra patrulla los vio venir hacia aquí.

—¿Dónde?

—Estábamos patrullando las colinas a seis leguas al este, y desde el terreno elevado, pudimos verlos en el valle de más allá.

—¿En qué dirección se dirigían?

—Hacia nosotros, pero los persiguen jinetes queruscos.

—¿Sabe por qué?

—No, domine. No hay mucha distancia entre ellos, pero si los dioses están con ellos, deberían aparecer por la confluencia de los ríos.

—Conozco el lugar —dijo Crassus—. No está lejos de aquí. ¿Tenemos hombres allí?

—Unos pocos, pero no los suficientes para cubrir todo el terreno.

—Deje eso de mi cuenta. Vuelva a su patrulla e intente mantenerse tan cerca de los fugitivos como pueda.

—Sí, domine —dijo el explorador y, mientras se marchaba, Crassus se giró para gritar a todo el campamento.

Centuriones, preparad a los hombres. ¡Salimos de marcha, a paso ligero!

Mientras se alejaba para preparar su propio equipo, el fuerte estalló en actividad a su espalda. Había una urgencia en la voz del primus pilus, y cuando eso ocurría, solía significar una sola cosa: que iban a entrar en batalla.

Capítulo Veintiséis
Territorio Querusco

Séneca y sus hombres cabalgaban a marchas forzadas por el terreno ondulado. El sendero era ancho y firme, pero él sabía que, aunque ahora había cierta distancia entre ellos y los queruscos, todavía no estaban a salvo; Germania era una tierra de vastos bosques y aún quedaban más por atravesar.

Redujeron la marcha para no agotar a los caballos y, a lo lejos, divisaron otra linde de árboles que se cernía ante ellos. El terreno volvió a volverse abrupto y su velocidad disminuyó drásticamente mientras ascendían por la ladera. En la cima de la pendiente, refrenaron a sus caballos y se agruparon, mirando hacia atrás por el camino que habían recorrido. Aunque todavía no había rastro de sus perseguidores, debían suponer que estaban cerca y no podían permitirse el lujo de bajar la guardia. Necesitaban seguir adelante, pero todos estaban exhaustos y llevaban más de un día sin comer. Talorcan alzó la vista al cielo, olfateando el viento que arreciaba.

—Se avecina una tormenta —dijo—. Tenemos que buscar cobijo.

—Estoy de acuerdo —dijo Séneca—. Los queruscos también buscarán protegerse de la tormenta, así que tenemos una oportunidad para reponer fuerzas. Busquemos un refugio y montemos el campamento.

Se adentraron en el bosque, en busca de un lugar que los mantuviera relativamente secos y que fuera fácil de defender en caso de ataque. El terreno se allanó mientras caminaban por la cima de un peñasco, con el valle boscoso extendiéndose a sus pies, hasta que, finalmente, la voz de Falco surgió desde la zona más baja a su derecha.

—¡Aquí abajo! —gritó—. ¡He encontrado un sitio!

El resto de los hombres descendieron con dificultad y lo encontraron mirando fijamente una cueva que se abría en la pared

rocosa. Talorcan hincó una rodilla en tierra, inspeccionando el suelo a la entrada de la cueva.

—Son huellas de oso —dijo—, pero son antiguas. Debería de ser seguro.

Séneca se volvió hacia los hombres.

—Pasaremos la noche aquí. Brennus, encárguese usted de los caballos; el resto recogeremos leña para una hoguera antes de que empiece a llover. Talorcan, tú y Raven, ved si podéis encontrarnos algo de comida.

Una hora más tarde, a punto de caer la noche, los siete hombres estaban sentados en lo más profundo de la cueva. Apartado de la entrada, Sica avivaba un fuego mientras Brennus desplumaba las dos palomas que Talorcan había abatido con sus flechas. Raven, por su parte, le quitaba las pinzas a la docena de pequeños cangrejos de río que habían encontrado en uno de los arroyos cercanos. Junto con unos cuantos puñados de bayas y setas, era un botín bastante bueno, pero entre siete hombres apenas daba para probar bocado.

—He puesto algunas trampas —dijo Talorcan—. Si cazamos algo durante la noche, mañana podremos comer en condiciones.

—Si es que duramos tanto —dijo Falco.

—Hemos aguantado hasta ahora —dijo Raven—. Solo tenemos que mantener la concentración.

Terminaron la poca comida que tenían y, mientras la tormenta estallaba sobre el bosque, se recostaron para descansar un poco.

—¿Cuál es el plan para mañana? —preguntó Marcus en la penumbra iluminada por el fuego.

—Propongo que vayamos directos al este tan rápido como podamos —dijo Falco—. El río no puede estar ya muy lejos.

—Está a una media jornada a caballo —dijo Talorcan—. Pero debemos partir antes del alba para mantener la ventaja sobre nuestros perseguidores.

—Nos turnaremos para dormir —dijo Séneca—, y saldremos en cuanto podamos ver el suelo del bosque. Yo haré la primera guardia; el resto, descansad. —Y mientras se acercaba a la entrada

de la cueva para otear la lluvia torrencial, los hombres a su espalda se arrimaron más al fuego. Iba a ser una noche fría.

Marcus se recostó contra la pared, mientras el agradable calor de las llamas le calaba hasta los huesos. Habían sido unas semanas duras con sus nuevos camaradas y, aunque él era un centurión experimentado por derecho propio, todo lo que habían hecho, todo lo que él había visto, parecía estar a un mundo de distancia de cualquier operación en la que hubiera participado.

Las marchas prolongadas cargando con equipo pesado no eran nada para él. Las batallas campales junto a las sólidas filas de sus compañeros legionarios eran para él como una segunda naturaleza, e incluso había llevado a cabo alguna que otra incursión tras las líneas enemigas cuando estuvo adscrito a los *exploratores* de la legión durante unos meses. Pero nada lo había preparado para las penurias y los desafíos mentales que había experimentado desde que huyeron del birreme.

A su lado, Raven añadió dos leños al fuego, acomodándolos firmemente entre las ascuas, donde el calor era más intenso. Hecho esto, se recostó junto a Marcus y bebió un trago de su odre antes de quedarse mirando fijamente el fuego.

—¿Qué posibilidades crees que tenemos? —preguntó Marcus al cabo de un rato.

—Talorcan dice que ha cazado en estos bosques muchas veces —respondió Raven—, y no ve por qué no íbamos a poder llegar al río mañana antes de que anochezca.

—¿Y tú? —preguntó Marcus—. ¿Tú qué piensas?

—Es difícil —dijo Raven—. Conocer el terreno es una ventaja, pero hay otras cosas que considerar en situaciones como esta.

—¿Como cuáles?

—Para empezar, el enemigo. Nadie puede adivinar lo que van a hacer. Conocen estas tierras mucho mejor que cualquiera de nosotros. Conocen los atajos, los obstáculos y los mejores caminos para los caballos. También sabrán dónde es mejor desplegar a sus soldados de a pie, además de tener ojos en cada aldea, y no podemos arriesgarnos a pedir ayuda a nadie a este lado del río. El

estado del terreno que tenemos por delante es igual de importante. Puede que conozcamos la ruta, pero después de toda esta lluvia estará pesado, y los caballos pueden pasar de ser una ventaja a ser una carga. Hemos tenido suerte hasta ahora, pues Camulos todavía nos sonríe y nos ha concedido su protección, pero si no hacemos pronto un sacrificio a su grandeza, podría apartar su mirada de nosotros.

—¿Camulos? —preguntó Marcus, sorprendido—. ¿No es el dios britano de la guerra?

—Lo es —dijo Raven—. ¿Supone eso un problema?

—En absoluto. Entonces, ¿cómo es que estás aquí con estos hombres?

—Serví como explorador para una de las legiones en la Galia, pero los helvecios me hicieron prisionero junto con un centenar de legionarios. Meses después, Séneca y una unidad de *exploratores* atacaron el campamento y nos liberaron a todos. Le supliqué que me dejara unirme a él y a sus hombres, pero se negó y me dijo que me fuera a casa. Sin embargo, su forma de operar y de luchar había encendido una brasa en mi interior, una que quería ver dar fruto, así que los seguí y cada noche dormía a las afueras de su campamento hasta que, finalmente, me llamó y me dio un ultimátum: o demostraba por qué se me debía permitir quedarme o regresaba a Britania.

—¿Qué hiciste?

—Durante semanas, cabalgué en solitario por delante de su unidad y reuní toda la información que pude sobre lo que les esperaba. Con el tiempo, esa información demostró ser útil y él se dio cuenta de que sabía lo que hacía. Desde entonces, aunque no estoy adscrito a ninguna unidad romana, he pasado a formar parte de los Occultum. Lo que has visto y vivido este último mes no es nada comparado con lo que estos hombres son capaces de hacer. He visto y hecho cosas de las que no volveré a hablar jamás. He estado a punto de morir en numerosas ocasiones y he presenciado las piras funerarias de muchos hombres que habían cabalgado a nuestro lado como camaradas. La vida es dura y peligrosa. Discutimos, peleamos, nos sacamos de quicio, pero te darás cuenta de que cada hombre

aquí aporta una habilidad específica al grupo y, cuando se trata de la batalla, cada uno de nosotros preferiría morir antes que defraudar a sus hermanos.

—Me he preguntado qué vio Séneca en mí para que buscara mi deserción del birreme —dijo Marcus.

—Séneca es uno de los hombres más astutos que he conocido en mi vida —dijo Raven—. Él es capaz de ver el alma de cualquier hombre que crea que puede aportar algo a los Occultum.

—Dijo que me vio luchar y que eso fue lo que lo convenció.

—Marcus —dijo Raven—, todos te vimos luchar y, sí, tienes cierta habilidad. Pero hemos visto a luchadores mucho mejores y él nunca ha invitado a ninguno de ellos. No, el tiempo dirá si ha cometido un error o no, pero, por ahora, me alegro de que estés aquí.

La conversación se fue apagando a medida que el cansancio los envolvía, y la cueva quedó en silencio, salvo por el crepitar ocasional del fuego. Por primera vez en muchos días, los hombres de los Occultum estaban calientes y relativamente a salvo.

Capítulo Veintisiete
Territorio Querusco

A Marcus le pareció que apenas llevaba unos instantes dormido cuando sintió que alguien le tiraba suavemente del hombro. Se le encogió el corazón al darse cuenta de que era su turno de guardia y gimió en voz baja, con el cuerpo desesperado por que lo dejaran donde estaba. Un dedo le rozó brevemente los labios, instándole a guardar silencio, y abrió los ojos de golpe, percatándose de que la caverna estaba ahora en completa oscuridad, con el fuego extinguido con tierra que habían sacado apresuradamente del suelo de la cueva.

—Shhh —susurró Falco—. Hay alguien fuera. Coge tu arma.

Marcus se puso en pie en silencio; el alivio del sueño era ya un recuerdo que se desvanecía. Se agachó y siguió a Falco hasta la entrada, dejándose caer detrás de una roca junto a Séneca.

—¿Qué está pasando? —susurró.

—Raven estaba de guardia —respondió Séneca, con voz apenas audible—, y ha oído voces que venían de lo alto del peñasco. Hay alguien ahí fuera.

—No pueden ser los queruscos —dijo Marcus—, a no ser que hayan caminado durante la tormenta. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde están los demás?

—Brennus y Sica están con los caballos, intentando que no hagan ruido. Raven y Talorcan han subido a ver qué pasa.

Marcus guardó silencio, escuchando atentamente y contemplando la oscuridad del bosque. La lluvia había cesado y el olor penetrante de los árboles mojados le llenaba la nariz, imponiéndose a cualquier resto del fuego de la cueva. Los latidos de su corazón eran sorprendentemente tranquilos y la sensación del gladio a su costado le proporcionaba un consuelo familiar. Confiaba en sus propias habilidades y sabía que, a pesar del peligro, si llegaba el momento de luchar, se llevaría a muchos por delante antes de caer.

Arriba, en el bosque sobre el peñasco, Talorcan y Raven caminaban con una lentitud agónica de árbol en árbol, tanteando con cuidado el terreno antes de dar cada paso. Puede que la lluvia hubiera cesado, pero el viento aún soplaba en ráfagas por encima de sus cabezas, ahogando el sonido del crujido de las hojas bajo sus pies. Sus ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad y, tras haber avanzado casi cien pasos por el bosque sin ver nada, se detuvieron, refugiándose cada uno temporalmente detrás de un árbol.

Talorcan miró a Raven, que estaba a pocos pasos. Su camarada se encontraba detrás del ancho tronco de un árbol caído, aprovechando para llenar los pulmones de aire húmedo. Estaban seguros de que había alguien allí arriba, y era importante que lo averiguaran con certeza, pues al llegar el día sus huellas se harían visibles y sería solo cuestión de tiempo que descubrieran su escondite. Aún no habían visto ninguna señal y, mientras se preparaban para seguir avanzando, un relámpago surcó el cielo, iluminando el bosque como si fuera de día.

Talorcan se quedó helado. A solo unos pasos, un guerrero querusco estaba sentado de espaldas a un árbol, con el manto envuelto apretadamente a su alrededor y la cabeza encapuchada apoyada pesadamente sobre el pecho. Más allá de él, había al menos otros dos, también profundamente dormidos tras lo que obviamente había sido una agotadora caminata a través de la tormenta.

Raven también reconoció el peligro y, mientras el cielo nocturno retumbaba con un trueno, un segundo relámpago iluminó el bosque, haciendo que sus corazones se aceleraran de miedo. Había guerreros por todas partes, incluso detrás de ellos, y, con horror, los dos hombres se dieron cuenta de que, sin querer, habían entrado en el corazón del campamento enemigo. Raven miró a Talorcan, sin saber qué hacer. Amanecería en pocas horas, así que tenían que escapar antes, pero con el comienzo de la tormenta de rayos, no había forma de que pudieran simplemente salir de allí; sin duda, alguien los vería.

Talorcan miró a su alrededor en busca de un lugar donde guarecerse y sus ojos se posaron en una zanja poco profunda que se dirigía de vuelta hacia el borde del acantilado. No era gran cosa, apenas le llegaba a la rodilla y estaba llena de los restos podridos del bosque, pero era algo y al menos les ayudaría a pasar más desapercibidos. La señaló y, tras recibir un asentimiento de confirmación por parte de Raven, se tumbó en el suelo para arrastrarse lentamente por el bosque. Raven lo siguió y se deslizó en la zanja detrás de él, sintiendo el frío cieno de fango apestoso que lo envolvía como una manta maligna.

Lentamente, se volvieron hacia el borde del acantilado y, centímetro a centímetro, se abrieron paso de nuevo a través de la posición enemiga. El avance era penosamente lento y, en un momento dado, estuvieron tan cerca de uno de los guerreros dormidos que pudieron oír su respiración, pero tanto el cazador como el explorador poseían la única habilidad importante que resultaba perfecta en esta situación: la paciencia.

La oscuridad, combinada con el viento y su escasa visibilidad, ocultó su medido avance e, incluso cuando estuvieron seguros de estar a salvo, continuaron con el mismo sigilo, sabiendo que un movimiento en falso, una ramita partida, podría delatar fácilmente su posición. Finalmente, al acercarse al borde del risco, la zanja fue desapareciendo y se deslizaron por la pendiente.

Al llegar a la cueva, se apresuraron hacia el fuego para intentar aprovechar el calor que aún quedaba. Ambos hombres se desnudaron de cintura para arriba y, tras envolverse en sus capas, recogieron las rocas todavía calientes de alrededor del fuego y las envolvieron en sus túnicas para intentar secarlas.

—Apestáis —dijo Falco en la oscuridad—. Os huelo desde aquí.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Séneca, acercándose —. ¿Son los queruscos?

—Sí —dijo Talorcan, con la voz aún temblorosa por el frío.

—¿Cuántos?

—No hemos podido distinguirlo —dijo Talorcan—, pero están esparcidos por la cima de la colina y seguro que nos encontrarán en cuanto amanezca. No podemos quedarnos aquí.

Séneca guardó silencio, con la mente trabajando a toda prisa. Si se marchaban ahora, no habría forma de bajar los caballos de la colina sin hacer demasiado ruido, y si esperaban al amanecer, aun con los caballos bien descansados, la densidad del bosque haría que el paso fuera demasiado lento para escapar de sus perseguidores. Al final, supo que solo quedaba una opción, y envió a Falco a traer a Brennus y a Sica de vuelta a la cueva. Una vez que todos estuvieron allí, se reunieron cerca de la entrada para aprovechar la poca luz que aún ofrecía el cielo nocturno.

—Bien —dijo, mirando a su alrededor—. Tenemos un problema. Los queruscos han acampado arriba y no tenemos ni idea de cuántos son. No podemos descender esta ladera en la oscuridad, pero tampoco podemos quedarnos o estaremos atrapados cuando llegue el día.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Falco.

—Solo hay una cosa que podemos hacer —dijo Séneca. Se inclinó y dibujó una línea ondulada en la tierra del suelo de la cueva —. Este es el Rin —dijo—, y esta es nuestra posición. —Dibujó una X en el improvisado mapa—. Al otro lado del río es relativamente seguro, y podremos encontrar cobijo, comida y, con suerte, algo de ayuda. Los queruscos están justo detrás de nosotros, y un grupo de este tamaño dejará un rastro demasiado grande como para evadirlos durante mucho tiempo. Así que, lo que propongo es esto: nos dividimos en dos unidades y cada una se dirige en una dirección diferente. De esa manera, si los queruscos siguen algún rastro, solo un grupo estará en peligro mientras el otro consigue escapar. —Se volvió hacia el cazador belga—. Talorcan —dijo—, usted ha ido más allá de todo lo que podría haber esperado de un guía, y sin usted no habríamos vivido para llegar tan lejos. Pero usted conoce estas tierras mejor que todos nosotros, y necesito pedirle una última tarea, si la acepta. Llévese a Sica, Falco y Brennus, y diríjase al suroeste hasta llegar al río. Síganlo aguas arriba hasta que encuentren un lugar seguro para cruzar. Si llegan tan lejos, ellos

continuarán solos, y usted podrá regresar a casa con su gente. Sin embargo, sepa esto: ahora es uno de los nuestros, y si alguna vez necesita a un hermano a su lado, aquí hay seis de nosotros dispuestos a luchar junto a usted.

—Es un mundo extraño y peligroso en el que vive usted, Séneca —dijo Talorcan—, y no estoy seguro de que sea para mí, pero le deseo lo mejor, y juro que pondré a sus hombres a salvo.

Séneca asintió y se volvió para mirar a los demás.

—Marcus y Raven, nosotros tres nos dirigiremos directamente al oeste, a Oppidum Ubiorum. —Miró al grupo—. Recordad, si os atrapan, hemos hecho un juramento de secreto, así que resistid tanto como podáis. Esta es la vida que hemos elegido y debemos ser leales los unos a los otros. Si no tenéis más remedio que darles algo, habladles de la misión, pero no de vuestros hermanos. No conocemos los nombres de los demás, no sabemos qué aspecto tenemos; somos fantasmas, no existimos. Ese es nuestro juramento. ¿Alguna pregunta?

—¿Y los caballos? —preguntó Brennus.

—Les cortaremos las amarras antes de irnos —dijo Séneca—, pero tenemos que dejarlos atrás. Los queruscos no tardarán en encontrarlos. ¿Algo más?

Todos le devolvieron la mirada en silencio.

—Aquellos de nosotros que lo consigamos —continuó Séneca —, nos reuniremos en el lugar de siempre, de vuelta en la Galia. Estaré allí cada luna llena durante tres meses, y luego otra vez tres meses después. A todo el que no haya llegado para entonces se le dará por muerto o capturado. Ahora, si no hay más preguntas, recoged vuestras cosas. Aún nos quedan unas horas de oscuridad.

Mientras el resto de los hombres se preparaba para partir, Brennus se acercó a Séneca.

—Hay algo que necesito decirle —dijo—. Cuando estaba solo en las colinas con los caballos, me encontré con un moribundo. Luchó con Varo en Teutoburgo, pero fue capturado y vendido como esclavo.

—Creía que Germánico había liberado a todos los prisioneros —replicó Séneca.

—Evidentemente no —dijo Brennus—, y dice que hay más en cautiverio, así que debemos asegurarnos de que esa información llegue a las autoridades.

—Estoy de acuerdo —dijo Séneca—, y si lo conseguimos, me aseguraré de que llegue a oídos de quienes deben saberlo.

—Hay más —dijo Brennus, y mientras Séneca escuchaba incrédulo, el maestro de caballos le contó lo que el legionario había revelado con su último aliento. Cuando terminó, Séneca negó con la cabeza, asombrado.

—Guarde esa información para usted por ahora —dijo finalmente—. Tiene el potencial de iniciar una nueva guerra. Cuando nos reunamos en la Galia, se la contaremos a Lépido y él sabrá qué hacer.

—Como desee —dijo Brennus, y salió de la cueva para cortar las amarras de los caballos.

Quince minutos más tarde, los dos grupos de hombres salieron sigilosamente de la caverna y desaparecieron en la quietud de la oscuridad previa al alba.

A la mañana siguiente, unas pocas leguas al oeste, Décimo alcanzó la cima de otra colina y oteó el horizonte. Durante las últimas veinticuatro horas, había estado buscando cualquier señal de Séneca y los demás, pero, sin más información, todo lo que podía hacer era seguir en dirección a Weserburgh y esperar encontrar alguna prueba de qué camino habían tomado.

Se adentró a caballo en el bosque, siguiendo un rastro de tierra removida, cuando reparó en algo oculto entre los arbustos a un lado del sendero. Tiró de las riendas, desmontó y, al apartar la maleza, descubrió la pila de sarcinae abandonadas. El corazón se le aceleró de preocupación, pues sabía que ningún explorator abandonaría jamás sus pertrechos sin un buen motivo. Peinó los alrededores, examinando el suelo, y no tardó en encontrar las huellas de unas gastadas botas galas, el calzado predilecto de los *occulti*, que se dirigían hacia el oeste.

Normalmente, al dirigirse de vuelta a un lugar seguro, habría sospechado que habían completado su misión, pero el hecho de que

se hubieran deshecho de su equipo sugería que se encontraban en graves apuros. Tras una investigación más a fondo, se preocupó aún más cuando encontró las profundas huellas de docenas de hombres a caballo que avanzaban en la misma dirección.

Maldijo y caminó unos pasos en la dirección que llevaban, frustrado porque era evidente que regresaban al Rin. Que lograran o no dejar atrás a los queruscos era irrelevante, pues, aunque lo consiguieran, cabalgaban directos hacia los brazos de la cohorte romana que los esperaba.

Volvió a montar y, sabiendo que debía detener a los Occultum antes de que llegaran al Rin, clavó los talones en los flancos de su caballo para seguir su estela.

De vuelta en la cueva, un grupo de guerreros germanos se desplegó por las laderas en busca de rastros, tras haber descubierto ya los caballos abandonados. Dentro, uno de sus exploradores posó una mano con cuidado sobre los restos de la hoguera antes de salir para reunirse con su líder.

—Las cenizas aún están tibias —dijo—. Debieron de marcharse justo antes del amanecer.

Otro guerrero subió de nuevo la colina para unirse a ellos.

—Sigimar —lo llamó—, hemos encontrado muchas huellas. Intentaron confundirnos, pero ahora está claro que se han dividido en dos grupos. Uno se ha dirigido directamente al oeste; el segundo, al sur.

Sigimar miró a su alrededor, sopesando las opciones. Sabía que estaban muy cerca del Rin, pero estaba desesperado por atrapar a los insurgentes. Al principio, la persecución había sido por la ira tras la muerte del herrero y sus dos hombres, pero ahora, con más guerreros muertos y la vergüenza de no poder atraparlos en sus propias tierras pesando sobre él, se había vuelto algo personal.

—Envíe a los jinetes a rodear el bosque hasta el río —dijo finalmente—. Si el camino es bueno, aún podemos llegar antes que ellos. Divida a nuestros soldados de a pie en dos grupos y envíe uno directamente al oeste siguiendo el primer rastro. El resto seguirá al

segundo grupo hacia el sur. No pueden estar lejos y no dejaré que se nos vuelvan a escapar de entre los dedos.

—Como desee —dijo el guerrero, y se dio la vuelta para cumplir sus órdenes.

Más al oeste, Crassus y sus legionarios se desplegaron para encarar la llanura que se abría entre la orilla oriental del río y los oscuros bosques germanos. Tras ellos, patrullas montadas esperaban pacientemente a ambos lados, ocultas en pequeñas arboledas o pliegues del terreno, como fuerzas de reacción listas para responder a cualquiera que intentara huir. Y al otro lado del río había aún más auxiliares a caballo, preparados para rematar la faena en el improbable caso de que alguien lograra alcanzar la orilla occidental. Era una trampa que lo abarcaba todo, una tela de araña a la espera de que llegaran las moscas.

Crassus permanecía de pie en la ribera, con la vista fija en el terreno abierto. No había garantía de que llegaran tan lejos, y mucho menos de que pudieran cruzar el río, pero si lo hacían, él y sus hombres estarían esperando.

Capítulo Veintiocho
Germania Superior

Seneca, Marcus y Raven se abrieron paso con todas sus fuerzas por la enmarañada maleza, con la respiración entrecortada y el sudor corriéndoles por el rostro. Cuando habían salido de la cueva horas antes, lo habían hecho despacio, con cuidado de no hacer demasiado ruido en la oscuridad, pero a medida que aumentaba la distancia, también lo hacía su ritmo, y habían avanzado bastante terreno. Ahora, con el sol sobre el horizonte, empezaron a forzar la marcha aún más, desesperados por alcanzar la orilla del río cuanto antes. A sus espaldas, en la distancia, oían los gritos de los queruscos que los perseguían, y su proximidad los obligaba a un esfuerzo aún mayor; una tensión que pasaba una factura terrible a sus cuerpos.

—No falta mucho —jadeó Seneca—. Seguid avanzando.

Instantes después, irrumpieron en el linde del enmarañado bosque y contemplaron los campos en pendiente que se extendían ante ellos. A lo lejos, divisaron el río que serpenteaba lentamente, abriéndose paso con majestuosidad por el paisaje germánico como una somnolienta serpiente gigante.

—Ahí está —dijo Raven—. ¿A qué esperamos?

Los tres hombres echaron a correr de nuevo, cogiendo impulso mientras descendían la colina. A medio camino del río, un grito de triunfo brotó de entre los árboles a sus espaldas cuando varios guerreros queruscos salieron del bosque y avistaron a su presa por primera vez en días.

Seneca miró por encima del hombro y supo que estaban en serios apuros. Sus perseguidores se acercaban rápidamente, y tanto él como sus camaradas estaban agotados. Al darse cuenta de que no había forma de que llegaran al río a tiempo, se detuvo y se giró para hacerles frente a los queruscos. Marcus y Raven también se detuvieron y corrieron a reunirse con él.

—¿Qué haces? —jadeó Raven—. Tenemos que seguir.

—No —dijo Seneca—. Se acabó el correr. Vosotros dos, seguid. —Desenvainó su gladius y respiró hondo para recuperar el aliento.

—Yo también —dijo Marcus al cabo de un instante, desenvainando su propia arma.

Raven comprendió que Seneca tenía razón. Si seguían corriendo, nunca llegarían al río a tiempo y probablemente acabarían boca abajo con flechas en la espalda. A pesar de ser superados en número, era el momento de resistir. Desenvainó su hacha y dio un paso al frente para colocarse junto a sus camaradas.

Ante ellos, seis guerreros bajaban la colina a la carrera, cada uno con un escudo redondo en una mano y un hacha o una espada en la otra. Sus cabellos negros ondeaban a sus espaldas, y sus rostros, de un azul brillante por el glasto recién pintado, estaban contraídos en un frenesí de agresividad. Los tres hombres se prepararon para el impacto, y cuando el primer guerrero corrió directo hacia Seneca, su grito de guerra resonó en el campo.

Sin escudo, poco podía hacer Seneca para desviar los golpes, así que, para sorpresa del guerrero, tomó la iniciativa y corrió a su encuentro. El inesperado contraataque pilló desprevenido al guerrero y, en los pocos segundos que tardó en ajustar el paso, Seneca se agachó y le asestó un golpe con su gladius en la espinilla. El hueso se hizo añicos, y el grito de la víctima fue ensordecedor en el aire de la mañana. Seneca se puso en pie de un salto y, tras coger el escudo desechado, golpeó con el borde el rostro del guerrero antes de lanzárselo a Marcus.

Marcus atrapó el escudo y, aunque ciertamente no era un scutum, el peso familiar de un escudo en su brazo le infundió una oleada de confianza. Por fin, esta era una situación que le resultaba familiar y, con su propio grito de rabia, se lanzó al ataque.

El guerrero asestó el primer golpe y su espada resonó contra el escudo de Marcus. El centurión desvió el ataque con facilidad, apartando la espada hacia un lado y desequilibrando momentáneamente al atacante. La ventaja duró apenas unos segundos, pero fue suficiente y, mientras todo el entrenamiento y la experiencia en combate volvían a él de golpe, Marcus giró sobre sí

mismo y hundió su gladio hacia arriba, a través de la axila del guerrero, hasta clavárselo en el cuello.

El hombre boqueó de dolor y cayó de rodillas, con los ojos muy abiertos, mientras un surtidor de sangre brotaba de su boca. Marcus no tuvo tiempo para detenerse y, apartando a su víctima de una patada, se giró para encarar a su siguiente oponente.

A su lado, Raven había matado a un tercer guerrero, y un cuarto yacía boca arriba con Séneca a horcajadas sobre su pecho, machacándole la cabeza contra una roca. Los dos guerreros restantes se lanzaron a la lucha y, mientras Raven también cogía un escudo querusco, Marcus se enfrentó a un enorme guerrero que portaba una pesada hacha de doble filo.

Con un rugido atronador, el hombretón blandió su arma describiendo un amplio arco, lo que obligó a Marcus a retroceder. El impulso del arma la llevó a trazar un círculo completo alrededor de la cabeza del propio guerrero y, aunque esto dejó su pecho al descubierto, la velocidad del mandoble impidió que Marcus tuviera tiempo de acortar distancias. El guerrero avanzó, lanzando un mandoble tras otro contra el centurión, y Marcus sabía que si un solo golpe lo alcanzaba, sería su fin.

El ataque era incesante y, sin oportunidad de contraatacar, Marcus desenvainó su pugio y lo lanzó por los aires, clavándoselo en el pecho al guerrero, pero con escaso efecto. Este siguió avanzando, paso a paso letal, con la hoja sobresaliéndole del pecho y manando sangre. Su fuerza era inmensa; su resistencia, aún mayor, y no daba señales de flaquear, forzando a Marcus a retroceder cada vez más. Incapaz de darse la vuelta, Marcus se torció el tobillo en un hoyo del suelo y cayó, sin poder defenderse.

El guerrero soltó un rugido de victoria y, mientras alzaba el hacha para rematar al romano, Séneca se le abalanzó a la espalda y le hundió su propia hoja en el cuello.

Al principio, ni siquiera eso tuvo mucho efecto, y el guerrero, impulsado por la rabia y el instinto, se quitó de encima a su nuevo atacante y se giró para acabar con él. Pero el daño ya estaba hecho y su paso flaqueó antes de caer de rodillas con la sangre brotando de su yugular al ritmo de su corazón desbocado.

Marcus y Séneca lo vieron morir y, cuando finalmente se desplomó, los dos hombres se pusieron en pie a trompicones. El campo de batalla estaba extrañamente silencioso y, al mirar, vieron a Raven de pie, junto al último guerrero. Mientras observaban, hundió su propia espada en el rostro de su víctima. La lucha había terminado.

Los tres hombres se miraron. Cada uno tenía heridas de diversa consideración y su sangre se mezclaba libremente con la de sus víctimas.

—Tenemos que irnos —dijo Séneca, pero como nadie respondió, levantó la vista y los vio a ambos mirando de nuevo hacia la cima de la colina con la resignación escrita en sus rostros. Séneca se giró y siguió sus miradas, y sintió que el corazón se le encogía al ver una docena de guerreros a caballo saliendo de entre los árboles, seguidos de otros veinte a pie.

—Bueno —dijo Marcus, recogiendo un escudo de uno de los guerreros muertos—, supongo que tenía que pasar algún día.

Sus dos camaradas se enjugaron el sudor de la cara y afianzaron las espadas en sus manos. No había forma de que pudieran vencer a tantos hombres, pero cada uno estaba decidido a vender cara su vida.

Los guerreros germanos se alinearon en lo alto del campo, sabiendo que, por fin, tenían a su presa atrapada. El propio Sigimar encabezó el lento avance colina abajo, decidido a disfrutar de cada último momento de la matanza.

Marcus, Raven y Séneca respiraron hondo, cada uno rezando mentalmente una plegaria a sus dioses, pero con la misma brusquedad con que habían aparecido, la línea germana se detuvo, sujetando las riendas de sus caballos. Los soldados de a pie también se detuvieron tras ellos y, después de unos instantes, se dieron la vuelta para retirarse de nuevo al bosque, seguidos momentos después por su caballería.

Los tres romanos observaban, exhaustos y confusos. Habían estado atrapados sin escapatoria posible y con aún menos posibilidades de victoria; sin embargo, ahora, tras tantos días de persecución, los queruscos se retiraban y les permitían escapar. No

tenía ningún sentido, pero, cuando Séneca y sus camaradas se dieron la vuelta para continuar su huida hacia el río, el motivo de tan extraño comportamiento se volvió diáfanamente claro.

A unos cientos de pasos, tras salir de su escondite junto a la ribera, vieron una fuerza de doscientos legionarios que subía velozmente por la ladera hacia ellos. Era una visión asombrosa: cada hombre iba completamente armado, con los escudos entrelazados y las capas rojas ondeando al viento.

Séneca observaba, respirando con dificultad. Era una grata visión, y supo que la oportuna intervención de sus compatriotas romanos acababa de salvarles la vida. Pero también sabía que, dado que él y sus hombres habían estado operando fuera de los límites de la jurisdicción romana habitual, aquello era un giro preocupante de los acontecimientos. Se volvió hacia sus camaradas.

—No tengo ni idea de lo que está pasando —dijo—, pero, sea lo que sea, recordad nuestro código. —Y, con un suspiro de resignación, los tres hombres empezaron a caminar hacia el avance de las líneas romanas.

En el extremo septentrional de los campos abiertos, otro jinete emergió del bosque y contempló incrédulo la escena que se desarrollaba más abajo. Decimus había cabalgado con toda la celeridad de la que fue capaz, pero era evidente que llegaba demasiado tarde. A lo lejos, los últimos guerreros queruscos desaparecían entre los árboles y, aunque sabía que poco más podía hacer, le quedaba una última carta por jugar. Clavó los talones y lanzó su caballo al galope ladera abajo, hacia los legionarios en marcha.

A medida que se acercaban a los tres hombres, la formación romana se detuvo y, en respuesta a las órdenes de un centurión al que no se veía, los flancos exteriores giraron en un amplio arco, formando un cuadro alrededor de los exhaustos fugitivos. Una vez en posición, los legionarios se inmovilizaron, y los tres hombres miraron a su alrededor con nerviosismo, rodeados por un sólido muro de scuta. Durante unos instantes reinó el silencio hasta que,

finalmente, las filas se abrieron para permitir que el primus pilus Crassus y otros dos centuriones avanzaran hasta el centro. El muro de escudos se cerró tras ellos y se acercaron a los confusos cautivos.

—¿Quién de vosotros está al mando? —preguntó finalmente Crassus.

—Yo —dijo Séneca, dando un paso al frente.

—¿Y vos sois...?

—Soy Cayo Octavio Séneca, tribunus militum de la Legio III Gallica. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

Crassus sonrió ante la autoritaria respuesta. No era menos de lo que había esperado.

—Se me conoce como Crassus —dijo—, primus pilus de la Legio XVI Gallica, y estos —dijo, mirando a los legionarios que los rodeaban— son los hombres de la Cohors Prima. —Se volvió para encarar a sus cautivos—. Tribuno Séneca —dijo—, tengo entendido que vuestra legión está estacionada en el sur de la Galia, así que decidme, ¿qué hacéis tan lejos, en los gélidos páramos de Germania Inferior?

—Estamos aquí por orden del propio Senado —dijo Séneca—, pero, por desgracia, los detalles no pueden ser compartidos.

—No comprendo —dijo Crassus—. ¿Por qué no podéis decirnos por qué estáis aquí? ¿Sois una especie de exploratores? ¿Speculatores, tal vez? ¿O sois de esos frumentarii de los que tanto oímos hablar últimamente?

—Como ya he dicho —replicó Séneca—, no podemos hablar de nuestra misión, y le pido respetuosamente que nos permita seguir nuestro camino para poder informar en Roma.

—Ah —dijo Craso—, por desgracia, no puedo hacer eso. Verá, mi comandante me ha hablado mucho de ustedes y es evidente que no son lo que parecen. Recuerdo que las palabras que se mencionaron fueron «asesinos», «desertores», «traidores a Roma». Seguro que hubo más, pero la cuestión es que parece que han alborotado el avispero por aquí y, sea lo que sea que hayan hecho, ya no se requieren sus servicios.

Séneca frunció el ceño, confuso.

—¿Qué quiere decir con eso de que ya no se nos requiere? —preguntó.

—Significa —replicó Craso— que han sido acusados de traición y sentenciados a muerte por crímenes contra el Imperio romano. Los dos centuriones que lo flanqueaban desenvainaron sus gladios y clavaron su fría mirada en Séneca. Raven y Marcus desenvainaron también sus espadas, a sabiendas de que no era más que un gesto inútil.

Séneca alzó una mano.

—Envainad las armas —dijo por encima del hombro—. Este es un respetado primus pilus del ejército romano y, como tal, tiene demasiado honor para matar a sangre fría a otro romano.

—¿Eso es lo que cree? —preguntó Craso—. Porque si es así, está usted muy equivocado. En lo que a mí respecta, todos ustedes son criminales y ya han sido declarados culpables por Roma. Que yo esté de acuerdo o no es irrelevante, pues se me ha ordenado ejecutar la sentencia. No es nada personal, tribuno Séneca, seguro que un hombre como usted lo entenderá.

—Está cometiendo un terrible error —dijo Séneca—. Estoy en posesión de cierta información que el propio emperador querrá escuchar, y debe permitírsenos regresar a Roma antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde —dijo Craso—, pero si le sirve de algo, dígame esa información y, después de que le cercene la cabeza, se la transmitiré a mi legado.

—No puedo hacer eso —dijo Séneca—. Esa información es lo único que nos libra de una tumba anónima. Se quedará conmigo hasta que lleguemos a Roma o muramos en el intento.

—Entonces será lo segundo —dijo Craso, desenvainando su propio gladio—. Acabemos con esto.

Fuera de la formación romana, Décimo detuvo su caballo y desmontó antes de caminar con paso decidido hacia los guardias exteriores que esperaban.

—Dejadme pasar —exigió—. Tengo que hablar con vuestro comandante.

Uno de los legionarios se rio en su cara. —Me parece que no, anciano —dijo, bajando su pilum a la posición horizontal—. Ahora lárgate antes de que te ensarte como a un pez.

—Piensa muy bien tus próximas palabras, soldado —dijo Décimo—, o ese pilum acabará metido en tu garganta, junto con los de tus camaradas.

Ante la amenaza, todos los guardias de los alrededores desenvainaron sus gladios. No era más que un solo hombre, pero la autoridad en su voz sugería toda una vida de batallas.

—Esta es tu última oportunidad —dijo el primer soldado—. Puede que seas un veteranus, pero tu tiempo ya pasó y no tienes nada que hacer aquí.

—Creo que sí —dijo una voz. Todos los soldados se giraron para ver a uno de los optios abriéndose paso entre las filas. Pasó junto a los guardias y se detuvo justo delante del recién llegado—. Domine —dijo, extendiendo el brazo—, ha pasado mucho tiempo.

Capítulo Veintinueve
Germania Inferior

Dentro del cuadro formado por los legionarios, el aire estaba cargado de expectación mientras los tres centuriones daban un paso al frente para llevar a cabo la ejecución. Los fugitivos adoptaron una postura defensiva y la lucha era inminente cuando un grito resonó por encima de las cabezas de los hombres allí congregados.

—¡Centurión, envaina!

Todas las miradas se volvieron para ver cómo las filas se abrían mientras Decimus entraba en el centro. Murmullos de reconocimiento se extendieron por las filas cuando finalmente se detuvo, a dos pasos del *primus pilus*.

La diferencia de aspecto entre los dos hombres era sorprendente. Crassus iba ataviado con su uniforme de gala al completo, que incluía su reluciente *lorica segmentata* sobre una túnica roja, un yelmo ornamentado con una cresta transversal de crin de caballo y diversas condecoraciones de latón prendidas de su cinto de cuero que proclamaban su rango y sus honores de batalla. Decimus, por otro lado, iba sin afeitar, con el pelo enmarañado, la ropa sucia y una capa raída, y olía a humo y a sudor de caballo. A pesar de la diferencia, ambos exudaban un aire de autoridad indiscutible y se miraron como iguales.

Durante unos instantes, reinó un silencio incómodo antes de que Decimus levantara la mano y la extendiera hacia el *primus pilus*.

—Ave, Crassus —dijo—. Ha pasado mucho tiempo.

Crassus le cogió la muñeca, reafirmando así la amistad con el hombre que había sido su superior durante tantos años.

—Decimus —dijo—, pensaba que a estas alturas ya te habrías matado a beber.

—Lo intenté —dijo Decimus—, pero, lamentablemente, fracasé.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a detener esta locura —dijo Decimus, señalando con la cabeza a los tres fugitivos—, y he recorrido todo el camino desde Roma para asegurarme de que a estos hombres no les ocurra nada.

—Decimus —dijo Crassus—, sabes que siempre escucharé tus consejos y, de hecho, sin tu guía no me habría convertido en el hombre que soy. Pero tu tiempo ha pasado y ya no tienes ninguna jurisdicción aquí. Con el mayor de los respetos, esta situación no tiene nada que ver contigo y he de pedirte que te retires.

—No puedo hacer eso, Crassus —dijo—. Estos hombres son nuestros hermanos y, como tales, no derramamos su sangre, ¿recuerdas?

—He servido en las legiones de Roma desde que era un muchacho —dijo Crassus— y nunca he desobedecido una orden. No pretendo empezar ahora, así que te lo pido de nuevo: márchate mientras puedas.

—Crassus —dijo Decimus—, sé que no tengo derecho a pedirte tal cosa, pero tienes que creerme cuando te digo que os han mentido, y que estos hombres son como tú y como yo. Si haces esto, Roma y sus legiones se verán debilitadas. Se están cociendo cosas que ni yo mismo entiendo, pero sí sé esto: alguien, en algún lugar, está jugando a la política con las vidas de estos hombres, y están siendo utilizados como chivos expiatorios para encubrir las traiciones de otros.

Crassus pensó con furia. Deseaba desesperadamente ayudar a su viejo amigo, pero dar marcha atrás delante de sus hombres debilitaría su autoridad. Finalmente, tomó una decisión.

—Decimus —dijo—, no desobedeceré una orden, así que no dejaré marchar a estos hombres. Se supone que hoy deben morir aquí, pero, como bien sabes, no somos nada sin el respeto de nuestros hombres. Si ellos acceden a perdonarles la vida, entonces los llevaremos de vuelta al fuerte y dejaremos que el Legado tome la decisión final. Es lo mejor que puedo hacer.

—Es más de lo que podía esperar —dijo Decimus—. ¿Me das tu permiso para dirigirme a la cohorte?

—Adelante —dijo Crassus, y dio un paso atrás mientras Decimus se volvía hacia los hombres que los rodeaban.

—Compañeros romanos —anunció—, legionarios de la XVI Gallica, escuchad mis palabras. Vuestro Primus Pilus me ha permitido dirigirme hoy a vosotros y, al mirar a mi alrededor, veo muchas caras que reconozco, hombres junto a los que serví durante muchos años. Para los más jóvenes de entre vosotros que no sepáis quién soy, mi nombre es Decimus Valerius Maximus y fui el Primus Pilus de esta misma cohorte. Luchamos juntos en incontables conflictos y obtuvimos muchos honores de batalla, muchos de los cuales aún adornan vuestros estandartes. Fue una época brutal, de adversidad y penalidades, pero también fue una época de hermandad y honor, e incluso hoy, el recuerdo de haber servido en esta legión hace que me despierte cada mañana llevando ese orgullo como un manto que todo lo envuelve. Cuando mi tiempo finalizó, fui reemplazado por el hombre que está detrás de mí, y nunca hombre más valiente y honorable sostuvo la *vitis* de la autoridad. Tenéis suerte de tenerlo.

Hizo una pausa y comenzó a caminar por la explanada antes de continuar.

—Hoy, juzgáis a los tres hombres que tenéis ante vosotros, y sé que a todos os han dicho que son criminales que obran en contra de los intereses de Roma, traidores todos ellos, que merecen ser ajusticiados con la estocada de un gladius o la soga del verdugo. Pues bien, estoy aquí para deciros que os equivocáis, que os han mentido aquellos que solo tienen en mente su propio interés. Esos tres hombres vinieron aquí para llevar a cabo su misión, bajo el mando de quienes recorren los pasillos del Senado, nuestros supuestos amos, la mayoría de los cuales nunca ha levantado un gladius y mucho menos ha puesto un pie en un campo de batalla. Estos hombres que tenéis ante vosotros son soldados como vosotros y como yo, hermanos que cumplen sus órdenes lo mejor que pueden, luchando y muriendo por la gloria de Roma. Puede que hombres como estos no se parezcan a vosotros, ni vistan los mismos uniformes, y puede que algunos ni siquiera hablen vuestro mismo idioma, pero no por ello son menos romanos, ni menos leales. Puede que no entendamos su misión o que ni siquiera sepamos cuál es,

pero no es necesario. Todo lo que necesitamos saber es que son compañeros soldados de Roma, y si ellos merecen la pena de muerte simplemente por cumplir sus órdenes en nombre del Senado, entonces también la merece cada uno de los hombres aquí presentes.

Miró de nuevo a los hombres a su alrededor; todos y cada uno de ellos estaban cautivados por su discurso.

—Ahora soy un *veteranus* —continuó—, pero en mi corazón, y en mis sueños, todavía marcho y lucho junto a cada hombre con el que he servido, vivo o muerto. Ruego a los dioses cada noche que cuiden de cada hombre que alguna vez se calzó unas *caligae* o empuñó un gladius. Pero no os pido que liberéis a estos hombres hoy, solo os pido que se les permita vivir para defender su causa ante una autoridad superior. Dejad que se presenten ante los hombres que los enviaron aquí y que miren a sus acusadores a los ojos. Dadles esa única oportunidad de demostrar su valía, y os juro que, si aun así son condenados, yo mismo empuñaré la espada para matarlos. Aún soy uno de vosotros, amigos míos, así que, como hermano, os digo esto. —Se acercó y se puso al lado de Seneca—. Si estos hombres han de ser ejecutados hoy aquí, en este mismo campo donde hace solo unos instantes los vimos luchar contra los enemigos de Roma con nuestros propios ojos, entonces yo también soy culpable, y debéis empezar por mí.

Un murmullo de indignación se extendió por las filas, conmocionadas ante la idea de que un hombre así hubiera arriesgado su propia vida. Todas las miradas se volvieron hacia Crassus, quien observó a su viejo amigo con renovada admiración. Levantó la vista hacia sus hombres, percibiendo la profunda ira que crecía en sus filas, y supo que debía contenerla rápidamente.

—Hombres de la Cohors Prima —anunció en voz alta—. Tranquilizaos. —Miró a su alrededor mientras el silencio se imponía de nuevo—. Este hombre —dijo, señalando a Decimus con el gladio — ha hablado bien y no dudo de que lo que dice es cierto. Pero esa no es la cuestión, pues nuestras órdenes eran claras. Debíamos apresar a estos hombres y ejecutarlos en el acto. Lo que sea que hayan hecho, o quienquiera que les diera las órdenes, es irrelevante,

pues cuando recibimos una instrucción de un mando superior, la cumplimos sin rechistar. Si no lo hiciéramos, nos debilitaríamos, nuestras filas se desmoronarían y la propia Roma estaría en peligro. —Hizo una pausa y miró a Decimus—. Pero hoy —continuó—, hemos escuchado a un hombre al que considero uno de los más grandes legionarios que jamás hayan salido de Roma. Fue, y sospecho que sigue siendo, un guerrero temible del que todavía se habla alrededor de las hogueras de todo el imperio, y su palabra es tan sólida como el gladio que pende de mi cinto. Así que digo esto: si así lo deseáis, y solo en esta ocasión, pospondré su ejecución hasta que comparezcan ante el legado en Oppidum Ubiorum. Si aun así los condenan, los mataré yo mismo, junto con Decimus Valerius Maximus por defenderlos. Si no estáis de acuerdo, entonces los mataremos ahora mismo. Así pues, os lo preguntaré una sola vez. Si la palabra es «sí», vivirán un día más. Sin embargo, si una sola voz grita «no», este campo se teñirá con su sangre. Y bien, ¿qué decís? Todos los que digáis «sí», hablad ahora.

Un estruendoso clamor de «sí» resonó por todo el campo y se adentró en los bosques. Crassus miró a su alrededor mientras el ruido se apagaba, y su mirada se posó finalmente en el hombre junto al que había servido durante la mayor parte de su carrera militar. Decimus le sostuvo la mirada, con una extraña calma en los ojos. Fuera cual fuera su destino, estaba dispuesto a aceptarlo con honor y disciplina.

—Los que digáis «no» —gritó Crassus sin apartar la mirada—, hablad ahora. —Contempló a los hombres reunidos mientras un velo de silencio caía sobre ellos. Ni una simple tos surgió de las filas apiñadas; la votación fue abrumadora.

—La decisión está tomada —gritó Crassus—. Preparaos para marchar. Regresamos al fuerte.

Mientras los hombres se daban la vuelta para volver a formar las columnas de marcha, Séneca se dirigió a Decimus.

—Por los dioses —dijo—, no tengo ni idea de cómo o por qué estás aquí, pero de no ser por ti, estaríamos todos muertos.

—Todavía no estáis a salvo —dijo Decimus en voz baja—. Aún tienes que convencer al legado de que mereces vivir, y eso va a ser

más difícil de lo que crees. ¿Dónde están los otros?

—Han tomado una ruta diferente —dijo Séneca—. ¿Cómo sabes de nosotros?

—Me ha enviado Lépido —dijo Decimus—. Parece que el senador Uber se ha metido en un buen lío y la única forma de salir de él es que tú y tus hombres desaparezcáis. El único problema es que el legado de esta legión no es otro que su hermano y es cómplice en todo lo que hace Uber. Tenemos que pensar en una manera de convencerlo para que te deje vivir. O eso, o escapar e intentar volver con Lépido, pero eso ahora es muy improbable.

—Creo que lo primero podría ser factible —dijo Séneca—. Tengo algo que él querrá.

—Sea lo que sea —dijo Decimus—, tiene que ser algo tan importante como para que esté dispuesto a ir en contra de su hermano.

—Oh, lo es —dijo Séneca—, y cuando descubra lo que sabemos, vendería a toda su familia por las recompensas que podría obtener.

—Espero que tengas razón, Séneca —dijo Decimus—, o estamos todos muertos.

Capítulo Treinta
Roma

Lucilla y Lepidus paseaban del brazo por su jardín, saboreando el atardecer mientras el sol se ocultaba tras las siete colinas de Roma. Los niños ya dormían profundamente y, tras disfrutar de una comida sencilla pero deliciosa, se deleitaban con la mutua compañía, inseguros pero ligeramente emocionados por los cambios que estaban a punto de suceder en sus vidas.

En los últimos días, Lepidus había sido convocado desde su puesto en el sur de la Galia para asistir a un subcomité del Senado y, aunque al principio la citación lo había puesto nervioso, su inquietud había resultado infundada. Le informaron de que, tras sus extraordinarios servicios a Roma, el emperador lo había designado para un cargo senatorial, y el nombramiento había sido finalmente ratificado por una sesión plenaria del Senado apenas unos días antes.

Ahora, a solo unas semanas de la ceremonia de investidura, pasaba unos días en casa antes de regresar a la Galia por última vez para entregar el mando de la legión a su sucesor, aún por nombrar.

—Estoy muy orgullosa de ti, Lepidus —dijo Lucilla mientras caminaban—, como lo está mi padre. Y sé que ha sido tu ambición desde hace mucho tiempo alcanzar tales cotas, pero no puedo evitar sentir que algo va mal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lepidus.

—Desde que te enteraste de este nombramiento, parece que las cargas sobre ti han aumentado. ¿Acaso ya no es un camino que deseas recorrer?

—Por supuesto que quiero el cargo —dijo Lepidus—. Es solo que hay tanta diferencia entre la vida diaria en el Foro y la vida diaria en una fortaleza legionaria que me cuesta encontrar comparación. Tal como están las cosas, tomo decisiones sobre la vida y la muerte de hombres con los que trabajo a diario. Veo su miedo, celebro sus éxitos, lloro sus pérdidas. Comemos la misma

comida, repetimos las historias de batallas libradas antes de que naciéramos y respiramos el mismo humo de leña. Es una vida maravillosa, satisfactoria y, a la vez, aterradora, y he llegado a amar cada instante. Cuando finalmente deje todo eso atrás, entraré en un mundo de reluciente mármol, imponente granito e inmaculadas togas. Mi día estará lleno de una administración interminable, tratos y contratos secretos, y maniobras políticas a puerta cerrada donde hasta los espías son espiados. Admito que, de joven, la idea de ejercer tanto poder era una droga que ansiaba mucho más que el vino más dulce, pero ahora que he saboreado el poder real, manteniendo las puertas de Roma a salvo de aquellos que querrían hacerle daño, he de admitir que, de las dos, la vida como legado es quizás la mejor cosecha.

—Creo que eres injusto contigo mismo —dijo Lucilla mientras se sentaban en el banco de la ladera inferior del jardín—. Tu experiencia como legado sin duda reforzará tu posición a la hora de tratar con esos hombres de togas impecables y miradas recelosas. Sé que no tolerarás a los necios y no me cabe duda de que, en cuanto te asientes en tu cargo, te ganarás su respeto y admiración. Has nacido para este puesto, Lepidus, y Roma será un lugar aún más seguro cuando estés involucrado en su futuro político. —Le apretó el brazo—. Además, estoy deseando tenerte en casa todas las noches, sobre todo si llevas una de esas togas impecables de las que hablas.

Lepidus sonrió. A pesar del pavor que le producía dejar su vida militar, tuvo que admitir que la idea de estar en casa con su familia era sumamente atractiva. Durante las horas siguientes, disfrutaron de la cálida noche romana hasta que, finalmente, cuando llegó la hora de retirarse, Lucilla se adelantó hacia el dormitorio mientras Lepidus terminaba su copa de vino caliente bajo el límpido cielo estrellado. Se recostó, recordando todos los buenos momentos que había pasado con la legión. Las batallas, las victorias, incluso las derrotas, pues aunque estas últimas habían sido pocas, todas habían contribuido a convertirlo en el hombre que era. Ahora, con la siguiente fase de su vida planeada en el corazón de Roma, al menos

estaría a salvo de una lanza enemiga o de las muchas enfermedades que a menudo acompañaban cualquier campaña en territorio hostil.

Mientras disfrutaba del silencio, unos fuertes golpes en la puerta principal de su villa lo devolvieron bruscamente a la realidad y, con el ceño fruncido por la preocupación, entró en la casa. Uno de los sirvientes abrió la puerta y, en cuanto esta se entornó, dos legionarios de gran envergadura entraron a la fuerza y se apostaron a cada lado del atrio. Detrás de ellos, fuera de la puerta, Lépido pudo ver a varios más y supo, por el diseño de su uniforme militar de gala, que eran miembros de la élite de la Guardia Pretoriana.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Qué quieren?

Los dos legionarios no respondieron, pero instantes después entró un tercer soldado que desenrollaba un pergamino.

—Quinto Marcio Lépido —dijo, leyendo el documento—, legado de la Legio III Gallica. Por orden del prefecto del pretorio, se le acusa de *crimen maiestatis*, a saber, que ha conspirado activamente contra los intereses del imperio y la seguridad del propio emperador. Queda usted detenido hasta que pueda ser juzgado por sus pares en un tribunal imperial y, de ser declarado culpable, será conducido desde allí a un lugar de castigo adecuado. —El mensajero bajó el pergamino y miró a Lépido.

—No lo entiendo —dijo Lépido—. Seguramente se equivoca usted. No he hecho tal cosa. Si lo hubiera hecho, ¿por qué me habría llamado el propio emperador a Roma para ocupar un escaño en el Senado? No tiene ningún sentido.

—Legado Lépido —dijo el soldado, con voz menos formal—. Conozco su historial y su servicio a Roma y no me complace en absoluto hacer esto, pero estos cargos han sido presentados por la más alta instancia y no tengo más opción que ponerlo bajo custodia. Supongo que accederá de una manera acorde a su rango, pero, de no ser así, no se equivoque, vendrá con nosotros esta noche. Si es necesario, a punta de gladio.

Durante unos instantes, Lépido se quedó mirando fijamente al hombre, sabiendo que era inútil seguir discutiendo. Se giró y vio a su esposa a mitad de la sinuosa escalera de mármol, con los brazos rodeando protectoramente a sus dos hijos asustados, y supo que,

por el bien de ellos, no podía empeorar más la situación. Se volvió de nuevo hacia el oficial pretoriano.

—Vendré pacíficamente —dijo— y aclararé esto de una manera sensata, pero ¿puedo despedirme primero de mi familia?

El guardia asintió y Lépido se acercó a la escalera mientras su esposa y sus hijos bajaban a toda prisa para abrazarlo.

—No os preocupéis —dijo con una risa fingida—, estos hombres han cometido un error y, en cuanto les explique lo que ha pasado, me dejarán volver a casa, y mañana, cuando el sol esté alto, iremos al mar a nadar con los peces. ¿Os gustaría?

Ambos niños asintieron y Lépido se levantó y se volvió hacia su esposa.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella, con la voz cargada de preocupación—. ¿Adónde te llevan?

—No tengo ni idea —dijo Lépido—, pero en cuanto lo sepa, te avisaré.

—Pero esos cargos de los que hablan, ¿sabes algo de eso?

—Lucilla —dijo Lépido—, si hubiera algo de verdad en todo esto, nunca me habrían ofrecido el puesto de senador. Sea lo que sea, apesta a interferencia y sabotaje, y ya me hago una idea de quién puede estar detrás.

—Legado —le llamó una voz a su espalda—, es hora de irse.

—Lucilla —dijo, esta vez en un susurro—, si no tienes noticias mías en siete días, necesito que hagas algo. Debajo del busto de Julio César encontrarás una dirección. Si no regreso, alguien allí podrá ayudarte.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lucilla.

—Ahora no hay tiempo para hablar —dijo Lépido—. Pero no te fíes de nadie. Si esto es lo que creo que es, puede que esta sea mi única esperanza.

Uno de los soldados se acercó y posó una mano pesada sobre el hombro de Lépido.

—Es hora de irse —dijo. Y, ante la mirada de su familia, se llevaron a Lépido, escoltado fuera de su propia casa por una unidad de élite de la Guardia Pretoriana.

De vuelta en la casa, Lucilla se sentó en la escalera, llorando en silencio mientras los sirvientes volvían a subir a los niños a sus lechos. Pasados unos instantes, se incorporó, se secó las lágrimas con la tela del vestido y respiró hondo. Lo que su marido acababa de decir no tenía ningún sentido, pero de ningún modo iba a esperar siete días para ver qué opciones tenía. Se puso de pie y se dirigió al *tablinum*, la estancia que su marido usaba como despacho cuando estaba en casa.

Una vez dentro, se acercó al escritorio y se detuvo ante el busto de mármol de Julio César, el hombre al que Lépido admiraba por encima de todos. Lo agarró con fuerza e intentó levantarlo, pero la estatua pesaba demasiado y, en un arrebato de frustración, la tiró al suelo, haciendo que la cabeza del busto se rompiera en varios pedazos. Buscó la nota sobre la mesa, pero no había nada, como tampoco había nada en el suelo. Dio un puñetazo al escritorio, frustrada, antes de calmarse y darse cuenta del terrible desastre que acababa de provocar.

Se dejó caer de rodillas y empezó a recoger los trozos, pero al hacerlo, se percató de algo que la hizo detenerse. El resto del adorno era de mármol de gran calidad, pero por debajo, en el centro de la base, había una estrecha franja oblonga de yeso basto, como si rellenara un hueco. Recorrió el escritorio con la mirada hasta que sus ojos se posaron en una miniatura de *gladius* que su marido usaba como abrecartas. Tras cogerlo, clavó la punta en el yeso basto, complacida al ver que se desprendía con facilidad. Aumentando su esfuerzo, no tardó en dejar al descubierto un rollo de cuero que anidaba en la cavidad inferior. Sacó el rollo y, arrojando el abrecartas a un lado, se recostó en la silla de su marido para abrirlo. Dentro encontró una nota escrita a mano y, en ella, una única frase: «Aníbal - El Toro sin Cuernos - Aquae Tarbellicae».

Lucilla se recostó en la silla, conmocionada. Hacía apenas unas horas, había estado hablando con su marido de un futuro brillante para ella y su familia. Ahora, menos de unos minutos después de ver cómo las autoridades se lo llevaban, estaba sentada a solas, preguntándose con quién se había casado en realidad. Finalmente, dobló la nota, la ocultó entre sus ropas y subió a

reunirse con sus hijos, dejando tras de sí los restos del busto de Julio César esparcidos por el suelo.

Capítulo Treinta y Uno
Oppidum Ubiorum

Los tres miembros del Occultum estaban sentados en una habitación cerrada con llave dentro del fuerte legionario, esperando a que alguien viniera. Llevaban varias horas confinados y, aunque se les había privado de su libertad, al menos les habían dado de comer y de beber.

Raven dormía hecho un ovillo en un rincón. Sus heridas no revestían gravedad, pero había perdido mucha sangre. Séneca y Marcus estaban sentados en el suelo, uno frente al otro y con la espalda contra la pared, picoteando los restos de las raciones básicas que les había proporcionado uno de los guardias.

—¿Crees que se pondrá bien? —preguntó Marcus, señalando a Raven con la cabeza.

—Las he visto peores —respondió Séneca—. Pero esas heridas necesitan que las venden. Si recibe la atención de un *medicus*, junto con buena comida y mucho descanso, debería recuperarse.

—¿Y tú? —preguntó Marcus, señalando con un gesto la sangre seca en la túnica del tribuno.

—Nada que no pueda esperar —dijo Séneca.

El silencio se apoderó de la estancia durante unos instantes antes de que Marcus volviera a hablar.

—Séneca —dijo—, ¿en qué estoy metido exactamente? Sé que tienes experiencia como *explorator*, pero yo también he servido en una unidad de *exploratores*, y esto es mucho más que eso. Creo que ya es hora de que seas sincero conmigo y me digas de qué va todo esto.

Séneca se quedó mirando al centurión unos instantes, sopesando cuánto revelarle. Desde que desertó del birreme, Marcus se había convertido en una valiosa pieza del equipo: contribuía cuando sus habilidades eran pertinentes, se mordía la lengua cuando no lo eran y aprendía con rapidez cuando le enseñaban nuevas

técnicas. Pero, lo que era más importante, a la hora de afrontar el peligro, había derramado su sangre para proteger a sus nuevos hermanos. Lo único que aún no se había puesto a prueba era su entereza ante la adversidad. Séneca sabía que los secretos que él y sus hombres albergaban eran codiciados por muchos, tanto bárbaros como romanos. Confiaba su vida a todos y cada uno de ellos y sabía que, aunque los torturaran, preferirían morir antes que delatar a un camarada. La pregunta era si Marcus poseía esa misma fortaleza interior. Pero como nada de lo que el centurión había dicho o hecho desde que abandonaron la nave le había dado a Séneca motivo alguno de preocupación, decidió seguir su instinto inicial.

—Tienes razón —dijo finalmente—, y mereces saber más. Podríamos estar muertos en cuestión de horas, y sería una desgracia que murieras sin saber por quién o por qué luchabas. Haz tus preguntas, Marcus, y te las responderé con la mayor sinceridad posible.

—Bueno —dijo Marcus—, creo que conozco a la mayoría de los hombres individualmente, pero ¿y vosotros como unidad? ¿Sois *exploratores*, *speculatores*, qué?

—Se podría decir que ambas cosas —respondió Séneca—. Algunos dirían que ninguna. Mi último destino fue como comandante de una unidad de *exploratores* a las órdenes del legado Lépido en la Legio III Gallica. Hace unos años, ocurrió algo que requirió una operación especial en lo más profundo de las líneas enemigas. Exigía un secretismo absoluto, hasta el punto de poder negarlo todo, y como Lépido y yo habíamos forjado un fuerte vínculo de confianza, me propuso que me encargara de la misión.

—¿Qué fue? —preguntó Marcus.

—El asesinato de un senador romano —dijo Séneca.

Marcus se quedó estupefacto, con los ojos como platos por la sorpresa.

—¿Asesinasteis a un senador romano? —preguntó en voz baja, todavía conmocionado por la revelación.

—Así es —dijo Séneca—. Pero con una causa justificada.

—¿Qué pudo haber hecho que justificara su asesinato?

—Había huido a Constantinopla con una fortuna en oro, impuestos pagados por los helvecios, que había escondido para su propio uso. En aquel momento, sus acciones se desconocían y la legión castigó a los helvecios por no pagar el tributo. Cuando no creyeron sus protestas, los helvecios se alzaron contra nosotros. Murieron muchos hombres en ambos bandos y, para cuando la verdad salió a la luz, el responsable ya estaba muy lejos.

—Entonces, ¿os enviaron a encontrarlo?

—Así fue, a mí y a un puñado de hombres, de los cuales ninguno sigue con vida. Lo encontramos en un recinto fortificado cerca de Constantinopla, rodeado de lujos y de su propio pequeño ejército de guardias. Se creía a salvo, pero se equivocaba.

—¿Y lo matasteis?

—Lo hicimos.

—¿Cómo?

—Los detalles no son importantes, pero para cuando encontraron su cuerpo en la cama, ya estábamos en un barco esperando para zarpar de vuelta a Roma.

—¿Y el oro?

—Nunca fue por el oro —dijo Séneca—. Se trataba de vengar a todos aquellos legionarios que habían muerto innecesariamente como resultado directo de su traición. Cuando regresamos, nos dimos cuenta de la utilidad de una unidad tan letal, pero como Roma no tenía un equivalente oficial, Lépido decidió mantener nuestra existencia en secreto. Cada hombre juró guardar el secreto y regresó a su unidad, pero no pasó mucho tiempo antes de que volvieran a requerirse nuestros servicios. En poco tiempo, dejó de ser práctico regresar después de cada misión, así que Lépido urdió toda clase de tapaderas para que pudiéramos permanecer juntos de forma más permanente. Algunos hombres fueron transferidos a otras unidades, pero nunca llegaron. Algunos desaparecieron convenientemente mientras patrullaban y fueron registrados como fallecidos o desaparecidos en combate, mientras que otros fueron reclutados de las cárceles u otros lugares parecidos, dependiendo de sus habilidades. Falco es un buen ejemplo. Fuese cual fuese el motivo, una vez que estaban con nosotros, ya no podían volver a sus

unidades anteriores, y el único que todavía figura en el registro de la legión soy yo.

—Pero algunos de estos hombres nunca han servido en una legión —dijo Marcus.

—Estás en lo cierto —dijo Séneca—, pero como has visto, cada uno posee habilidades muy especiales, y no consideré que su procedencia fuera un obstáculo para servir junto a nosotros.

—¿Ha habido alguno que no encajara con este modo de vida tan poco convencional?

—Hubo uno —dijo Séneca—. Era un amante del vino y de la cerveza, y cuando se hartaba de cualquiera de las dos, le encantaba alardear de sus hazañas por los burdeles y las *tabernae*. Por lo demás, era un buen hombre, así que fue una lástima que tuviera que irse.

—¿Qué le pasó?

—Lo asfixié mientras dormía —dijo Séneca sin el más mínimo atisbo de remordimiento o culpa—. Haría lo mismo contigo en un instante si sospechara algo parecido.

—¿Reciben tus hombres una paga?

—No de la manera a la que estás acostumbrado —dijo Séneca —, pero no les falta de nada.

—¿Y pueden irse alguna vez?

—Con el tiempo, sí, y siempre que se hayan ganado la confianza de todos los demás hombres de la unidad, se marchan siendo hombres ricos. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te mueve la idea de la riqueza?

—No —dijo Marcus—, y no hago planes de futuro, pues creo que no lo hay para un hombre como yo. Fui centurión y no conozco otra vida que no sea empuñar un gladius, así que, cuando me lo arrebataron, no me quedó ningún otro camino que seguir.

—Bueno, pues ahora tienes uno —dijo Séneca—, si, por supuesto, sobrevivimos a este día y decides quedarte con nosotros.

—Hasta este momento —dijo Marcus—, me he estado haciendo la misma pregunta. Todo lo que he presenciado estas últimas semanas ha tenido como telón de fondo un velo de secretismo. Es una vida sin certezas y, ciertamente, una que podría

matarte en un instante, pero también es una vida con sentido y la camaradería que todos los soldados anhelan. Si mi corazón sigue latiendo al final de este día, entonces cabalgaré con orgullo como parte de vuestros *exploratores*.

—Nosotros no nos llamamos así —dijo Séneca—, pues somos mucho más que *exploratores* y, a la vez, mucho menos. Somos los ocultos, invisibles para los que ostentan el poder, escondidos a los ojos tanto de amigos como de enemigos. Somos los Occultum, Marcus, los guardianes a las puertas de Roma, las sombras que no existen, y desde este momento, tú también lo eres.

Marcus asintió en silencio, satisfecha su curiosidad, y al caer la oscuridad fuera, el agotamiento se apoderó de él y se tumbó en el duro suelo para caer en un sueño profundo y sin ensueños.

Unas horas más tarde, con la noche ya mediada, los tres hombres se incorporaron, parpadeando en la oscuridad. Un guardia estaba en la puerta, sosteniendo una lámpara.

—¿Quién de ustedes está al mando? —preguntó.

—Soy yo —dijo Séneca, poniéndose en pie.

—Venga conmigo —dijo el guardia—. Los otros dos deben quedarse aquí.

Séneca miró a Marcus antes de seguir al guardia fuera de su celda improvisada. La hora era extraña, pues era plena noche, y ambos sabían que era el momento predilecto para quienes decidían llevar a cabo acciones letales contra sus enemigos.

—Cúbrete las espaldas —le gritó Marcus, pero la puerta ya se había cerrado de un portazo y el estrépito del pesado cerrojo al ser echado resonó por la estancia. Con un suspiro de frustración, Marcus volvió a apoyarse en la pared, con el sueño ya desvanecido por completo.

Séneca y el guardia salieron del edificio, cruzaron el patio de armas y entraron en el pretorio. Decimus esperaba de pie junto a la puerta y se unió al tribuno cuando lo hicieron pasar.

Crassus se encontraba apostado contra la pared del fondo, completamente armado y listo para reaccionar si la reunión salía

mal, y a su lado estaba el prefecto del campamento, que miraba a Séneca con un desprecio mal disimulado. Al otro extremo de la sala, otro hombre estaba de pie detrás de un escritorio; obviamente, el legado responsable de sentenciarlo a muerte.

—Legado Secundus, gracias por atender mi petición.

—No me dé todavía las gracias —dijo Secundus—. Sigue usted siendo un condenado y, francamente, dudo que nada de lo que diga vaya a cambiar ese destino. Siéntese.

El guardia salió de la estancia y Séneca se acomodó en la silla mientras el legado tomaba asiento al otro lado de la mesa.

—Usted también, Decimus —dijo el legado—. Pues también tiene que responder por sus actos.

Decimus se sentó junto a Secundus y el silencio se hizo una vez más.

—Así que... —prosiguió Secundus al cabo de un rato—. He oído que tienen algo que decir que podría salvar sus miserables pescuezos. Bien, soy todo oídos.

Capítulo Treinta y Dos
Germania Inferior

Talorcan y los tres hombres que quedaban del Occultum habían avanzado a buen ritmo, abriéndose paso hacia el sur a través del denso bosque. De vez en cuando, los atisbos de sol que se abrían paso a través del dosel arbóreo les permitían mantener el rumbo, guiándolos siempre hacia el oeste, en dirección al río. El curso meándrico del río garantizaba que acabarían por encontrarlo, pero Talorcan sabía que debían cruzarlo cuanto antes; solo entonces podrían considerarse relativamente a salvo.

Al caer el crepúsculo, las sombras del bosque se alargaron y los peligros de la noche comenzaron a cernirse. Pocos hombres se atrevían a permanecer desprotegidos en un bosque así después del anochecer, y la mayoría buscaría cobijo o encendería una hoguera antes de que cayera la noche. Pero con los queruscos a solo unas horas de distancia, no tenían más remedio que seguir adelante.

Juntaron filas, moviéndose casi al alcance de la mano los unos de los otros, desesperados por no perder el contacto con el que iba delante. La marcha implacable a través del bosque se volvió monótona y agotadora; la frustración crecía a cada paso mientras las ramas bajas les arañaban la cara y sus pies empapados se arrugaban y dolían, un dolor que afectaba a su capacidad para caminar. El agotamiento hizo mella y cada pocos cientos de pasos se veían obligados a detenerse para recuperar el aliento e intentar calmar sus doloridos músculos.

Mediada la noche, se detuvieron de nuevo y se desplomaron en el suelo en un pequeño claro entre los árboles. Durante varios minutos, el único sonido fue el de su respiración fatigosa, pero a medida que recuperaban las pocas fuerzas que les quedaban, un nuevo sonido llegó a sus oídos, transportado por el viento a través de la inmensidad del bosque.

—Escuchad —dijo Sica en voz baja—. ¿Oís eso?

—Oigo algo —respondió Falco—. ¿Qué es?

—Es el sonido de agua corriente —dijo Talorcan, con la voz teñida de un sordo alivio—. Estamos cerca del río.

Con renovado vigor, se pusieron en pie con dificultad y continuaron hacia el oeste. El sonido del agua se hizo más fuerte a medida que se acercaban, pero también lo hizo la preocupación de Talorcan. Pocos minutos después, salieron de entre los árboles a la orilla del río y vieron que sus temores estaban justificados. Ante ellos, iluminado por la luz de la luna, se extendía el río de corriente rápida, crecido por la tormenta de la noche anterior. Talorcan cayó de rodillas, con la mirada fija en las aguas turbulentas, sabiendo que no había forma de cruzar hasta que el agua amainara, un proceso que podría llevar días.

—No hay forma de que podamos cruzar eso —dijo Falco, negando con la cabeza—. No llegaríamos ni a la mitad. Brennus, tu gente está especializada en este tipo de cosas, ¿qué opinas?

Brennus se quedó mirando el río, mientras sus pensamientos se arremolinaban. No era exactamente un torrente, pero la corriente era fuerte. Su unidad especializada de los auxiliares había llevado a cabo a menudo cruces de ríos, pero sabía que este superaba sus capacidades actuales. El río, que habían imaginado como su salvación, se había convertido ahora en un obstáculo formidable.

—Tienes razón —dijo Brennus finalmente—. El agua fluye mucho más rápido de lo habitual. Aunque parezca engañosamente lenta, tiene tanto profundidad como fuerza. Podría haber rocas bajo la superficie y la corriente nos estrellaría contra ellas. La única forma de cruzar por aquí es esperar a que el agua amaine.

—Puede que haya otra opción —intervino Talorcan—. He oído hablar de un paso militar en algún lugar cercano. Podría estar río arriba o río abajo, no lo sé, pero podría merecer la pena intentarlo.

—Si hay un paso, ¿por qué lo mencionas ahora? —preguntó Falco, con la frustración asomando en su voz.

—No será un puente —explicó Talorcan—. Debido al número de naves que surcan el río, es probable que sea una estructura provisional, controlada por al menos una centuria de legionarios. Y sé que queríais evitar cualquier posición romana.

—¿Por qué íbamos a tener una centuria de hombres aquí, en mitad de la nada? —preguntó Falco, perplejo.

Sica soltó una risa ahogada y negó con la cabeza mientras se apoyaba en un árbol cercano.

—¿Qué es tan gracioso? —inquirió Falco, cada vez más irritado—. ¿Te parecen divertidas mis preguntas?

—No son tus preguntas —dijo Sica con un suspiro—. Es solo que, en todo este tiempo, a ninguno de nosotros se nos había ocurrido pensar en el Limes Germanicus.

—¿El Limes? —preguntó Talorcan—. ¿Qué es?

—Una larga línea de fortalezas, asentamientos y posiciones fortificadas interconectadas a lo largo de la orilla occidental del Rin —explicó Sica—. Cada una de ellas está conectada por buenas calzadas y patrullada con regularidad por unidades de caballería o legionarios. Se extiende desde el Mare Germanicum, en el norte, hasta Ratisbona, doscientas cincuenta leguas al sur. El Limes está fuertemente defendido y, aunque las legiones suelen hacer campaña al otro lado del río, en esencia marca el límite oriental reconocido del imperio en Germania.

—Entonces, ¿por qué es un problema? —preguntó Falco—. Sé que se supone que debemos evitar a la autoridad, pero seguro que estamos todos en el mismo bando. ¿No podríamos simplemente decirles que nos hemos perdido e intentar escabullirnos una vez que estemos en la otra orilla?

—Falco, míranos —dijo Sica, señalando a su desaliñado grupo —. Tú eres el único que parece remotamente romano. Los demás somos un bátavo, un celta y un sirio. En cuanto nos vean, nos detendrán como posibles espías. No, tenemos que pensar en otra cosa.

—Estoy de acuerdo —dijo Brennus—, pero no descartemos el cruce hasta que lo hayamos visto con nuestros propios ojos. Podría no tener vigilancia. No lo sabremos hasta que lo comprobemos.

—Si es lo que deseáis —dijo Talorcan—, sugiero que nos separemos en dos grupos. Uno río arriba y el otro río abajo. Con suerte, alguien encontrará el cruce y nos reuniremos aquí al alba para decidir los siguientes pasos.

—¿Y si no lo encontramos? —preguntó Falco.

—Entonces tendremos que idear otro plan —dijo Brennus—. Pero una cosa es segura: no podemos quedarnos en esta orilla del río ni un minuto más. Venga, separémonos y encontremos ese maldito cruce.

Pocos minutos después, los dos grupos de hombres partieron en direcciones opuestas: Falco y Sica hacia el norte, y Brennus y Talorcan hacia el sur. A pesar de sus heridas y del agotamiento, se esforzaron al máximo, sabiendo que el alba y los queruscos se acercaban con rapidez.

Poco más de una hora después, una legua río abajo, Brennus y Talorcan yacían ocultos entre los arbustos del lindero del bosque, observando un pequeño asentamiento en la otra orilla del río. A la primera luz del alba, pudieron ver volutas de humo que ascendían en espiral desde los tejados cónicos de las cabañas de madera. Más allá del poblado, vieron las reveladoras murallas de madera de un fuerte romano lejano, con centinelas apenas visibles sobre las empalizadas.

En este punto, el río era más ancho y la corriente más lenta, pero lo que les llamó la atención fueron los dos embarcaderos que se extendían el uno hacia el otro desde orillas opuestas. A primera vista, pensaron que los embarcaderos formaban un puente, pero a medida que la luz mejoraba, vieron que había un hueco en el centro, demasiado ancho para saltarlo.

—¿Por qué harían eso? —preguntó Talorcan en voz baja—. No tiene sentido.

—Tiene todo el sentido —replicó Brennus—. Necesitan dejar un canal en el centro para los barcos de suministros que navegan río abajo desde Germania Superior, pero si necesitan cruzar el río, pueden colocar tablones adicionales para que sus soldados puedan marchar por encima.

—Eso sigue sin ayudarnos —dijo Talorcan—. No podemos saltar ese hueco y la corriente todavía es demasiado fuerte como para cruzar a nado.

Brennus miró río abajo, donde vio varias cabañas aisladas y un bote de pesca dañado por la tormenta, varado entre los árboles.

—Ya he pensado en eso —dijo Talorcan, siguiendo la mirada de Brennus—. Llevaría demasiado tiempo repararlo.

—No me interesa el bote —replicó Brennus—. Pero sí, tal vez, lo que hay en su interior. Venid, creo que tengo un plan.

Unas horas más tarde, los cuatro hombres se reagruparon para analizar con detenimiento la idea de Brennus. El plan estaba plagado de peligros, pero era la única opción que les quedaba. Aún conservaban sus cuchillos y trabajaron con diligencia para desenredar y cortar la vieja red de pesca que Brennus había encontrado en el bote, creando un gran montón de cuerdas finas. Ninguna de las cuerdas era lo bastante larga para su propósito, así que se pusieron a atar los trozos unos con otros para hacer una sola soga, fina pero relativamente resistente.

—Con esto bastará —dijo Brennus, tirando de los dos lados de un nudo para comprobar su resistencia—. Ahora, solo tenemos que esperar a que anochezca.

Abandonaron su posición sobre el río y encontraron una espesura bajo la que guarecerse para descansar un poco. La falta de comida empezaba a ser un problema grave y, mientras los demás intentaban dormir, Talorcan se escabulló en el bosque, decidido a encontrar algo que comer.

Capítulo Treinta y Tres
Oppidum Ubiorum

Séneca estaba sentado a la mesa, con la mirada fija en el legado, preguntándose por dónde empezar y cuánto revelar. Décimo ya le había informado de que Secundo había ordenado sus muertes para eliminar cualquier vínculo con su hermano en Roma, pero las razones exactas de una acción tan drástica seguían sin estar claras. No obstante, Séneca sabía que tenía que pensar rápido y ofrecer al legado algo tan valioso que les permitiera marcharse.

—Estoy esperando —dijo el legado.

—Mis disculpas —respondió Séneca—. Pero, antes de empezar, me preguntaba qué sucede aquí realmente y por qué me enfrento a la muerte por hacer mi trabajo. Seguramente usted tiene aquí sus propias unidades de *exploratores*, así que comprenderá por qué debemos guardarnos los detalles para nosotros.

—En efecto, tenemos *exploratores* —dijo Secundo—, pero están ustedes operando tan lejos de su legión que es imposible verificar si una sola palabra de lo que dicen es cierta. Por lo que a mí respecta, podrían ser desertores al servicio de nuestros enemigos, revelando secretos a cambio de riquezas.

—Eso es ridículo —intervino Décimo—. He servido junto a este hombre y sé que preferiría morir antes que traicionar a Roma.

—No creo que esté usted en posición de hablar —dijo Secundo— y, además, en lo que a mí concierne, la culpabilidad de este hombre ya ha sido demostrada por otros, y no tengo que justificar mis actos ante usted ni ante nadie. Es más, he recibido una orden confirmada del Senado para llevar a cabo las ejecuciones.

—Su hermano —intervino Séneca.

—¿Cómo dice? —espetó Secundo, volviendo su atención a Séneca.

—Las órdenes que ha recibido eran del senador Lucius Gabinius Umber, y si no me equivoco, *domine*, él es su hermano.

Secundo se quedó desconcertado, sorprendido de que aquel hombre estuviera en posesión de tal información.

—Parece que está usted bien informado —dijo, recuperando rápidamente la compostura—, pero no le veo relevancia alguna a ese hecho. Mi hermano es senador y, por ende, actúa en nombre del emperador. Lo único que debe discutirse aquí es por qué debería yo contravenir esas órdenes y arriesgarme a un castigo imperial.

—*Domine* —dijo Séneca—, la única razón por la que menciono el hecho es porque creo que debemos ser sinceros el uno con el otro. Sí, soy plenamente consciente de que su contacto en el Senado es su hermano, pero también soy consciente de que, por sus propias razones, él cree que su familia puede correr peligro si el emperador descubre nuestra presencia aquí en Germania. Desconozco los detalles de sus preocupaciones y no tengo interés en averiguarlos. Sin embargo, seguro que puede ver que, por nuestra propia naturaleza, la idea de revelar a nadie, ni siquiera a otros miembros del Senado, ninguno de nuestros actos aquí en Germania va en contra de hasta la última fibra de nuestro ser. Vinimos aquí de buena fe en nombre de Roma, debido a las inquietudes expuestas por su hermano y, aunque el resultado no fue el que deseábamos, no hicimos nada malo y cumplimos nuestras órdenes lo mejor que supimos. Si nos deja marchar, le juro que ni una sola palabra de nuestra misión o de estas conversaciones posteriores saldrá jamás de nuestros labios. El secretismo es la esencia misma de nuestra existencia y está arraigado en el alma de cada hombre que responde a esta llamada. Así que, sea lo que sea lo que le preocupa a usted y a su hermano, morirá aquí mismo en esta sala.

—Es fácil decirlo —replicó Secundus—, pero los hombres como usted suelen pasar por malos momentos y luego recurrir al chantaje para conseguir dinero. Es un riesgo que no me puedo permitir.

—Puedo asegurarle que mis hombres estarán bien atendidos el resto de sus vidas —dijo Séneca—, de modo que nunca caerán en el grado de desesperación que usted describe. Pero si se trata de un asunto de dinero, entonces poseo información que podría convertirlo en el hombre más célebre y, por ende, en uno de los más ricos del

imperio. Si utiliza esta información con cuidado, veo las calles de Roma abarrotadas de ciudadanos mientras lo ven pasar a caballo en un triunfo sin igual. No son palabras vanas, *domine*, sino una predicción de lo que sin duda ocurrirá; tal es su importancia.

—Una afirmación interesante —dijo Secundus—. ¿Por qué no la comparte conmigo y me permite juzgar su trascendencia?

—Sabe que no puedo hacerlo —dijo Séneca—, pues es mi única baza.

—Entonces no hay trato —dijo Secundus—. ¿Acaso no lo ve?

Séneca se volvió hacia Decimus, consciente de que habían llegado a un punto muerto.

—Tienes que decírselo —dijo Decimus, y Séneca se giró de nuevo para encarar al legado.

—Si le digo lo que sé —dijo Séneca—, quiero algo a cambio.

—No me cabe duda —replicó Secundus—. Pero se lo repito: sin saber qué es lo que tiene que ofrecer, no puede haber trato.

—No puedo revelarlo todo —dijo Séneca—, al menos no por ahora, pero compartiré cierta información que, por sí sola, le dará una muestra de lo que sabemos.

—Continúe.

—Hemos sabido —dijo Séneca— que, a pesar de que Germánico afirmó haber rescatado a todos los prisioneros romanos que quedaban de Teutoburgo, todavía hay un gran número de ellos esclavizados no muy lejos de aquí. Sí, están envejeciendo, pero aun así son nuestros hermanos, y aguardan indefensos a que alguien regrese a rescatarlos. Imagine que esa persona fuera usted, *domine*. El prestigio y los aplausos que lloverían sobre su cabeza asegurarían que su nombre quedase registrado en los anales de la historia de Roma.

La mirada en los ojos de Secundus le indicó a Séneca que había tocado una fibra sensible, y continuó en la misma línea.

—No solo sabemos que esos hombres están vivos —dijo—, sino que también sabemos exactamente dónde se encuentran. Creo que una ofensiva cuidadosamente dirigida al este del Rin podría alcanzarlos fácilmente con un mínimo de bajas, lo que resultaría en su liberación y en que usted se convirtiera en un héroe de Roma.

Durante unos instantes, reinó el silencio mientras todos en la sala asimilaban la información. Era una revelación asombrosa, y la oportunidad de liberar a los soldados esclavizados sin duda haría que los poderes fácticos de Roma prestaran atención.

—¿Dónde están esos hombres? —preguntó Secundus.

—Lo sabrá a su debido tiempo —dijo Séneca—. Pero eso no es todo. Hay otro secreto aún mayor que este, pero antes de que pueda revelárselo, necesito saber si tenemos un trato.

De nuevo, se hizo el silencio, y ambos hombres se miraron fijamente a los ojos, cada uno buscando una debilidad, ninguno dispuesto a ser el primero en apartar la vista. Finalmente, Secundus habló.

—Que salgan todos —dijo, sin romper el contacto visual.

Al principio, nadie se movió, pues cada hombre estaba fascinado por la información que se estaba desvelando. Secundus miró a su alrededor y alzó la voz.

—Me habéis oído —dijo—. Ha sido una orden. Salid todos y cerrad la puerta al salir. Hablaré con este hombre a solas.

Décimo se puso en pie y, acompañado por los demás hombres de la estancia, abandonó el pretorio. Cuando se hubieron marchado, Secundo se volvió hacia Séneca.

—Parece usted un hombre muy astuto, tribuno —dijo—, y da la impresión de que me está ofreciendo algo muy interesante. Así que, ahora que estamos solos, hagamos lo que ha sugerido y seamos completamente sinceros el uno con el otro. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Es muy sencillo —dijo Séneca—. Si me libera a mí y a mis camaradas y suspende toda persecución, además de darme su palabra de que todo este lamentable embrollo terminará aquí, le diré todo lo que sé.

—¿Confiaría usted en mi palabra? —preguntó Secundo—. Me sorprende.

—A veces la confianza es lo único que tenemos —dijo Séneca —, y el hecho de que comande una legión sugiere que, en algún momento, debió de haber cierto nivel de honor en su interior. Solo espero que siga ahí.

—Estoy intrigado —dijo Secundo—. Pero, aunque le dé mi palabra y cerremos este trato, ¿qué le hace pensar que no ordenaré que lo maten de todos modos?

—Porque —dijo Séneca— hay otra persona que sabe lo que estoy a punto de decirle, y si no me reúno con ella en el plazo de un mes, irá al Senado y contará a todo el que quiera escucharla la información que estoy a punto de compartir. Para cuando llegue usted a Roma a reclamar los laureles, ya será de dominio público lo que ha sucedido aquí, y toda esa gloria recaerá sobre los hombros de otro.

—Muy astuto —dijo Secundo, recostándose en su silla mientras asimilaba toda la información.

—Muy bien —dijo al cabo de un rato, inclinándose de nuevo hacia delante—. Si esa información es tan buena como afirma, poco después de la medianoche de hoy, encontrará la puerta de su celda abierta y la estancia sin vigilancia. Habrá tres caballos esperándolos, y los guardias de la puerta mirarán hacia otro lado mientras abandonan el fuerte. Una vez que estén lejos de aquí, suspenderé toda persecución y no volveré a pensar en usted. Si mi hermano o cualquier otra persona pregunta, les diré que escapó y que no se le ha vuelto a ver. Ahora, si eso es aceptable, dígame lo que sabe y terminemos con esto aquí y ahora.

Séneca hizo una pausa y miró fijamente al legado. No tenía ni idea de si podía confiar en él, pero sabía que era el mejor trato que podía esperar.

—Que así sea —dijo, y, mientras el legado se inclinaba sobre la mesa con expectación, Séneca reveló la información que tenía el potencial de reverberar entre los muros de Roma.

—Legado Aulo Gabinio Secundo —dijo—, su nombre está a punto de pasar a la historia, pues mientras estábamos ahí fuera, en territorio enemigo, hicimos lo que el propio Germánico no pudo hacer. Descubrimos la ubicación de la última águila dorada de Varo.

Secundo miró a Séneca con el rostro inexpresivo. La noticia, de ser cierta, le cambiaría la vida, pero albergaba serias dudas.

—Eso es imposible —dijo—. Fue destruida cuando Germánico estaba en campaña contra los queruscos y los brúcteros.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Es de dominio público —dijo Secundo—. Germánico y sus hombres arrasaron todas las aldeas desde aquí hasta el río Weser. Se descubrieron las dos primeras águilas, así como a muchos prisioneros romanos, pero la última no se encontró por ninguna parte. Se perdió para siempre, probablemente enterrada en el fango o arrojada al río para evitar represalias.

—Ese nunca fue su destino —dijo Séneca—, y la razón por la que nunca se halló entre los brúcteros o los queruscos es que ninguna de esas tribus la tenía. Tampoco los marsos, los catos o los sicambros. Durante todo este tiempo, el águila ha estado en manos de los caucos y sigue allí, a menos de cincuenta leguas de donde nos encontramos.

—Los caucos no lucharon en Teutoburgo —dijo Secundus.

—Quizá no, pero no son amigos de Roma y siempre se han resistido a cualquiera de nuestras campañas al otro lado del Rin. ¿Quién puede asegurar que no la obtuvieron de una de las otras tribus o que simplemente la recogieron tras la batalla? Sea cual sea la razón, ahora está en su poder, y usted, legado, se encuentra en una posición inmejorable para recuperarla.

—¿Y cómo puede estar tan seguro de que esa información es correcta?

—Porque, ¿por qué un moribundo que había pasado la mayor parte de su vida bajo el yugo de la esclavitud, un anciano legionario que conocía la importancia del águila para Roma y sus camaradas, iba a utilizar su último aliento para transmitir esa información? Se lo diré: porque fue su último acto de lealtad y desafío. Incluso entonces, en sus últimos momentos de vida antes de ir a reunirse con sus dioses, sabía que, al revelar su ubicación, su legado sería la destrucción de aquellos que lo habían esclavizado. Es exactamente lo que yo habría hecho.

De nuevo, la estancia quedó en silencio hasta que, por fin, Secundus se recostó y dejó escapar un profundo suspiro.

—Bien hecho, tribuno —dijo—. En contra de mis expectativas, me ha convencido. Tendrá lo que tanto desea, pero juro por el nombre de todos los dioses que conozco que, si revela esto a una sola alma fuera de esta sala o repite los detalles de este acuerdo a alguien con autoridad, lo cazaré y lo mataré yo mismo, aunque me lleve toda la vida.

—Entendido —dijo Séneca—. Entonces, ¿tenemos un trato?

—Lo tenemos —dijo Secundus—. Pero hay algo más que debemos hacer. —Se acercó a abrir la puerta—. ¡Prefecto Scipio! —llamó—. Venga y traiga los mapas que cubren el este del Rin.

Regresó para sentarse frente a Séneca y, unos instantes después, Scipio entró y desplegó un mapa de piel de ternero blanqueada sobre la mesa.

—Bien, tribuno Séneca —dijo Secundus, poniéndose en pie—. Me ha contado lo que sucedió; ahora muéstreme exactamente dónde encontraremos esa águila perdida.

Durante la siguiente hora, más o menos, Séneca le mostró al legado la ruta que habían tomado tras cruzar el Rin y describió el terreno donde habían encontrado al soldado moribundo. Entre ellos, utilizando sus propios conocimientos y la información que el legionario había impartido, los tres hombres determinaron la zona más probable en el mapa donde se encontraban los esclavos y, por asociación, la ubicación del águila perdida. Una vez hecho esto, el legado despidió a Séneca con otra promesa de que el trato alcanzado entre ellos sería respetado y, mientras la puerta se cerraba tras él, Scipio se volvió hacia su comandante.

—Esta es una oportunidad verdaderamente fantástica —dijo —, y una que resonará a través de los tiempos si logramos tener éxito.

—Oh, tendremos éxito —dijo Secundus—. Aunque tenga que destinar a la legión entera para conseguirlo. Mi única preocupación es si puedo confiar en que ese hombre mantendrá la boca cerrada.

—¿Quiere que los haga desaparecer?

—No podemos, pues tiene un camarada que lo revelará todo al Senado si no se reúnen pronto. A menos que se pueda silenciar a

ambos, siempre existirá el riesgo de que otros se atribuyan este descubrimiento antes de que podamos obtener el permiso que necesitamos del emperador.

—Entonces debemos matarlos a los dos —dijo Scipio.

—Estoy de acuerdo, pero hasta que no conozcamos la identidad del segundo hombre, no podemos correr ese riesgo.

—¿Qué quiere que haga?

—Permita que se marchen —dijo Secundus—. Pero sospecho que el tribuno Séneca informará a su superior cuando llegue a Roma, así que debería ser bastante fácil encontrarlo, junto con el segundo hombre. Le enviaré un mensaje a mi hermano; él tendrá los recursos para encontrarlos a ambos y hacer lo que sea menester.

—¿Quiere que sea yo quien lleve el mensaje? —preguntó Scipio—. De esa forma, podré asegurarme de que no quede ningún rastro que conduzca hasta nosotros.

—Es una buena idea —dijo Secundus—. Vaya con el pretexto de tomarse una licencia, pero, una vez allí, póngase en contacto con Umber y ponga fin a este asunto. Después de eso, le revelaremos nuestra información al emperador y recuperaremos la última de las águilas perdidas de Varo.

Más tarde esa noche, Séneca, sus hombres y Decimus abandonaron el fuerte según lo acordado y se dirigieron hacia el oeste, alejándose del Rin. Al amanecer, habían llegado a una aldea grande, y Decimus buscó a un viejo amigo que pudiera ayudarlos. Durante el resto del día, aprovecharon la oportunidad para comer, descansar y atender las heridas de Raven, pero al acercarse la noche, Séneca supo que no podían quedarse.

—¿Adónde irás? —preguntó Decimus.

—Tenemos que encontrar a nuestros camaradas —dijo Séneca.

—Germania es un lugar enorme; podrían estar en cualquier parte.

—Lo sé, pero ya hemos acordado un punto de encuentro en la Galia, así que tenemos que llegar allí lo antes posible.

—Ah —dijo Decimus—, el Toro sin Cuernos, supongo.

—¿Hay algo que no sepas? —rio Séneca.

—No eres el primer hombre que viste esta capa de secretismo —dijo Decimus—, ni serás el último. Id vosotros dos, yo me quedaré aquí hasta que Raven se haya recuperado y me aseguraré de que prosiga su camino.

—Voy con ellos —dijo Raven.

—Deberías quedarte y recuperarte —dijo Séneca—. Cabalgaremos a buen ritmo y podría ser demasiado para ti.

—Deja que yo juzgue eso —dijo Raven—. Mi decisión está tomada; voy con vosotros.

—Como quieras —dijo Séneca, y se volvió hacia Decimus.

—¿Y tú? ¿Por qué no te vienes con nosotros? Estoy seguro de que Lépido te acogerá de nuevo en el redil con los brazos abiertos si así lo deseas.

—Creo que regresaré a Oppidum Vindonissa —dijo Decimus —. Soy demasiado viejo para todo esto y, además, allí hay cierta dama con la que tengo asuntos pendientes.

—Ah —dijo Séneca—, ahora lo entiendo. Cuídate, mi viejo camarada, y vive lo suficiente como para convertirte en una carga para tus amigos.

—Lo intentaré —dijo Decimus, y mientras Séneca, Raven y Marcus cabalgaban de nuevo hacia la oscuridad, sintió alivio de que por fin estuvieran a salvo. Pero en lo más profundo de su corazón, sabía que la vida que habían elegido rara vez estaba exenta de riesgos y que, con toda probabilidad, la situación distaba mucho de haber terminado.

Capítulo Treinta y Cuatro
Germania Inferior

Varias leguas río arriba, el segundo grupo estaba sentado bajo el embarcadero, en la orilla oriental del río. Sus planes estaban trazados y ahora lo único que tenían que hacer era esperar a que la actividad en la otra orilla amainara. Finalmente, Brennus decidió que había llegado el momento y se puso en pie para dirigirse a sus camaradas.

—Tenemos que cruzar nuestro equipo con nosotros —dijo—, pero si entramos en el río con la ropa puesta, la corriente nos arrastrará y sin duda nos ahogaremos. Así que mirad con atención, esto es lo que tenemos que hacer.

Se quitó la capa y la extendió en el suelo con la superficie encerada hacia abajo. Luego se quitó hasta la última prenda de ropa y la colocó toda en el centro de la capa. Vació la cantimplora y la añadió al montón. Tras mirar a su alrededor, recogió puñados de ramitas secas y pequeñas ramas. A continuación, dobló todos los lados de la capa y los ató por la parte superior con un trozo de la cuerda que habían cortado antes de la red de pescar. El resultado final fue un fardo bien atado, de tamaño similar a las *sarcinae* que habían desechado días atrás. Miró a los demás. —No es del todo impermeable —dijo—, pero flotará lo bastante alto y durante el tiempo suficiente para llegar al otro lado. También os ayudará a manteneros a flote en el centro del río.

—¿Es todo esto realmente necesario? —preguntó Falco.

—Lo es si no quieres ahogarte —dijo Brennus—. ¿Listos?

Todos asintieron. Brennus caminó río arriba con Talorcan, desenrollando la cuerda a medida que avanzaba. Cuando llegó hasta donde la cuerda le permitía, se volvió hacia Talorcan.

—Asegúrate de atar bien el otro extremo —dijo—. Sin él, no hay forma de que podáis cruzar. Uno de vosotros tendrá que traer mi equipo.

—Yo lo traeré —dijo Talorcan—. ¿Pero estás seguro de que puedes hacerlo? Podemos quedarnos en esta orilla y buscar otra ruta.

—Tú sabes tan bien como yo —dijo Brennus— que si nos quedamos más tiempo, los queruscos nos encontrarán. Soy bátavo, Talorcan, esto es lo que hacemos.

—En ese caso —dijo Talorcan con un suspiro—, que los dioses te acompañen. —Tras darle una palmada en el hombro a Brennus, se dio la vuelta para reunirse con los demás bajo el embarcadero.

—Ojalá se diera prisa —dijo Falco, atando el extremo suelto de la cuerda alrededor de uno de los soportes de madera—. Ya casi amanece.

—Ten un poco de respeto —dijo Sica—. Podría morir ahí fuera.

—Nosotros podríamos morir aquí —dijo Falco—. Solo tiene que acabar de una vez.

Todos guardaron silencio y se quedaron mirando el único cabo suelto de la cuerda que yacía en el suelo. De repente, se oyó una salpicadura lejana y todos se giraron para mirar río arriba.

—Está dentro —dijo Falco—. Por los dioses, de verdad que va a hacerlo.

Brennus salió a la superficie, boqueando por el frío, pero, sabiendo que no podía perder ni un instante, se lanzó a nadar con fuerza hacia la orilla opuesta del río. La corriente tiraba de él, y alteró ligeramente su posición para dejarse llevar, usándola a su favor. Sabía de sobra que no tenía ninguna posibilidad de llegar a la otra orilla, pero no le hacía falta. Lo único que tenía que hacer era superar la mitad del recorrido para que su extraordinario plan pudiera funcionar.

Avanzó con ímpetu por el agua, consciente de que debía llegar lo más lejos posible antes de que el río lo arrastrase más allá del embarcadero. La temperatura del agua y la fuerza de la corriente hicieron mella en su cuerpo ya exhausto. De repente, experimentó algo que nunca antes le había sucedido: perdió todo el control de sus músculos y se debatió en el agua como si nunca hubiera

aprendido a nadar. Había visto a otros hombres sufrir una suerte similar y sabía que no podía hacer nada para luchar contra ello. Se concentró en mantenerse a flote y rogó a los dioses haber hecho lo suficiente. Pero, al cabo de unos instantes, la oscura silueta del embarcadero opuesto emergió del agua. Se le encogió el corazón al darse cuenta de que no había llegado lo bastante lejos; iba a estar fuera de su alcance.

Con un último esfuerzo, pataleó con furia, desesperado por alcanzar su objetivo, y, mientras el río lo arrastraba, su mano golpeó una rama de árbol atascada contra los soportes. La aferró con el puño con toda la fuerza que pudo. La rama aguantó y él se izó desesperadamente, mano sobre mano, hasta alcanzar los sólidos soportes del embarcadero, hundidos profundamente en el lecho del río. Se subió al entramado de puntales de madera y, sin tiempo que perder, ató su extremo de la cuerda a una de las vigas. Con todo listo, tiró de la cuerda, enviando una señal a sus camaradas, que aún esperaban en la orilla oriental del río. Había hecho todo lo que podía; ahora les tocaba a ellos.

Bajo el embarcadero oriental, la cuerda se tensó y los demás se miraron entre sí con sorpresa y aprensión.

—¡Por los dioses! —dijo Falco—. Lo ha conseguido.

—En ese caso —dijo Sica—, ¿a qué esperamos? Desnudaos.

Todos hicieron lo que Brennus les había enseñado antes. Cuando estuvieron listos, Sica dio un paso al frente.

—Alguien tiene que ser el primero —dijo. Los demás lo observaron mientras se adentraba en el río, con el bulto flotante atado a la muñeca. Los primeros pasos fueron los peores, y mientras el lodo se filtraba entre los dedos de los pies, el agua helada le subió hasta el pecho. Hizo una pausa, sabiendo que el siguiente paso le haría perder pie. Acercó el bulto que le servía de flotador y, subiéndose encima, se estiró para avanzar por la cuerda.

De inmediato, el bulto se hundió un poco más y la cuerda se tensó al máximo con la corriente. Era una de las cosas más aterradoras que había hecho jamás, pero se dio cuenta de que el plan estaba funcionando. Con renovado vigor, comenzó a arrastrarse

por el espacio entre los embarcaderos, y pareció que solo pasaron unos instantes antes de que una mano surgiera de la oscuridad para llevarlo a la seguridad de los soportes del entramado.

—Te tengo —dijo Brennus, izándolo—. Ya te dije que era fácil.

Sica le lanzó una mirada mordaz antes de pasar junto a él hacia una parte más estable de los soportes del embarcadero. Brennus volvió a enviar la señal y, pocos minutos después, el rostro de Talorcan apareció en el agua justo debajo de su posición. Tenía el pelo largo pegado a la cara y detrás de él arrastraba dos bultos.

—Hasta ahora, todo bien —dijo Brennus, subiendo los bultos —. Uno más y podremos largarnos de aquí. —Envió la señal y esperó a que la cuerda se tensara, indicando que Falco estaba en camino. Durante unos instantes, no hubo nada, por lo que tiró de la cuerda de nuevo, repitiendo la señal. Otra vez, nada; y se volvió hacia los otros dos hombres.

—Algo va mal —dijo—. Voy a tener que ir a por él.

—No —espetó Sica, agarrándolo del brazo—. Él sabe lo que tiene que hacer, y tú ya has hecho demasiado. No tienes fuerzas para arrastrarlo hasta aquí, iré yo.

Antes de que Brennus pudiera responder, oyeron una zambullida al otro lado y la cuerda se tensó bruscamente.

—Ya viene —dijo Brennus, y bajó hasta el nivel del agua para ayudar a su camarada. Instantes después, el rostro aterrorizado de Falco emergió del agua. Pero justo cuando Brennus se inclinaba para cogerlo, la cuerda se rompió y el gladiador desapareció de su vista.

—¡No! —jadeó Brennus, y antes de que los otros dos pudieran detenerlo, se zambulló en el agua para salvar a su amigo.

Talorcan y Sica miraban incrédulos. Pocos instantes antes, habían estado a punto de alcanzar la seguridad, pero ahora, dos de sus camaradas habían sido arrastrados por la corriente y no había absolutamente nada que pudieran hacer al respecto.

A la mañana siguiente, los dos supervivientes, ya completamente vestidos, se escondieron entre los juncos de la orilla oeste del río. El plan original había sido encontrar de inmediato un lugar donde esconderse en el pueblo o sus alrededores para poder

conseguir comida, pero con dos hombres desaparecidos, eran reacios a alejarse demasiado del río por si alguno de ellos había sobrevivido y regresaba al embarcadero.

—Los caminos están cada vez más concurridos —dijo Sica, atisbando a través de los arbustos—, pero no veo soldados romanos. Toda esta gente se parece bastante a ti.

—Los dioses nos han sonreído por fin —dijo Talorcan—. Este es un pueblo belga. Estaremos a salvo aquí por un tiempo.

—No estoy tan seguro —dijo Sica—. Ese fuerte está muy cerca. ¿Cómo sabemos que la gente es amistosa?

—El hecho de que nuestros ancianos paguen tributo a nuestros señores romanos no nos convierte en aliados —dijo Talorcan—. Nos compra la paz, pero eso es todo. Ciertamente no implica lealtad ni servidumbre.

—¿Crees que puedes encontrar a alguien que nos ayude?

—No cabe duda —dijo Talorcan—. Pero tenemos que irnos antes de que empiecen las patrullas romanas.

—Ve tú —dijo Sica—. Yo me quedaré aquí por si aparecen Brennus o Falco. Nunca se sabe, puede que uno de ellos haya llegado a la orilla.

—Es poco probable —dijo Talorcan—, pero si ese es tu deseo, veré si puedo encontrar un lugar seguro en el pueblo. Volveré tan pronto como pueda.

Sica asintió y cambió de posición para poder ver más lejos a lo largo de la orilla. A pesar de que las posibilidades eran escasas, sabía que existía la posibilidad de que uno o ambos siguieran vivos. Los dos eran buenos nadadores y, aunque la corriente había sido bastante fuerte en el centro del río, hacia ambas orillas era mucho más tranquila, y habrían tenido una buena oportunidad de salir. Durante la siguiente hora, más o menos, observó la ribera en busca de cualquier señal de movimiento. De vez en cuando, a pesar de sus esfuerzos, se quedaba dormido, pues su cuerpo y su mente exigían la curación que el sueño le brindaba. Finalmente, hacia el mediodía, Talorcan regresó y lo sacudió por el hombro.

—Sica —siseó—, vamos, tenemos que irnos.

—Tengo que quedarme aquí —dijo Sica—. Puede que vuelvan.

—Confía en mí —dijo Talorcan—, ¡tenemos que irnos, ahora!

Sica se puso en pie y, recogiendo la ropa de Brennus, aún envuelta, siguió a Talorcan por la ribera hasta salir al camino. A lo lejos, pudo ver una unidad de auxiliares romanos que marchaba en dirección opuesta.

—Compórtate con naturalidad —dijo Talorcan en voz baja—, y todo irá bien.

—Para ti es fácil decirlo —replicó Sica—. Esta es tu gente. Ninguno se parece siquiera remotamente a mí.

—Es una aldea concurrida en una ruta muy transitada —dijo Talorcan—, y por aquí pasa toda clase de gente, incluso gente que se parece a ti. —Se desvió del sendero y atravesó un grupo de casas circulares con techo de paja antes de detenerse frente a uno de los varios corrales llenos de cerdos. El hedor era insoportable, pero Talorcan no vaciló y se agachó para pasar bajo el bajo dintel y desaparecer dentro.

Sica entró tras él y se detuvo de inmediato, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Dentro de la cabaña, las brasas incandescentes del hogar central provocaban un calor casi incómodo y creaban sombras danzantes en las paredes. Sobre las ascuas, una olla de hierro colgante llena de algo que olía de maravilla atrajo su atención, pero, aunque se le hizo la boca agua, su instinto le decía que fuera cauto. Inspeccionó la cabaña con la mirada. Otras tres personas ocupaban el espacio. Una era un hombre alto que ahora hablaba en voz baja con Talorcan, lanzándole miradas ocasionales. La segunda era una anciana que removía la olla con un cucharón. La tercera parecía profundamente dormida sobre un jergón de paja bajo el alero, cubierta con una manta de piel de oveja y roncando suavemente. Sica volvió a mirar la olla y su estómago vacío rugió de expectación.

—Siéntese —dijo la anciana, señalando la mesa.

Sica hizo lo que le indicó y observó cómo la mujer servía montones de estofado humeante y cargado de carne en un cuenco antes de ponérselo delante, seguido de una hogaza de pan entera y una fuente repleta de mantequilla y queso, junto con una jarra de cerveza tibia.

—Coma —dijo la mujer. Sin necesitar más invitación, Sica partió un trozo de pan y lo mojó en el estofado.

Talorcan interrumpió la conversación con el miembro de la tribu y se acercó al jergón, agachándose para sacudir al hombre dormido por el hombro.

—Despierta —dijo en voz baja—. La comida está lista.

El hombre dormido gruñó a modo de asentimiento y, mientras Sica observaba, se puso en pie y se acercó para reunirse con él en la mesa, todavía envuelto en la manta de piel de oveja. La cucharada de estofado del sirio se detuvo a medio camino de su boca y se quedó mirando con incredulidad cómo el hombre se inclinaba para robarle el pan.

—¿A ti qué te pasa? —masculló Falco, metiéndose el pan en la boca—. ¿Es que no has visto nunca a un muerto?

Sica sonrió. La última persona que esperaba ver era a su gigantesco compañero. Miró a su alrededor, con la esperanza de ver a Brennus, pero cuando Talorcan se unió a ellos en la mesa, negó con la cabeza, respondiendo a la pregunta no formulada.

—No está aquí —dijo—. Mabon y su hijo han encontrado a Falco río abajo esta mañana, pero no había ni rastro de Brennus. Volverán a salir después de comer y, si encuentran algo, vendrán a buscarnos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sica, volviéndose hacia Falco.

—No quiero hablar de ello —dijo Falco sin levantar la vista.

—¿Cómo que no quieres hablar de ello? —siseó Sica—. Brennus podría seguir ahí fuera. Dinos lo que sabes.

—Brennus me salvó la vida —espetó Falco, alzando la vista—. Me sacó de la corriente y conseguí llegar a la orilla a duras penas, pero él no lo logró. ¿Te ha quedado bastante claro?

—No lo entiendo —dijo Sica—. ¿Cómo consiguió llevarte hasta la orilla si él no pudo?

—Porque estaba demasiado débil —dijo Falco—. Agotó las últimas fuerzas que le quedaban para ponerme a salvo antes de desplomarse. Lo último que vi fue cómo se lo llevaba la corriente río abajo.

—¿Intentaste alcanzarlo?

—¡Claro que sí! —gritó Falco, golpeando la mesa con el puño —. ¿Qué clase de hombre te crees que soy?

—Falco, baja la voz —dijo Talorcan—. Vas a llamar la atención de los de fuera. Sica solo intenta averiguar qué ha pasado.

—Y se lo estoy contando —dijo Falco—. Y si está insinuando que soy el culpable de la muerte de Brennus, pues sí, lo soy. ¿Estás contento ahora?

Se puso en pie y, cogiendo su cuenco y el resto del pan, regresó a la cama que había desocupado apenas unos instantes antes. Talorcan se volvió hacia Sica.

—Se le pasará —dijo—. La conmoción de ver cómo la corriente se llevaba a un camarada aún no lo ha abandonado.

—No lo considero responsable —dijo Sica—. Solo quiero saber los hechos.

—Ya hablaremos de ello —dijo Talorcan—. Pero por ahora, déjalo comer y descansar, como deberías hacer tú.

Sica centró su atención en la comida antes de observar a los demás ocupantes.

—¿Quién es esta gente? —preguntó—. ¿Los conoces?

—No hasta esta mañana —dijo Talorcan—. Pero, como he dicho antes, son belgas y, como pueblo, siempre nos ayudamos mutuamente. Mabon comparte esta cabaña con su hijo y la madre de su esposa.

—¿Dónde está la esposa? —preguntó Sica, volviendo a mirar alrededor de la cabaña.

—Creo que está muerta —dijo Talorcan—. Pero no quería hacer demasiadas preguntas. Mabon nos ha dicho que podemos quedarnos aquí hasta que estemos lo bastante fuertes para seguir, pero vosotros dos no deberíais salir de la cabaña. Llamaríais demasiado la atención.

—Tiene sentido —dijo Sica entre bocados de comida—. ¿Hay alguna posibilidad de conseguir caballos?

—Siempre se pueden conseguir caballos —dijo Talorcan—. Pero no tenemos dinero para pagarlos. Esta gente es pobre y su hospitalidad no se extenderá a comprarnos caballos.

—No te preocupes por el dinero —dijo Sica—. Eso podemos solucionarlo. Pídeles solo que sigan buscando a Brennus y, si no lo hemos encontrado en unos días, nos marcharemos.

—Como quieras —dijo Talorcan, y centró su atención en su propia comida.

Unos días después, Sica y Falco estaban sentados de nuevo a la mesa. Varias comidas calientes y un buen descanso significaban que estaban listos para ponerse en marcha, pero Talorcan aún no había conseguido encontrar caballos. Falco estaba inusualmente callado y permanecía sentado con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, contemplando todo lo que había sucedido en las últimas semanas.

—Puede que aún esté vivo —dijo Sica de repente.

Falco abrió los ojos y se quedó mirando al sirio. No quería afrontar lo que había sucedido, pero sabía que Sica no pararía hasta que lo hiciera.

—Intenté llegar hasta él —dijo en voz baja, disipada ya por completo toda su ira—. De verdad que lo intenté, pero apenas podía moverme. Conseguí avanzar por el agua todo lo que pude, pero ya no estaba. Lo último que vi de él fue un brazo que sobresalía del agua mientras la corriente se lo llevaba.

—Era muy buen nadador —dijo Sica—. Todos los bátavos lo son.

—Estábamos agotados —dijo Falco—, y él incluso más. Sacrificó su propia vida para salvar la mía. Soy responsable de su muerte.

—No puedes pensar así —dijo Sica—, o te volverás loco.

—No puedo dejar de pensar en ello.

—Dime —dijo Sica—, si hubiera estado en tu mano, ¿habrías hecho tú lo mismo por él?

—Sin dudarlo un instante.

—Pues ahí tienes la respuesta. Hizo lo que cualquiera de nosotros habría hecho en circunstancias parecidas. Haz las paces contigo mismo, Falco, y acuérdate de rendirle homenaje la próxima vez que reces.

Ambos guardaron silencio unos instantes antes de que Sica continuara, cambiando de tema.

—¿Te queda bien la ropa?

Falco se miró las calzas y la camisa de lana que sus anfitriones le habían proporcionado. Había perdido su morral en el río y, aunque aún conservaban el de Brennus, la ropa le quedaba demasiado pequeña para que le sirviera de algo.

—Servirá hasta que pueda conseguir otra cosa —dijo—. Las botas, sin embargo, están bien; probablemente sean las más cómodas que he llevado nunca.

—Es lo que tiene la artesanía celta —dijo Sica—, la mejor del mundo conocido, aparte de la siria, por supuesto.

Falco reprimió una leve sonrisa. Sabía lo que Sica estaba haciendo y, a pesar de la carga de culpabilidad que pesaba sobre él, descubrió que cuanto más hablaba, más fácil se volvía. Antes de que pudiera responder, Talorcan entró agachándose en la casa circular y se acercó a la mesa.

—¿Alguna noticia de Brennus? —preguntó Falco.

—Ninguna —dijo Talorcan—. Pero he encontrado unos caballos. Ahora solo tenemos que pagarlos.

Falco se volvió hacia Sica, que se llevó la mano a la muñeca izquierda de la manga de su túnica. Tras darle la vuelta, usó su cuchillo para abrir una de las tres pequeñas bolsitas cosidas en el interior. Para asombro de Talorcan, una moneda de oro cayó sobre la mesa. Sica levantó la vista hacia el sorprendido guía.

—¿Es suficiente? —preguntó.

—Más que suficiente —dijo Talorcan—. Me aseguraré de que también tengáis suficientes provisiones para vuestro viaje. Yo me quedo aquí. Le prometí a Séneca que me aseguraría de que estuvierais todos a salvo y, aunque puede que no haya estado a la altura de ese juramento, ya no hay nada más que pueda hacer por vosotros. Me aseguraré de que los caballos y las provisiones estén aquí al anochecer y, cuando os hayáis ido, trabajaré para esta familia hasta que nuestra deuda quede saldada.

Sica respiró hondo y abrió otra bolsita de la manga, de la que sacó una segunda moneda.

—Dales esto —dijo—, por su ayuda, y tú vuelve con tu familia.

Talorcan asintió y cogió la moneda.

—Deberíais descansar un poco —dijo—. Cuanto más al sur estéis mañana al alba, más a salvo os encontraréis. —Sin añadir palabra, se dio la vuelta y salió de la choza, mientras Sica y Falco se le quedaban mirando.

—Es un buen hombre —dijo Sica.

—Lo es —dijo Falco—. Lástima que no sea romano.

—Yo no soy romano —señaló Sica—, así que ¿por qué es un problema?

Falco miró a su camarada.

—Puede que nacieras en algún país oscuro e incivilizado que no quiero visitar en mi vida —dijo Falco—, pero, en lo que a mí respecta, eres tan romano como el mismísimo Calígula.

—Si se supone que eso es un cumplido —dijo Sica—, ha sido un fracaso estrepitoso. Vamos, deberíamos descansar un poco.

Unas horas más tarde, con Talorcan y la familia belga observando desde la casa circular, Falco y Sica espolearon sus caballos hacia el sur, sabiendo que aún les quedaba por delante un largo y peligroso viaje.

Capítulo Treinta y Cinco
Aquae Tarbellicae

Marcia se abrió paso entre la multitud de hombres reunidos alrededor de la tensa partida de dados en el centro de la taberna, ignorando los comentarios lascivos que le lanzaban mientras se dirigía al patio con otra jarra de cerveza. El negocio había ido especialmente bien los últimos días, ya que el mercado de ganado de la ciudad atraía a hombres poco acostumbrados a tener monedas de sobra en la bolsa. Estos hombres estaban ansiosos por gastar su recién adquirida riqueza en el vino barato y la cerveza por los que el Toro sin Cuernos se había hecho famoso.

La taberna era bulliciosa y el aire estaba cargado de la mezcla de olores de las lámparas de aceite, la carne chisporroteante en las parrillas de la pared y el penetrante olor a sudor masculino. Marcia ansiaba el momento en que pudiera volver a su cama y quitarse su propia ropa empapada en sudor.

Estalló una reyerta al otro lado de la taberna y, cuando Marcia se giró para ocuparse de ella, unos cuantos hombres intervinieron y arrastraron a los dos pendencieros a la calle. En el Toro sin Cuernos no había leyes, y todo el mundo, sin importar su riqueza o posición social, recibía el mismo trato. Sin embargo, la única regla no escrita estaba clara: si tenías un problema con alguien, lo resolvías fuera.

Marcia sonrió para sus adentros al ver que el problema se resolvía rápidamente y se sopló un mechón de pelo rebelde de los ojos.

—Otra jarra de cerveza —gritó por encima del ruido mientras la dejaba sobre la mesa—. Ya van ocho, según mi cuenta.

—¡Y habrá otras ocho antes de que acabe la noche! —le devolvió el grito uno de los hombres, ganándose una gran ovación de sus compañeros de bebida.

Marcia rió y se alejó. El cliente había ganado una importante suma de dinero en una de las partidas de dados y ahora estaba rodeado de un grupo de amigos recién encontrados, todos ansiosos

por beber su cerveza gratis. Años atrás, podría haberle advertido de sus intenciones, pero la edad la había vuelto más cínica. Además, cada jarra que compraba engrosaba sus beneficios.

Regresó a la barra, donde el personal estaba ocupado alineando más frascos de vino y jarras de cerveza, esforzándose por satisfacer la demanda. Al acercarse, una de las chicas levantó la vista, con la mirada fija en la entrada principal. Marcia se percató de su mirada y supo que solo podía significar una cosa: problemas.

Se giró bruscamente y, al principio, no vio nada fuera de lo normal. Pero a medida que el ruido ensordecedor fue dando paso a una creciente oleada de silencio, finalmente descubrió la causa del revuelo: una joven muy hermosa y bien vestida había entrado sola en el patio y ahora estaba allí plantada, como una cierva asustada en medio de una manada de lobos.

—¡Oh, no! —murmuró Marcia con resignación mientras se abalanzaba entre la multitud hacia la recién llegada.

—¡Apartaos! —gritó, apartando a los hombres a empujones—. Janus, quédate donde estás. Esto no es asunto tuyo. —Pero ya era demasiado tarde. Uno de los hombres más corpulentos ya se dirigía hacia la bella visitante. Otros se arremolinaron a su alrededor, con los ojos llenos de lujuria y vana esperanza. El miedo en su rostro era inconfundible; nunca antes se había encontrado con algo así y no sabía qué hacer.

—Hola, diosa —dijo Janus, rodeándole el cuello con los brazos —. ¿Por qué no vienes conmigo? Me aseguraré de que todos estos hombres horribles se mantengan bien lejos de ti. —Su mano se deslizó por detrás de la cabeza de ella, atrayéndola para besarla, pero cuando la mujer gritó, el puño de Marcia salió disparado y le golpeó la cabeza a un lado. Los demás hombres se rieron divertidos.

—Te he dicho que la dejaras en paz —gritó Marcia, interponiéndose entre Janus y la mujer asustada.

A pesar del golpe, el hombretón apenas se inmutó. Se volvió hacia ella, sobándose la mandíbula.

—Marcia —dijo él—, si hubiera sido cualquier otra persona que no fueras tú, ya habría sangre en este suelo.

—Pues he sido yo —replicó Marcia—, y si quieres probar suerte, tengo mucho más de donde ha salido esa.

A pesar de su bravuconería, Marcia sabía que no tendría la más mínima oportunidad contra el exsoldado, pero no le haría falta: más de un centenar de hombres de la taberna lucharían por ella.

—Solo intentaba ser amable —dijo Janus—. Y, además, ¿cómo sabes que no quiere venir conmigo?

—Porque es de una categoría tan superior a la tuya que me sorprende que siquiera puedas verla —le espetó Marcia—. Venga, vete a por otra cerveza, que invita la casa. —El ambiente se relajó de inmediato y, mientras Janus volvía a la zona de la barra, recibido por abucheos y vítores por igual, Marcia se volvió hacia la mujer.

—No sé quién es usted, señora —dijo Marcia—, ni qué hace aquí, pero no vuelva a entrar en un sitio como este. La próxima vez podría no tener tanta suerte.

—Lo siento —dijo la mujer con un hilo de voz—. Vi el letrero de fuera y pensé que era otro *hospitium*, como en el que me alojo.

—Pues no lo es —replicó Marcia—. Aquí tratamos con la clase de gente que debería hacer que se cambiase usted de acera. Ahora, dígame qué quiere, porque necesito que se largue de mi taberna.

—Busco a alguien —dijo la mujer—, y he viajado desde Roma para encontrarlo.

—Si está buscando a su marido infiel —dijo Marcia con desdén—, no espere ninguna ayuda de mi parte. Ya tengo mis propios problemas, y entre estos muros hay docenas de hombres falsos, escoja el que quiera.

—No, nada de eso —replicó la mujer—. Mi marido está en apuros en Roma y, por lo visto, el hombre al que busco es el único que puede ayudarlo.

—Parece muy necesitado —dijo Marcia con sarcasmo—, eso o muy rico. ¿Tiene nombre?

—Quintus Marcius Lepidus. Soy su esposa, Lucilla. Probablemente no lo conozca, pero el hombre al que busco es mi única oportunidad para ayudarlo.

Marcia se quedó mirando mientras asimilaba la información.

—¿Cómo se llama el hombre al que busca? —preguntó, anticipando ya la respuesta.

—No sé su nombre completo, pero se hace llamar Hannibal. —Agarró la mano de Marcia y la miró a los ojos con aire suplicante —. Por favor —dijo—, ¿conoce a este hombre? Es importante que hable con él.

Marcia respiró hondo y recorrió la sala con la mirada. La mayor parte de la atención se centraba en la partida de dados, pero algunos hombres seguían contemplando a la hermosa joven.

—Aquí no podemos hablar —dijo Marcia, volviéndose hacia Lucilla—. ¿Has dicho que ya tienes alojamiento?

—Sí, a unas pocas calles de aquí. El Caballo Durmiente.

—Sé dónde está —replicó Marcia—. Vuelve allí ahora mismo y cierra la puerta con llave. Tengo que quedarme hasta que cerremos, pero te prometo que iré a verte más tarde.

—Pero necesito hablar con Hannibal.

—Este no es el momento ni el lugar —siseó Marcia—. Ahora, por favor, haz lo que te digo y vuelve a tu posada. Espérame allí. Cuando vaya, te lo explicaré todo.

—¿Lo prometes? —preguntó Lucilla, con un atisbo de esperanza en los ojos—. La vida de mi marido podría depender de ello.

—Allí estaré —dijo Marcia y, momentos después, vio cómo Lucilla desaparecía calle abajo, flanqueada por dos de los camareros, encargados de llevarla sana y salva a su alojamiento.

Varias horas más tarde, Marcia se apresuraba por las calles, esquivando las figuras dormidas en los pavimentos y los charcos de vómito que atraían a los perros callejeros de la noche. Finalmente, llegó a la puerta del Cavallus Dormiens, un *hospitium* más grande que alojaba a viajeros más adinerados.

Llamó a la puerta mientras se ceñía la capa a la espera. La noche despejada se había vuelto mucho más fría, y el calor de las primeras horas no era más que un recuerdo lejano.

Tras unos instantes, la puerta se entornó para revelar a un sirviente de aspecto somnoliento que se asomaba por la rendija. Sus

ojos se abrieron como platos al reconocerla y abrió la puerta de par en par.

—Señorita Marcia —dijo—. ¿Qué la trae por aquí a estas horas? ¿Va todo bien?

—Todo va bien, Jonas —contestó ella—. Pero necesito hablar con una de sus huéspedes, una mujer llamada Lucilla. Ha llegado hoy de Roma. ¿Está aquí?

—Sí, aquí está —dijo Jonas—, pero es muy tarde. Puede que esté durmiendo.

—Me recibirá —insistió Marcia—. Me ha pedido que viniera.

—En ese caso, entre, por favor —dijo Jonas, y cuando Marcia entró en el vestíbulo, él cerró la puerta y corrió el cerrojo tras ella. Caminaron por un pasillo que desembocaba en un patio ornamentado.

—Espere aquí, por favor —dijo Jonas—. Veré si está despierta.

Desapareció por otro pasillo y Marcia se sentó a esperar en un banco de mármol. El patio estaba en silencio e, incluso bajo la luz tenue y parpadeante de las lámparas de aceite, pudo ver que era increíblemente hermoso. En el centro, una fuente ornamentada vertía un chorro incesante de agua fresca sobre las cabezas de tres leones de mármol antes de caer suavemente en la alberca. Imágenes pintadas de los dioses vigilantes adornaban las paredes y las columnas, y bajo sus pies había un mosaico multicolor que representaba escenas de un bullicioso mercado, similar a los de cualquier ciudad de Roma o de sus provincias. Era un mundo completamente distinto al de su propia *taberna*, y por unos instantes, sintió una levísima punzada de envidia.

Varios minutos después, oyó un ruido y levantó la vista al ver aparecer a Lucilla, aún vestida con la misma ropa que llevaba antes. Tenía el pelo alborotado y era evidente que acababan de despertarla de un sueño profundo.

—Marcia —dijo Lucilla—, gracias a los dioses que has venido.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó Marcia, recelosa de repente—. Nunca se lo he dicho.

—Oh, lo siento —replicó Lucilla—. Se lo he preguntado al portero hace un momento. ¿Acaso no está permitido?

Marcia miró a Jonas y recibió un asentimiento de confirmación como respuesta. Sus sospechas se disiparon y se volvió hacia Lucilla.

—No pasa nada —dijo Marcia, y luego se dirigió a Jonas—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

—Por aquí —dijo Jonas, conduciéndolas a una antecámara antes de marcharse y cerrar la puerta tras de sí.

—He de decir que tenías mejor aspecto hace unas horas —comentó Marcia.

—Lo sé —admitió Lucilla—. Me he sentado en la cama a esperar, pero debo de haberme quedado dormida. Creía que no ibas a venir.

—Bueno, pues ya estoy aquí —replicó Marcia—. Así que, cuéntame todo lo que sepas.

La expresión de Lucilla cambió y miró hacia la puerta con extrañeza.

—¿No deberíamos esperar a que llegue Hannibal?

—No es necesario —dijo Marcia—. Puedes contarme lo que ha ocurrido.

—No —insistió Lucilla—. No puedo. La nota solo tenía un nombre, y mi marido me dijo que no me fiara de nadie. Tengo que hablar con Hannibal. —Se levantó para marcharse, pero Marcia la agarró de la mano para retenerla.

—Lucilla —dijo—, siéntate.

—No —replicó Lucilla, soltándose de la mano—. Si usted no me lo trae, lo encontraré yo misma. —Se dirigió hacia la puerta.

—Lucilla —siseó Marcia—, vuelve aquí. Puedes contármelo todo, pues yo soy a quien buscas.

Lucilla se detuvo y se dio la vuelta, mirando a Marcia con incredulidad.

—¿Qué quieres decir?

—Soy amiga de tu marido —dijo Marcia—. Pero, por motivos de confidencialidad, también se me conoce como Hannibal. Ahora, siéntate, Lucilla, y cuéntame todo lo que sabes.

Tras superar la conmoción inicial, Lucilla relató todo lo que les había ocurrido a ella y a su marido durante los últimos días. Marcia escuchó atentamente, haciéndole más preguntas a medida que Lucilla compartía su historia.

—¿Y tú? —preguntó Marcia—. ¿Cómo te las has apañado para llegar hasta aquí?

—¿Por qué es eso importante? —replicó Lucilla—. Mi marido ha desaparecido y tenemos que hacer algo para encontrarlo.

—Tengo una idea bastante clara de dónde podría estar —dijo Marcia—. Pero necesito saber más sobre ti, por si todo esto es una trampa y te han seguido hasta aquí.

—No me han seguido —insistió Lucilla—. Estoy segura.

—Solo sígueme la corriente.

—Después de que se llevaran a mi marido, encontré la nota y me di cuenta de que estaban pasando cosas de las que no tenía ni idea. Lepidus acababa de ser nombrado senador y, aunque estaba inmensamente orgullosa de él, también sabía que el Senado a menudo podía ser un nido de víboras. Mi padre me había contado historias de hombres que murieron tras caer en desgracia ante el emperador o simplemente por granjearse enemigos en el Senado. Así que, cuando lo arrestaron y me dijo que tenía sospechas, supe que debía hacer algo para proteger a mis hijos, por si acaso.

—Hiciste lo correcto —dijo Marcia—. ¿Qué hiciste después?

—Dio la casualidad de que mi padre estaba en Roma por negocios, así que dispuse que los niños regresaran a casa con él y mi madre.

—¿Dónde viven?

—En Venetia et Histria. Llevan años viviendo allí.

—Bien —dijo Marcia—. Allí estarán a salvo. ¿Qué más?

—Nunca había oído hablar de Aquae Tarbellicae, así que tuve que averiguar dónde estaba. Cuando me di cuenta de que estaba tan lejos, compré un pasaje en un barco y navegué desde allí hasta Burdigala, en el Mare Atlanticum, antes de venir directamente aquí.

—¿E hiciste todo esto tú sola?

—En su mayor parte. Pagué por protección en el barco y otra vez durante el viaje por tierra hasta aquí, pero en ningún momento

vi a nadie siguiéndome ni volví a ver las mismas caras en mi trayecto.

—Eres toda una mujer —dijo Marcia—. Tienes mi admiración.

—No necesito tu admiración —replicó Lucilla—. Necesito tu ayuda.

—Lo sé —dijo Marcia—, y te juro que haré todo lo que esté en mi mano. Pero antes, necesito pedirte que hagas algo.

—Lo que sea.

—Eres una mujer muy hermosa, Lucilla, pero estás en un lugar muy peligroso. Quiero que te quedes aquí mismo, en tu habitación, hasta que yo vuelva. No salgas bajo ninguna circunstancia.

—¿Por qué?

—Porque llamarás demasiado la atención, y eso es lo último que necesitamos ahora mismo. Quédate aquí y, si necesitas cualquier cosa, pídeselo a Jonas. Es un buen hombre y es de fiar.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Tres o cuatro días, una semana como mucho. Mejor aún, vuelve a casa con tu familia y ya me pondré yo en contacto contigo cuando pueda.

—No pienso ir a ninguna parte —dijo Lucilla con firmeza—, no hasta que sepa qué vas a hacer para ayudar a mi marido.

—Como quieras —dijo Marcia—. Pero si empiezas a llamar la atención y ciertas personas se dan cuenta de quién eres, cualquier esperanza para tu marido se habrá perdido. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí —dijo Lucilla—, pero estoy empezando a asustarme mucho, Marcia. ¿Mi marido se pondrá bien?

—No lo sé —admitió Marcia—, pero juro ante todos los dioses que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo. Ahora duerme un poco, Lucilla, y déjame el resto a mí.

Capítulo Treinta y Seis
Roma

Lépido yacía en la habitación escasamente amueblada y en penumbra, con una fina manta de crin fuertemente envuelta alrededor de su cuerpo desnudo. La parpadeante luz amarilla de la única vela proyectaba sombras danzantes en las paredes, librando una batalla perdida contra el penetrante hedor a moho y desechos humanos que impregnaba el aire. Abrió ligeramente los ojos al oír el familiar sonido de un rasquido. Una rata, su única compañía en aquel miserable lugar, asomó el hocico por una de las grietas de la pared, y él la observó mientras se escabullía por el suelo hasta el plato de madera que había junto a la cama.

Al principio, Lépido había ahuyentado a las ratas, temiendo una mordedura que pudiera infectarlo mientras dormía. Pero, a medida que los días se convertían en semanas y su situación se volvía más desesperada, había aprendido a tolerar e incluso a agradecer su presencia. Le proporcionaban una breve distracción de la insoportable monotonía de su confinamiento solitario.

Hacía varias semanas que los guardias pretorianos lo habían sacado a rastras de su casa y lo habían arrojado, con los ojos vendados, a esta lúgubre habitación. Al principio, había exigido saber qué estaba pasando; luego, había suplicado y, finalmente, había recurrido a implorar. Pero sus captores permanecían en silencio. Su única interacción se producía durante los breves momentos de cada día en que un esclavo desaliñado, que a todas luces era también un prisionero, le traía una mísera comida. La mayoría de los días era media hogaza de pan duro con un frasco de agua tibia y salobre. De vez en cuando, había un estofado aguado hecho con las espinas de algún desafortunado pescado.

El hambre era real, el dolor de huesos era real, la inmundicia, abrumadora, pero eran la aplastante soledad y la incertidumbre sobre su destino lo que empezaba a doblegarlo.

Observó cómo la rata exploraba su celda, deteniéndose para alzarse sobre sus patas traseras y volver la vista hacia él, con los bigotes temblando mientras captaba su olor. Luego, con la misma rapidez con la que había aparecido, la rata se escabulló de nuevo hacia la libertad a través de la grieta de la pared.

Lépido volvió a cerrar los ojos, pero los abrió de golpe instantes después al oír algo diferente: unos pasos al otro lado de la puerta, más seguros y resueltos que los de su carcelero habitual. También oyó una voz apagada.

—Déjeme entrar —ordenó la voz—. Y luego márchese. Le llamaré cuando haya terminado.

La puerta se abrió con un crujido y la figura familiar del senador Umber entró, llevándose de inmediato una mano a la nariz y la boca con asco.

—Por los dioses —masculló Umber—. Esto es repugnante.

Lépido se incorporó lentamente y se puso en pie, con el cuerpo débil, pero la mirada firme. Contempló al hombre que una vez había sido su amigo con los ojos encendidos de un odio manifiesto.

—Lépido —dijo Umber—, esta nunca fue mi intención. Haré que limpien esto.

—No se moleste —replicó Lépido en voz baja—. Cada momento que paso en esta inmundicia me recuerda a la persona que me hizo esto.

—Es una pena que hayamos llegado a esto —dijo Umber, negando con la cabeza—. Pero si me hubiera dicho los nombres de esos hombres que envió a Germania, todo esto podría haber terminado ya.

—Los hombres que *nosotros* enviamos a Germania —lo corrigió Lépido—. No olvide que todo esto empezó con usted y sus sueños de remodelar el Imperio romano.

—No podía prever cómo se desarrollarían las cosas —replicó Umber, con un deje defensivo en el tono—. Actué pensando en los intereses de Roma.

—Usted nunca ha actuado pensando únicamente en los intereses de los demás —espetó Lépido—. Ya de joven, buscaba

siempre beneficiarse de los éxitos o fracasos ajenos. ¿Por qué estoy aquí, Umber? ¿Qué quiere de mí?

—En realidad, nada —dijo Umber con voz fría—. Solo pensé que quizá querría saber lo que va a sucederle.

—¿Por qué iba a sucederme algo? ¿Qué he hecho para que se vuelva contra mí? Lo único que hice fue responder a su petición. No lo entiendo.

—Hay cosas que usted ignora —dijo Umber, con un tono cada vez más distante—. Asuntos personales concernientes a los intereses de mi familia en Germania. Cuando me di cuenta de que, si la misión fracasaba, Calígula y su séquito podrían empezar a investigar más de cerca los asuntos de mi familia, no tuve más remedio que eliminar todo rastro de mi implicación. Y eso lo incluye a usted. Es un giro desafortunado de los acontecimientos, pero cuando los dioses deciden nuestro destino, ¿quiénes somos nosotros para cuestionarlos?

—Sé lo que va a pasarme —dijo Lépido con voz firme—. Me matará uno de sus esbirros y se desharán de mi cuerpo para ocultar cualquier prueba de su implicación y de lo que sea que intente encubrir.

—No va desencaminado —replicó Umber, con una leve sonrisa en los labios—. Pero no olvide que soy un senador romano. Me aseguraré de que se aplique la ley en toda su extensión.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lépido, un pavor creciente apoderándose de su voz.

—Se le ha acusado de diversos actos contra el imperio —dijo Umber en un tono casi clínico—. Eso significa que debe enfrentarse a un jurado de senadores para responder por sus crímenes. Si se le declara culpable, lo llevarán de aquí al Carcer Tullianum, donde será encarcelado hasta que se ejecute su sentencia.

—Pero no he cometido ningún crimen —gruñó Lépido con los puños apretados.

—Eso tendrá que decidirlo el Senado —dijo Umber, encogiéndose de hombros—. Y por mucho que me duela decírselo, la pena por tales actos es la muerte por estrangulamiento.

—Haga lo que se le antoje, Umber —escupió Lépido—. Le prometo que, si me condenan, me aseguraré de arrastrarlo conmigo en mi caída.

—Ya veremos —replicó Umber, dándose la vuelta para marcharse.

—¿Cuándo es ese supuesto juicio? —exigió Lépido.

—Ah, ¿no se lo he mencionado? —dijo Umber, volviéndose con una sonrisa burlona—. Tuvo lugar hace unos diez días. Se le juzgó *in absentia*, puesto que nadie pudo determinar su paradero. Por desgracia, fue declarado culpable, y el plazo para apelar ya ha expirado.

—*¿Cómo?* —exclamó Lépido, con los ojos desorbitados por la conmoción—. ¡Pero si he estado aquí todo este tiempo!

—Ya lo sabía —dijo Umber con una sonrisa socarrona—. Y nuestro amigo de ahí fuera también lo sabía. —Señaló con la cabeza la puerta, donde el carcelero silencioso esperaba fuera—. Pero él nunca lo admitiría, sobre todo porque le hice cortar la lengua hace unos años. Ahora es usted un hombre culpable, Lépido, y en unos días lo trasladarán al Carcer Tullianum. La sentencia se ejecutará poco después.

—¡Pero tenía derecho a un defensor! —gritó Lépido con voz desesperada—. ¡Incluso en mi ausencia!

—Oh, tuvo usted un defensor —dijo Umber, con una sonrisa que se tornaba más gélida—. Pero, por desgracia, su representante no hizo un buen trabajo.

—¿Quién fue? —preguntó Lepidus, temiéndose ya la respuesta.

—Su más antiguo amigo y confidente —replicó Umber, con la voz rebosante de falsa compasión—. Yo.

Dicho esto, Umber se dio la vuelta y salió de la estancia, cerrando la puerta de un portazo. Lepidus se quedó mirando la puerta cerrada, con la mente a mil por hora. Sabía que, una vez sentenciado, nadie que entraba en el Carcer Tullianum salía con vida. Estaba condenado y no había absolutamente nada que pudiera hacer al respecto.

De vuelta en Aquae Tarbellicae, Marcia estaba sentada en un rincón de su taberna, hablando con dos hombres de aspecto rudo. Sus voces eran bajas, cautelosas, mientras hacían demasiadas preguntas para el gusto de Marcia. Era dolorosamente consciente de que debía tener cuidado con lo que revelaba.

Habían pasado tres días desde la última vez que habló con Lucilla y el tiempo se agotaba. Sabía que tenía que actuar pronto o sería demasiado tarde. Finalmente, la conversación terminó y los dos hombres se pusieron en pie.

—Marcia —dijo uno de ellos—, pide usted demasiado. Quiere que vayamos a un lugar del que no dirá el nombre y que rescatemos a un hombre que debe permanecer en el anonimato. ¿Cómo podemos siquiera empezar a planear semejante tarea en estas circunstancias? Le deseo suerte, pero hasta que no pueda revelar más, esto no me interesa. —Cogió su frasca de cerveza y se fue con su compañero a una mesa al otro lado de la taberna.

Marcia suspiró y se reclinó en la silla, exasperada. Su taberna era un abrevadero bien conocido por toda clase de gente, desde generales hasta ladrones, y con los años había hecho muchos contactos útiles. De hecho, El Toro sin Cuernos se había convertido en el lugar al que acudir si necesitabas que se hiciera algo y tenías el dinero para pagarlo. Nadie hacía nunca preguntas, pero la notoriedad tenía un precio: espías y traidores. Se habían cerrado muchos tratos en la taberna, solo para que aquellos que prometían soluciones traicionaran al pagador en cuanto fuera posible y se embolsaran el dinero. Era un riesgo que no quería correr, pero no estaba llegando a ninguna parte.

Una de sus empleadas, una mujer llamada Claudia, la vio y se acercó con dos copas de vino.

—Parece que estás teniendo un mal día —le dijo Claudia, entregándole una copa—. Toma, bebe esto.

Marcia se bebió media copa de un trago y miró a Claudia. Habían trabajado juntas en la taberna durante muchos años y, aunque Claudia se ganaba la mayor parte de su dinero entreteniendo a hombres en las trastiendas, era una buena amiga y se podía confiar en ella.

—Es que no sé qué hacer —admitió Marcia.

—¿Puedo ayudar?

—No, a menos que puedas invocar a una tropa de hombres bien entrenados dispuestos a cabalgar hasta el corazón de Roma y arrebatarle un hombre a Calígula de sus propias narices.

—¿Y qué me dices de ese tribuno que a veces entra aquí? —sugirió Claudia—. El apuesto. Pareces muy cercana a él y da la impresión de ser muy capaz.

—¿Te refieres a Séneca?

—Ese mismo.

—Sería perfecto —dijo Marcia, con un atisbo de esperanza en la mirada—. Pero hace meses que no lo veo. Podría incluso estar muerto, que yo sepa.

—No está muerto —dijo Claudia—. Estuvo aquí anoche, preguntando si había visto a alguno de sus hombres en los últimos días.

—¿Seneca está aquí? —exclamó Marcia, sintiendo que se quitaba un peso de encima—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—No sabía que fuera tan importante —respondió Claudia—. Además, dijo que estaría aquí unas semanas, así que supuse que os encontraríais tarde o temprano.

—¿Sabes dónde se aloja?

—No.

—¿Puedes averiguarlo?

—Podría, pero ¿por qué no se lo preguntas tú misma? Acaba de entrar.

Marcia se giró y vio a Seneca hablando con otro de los clientes. Se levantó rápidamente y se dirigió hacia él.

—Marcia —dijo él al verla acercarse—, me alegro de verla. Necesito hablar con usted de una cosa.

—Y yo con usted —replicó Marcia, cogiéndolo del brazo—. Pero aquí no. Venga conmigo. —Pasaron junto a la barra y entraron en un almacén trasero. Una vez dentro, Marcia cerró la puerta y se volvió para mirar a Seneca.

—¿Qué ocurre? —preguntó él al ver la expresión de preocupación en el rostro de la mujer—. ¿Está usted en apuros?

—Yo no —dijo Marcia—. Se trata de Lepidus. Siéntese, Seneca. Tenemos un problema.

Durante la siguiente media hora, Marcia le contó a Seneca todo lo que había averiguado por Lucilla. Él la escuchó en silencio, interrumpiéndola solo para hacer preguntas pertinentes o aclarar algún punto. Cuando Marcia terminó, se echó hacia atrás, procesando todo lo que acababa de oír.

—¿Y dónde está su esposa ahora? —preguntó.

—En una de las *hospitia* no muy lejos de aquí. No se preocupe, está bien atendida.

—Necesito hablar con ella en persona —dijo Seneca.

—¿Es prudente? Siempre pensé que cuanta menos gente conociera su rostro, mejor, sobre todo tratándose de las familias.

—Esto es diferente —replicó Seneca—. Considero a Lepidus algo más que un superior; también es un buen amigo.

—Entonces, ¿puede usted ayudarlo?

—Eso espero —dijo Seneca—. Pero, por el momento, solo somos tres. Escuche, voy a poner algunas cosas en marcha, pero quiero pedirle un favor. Si los dioses son benévolos, espero que otros cuatro de mis hombres aparezcan por su taberna en los próximos días. Podrían tardar más, pero no puedo permitirme esperar. Si llegan, cuénteles exactamente lo mismo que me ha contado usted a mí. No se preocupe, son de fiar. Dígales que vengan a Roma a toda prisa y que se reúnan conmigo en la taberna que hay frente al templo de Vesta tan pronto como puedan. Si necesitan algo, ya sea dinero, comida o caballos, haga usted los preparativos y cárguelo a mi cuenta.

—¿No es el templo de Vesta un lugar un tanto público?

—De eso se trata —dijo Séneca—. Con tanta gente que va en peregrinación, unos cuantos visitantes más, curtidos por el viaje, no llamarán la atención.

—¿Qué piensa hacer?

—Aún no lo sé —admitió Séneca—. Puede que, de todos modos, ya sea demasiado tarde, pero solo hay una forma de averiguarlo. Lléveme ante Lucilla, Marcia. Partiré por la mañana.

A la mañana siguiente, Séneca recorrió una callejuela hasta los establos públicos. Se había pasado varias horas con Lucilla y, aunque Marcia ya se lo había contado casi todo, el nombre que no dejaba de surgir era el del senador Umber. Era evidente que él se hallaba en el epicentro de todos sus problemas. Cuando Séneca terminó con Lucilla, regresó a su aposento y se lo explicó todo a Marcus y a Raven. A pesar de dejarles claro que no tenían por qué seguir adelante, ambos hombres hicieron caso omiso de sus inquietudes y juraron acompañarlo. Como necesitaba atender un último asunto, Séneca había salido del alojamiento y había enviado a sus dos camaradas a preparar los caballos.

—¿Está todo listo? —preguntó al llegar a los establos.

—Le hemos pagado al caballerizo —respondió Marcus—. Y tenemos raciones suficientes para aguantar hasta que crucemos las montañas. Después, tendremos que comprar más o robarlas.

—Excelente —dijo Séneca, subiéndose a la silla de montar—. Con un poco de suerte, podríamos llegar en unas pocas semanas.

Los tres hombres hicieron girar sus caballos y salieron del callejón, enfilando el camino que salía de Aquae Tarbellicae en dirección este. Al pasar por delante del Toro Sin Cuernos, Séneca vio a Marcia de pie en la puerta, pero ninguno de los dos se hizo una seña. Había demasiados curiosos alrededor, y cuanta menos gente conociera su conexión, mejor.

Veinte minutos más tarde, Séneca detuvo su caballo donde un segundo sendero se cruzaba en ángulo recto.

—Recto —dijo Raven a su espalda—. Es la ruta más rápida.

—No esta vez —replicó Séneca—. Vamos a rodear la ciudad y a dirigirnos al oeste.

—¿No decías que íbamos a Roma?

—Así es —dijo Séneca—. Pero parece que el senador Umber podría haber anticipado nuestro regreso y tener gente apostada en la ruta para detenernos.

—Entonces, ¿qué camino vamos a coger?

—El que lleva al puerto más cercano —dijo Séneca—. Alquilaremos un barco y llegaremos en la mitad de tiempo.

—Eso costará una montaña de denarios —comentó Marcus.

—Ya os lo he dicho —dijo Séneca, dándole una palmadita al zurrón que le colgaba del hombro—. El dinero no es un problema. Ahora, vamos, que tenemos que irnos.

Capítulo Treinta y Siete
Roma

Séneca estaba sentado en una escalinata que daba al Foro, en el corazón de Roma, comiendo gajos de una manzana que cortaba con un pequeño cuchillo de desollar. Vestido como un ciudadano corriente, apenas llamaba la atención de los transeúntes ni de las Cohortes Urbanae, la fuerza centralizada encargada de garantizar la seguridad y la paz de la capital.

Él y Marcus llevaban ya varios días en Roma, mientras que Raven, debido a su característico aspecto celta, había acampado en un bosque a las afueras de las murallas de la ciudad para cuidar de los caballos. Marcus y Séneca, en cambio, eran claramente romanos tanto en apariencia como en modales, lo que les permitía pasar desapercibidos con facilidad. Durante los últimos tres días, habían observado la prisión que dominaba el Foro, estudiando los horarios y las costumbres de los guardias de servicio.

Ambos hombres conocían la infame prisión, pues habían crecido escuchando historias de caudillos y conspiradores que habían encontrado allí su espantoso final. Las cámaras superiores, a veces utilizadas como celdas para los que esperaban juicio, no eran más que el preludio del infierno que aguardaba a los condenados a muerte en la caverna sin ventanas de abajo.

Séneca y Marcus sabían que necesitaban una estrategia para poder entrar, pero también eran conscientes de que no tenía sentido trazar planes detallados hasta que estuvieran seguros de que Lépido se encontraba realmente dentro. La rutina de los guardias era monótona, pero Séneca no tardó en fijarse en un hombre en particular, un guardia cuyo uniforme estaba ligeramente menos pulcro que el de los demás y que siempre parecía cansado. Este guardia no se marchaba con sus camaradas al terminar el turno; en su lugar, se alejaba a toda prisa en una dirección diferente, como si tuviera que estar en otro sitio.

Intrigado, Séneca decidió investigar más a fondo. Cuando el turno del guardia terminó y pasó de largo a toda prisa, Séneca arrojó el corazón de la manzana, se puso en pie y lo siguió por las callejuelas menos transitadas que la mayoría de los ciudadanos evitaban.

Después de unos diez minutos, Séneca vio al guardia desaparecer en una taberna desaliñada. Sin dudarlo, lo siguió y se sentó al otro lado de la sala, pidiendo un vino aguado para no llamar la atención.

El guardia pidió una jarra de cerveza espumosa y se bebió la mitad de un trago antes de que por fin pareciera relajarse. Al principio, Séneca pensó que el comportamiento del hombre se debía a una dependencia de la cerveza, pero unos instantes después, una mujer se sentó junto al guardia. Tras recibir una moneda de él, vertió en su bebida unos polvos de un vial de vidrio.

Séneca observó con creciente interés. No era ajeno a las tabernas de los callejones y había oído hablar de tales prácticas, pero era la primera vez que las veía en acción. El guardia terminó su cerveza y se recostó en su asiento. En cuestión de minutos, se le desencajó la mandíbula y puso los ojos en blanco. Fuera cual fuese la sustancia, había hecho efecto rápidamente, dejándolo semiconsciente.

Mientras Séneca miraba a su alrededor, se percató de que nadie más parecía prestar atención a la escena. Al observar con más detenimiento, se dio cuenta de que varios hombres en la taberna se encontraban en un estado similar. Intuyendo su interés, la mujer que había vendido la sustancia se deslizó en el asiento junto a él.

—¿Qué ocurre, forastero? —preguntó—. ¿Acaso no ha visto nunca la Hierba Oriental?

—Claro que la he visto —mintió Séneca—. Solo me sorprende que haya hecho efecto tan rápido. Debe de ser fuerte.

—Aquí solo suministramos de la mejor —replicó la mujer, sacando otro vial y colocándolo sobre la mesa—. ¿Por qué no la prueba? Y si le gusta, hay mucha más de donde ha salido esta.

—¿Cuánta necesito? —preguntó Séneca.

—Una cucharada en cualquier bebida —dijo ella—, y le prometo que su mente será transportada a los lugares más maravillosos que pueda imaginar.

—¿Y el precio?

—Por un frasco como este —dijo ella—, un denario de plata. Para un hombre refinado como usted, es una bicoca a cambio de las maravillas que experimentará. Un frasco contiene diez cucharadas de hierba oriental y le durará más de una semana.

—Me llevaré uno —dijo Séneca, sacando un denario de debajo de su capa.

—¿Le relleno la jarra? —ofreció—. Hay que disolverlo en abundante líquido.

—No —replicó Séneca—, me lo llevaré y lo disfrutaré en la comodidad de mi lecho.

—Una sabia elección —dijo la mujer, poniéndose en pie—. Pero no olvide dónde estamos para cuando quiera más.

—No lo haré —le aseguró Séneca mientras ella se alejaba para atender a otro cliente.

Media hora más tarde, el guardia empezó a recuperar el conocimiento. Tras limpiarse la baba de la barbilla, salió tambaleándose de la taberna y se dirigió colina arriba, hacia el corazón de la ciudad. Séneca lo siguió, observando cómo el guardia bajaba unos escalones exteriores que daban a la puerta de un sótano. Tras asegurarse de que nadie miraba, Séneca se acercó y atisbó por entre las tablillas de una contraventana mal conservada.

Dentro, a la luz de varias velas parpadeantes, Séneca vio a una mujer acostada en un lecho sucio y a tres niños pequeños que jugaban en el mugriento suelo de losas. Los niños se levantaron de un salto y corrieron a recibir a su padre, quien sacó de debajo de su capa un poco de pan y queso que había guardado de sus raciones. Con cuidado, partió la comida en tres trozos iguales y la repartió entre ellos. Era una escena lastimosa, pero Séneca sabía que debía dejar a un lado cualquier compasión y explotar la situación si quería resolver sus propios problemas. Pensó con rapidez, formuló un plan y, antes de que la duda pudiera hacer mella, lo puso en marcha. Se acercó a la puerta y llamó suavemente.

—¿Puedo ver a tu padre? —preguntó Séneca cuando uno de los niños abrió la puerta.

El niño desapareció y, momentos después, el hombre apareció en el umbral.

—¿Qué quiere? —preguntó el guardia, receloso.

—Estaba en la taberna hace un momento y lo he visto allí —dijo Séneca—. Creo que se le ha olvidado esto. —Alzó el frasco de hierba oriental.

Los ojos del guardia se abrieron como platos, alarmados, y cerró la puerta tras de sí.

—¿De qué habla? —siseó—. Eso no es mío.

—Lo sé —dijo Séneca—, he estado allí todo el tiempo que ha pasado bajo la influencia de lo que sea este polvo. También sé que es miembro de las Cohortes Urbanas. Pero lo que más me preocupa es que su mujer parece enferma y sus hijos, desde luego, están hambrientos mientras usted se gasta el dinero en cerveza y en este polvo. —Volvió a alzar el frasco—. ¿Qué clase de hombre es usted?

El guardia alargó la mano para arrebatarle el frasco, pero Séneca fue más rápido y lo apartó de su alcance.

—No sé quién es usted —gruñó el guardia—, pero esto no es asunto suyo. Aléjese de mi puerta si no quiere salir mal parado.

—Puede intentarlo —replicó Séneca con calma—. Pero primero, escuche lo que tengo que decir. Ambos tenemos algo que el otro necesita y puedo ayudarle a solucionar este embrollo.

—Nadie puede hacer eso.

—Puedo —insistió Séneca, abriendo la mano para mostrar un áureo.

Los ojos del guardia se abrieron de par en par por la sorpresa, con un atisbo de esperanza mezclado con codicia al alzar la vista hacia Séneca.

—Hay muchos más como este —dijo Séneca—, y lo único que necesito de usted es algo de información.

—¿Qué clase de información?

—Solo las respuestas a unas pocas preguntas. Primero, ¿hay un hombre llamado Lépido en el Carcer?

—Se supone que no debo hablar de nada relacionado con la prisión —replicó el guardia, con la voz teñida de miedo—. Se castiga con el despido o algo peor.

Séneca cerró el puño en torno a la moneda.

—Es muy sencillo —dijo—. Bastará con que asienta o niegue con la cabeza, y nadie sabrá jamás que hemos hablado. Se lo preguntaré de nuevo: ¿hay un hombre llamado Lépido en el Carcer? —Abrió la mano, y la moneda de oro brilló en la penumbra.

El guardia asintió enérgicamente.

—Descríbamelo.

—No lo vi con claridad —dijo el guardia—, pero parecía muy débil y le habían dado una paliza.

—¿Sabe quién es?

—Solo su nombre —admitió el guardia—. Pero oí que estaba al mando de una legión en algún lugar de la Galia y que fue declarado culpable de traición.

Con una sensación de desasosiego, Séneca se dio cuenta de que, en efecto, se trataba de su viejo amigo y comandante. Dejó que el guardia cogiera la moneda.

—¿Cuándo lo llevaron allí? —preguntó Séneca.

—Hace diez días —se apresuró a decir el guardia—. Será ejecutado pasado mañana. —Alzó la vista hacia Séneca, esperando otra moneda.

—Una última pregunta —dijo Séneca, metiendo la mano bajo la capa. Extendió la mano, mostrando otras cuatro monedas—. ¿Hay alguna forma de entrar en el Carcer sin tener que pasar por delante de todos los guardias?

—No —replicó el hombre, con los ojos fijos en las monedas de oro—. A menos que...

Las esperanzas de Séneca renacieron. —Continúe.

—Aquí no —dijo el guardia, mirando a su alrededor con nerviosismo—. Vuelva a la taberna y lo seguiré. Le contaré todo lo que necesita saber.

—Como desee —dijo Séneca—. Pero ni se le ocurra traicionarme, o será lo último que haga.

—Usted solo asegúrese de tener esas monedas —replicó el guardia—. Ahora váyase antes de que alguien lo vea.

Séneca se dio la vuelta y desanduvo el camino. No era mucho, pero su instinto le decía que aún podría haber una oportunidad de salvar a Lépido.

Mientras caminaba, pasó junto a un estrecho callejón que apestaba a orina y heces de perro. No estaba iluminado y se perdía en la oscuridad como un túnel hacia la nada. Séneca le echó un vistazo un instante, pero, al no ver nada fuera de lo común, se apresuró hacia la taberna.

Instantes después, una figura salió del callejón. Tras observar un momento cómo se alejaba Séneca, la figura se dio la vuelta y se dirigió colina arriba, hacia la casa del guardia.

Más tarde esa noche, Séneca regresó al aposento que él y Marcus habían alquilado unos días antes. Al acercarse a la puerta, oyó voces alteradas. Desenvainó su pugio y avanzó sigilosamente por el pasillo hasta la habitación, viendo que la puerta estaba ligeramente entreabierta. Tras respirar hondo, abrió la puerta de una patada y entró de golpe, solo para encontrar a tres hombres apiñados en torno a una mesa, jugando a los dados. El más corpulento de ellos se giró en redondo, sobresaltado por la súbita entrada.

—¡Séneca! —gritó el hombre—. ¡Como no te deshagas de este sirio feo y tramposo, juro que lo arrojaré yo mismo al Tíber!

—¿Falco? —exclamó Séneca, boquiabierto—. ¿Sica? Por los dioses, ¿cuándo habéis llegado?

—Me los encontré merodeando por el templo de Vesta —dijo Marcus con una sonrisa—. Por lo visto, Falco cree que las sacerdotisas solo son vírgenes porque aún no han conocido al hombre adecuado.

Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de Séneca. Arrojando a un lado el cuchillo, se acercó y agarró el antebrazo del gladiador.

—Nunca pensé que me alegraría tanto de ver tu fea cara —dijo—. Y la tuya también, Sica.

—Me alegro de haber llegado hasta aquí sin haberle cortado el cuello —dijo Sica con sequedad—. No vuelvas a dejarme a solas con este hombre. Mis nervios no lo soportan.

—¿Dónde están Brennus y Talorcan? —preguntó Séneca, mirando por la habitación.

—Talorcan se quedó con los belgas —dijo Falco, y su voz se fue apagando.

—¿Y Brennus? —insistió Séneca, intuyendo que algo iba mal.

—Lo perdimos —dijo Sica en voz baja—. Se lo llevó la corriente después de ayudarnos a cruzar el Rin. Se ha ido, Séneca. Brennus ha muerto.

Séneca quedó desolado. Brennus había sido un buen hombre y un miembro valioso de los Occultum. Era una pérdida sensible, pero sabía que tales cosas eran inevitables en su línea de trabajo. Perder a un solo hombre en una misión tan peligrosa era, en cierto modo, un testimonio de su pericia y su suerte.

—Beberemos en su memoria —dijo Séneca solemnemente—. Pero primero, contadme todo lo que pasó después de que nos separásemos.

Durante la hora siguiente, los hombres compartieron sus historias, que terminaron con sus respectivas llegadas al Toro sin Cuernos.

—Marcia nos dio tu mensaje —dijo Falco—. Te perdimos por solo dos días. Nos dio una bolsa y nos marchamos tan pronto como pudimos.

—Me alegro de que estéis aquí —dijo Séneca—. ¿Cuánto sabéis de por qué estamos aquí?

—Les he contado todo desde que nos fuimos de Aquae Tarbellicae —dijo Marcus—. Incluido lo desesperada que parece la situación.

—Bueno, eso acaba de cambiar a mejor —dijo Séneca con un brillo de determinación en los ojos—. He descubierto algo esta noche y creo que tengo un plan.

—¿Podemos terminar la partida de dados antes? —preguntó Falco, sonriendo—. Siento que me está cambiando la suerte.

Capítulo Treinta y Ocho
Roma

Falco, Sica y Marcus estaban sentados alrededor de la mesa, escuchando con suma atención mientras Séneca exponía el plan.

—La cuestión es —empezó Séneca— que ahora sé con certeza que Lépido está en el Tullianum. Lo bajaron hace unos días y su ejecución está programada para pasado mañana.

—¿Que lo bajaron? —preguntó Sica, perplejo.

—El Tullianum es básicamente una antigua cisterna excavada en la roca madre —intervino Marcus—. Se construyó hace siglos. Solo hay una forma de entrar o salir, y es a través de un agujero en el suelo de las celdas superiores. A cualquiera que vaya a ser juzgado se le puede mantener en las salas de arriba, pero, una vez condenado, se le baja por ese agujero para que afronte su destino.

—¿Cómo los matan? —continuó Sica.

—Depende —respondió Séneca, encogiéndose de hombros—. Varía según su estatus. A los hombres libres a menudo se los decapita, al igual que a los nobles o a los mercaderes ricos culpables de estafar a Roma. A otros, como los bárbaros o los soldados, se los puede estrangular o, simplemente, se los deja morir de hambre. Se dice que ahí abajo es un infierno en vida, y los condenados a menudo reciben a sus verdugos como una liberación de su sufrimiento.

—¿Y cómo entran los verdugos? —insistió Sica.

—De la misma forma —dijo Marcus—. Los bajan por el agujero y los vuelven a subir cuando han terminado.

—Eso suena muy poco eficiente —comentó Sica—. ¿Por qué no los matan sin más en las salas de arriba?

—Es como se ha hecho siempre —explicó Marcus—. La reputación del Tullianum por sí sola suele bastar para disuadir de la mayoría de los crímenes.

—¿Y los cuerpos? —preguntó Sica, enarcando una ceja—. ¿Qué pasa con ellos? ¿Los vuelven a subir o los dejan ahí abajo para

que se pudran? Aquello podría llenarse de gente muy rápido.

—No tengo ni idea —admitió Marcus, volviéndose hacia Séneca—. ¿Tú lo sabes?

—Sí, lo sé —confirmó Séneca—. Y precisamente por eso estamos todos aquí sentados. He descubierto que hay otra forma de entrar en el Tullianum, o más bien, una salida; una que muy poca gente conoce y de la que ninguno de los que la han usado ha hablado jamás.

—¿Por qué no? —preguntó Falco, presintiendo algo siniestro.

—Porque están todos muertos —respondió Séneca con gravedad.

La sala se sumió en el silencio mientras los demás intercambiaban miradas de confusión.

—Dejad que me explique —continuó Séneca—. Hace muchos años, el Tullianum no era más que una cisterna para almacenar el agua de un manantial natural que se filtra por la pared en la parte alta. El manantial aún existe, pero cuando la cisterna dejó de ser necesaria para almacenar agua, fue reconvertida en prisión y lugar de ejecución. El único problema era qué hacer con los cuerpos. Así que abrieron un agujero en una de las paredes y le colocaron una puerta reforzada. Al otro lado hay un pequeño túnel que conduce a la Cloaca Máxima.

—La alcantarilla principal de Roma —comprendió Falco, y su rostro se iluminó—. Y esa lleva al Tíber y, finalmente, al mar. Es una forma perfecta de deshacerse de los cuerpos, sobre todo si primero los descuartizaban.

—¿Creéis que podremos entrar por ahí? —preguntó Marcus, picado por la curiosidad.

—No es tan sencillo —advirtió Séneca—. La puerta está cerrada con llave desde dentro y las llaves se guardan en el Carcer superior, que siempre está vigilado por al menos dos guardias interiores y uno exterior. Cuando llega la hora de que alguien muera, un verdugo y su escolta llegan con la documentación necesaria. Los guardias los dejan pasar, cogen las llaves, descienden al Tullianum para llevar a cabo la ejecución y después se deshacen del cuerpo en la cloaca antes de que los suban de nuevo. Todo es muy eficiente y

se oculta a los ojos de Roma, a menos, claro está, que se trate de alguien famoso, en cuyo caso todo el proceso se convierte en un espectáculo para las masas.

—¿Y cómo sabes todo eso? —preguntó Sica, con evidente recelo.

—Porque he sobornado a uno de los guardias —reveló Séneca —. Ha accedido a dejarnos pasar por la puerta exterior, por un precio considerable, pero una vez dentro, estaremos solos, enfrentándonos a lo que sea que los dioses nos echen encima.

—¿Cuántos hombres hay dentro? —inquirió Marcus.

—Entre dos y seis en cualquier momento —respondió Séneca —. Esto es lo que propongo: mañana por la noche, justo después del anochecer, con la ayuda del guardia sobornado, entraremos en el edificio. Nos encargaremos de los hombres que haya dentro, liberaremos a Lépido de sus ataduras y abriremos la puerta que da a las cloacas. Desde allí, escaparemos hacia el río. Para cuando los guardias hagan el cambio y descubran nuestra fuga, deberíamos estar lo suficientemente lejos como para evitar que nos capturen.

—Parece muy sencillo —comentó Marcus.

—Los mejores planes suelen serlo —replicó Séneca—. Mañana por la mañana, tú y yo familiarizaremos a los demás con la aproximación al Tullianum. Por la tarde, encontraremos una barca para amarrarla cerca de donde la cloaca desemboca en el río. Escapar por ahí no será agradable, pero disuadirá la persecución si nos descubren. —Miró a su alrededor, viendo la duda en sus rostros —. Mirad, sé que es con poco preaviso y que las posibilidades de que nos atrapen son altas. Pero, en lo que a mí respecta, Lépido es uno de los nuestros y haría lo mismo por cualquiera de vosotros en esta habitación. Ninguno tiene por qué hacer esto y no guardaré rencor. Solo necesito saber vuestro número para poder ajustar el plan como corresponda.

—No conozco a ese hombre —dijo Sica con cautela.

—Ninguno de vosotros lo conocéis —reconoció Séneca—. Y así es como debe ser. Cuanto menos sepamos todos sobre los otros eslabones de la cadena, menos probable será que nos descubran.

—Pero dices que es uno de los nuestros —señaló Falco.

—Tanto como lo era Brennus —afirmó Séneca.

—En ese caso, no hay más que hablar. Estamos dentro —declaró Falco, mientras Sica y Marcus asentían.

A una legua más o menos de allí, el hombre al que esperaban rescatar yacía en el único trozo de suelo seco de una estancia a la que se le había negado para siempre el don de la luz del sol. El hedor a descomposición era insoportable y, a pesar del goteo constante de agua del manantial oculto que arrastraba cualquier prueba visible de sangre y muerte, la habitación aún conservaba el recuerdo de incontables víctimas.

Allí abajo no había días ni noches, solo la oscuridad eterna y el incesante goteo del agua. Lépido se aferraba a la vana esperanza de que los dioses reconsideraran el terrible destino que le aguardaba.

Levantó la vista hacia el agujero del techo. Hacía solo unos días que los guardias lo habían bajado después de una paliza especialmente brutal. Aunque podía lamer el agua directamente de las grietas de la base de la celda, estaba peligrosamente débil por la falta de comida.

El sonido de unas pisadas resonó en el piso de arriba, salpicado por la risa ocasional de unos hombres que sabían poco de su vida y a los que su destino les importaba aún menos. Eran sirvientes del imperio, nada más y nada menos. Si el emperador decidía que alguien debía morir, nunca cuestionaban la orden.

En cierto modo, Lépido los envidiaba; no por su libertad, sus estómagos llenos o el hecho de que aún les quedaran muchos amaneceres por presenciar, sino por su estado mental, en el que todo era blanco o negro. El emperador dice «muere», y alguien muere. Dice «vive», y otra víctima es liberada. Era así de simple, y a ninguno de ellos le remordía la conciencia cuando un niño se quedaba sin padre o una esposa enviudaba.

El pensamiento de sus propios hijos le trajo un torrente de recuerdos: las veces que habían jugado bajo el sol, chapoteado en el mar o cogido uvas de los viñedos, comiendo más de las que recogían, con sus risas resonando en el aire. Deseaba

desesperadamente revivir aquellos momentos, aunque solo fuera por última vez. Los recuerdos eran desgarradores, y se imaginó a su esposa, con las lágrimas corriéndole por las mejillas mientras les decía a sus hijos que su amado padre no volvería jamás.

Esa imagen era la peor de todas y, en la oscuridad, sus propias lágrimas reflejaron las de su mente. Siempre había estado preparado para morir al servicio de Roma, pero había imaginado que sería a manos de la espada de un bárbaro en una batalla justa junto a sus camaradas, no en un pozo de inmundicia diseñado para que los últimos momentos de sus víctimas fueran lo más desdichados posible. Era el fin; así era como iba a terminar, en las fauces de un monstruoso pozo de la muerte de apetito insaciable. Nada podía ser peor.

La noche siguiente, los guardias hicieron el cambio de turno como de costumbre. Tras ponerse la capa y coger un pugio y una lanza de la armería, el guardia al que Séneca había sobornado ocupó su puesto frente a la entrada principal del Carcer. Varios minutos después, los guardias relevados salieron y se marcharon, unos a sus casas, otros a los barracones a pocas calles de distancia. El guardia sobornado miró a su alrededor con nerviosismo, sabiendo que, si todo salía según lo planeado, pronto podría huir de Roma para siempre, con los bolsillos llenos de oro y quizás unos viales de hierba oriental de la taberna.

Al caer la noche, las calles bajo la prisión se volvieron más silenciosas. A lo lejos, el resplandor de los faroles de las calles más concurridas y el ruido de aquellos con dinero que gastar en vino y comida de los vendedores resonaban en el aire.

El sonido del creciente jolgorio despertó en el guardia un profundo sentimiento de injusticia y celos. Siempre era lo mismo, pero aquella noche sería la última vez que lo observaría desde la distancia. En el futuro, si quería participar en tales cosas, no habría nadie que se lo negara. Se recostó contra la pared, ajustándose la capa al cuerpo. El acceso al Carcer era bastante abierto y, aunque la noche era cálida, la creciente brisa auguraba una espera incómoda.

Al otro lado de la prisión, Séneca y sus hombres se reunieron en un callejón.

—Una última comprobación —dijo Séneca—. Sica, ¿está la barca en su sitio?

—Sí —confirmó Sica—. Oculta bajo un pequeño muelle, a cien pasos río abajo de donde la cloaca desemboca en el río.

—Marcus —prosiguió Séneca—, dime qué vas a hacer.

—Después de que le des al guardia la documentación falsa, tú y los demás entraréis en el edificio —respondió Marcus—. Yo me quedaré fuera para vigilar la puerta por si alguien intenta entrar detrás de nosotros.

—¿Y Falco? —preguntó Séneca.

—Falco, Sica y yo desarmaremos a los guardias y los ataremos —explicó Marcus—. Luego cogeremos las llaves de la puerta de la cloaca en el Tullianum. Una vez hecho eso, usaremos la cuerda para bajar a la celda de la muerte y encontrar a Lépido.

—¿Y si los guardias se resisten? —insistió Séneca.

—Cometerán un grave error —dijo Sica, mientras su mano se deslizaba hacia el cuchillo que llevaba en el cinto.

—Bien —asintió Séneca—. Si conseguimos hacer todo eso sin herir a ninguno de los guardias, podremos simplemente cerrar con llave las puertas principales a nuestra espalda y tendremos varias horas para escapar por las alcantarillas. Recordad, sin Lépido, el Occultum no existe. Tenemos que sacarlo vivo. Hagámoslo, y que los dioses estén con nosotros.

Dicho esto, se dio la vuelta y los demás lo siguieron mientras se abrían paso por las sombrías calles en dirección al Carcer Tullianum.

Capítulo Treinta y Nueve
El Carcer Tullianum

Los cuatro hombres subieron los gastados escalones de piedra que conducían a la prisión. Marcus y Séneca mantenían la cabeza bien alta, exudando la confianza de hombres acostumbrados a ejercer la autoridad. Falco y Sica, sin embargo, ocultaban sus rostros bajo las profundas capuchas de sus capas, imitando la costumbre de los verdugos de esconder su identidad.

Al acercarse a la entrada, el guardia entrecerró los ojos con recelo. Salió de detrás del contrafuerte y se aproximó a su puesto junto a la puerta. Tenía la boca seca y, por un momento, dudó, reconsiderando la traición que estaba a punto de cometer. Pero cuando su mano rozó la pequeña moneda de oro que guardaba en el bolsillo y pensó en las otras que pronto la acompañarían, su determinación se reafirmó.

—¿Quiénes son ustedes? —exigió, sabiendo perfectamente que uno de sus camaradas lo observaba a través de la rejilla de la puerta—. Declaren su propósito.

—Mi nombre es Publius Tullius Cicero —mintió Séneca con aplomo—. Estamos aquí por orden del Senado para llevar a cabo la ejecución del traidor Quintus Marcius Lepidus. —Le entregó un rollo. El guardia lo sostuvo a contraluz como si quisiera verificar la autorización. En lugar de órdenes oficiales, el rollo contenía un mensaje mucho más siniestro:

«Si nos traicionas, tú, tu esposa y tus hijos sufriréis una muerte lenta y dolorosa».

El guardia respiró hondo y se volvió hacia la puerta.

—Todo está en orden —gritó—. Déjenlos pasar.

Unas llaves tintinearon en el interior y la pesada puerta se abrió con el crujido de sus antiguas bisagras.

Séneca, Falco y Sica cruzaron el umbral, y el aire viciado de la antigua prisión los envolvió como un sudario húmedo y opresivo. La puerta gimió al cerrarse tras ellos, sumiéndolos en un mundo de sombras y susurros. Se detuvieron para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra iluminada por las velas.

—Por aquí —dijo el guardia de dentro, alzando una antorcha parpadeante. Los condujo por un corto pasillo hasta una cámara con varias puertas que daban a las celdas de detención. Otros tres guardias holgazaneaban en una mesa, con sus posturas encorvadas delatando la monotonía de sus quehaceres. Sin embargo, los inesperados visitantes los pusieron firmes; una ejecución era siempre una bienvenida interrupción de su tedio.

Séneca recorrió la habitación con la mirada y sus ojos se posaron en una trampilla de madera encajada en el suelo.

—¿Se entra por ahí? —preguntó, señalándola—. Es mi primera vez.

—Así es —le confirmó el guardia—. Su hombre está ahí abajo. ¿Cómo piensan hacerlo?

—Ha sido condenado a ser degollado —replicó Séneca.

—¿Puedo bajar a ver? —preguntó con avidez uno de los otros guardias, con los ojos brillantes de emoción.

Séneca le hizo un discreto gesto con la cabeza a Falco. A la señal, Falco se giró y le asestó un puñetazo al primer guardia, dejándolo inconsciente. Los otros tres guardias se pusieron en pie de un salto, pero Séneca ya había desenvainado la espada y, tras presionar el filo contra la garganta de un hombre, lo obligó a retroceder contra la pared.

—Un movimiento más y lo mato —siseó Séneca.

Por un instante, la estancia quedó en silencio. Entonces, con un rugido, uno de los otros guardias volcó la mesa y se abalanzó sobre Falco. El hombre al que Séneca amenazaba con la espada aprovechó el momento, apartó la hoja de un manotazo y le propinó un puñetazo en la cara a Séneca. Aturdido por un instante, Séneca retrocedió tambaleándose, pero se recuperó con rapidez y volvió a lanzarse a la lucha. A pesar de que su oponente también empuñaba una espada, el hombre no era rival para el aguerrido Séneca. En

cuestión de segundos, Séneca le hundió el gladius bajo las costillas, atravesándole el corazón.

Al otro lado de la estancia, Falco forcejeaba con su atacante. El hombre, más fuerte de lo esperado, derribó a Falco al suelo y le apretó el cuello con las manos. Falco supo que solo tenía unos segundos para reaccionar. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se impulsó hacia delante y le arrancó la nariz al hombre de un mordisco. El dolor hizo que el hombre aflojara la presa lo justo para que Falco pudiera zafarse. Entonces, le agarró la cabeza y se la estampó contra el suelo. El primer impacto aturdió a su oponente; los siguientes golpes convirtieron el cráneo en una masa sanguinolenta.

—¡Falco! —gritó Séneca—. ¡Basta ya!

La orden logró aplacar la furia de Falco. Se puso en pie, con la respiración agitada, y se dio la vuelta, no sin antes propinar una última y desafiante pisada sobre el cráneo aplastado del hombre.

Al otro lado de la estancia, el último guardia se acurrucaba en un rincón, con las manos en alto en señal de rendición. Sica estaba de pie ante él, cuchillo en mano y con una sonrisa aterradora en el rostro, como si lo retara a resistirse.

—Atad a esos dos —ordenó Séneca, mirando al primer guardia, que justo empezaba a recuperar el conocimiento—. Y bajadlos al Tullianum. Que alguien coja las llaves de la puerta principal.

Falco recogió las llaves mientras Séneca se agachaba para levantar la trampilla, revelando una abertura circular debajo.

—Lepidus —llamó—. ¿Estás ahí?

Al no recibir respuesta, lo intentó de nuevo. —¿Lepidus? Soy yo, Séneca. Haz algún ruido si me oyes.

Un débil gemido resonó desde la oscuridad y a Séneca le dio un vuelco el corazón. Lepidus estaba vivo. Cogió una linterna encendida de la pared y la bajó hacia el foso. Al principio no pudo ver nada, pero, a medida que sus ojos se acostumbraban, distinguió la figura acurrucada contra la pared.

—Sica —dijo—, coge la cuerda. —Y lanzó la linterna a la oscuridad. Una vez asegurada la cuerda, descendió y corrió al lado

de Lepidus—. Lepidus —dijo, levantándole la cabeza—. ¿Me oyes?

—Séneca —contestó Lepidus débilmente—, ¿a ti también te han atrapado?

—No —le aseguró Séneca—, hemos venido a sacarte de aquí. Pero debemos darnos prisa. ¿Puedes caminar?

—Creo que sí —respondió Lepidus—. Ayúdame a levantarme.

Tras unos cuantos intentos, Lepidus consiguió al fin ponerse en pie, aunque era evidente que estaba en un estado lamentable y que necesitaría ayuda para moverse.

—Quédate aquí —indicó Séneca, antes de recorrer la cámara y detenerse ante una puerta que conducía a las alcantarillas.

—Sí —masculló para sí al encontrar dos cerraduras. Se apresuró a volver para situarse bajo la abertura del techo.

—Está vivo —gritó Séneca hacia arriba—. Podremos sacarlo. ¿Cómo van las cosas por ahí arriba?

Como respuesta, dos cadáveres se precipitaron de repente por la abertura y aterrizaron con un golpe sordo a su lado.

—¡Por los dioses! —maldijo Séneca, retrocediendo de un salto —. ¿Por qué no me has avisado?

—Lo siento —llegó la respuesta ahogada de Falco—. No he pensado.

—Nunca lo haces —masculló Séneca entre dientes, pero antes de que pudiera decir nada más, otro cuerpo cayó por el agujero, esta vez acompañado por un grito de terror. Era uno de los prisioneros atados, cuya caída fue amortiguada por los dos cadáveres que ya había en el suelo.

—*¡Falco!* —rugió Séneca—. *¿Qué estás haciendo?* —Pero en lugar de recibir respuesta, tiraron abajo al cuarto guardia, que también gritaba aterrorizado.

—Ya están todos —gritó Falco—. ¿Bajamos ya?

—Todavía no —respondió Séneca con un suspiro de resignación—. Tirad primero las llaves. He encontrado la puerta.

Mientras esperaba, Séneca arrastró a los dos prisioneros vivos lejos del centro de la estancia y los apoyó contra la pared. A pesar de la caída, estaban relativamente ilesos, aunque el brazo de uno de ellos parecía estar torcido en un ángulo imposible.

—Sus camaradas no tardarán en llegar —dijo Séneca—. Estoy seguro de que pueden aguantar hasta entonces.

El tintineo de metal lo hizo girarse. A la luz de la antorcha, vio una anilla de metal con dos llaves grandes. Las cogió y las probó en las cerraduras. Encajaban, pero a pesar de sus esfuerzos, ninguna giraba. Frustrado, se acercó a uno de los prisioneros y le apretó el cuchillo bajo la barbilla.

—Sé que estaba inconsciente ahí arriba —dijo Séneca—, así que quizá no sepa de lo que somos capaces. Le daré una oportunidad: dígame si estas son las llaves correctas o lo mataré ahora mismo.

—Váyase al infierno —escupió el hombre, desafiante. Sin dudarlo, Séneca le hundió la hoja en el cerebro y, mientras el guardia se desplomaba a un lado, se volvió hacia el prisionero que quedaba, cuyo rostro estaba contraído por el terror.

—¿Y bien? —inquirió Séneca—. ¿Va a decírmelo o a acompañar a su amigo en su viaje al Hades?

—Muéstreme las llaves —jadeó el hombre. Cuando Séneca se las enseñó, el prisionero negó con la cabeza, asustado—. No —dijo —. No son las correctas.

Séneca se giró y gritó hacia el agujero.

—Falco, estas llaves no son. ¿Hay otras ahí arriba?

—No —respondió Falco—. Estas eran las únicas que colgaban. Hay un segundo gancho, pero está vacío.

Séneca volvió a prestarle atención al aterrorizado prisionero, apretando la hoja de su espada contra la garganta del hombre.

—Basta de juegos —siseó—. ¿Dónde están las llaves?

—Las debe de tener Custos —gritó el guardia con absoluto pavor—. Él es el responsable de ellas.

—¿Quién es Custos? —exigió Séneca.

—El guardia de la entrada principal. Es su trabajo deshacerse de los cuerpos después de las ejecuciones. Él es el que está al mando, no yo.

Séneca procesó la información rápidamente. Si lo que el prisionero decía era cierto, el guardia al que habían sobornado era más crucial de lo que creían, y les había ocultado su importancia.

Con un mal presentimiento, Séneca se dio cuenta de que podrían haberlos traicionado. Se volvió hacia el agujero del techo y gritó:

—¡Falco, tráeme al guardia de las puertas exteriores!

Fuera, en la escalinata de la prisión, Custos había regresado a su puesto frente a las puertas, intentando aparentar que todo era normal. Marcus permanecía en las sombras, con la mano apoyada en la empuñadura de su gladius, cada vez más ansioso a medida que pasaba el tiempo. Algo no iba bien. Finalmente, Marcus se acercó a Custos.

—Abra —dijo Marcus—. Quiero comprobar una cosa.

—No puedo —respondió Custos con voz tensa—. Está cerrada con llave desde dentro. Ya lo vio cuando entraron sus camaradas.

Marcus frunció el ceño al darse cuenta de que el guardia tenía razón. Estaba atrapado fuera hasta que uno de los otros abriera la puerta. Se acercó más, mirando a través de la reja de hierro.

—¡Séneca! —siseó Marcus—. ¡Falco! ¿Qué pasa ahí dentro?

Como si fuera una respuesta, una puerta del interior de la prisión se cerró de golpe y Marcus oyó unos pasos que corrían por el pasillo.

—Algo está pasando —murmuró Marcus, con la tensión en aumento. Se volvió hacia Custos, pero antes de que pudiera reaccionar, el guardia se abalanzó sobre él y una hoja brilló en la penumbra. Marcus se giró instintivamente, justo a tiempo para que el cuchillo le rozara la cabeza. La herida era terriblemente dolorosa, y retrocedió tambaleándose, perdiendo el equilibrio y cayendo rodando varios escalones.

El corazón de Custos latía con fuerza en su pecho al darse cuenta de que solo tenía unos segundos para terminar el trabajo. Empezó a bajar los escalones hacia Marcus, pero se quedó helado cuando la puerta de la prisión chirrió al abrirse a su espalda. Falco estaba en el umbral, con la espada desenvainada y el rostro convertido en una máscara de furia. Al darse cuenta de que no tenía ninguna posibilidad contra el imponente gladiador, Custos dio media vuelta y huyó escaleras abajo, alejándose de la cárcel.

Marcus se puso en pie a duras penas, con la sangre corriéndole por la cara.

—Tu cabeza —le dijo Falco con urgencia al llegar junto a Marcus—. ¿Estás muy mal?

—Creo que es solo un rasguño —gruñó Marcus, limpiándose la sangre de los ojos—. Me ha atacado por la espalda. ¿Qué haces aquí fuera?

—Séneca se ha dado cuenta de que el guardia nos mentía y me ha enviado a buscarlo.

—Es demasiado tarde —dijo Marcus con gravedad, señalando hacia la calle—. Mira.

Falco siguió su mirada y vio a docenas de hombres armados que doblaban la esquina, formando filas al pie de la escalinata. Más soldados aparecieron por cada lado, bloqueando todas las vías de escape.

—Esto no es ninguna coincidencia —gruñó Falco—. Nos han traicionado.

Ayudó a Marcus a subir de nuevo los escalones y a entrar en la cárcel, cerrando con llave la pesada puerta tras ellos. Marcus se desplomó contra una pared, apretando el manto contra la herida que tenía en la cabeza, mientras Séneca llegaba corriendo por el pasadizo.

—¿Qué ha pasado? —exigió Séneca—. ¿Dónde está el guardia?

—Se ha escapado —dijo Falco— y parece que nos ha traicionado. Su unidad está formando fuera.

—¿Está vivo Lépido? —preguntó Marcus, haciendo una mueca de dolor.

—Sí —confirmó Séneca—, pero han desaparecido las llaves de la puerta que conduce a las alcantarillas. Estamos atrapados aquí.

—¿Hay alguna otra salida?

—Que yo sepa, no —respondió Séneca.

—¿Podríamos derribar la puerta? —sugirió Marcus.

—Ni en mil años —dijo Séneca—. Es de roble macizo, reforzado con barras de hierro.

—Alguien se acerca —advirtió Falco, mirando por la rejilla.

Séneca se le unió en la puerta y miró fuera. Vio a dos hombres que se acercaban; uno de ellos le resultaba familiar.

—No reconozco al oficial —murmuró Séneca—, pero el otro es Scipio, el prefecto del campamento del fuerte de Oppidum Ubiorum.

—¿Qué hace Scipio en Roma? —preguntó Marcus, desconcertado—. No puede habernos seguido desde Germania.

—Secundus tiene un hermano que es senador —explicó Séneca—. Un tal Umber. Sospecho que envió a Scipio aquí para informar de lo que ocurrió en Germania.

—¿Crees que nos han estado vigilando todo este tiempo? —preguntó Marcus.

—Sí —dijo Séneca, con voz sombría—. Apuesto a que Scipio me siguió a casa del guardia aquella noche y le hizo a Custos una oferta mejor.

—Lo averiguaremos pronto —dijo Marcus—. Ahí vienen.

Los dos hombres se detuvieron ante la puerta, escrutando los rostros tras la rejilla.

—Tribuno Séneca, supongo —dijo el oficial con sorna—. Engrosando su larga lista de actividades delictivas, por lo que veo.

—Y usted debe de ser el senador Umber —replicó Séneca—, persiguiendo su misión de encubrir su propia traición mediante la ejecución de hombres inocentes.

—Muy perspicaz —replicó Umber con frialdad—. Asintió hacia el hombre que tenía a su lado—. ¿Creo que ya conoce al prefecto Scipio?

—He tenido esa desgracia —dijo Séneca—. ¿Qué quiere?

—¿Querer? —repitió Umber—. No quiero nada. Simplemente sentía curiosidad por conocerle en persona.

—Puede que tenga a todos esos hombres a sus espaldas —dijo Séneca—, pero le juro que, si echa abajo esta puerta, nos llevaremos por delante a más de los que nos tocan antes de caer.

—No tengo ninguna intención de echar abajo ninguna puerta —dijo Umber con desdén—. Ya los tengo a todos atrapados, ¿así que para qué molestarse? Simplemente los dejaré aquí para que se mueran de hambre. Parece la solución más sencilla, ¿no le parece, Scipio?

—Una idea excelente —convino Scipio—. Con todos ustedes a buen recaudo bajo un mismo techo, mi trabajo aquí ha terminado. —Se volvió hacia Umber—. Dejaré este asunto en sus capaces manos, senador, y regresaré a Germania a primera hora de la mañana.

—Por supuesto —dijo Umber con diplomacia—. Dígale a mi hermano que todos nuestros problemas por fin se han resuelto y que puede proceder a recuperar la tercera Aquila.

Scipio asintió y desapareció en la noche, mientras Umber se volvía de nuevo hacia la puerta.

—Ahora los dejo y regreso a mi confortable hogar para pasar una noche de vino y sueño sin ensoñaciones. Mientras tanto, pueden ir pensando en una muerte lenta por inanición. Estas puertas estarán vigiladas día y noche, y no se molesten en intentar sobornar a mis hombres; les pago extremadamente bien por su lealtad y no están en venta. Puede que vuelva mañana para regodearme, pero, por otro lado, tengo asuntos más importantes que atender. Adiós, tribuno Séneca. Que duerma bien.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse, pero se detuvo cuando otro grupo de hombres se acercó a la puerta y comenzó a clavar varios tablones de madera para atrancar la entrada.

Séneca observaba impotente a través de los barrotes cómo los sellaban dentro. Su mente trabajaba a toda velocidad, pero con las puertas atrancadas y sin las llaves de la entrada a la alcantarilla, sus opciones se agotaban a ojos vistas.

Capítulo Cuarenta
El Carcer Tullianum

Los seis hombres y el guardia superviviente estaban sentados junto a las paredes del pasillo que conducía de la entrada principal al Carcer. Habían pasado tres días desde que quedaron atrapados, sin contacto alguno con el exterior. La comida empezaba a escasear, y sabían que pronto tendrían que aventurarse de nuevo a bajar al Tullianum para recoger agua fresca del manantial que se filtraba, una tarea que a ninguno le apetecía, dado el hedor de los tres cuerpos que ahora se pudrían en la oscuridad de abajo. Incluso aquí arriba, lejos de las estancias principales, con la trampilla de madera asegurando la entrada a la cisterna, el nauseabundo olor a descomposición empezaba a llegarles, y no iba a hacer más que empeorar.

Falco estaba de pie junto a la puerta, atisbando a través de la reja de hierro. Aunque la entrada estaba tapiada con tablones, había suficientes rendijas entre ellos como para entrever la vida que seguía su curso en la ciudad, allá abajo.

—Siguen ahí fuera —dijo al cabo—. Cuento seis hombres. Si abrimos esta puerta y quitamos las tablas a patadas, podríamos tener una oportunidad antes de que envíen refuerzos.

—Ya he revisado esas tablas —replicó Séneca—. Están firmemente sujetas. En cuanto oigan el primer impacto, enviarán a por más hombres. E incluso si logramos abrirnos paso, podrían eliminarnos uno a uno mientras trepamos por cualquier hueco.

—Tenemos que hacer algo —insistió Falco—. Prefiero caer a filo de espada que morir de hambre.

—Quizá Umber consideraría negociar —sugirió Sica—. Tengo entendido que puedes conseguir una cantidad sustancial de dinero, Séneca, y me parece que es del tipo que podría cerrar un trato a cambio de riquezas.

—No tienes nada que él quiera —intervino Lépido desde el otro extremo del pasillo—. Es un hombre rico que viene de una

familia rica y no necesita dinero. Lo que ansía es poder, y eso no es algo que podamos ofrecerle.

—Algo tenemos que poder hacer —dijo Marcus, poniéndose del lado de Falco—. Si no se nos ocurre algo pronto, quiero caer luchando.

El día se arrastró hasta el anochecer y, finalmente, los hombres atrapados cayeron en un sueño agitado, hambrientos, sedientos y mentalmente agotados.

Al cabo de unas horas, Falco se despertó sin saber qué lo había sobresaltado. Escuchó con atención y volvió a oírlo: el tañido lejano de una campana. Miró hacia la puerta y notó el olor a humo y la luz parpadeante que se filtraba por las grietas de la entrada tapiada. Se puso en pie, se acercó y entornó los ojos para ver qué estaba pasando fuera. Aunque su visión era limitada, pudo distinguir enormes fuegos que ardían por toda la ciudad, incluido uno abajo, en el foro.

—Séneca —dijo en voz alta—, despierta. Algo está pasando ahí fuera.

Séneca se revolvió y tardó unos instantes en recobrar los sentidos antes de reunirse con Falco junto a la puerta.

—Ábrela —le ordenó Séneca, y Falco quitó el cerrojo de la puerta y la abrió hacia dentro. Ambos hombres pegaron los ojos a las rendijas de las tablas exteriores para ver mejor. En efecto, los fuegos ardían por toda la ciudad y, más abajo de la cárcel, enormes grupos de ciudadanos enfurecidos pululaban por el foro.

—¿Se están amotinando? —preguntó Falco.

—Desde luego, está pasando algo —replicó Séneca—. Algunos parecen celebrarlo, pero otros gritan de miedo.

Marcus se les unió en la puerta.

—¿Qué está pasando?

—No estoy seguro —dijo Falco—. Parece una especie de rebelión, pero es imposible. Los vigiles y la Guardia Pretoriana la habrían sofocado en cuanto hubiera empezado.

—A menos que formen parte de ella —sugirió Marcus, acercándose más a la pared de madera para mirar a ambos lados.

—Oh, no —dijo en voz baja, con un deje de preocupación en la voz—. Armaos, amigos míos. Parece que tenemos compañía.

Fuera, más de dos docenas de hombres subieron las escaleras a la carrera, todos ellos fuertemente armados y con la intención asesina grabada en el rostro. Instantes después, Marcus retrocedió justo cuando el primero de muchos hachazos se abatía sobre los tablones exteriores.

—Parece que se les ha agotado la paciencia —dijo Séneca por encima del estruendo—. Quieren acabar con nosotros. Cerrad la puerta y atrancadla. Quizá nos haga ganar algo de tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Marcus—. No podemos ir a ninguna parte.

—Quizá no, pero tenemos que pensar. Falco, ve con Sica a ver qué otras armas tienen aquí dentro.

Fuera, los hombres de las hachas no tardaron en destrozar los tablones y pronto los estaban arrancando de la puerta reforzada. Por encima de la cacofonía, alguien gritaba órdenes, con voz cada vez más airada y desesperada por momentos.

—Rápido, quiero esa puerta abajo y a todos los de dentro muertos, o juro que os colgaré a todos y cada uno de vosotros.

Séneca reconoció la voz: era la de Umber.

—Parece que a nuestro senador algo le ha salido muy mal —reflexionó—. Suena bastante inquieto.

—Bromas aparte —dijo Marcus—, sea cual sea su motivo, estamos atrapados como ratas en una jaula. Tenemos que preparar algún tipo de defensa.

Todos, incluido el prisionero superviviente, empezaron a reunir lo que pudieron para crear una barricada para cuando los atacantes derribaran la puerta. Mesas, sillas volcadas, estanterías de almacenaje; todo lo que se podía mover del interior del Carcer se apiló en una enmarañada barrera entre ellos y la puerta. No era resistente y no duraría mucho, pero los frenaría.

Instantes después, Sica y Falco regresaron con una brazada de espadas, unos cuantos cuchillos y, lo que era más importante, cuatro lanzas ceremoniales que habían estado colgadas en una pared. En una batalla abierta contra un enemigo móvil, habrían sido

inútiles, pero en el espacio reducido del pasillo y tras la improvisada barricada, eran perfectas.

Sica se las repartió a Marcus, Séneca y Falco, y se quedó una para él, antes de pasarle una espada al prisionero.

—No te equivoques —dijo—. Si entran, estarás tan muerto como el resto de nosotros. Umber no puede permitirse dejar a ninguno con vida, y eso te incluye a ti. ¿Entendido?

—Entendido —replicó el hombre, cogiendo la espada y uniéndose a los demás en la barricada.

—¡Ya vienen! —gritó Falco cuando la puerta por fin cedió ante la embestida y, al irrumpir el primero de los hombres de Umber por el umbral, los hombres del Occultum supieron que luchaban por su vida.

Marcus derramó la primera sangre al atravesar la barrera con su lanza, ensartando al primer atacante y haciendo que la punta del arma le saliera por la espalda. Falco logró un éxito similar y ambos retiraron sus lanzas, listos para la siguiente estocada. Cuanto más hombres entraban en tropel en el pasillo, Sica y Séneca intentaron la misma táctica, pero los atacantes, que habían aprendido del destino de sus camaradas, agarraron las dos lanzas y se las arrancaron de las manos a los defensores. Instantes después, las dos últimas lanzas quedaron inutilizadas cuando unas hachas las partieron por la mitad, dejando el camino despejado para que el asalto principal se estrellara contra la barricada improvisada.

Los defensores hicieron cuanto pudieron por repeler el ataque con sus espadas, pero el ingente número de atacantes era abrumador. En cuestión de momentos, la barrera fue hecha añicos, haciendo que Séneca y sus hombres retrocedieran tambaleándose hacia el interior de la prisión. El ruido era ensordecedor, pero la estrechez del pasillo impedía que los hombres de Umber, pese a su ventaja numérica, pudieran aprovecharla, y los del Occultum les obligaron a luchar por cada paso que ganaban. A pesar de sus esfuerzos, la incesante embestida hacía inevitable el desenlace. Apenas unos instantes después, Séneca y sus hombres se vieron acorralados en el Carcer, sin ningún sitio adonde huir.

Ante ellos, los doce atacantes restantes se desplegaron para el asalto final, intuyendo que sus oponentes estaban agotados y que la victoria estaba a su alcance.

—¡Esperad! —gritó el prisionero que aún estaba entre los defensores—. ¡Yo no soy uno de ellos! ¡Soy un cautivo! —Se lanzó hacia delante, tratando de distanciarse del Occultum, pero solo había dado unos pocos pasos cuando uno de los atacantes lo abatió, abriéndole la cabeza con un hacha.

—Se lo advertí —dijo Sica, negando con la cabeza—. El necio no ha escuchado.

—Aún podemos conseguirlo —dijo Falco, sin perder su fanfarronería—. Doce contra cinco me parece una probabilidad justa. —Pero hasta él conocía la verdad. Estaban en inferioridad, y el final estaba cerca.

—Ha sido un honor —gritó Séneca, ajustando la empuñadura de su gladio—. Y aunque muera junto a mis hermanos, no será como un cordero en el matadero. Una última carga, amigos míos. ¿Estáis listos?

—¡Listos! —rugieron, preparándose para el asalto final, dispuestos a afrontar su destino de cara.

Séneca respiró hondo, a punto de dar la orden, pero, justo cuando iba a hablar, otra voz resonó por los pasillos.

—¡Retirada! —gritó el hombre al que no veían—. ¡En nombre de los dioses, salid! ¡Es demasiado tarde!

Los atacantes dudaron, mirándose unos a otros con confusión, al igual que Séneca y sus hombres.

La llamada se oyó de nuevo, más apremiante esta vez, y, de repente, los hombres de Umber comenzaron a retirarse, retrocediendo hacia la entrada.

—¡Corred! —ordenó la voz una vez más, y esta vez el pánico era inconfundible. Todos los atacantes se dieron la vuelta y huyeron de la prisión.

Séneca miró a sus camaradas, desconcertado. Habían estado acorralados, debilitados por el agotamiento, enfrentándose a una muerte segura, pero ahora, inexplicablemente, se habían quedado solos. Sin mediar palabra, corrió tras los atacantes que huían,

desesperado por entender lo que estaba sucediendo. Llegó a la puerta, ahora desatendida, y se asomó al exterior.

—Los guardias se han ido —dijo por encima del hombro—. No hay nadie ahí fuera.

—Gracias a los dioses —jadeó Falco a su espalda—. Larguémonos de aquí.

Antes de que pudieran moverse, a Séneca se le encogió el corazón cuando una nueva unidad militar apareció al pie de la escalinata y ascendió marcialmente hacia la prisión. Esta vez supo que estaban verdaderamente perdidos: era la Guardia Pretoriana.

Al frente de la unidad iba un centurión pretoriano, cuyo porte y semblante irradiaban autoridad. Se detuvo ante aquellos hombres demacrados, examinando sus cuerpos empapados en sangre y las armas que empuñaban en sus manos, cansadas de la batalla.

—¿Quiénes sois? —exigió—. ¿Qué está pasando aquí?

Séneca estaba a punto de responder cuando Lépido se adelantó, apartándolo con delicadeza.

—Déjamelo a mí —musitó Lépido, avanzando cojeando para encararse con el centurión.

—Centurión —empezó Lépido—, mi nombre es Quinto Marcio Lépido, hasta hace poco legado de la Legio III Gallica. He estado encarcelado aquí bajo falsos pretextos por el senador Lucius Gabinius Umber. Me acusó de traición contra el imperio y ordenó mi secuestro para que no pudiera refutar los cargos. Luego fingió ser mi aliado y me representó en ausencia. Soy inocente de todos los cargos y he actuado siempre en nombre de Roma, siguiendo las órdenes emitidas por el propio Umber. No espero que se fíe de mi palabra, pero tengo derecho a defenderme, si es necesario, ante el emperador.

El centurión escrutó a Lépido durante un largo instante.

—¿Y estos otros? —preguntó.

—Los hombres que han intentado rescatarme.

El centurión sopesó la situación, barriendo con la mirada al grupo de hombres maltrechos y exhaustos.

—Vendrá conmigo, Lépido —dijo al fin—. Corresponde a otros juzgar su culpabilidad o inocencia. Pero sus hombres deben permanecer aquí hasta que se tome una decisión. Si descubro que miente, o que es culpable de alguno de los cargos, lo mataré yo mismo.

—¿Y mis hombres? —preguntó Lépido—. También son inocentes. Han seguido órdenes, como cualquier otro legionario del ejército romano. Si ellos son culpables, también lo es todo soldado de Roma.

—Se quedarán aquí —repitió el centurión con firmeza—. Los vigilará una unidad de mis hombres. No puedo tener soldados resentidos sueltos por Roma.

—Pero...

—Esa es mi decisión —espetó el centurión—. La toma o la deja.

—Tómala —le instó Séneca desde detrás de Lépido—. Es la única oportunidad que tenemos.

—Que así sea —accedió Lépido, volviéndose hacia el centurión—. Acepto sus condiciones. Pero ¿puede al menos proporcionarles a mis hombres comida y agua?

—Se dispondrá lo necesario —respondió el centurión—. Y a juzgar por ese olor, supongo que tienen ahí dentro cadáveres de los que hay que deshacerse.

—Hay varios —dijo Lépido—. Todas bajas legítimas en nuestra lucha por la justicia.

—Sacadlos —ordenó el centurión—. Nos encargaremos de ellos. —Se volvió hacia sus hombres—. Deshaceos de los muertos y traedme a este hombre al foro. El resto se quedará dentro, pero aseguraos de que tienen lo necesario para sobrevivir hasta que se dicte sentencia.

Pocos minutos después, Lépido se encontraba fuera, en la escalinata que daba al foro. El humo todavía flotaba en el aire, pero la multitud se había dispersado y las calles de abajo estaban ahora dominadas por patrullas de la Guardia Pretoriana que restablecían el orden en toda la ciudad.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Lépido, contemplando la escena—. Parece que ha habido algún tipo de revuelta.

—La ha habido —replicó el centurión—, pero hemos restablecido el orden.

—¿Está el emperador a salvo?

El centurión le dedicó una mirada divertida.

—Aún no se ha enterado, ¿verdad? —dijo—. A Calígula lo mataron anoche y su tío ha sido nombrado nuevo emperador.

—¿Qué? —exclamó Lépido, boquiabierto—. ¿Han encontrado al asesino?

—Oh, sabemos perfectamente quiénes son los asesinos —dijo el centurión con un atisbo de satisfacción en la voz—. Calígula por fin fue demasiado lejos y lo mataron dos de mis camaradas. La Guardia Pretoriana ha tomado cartas en el asunto para devolver la cordura a Roma. Ahora venga, antes de que cambie de opinión.

Capítulo Cuarenta y Uno
Roma

Tres días después, los cuatro hombres que aún permanecían en el Carcer se despertaron por unos ruidos que provenían del exterior. Reunieron las pocas fuerzas que les quedaban y atravesaron los restos de la puerta para enfrentarse a cualquier destino que les aguardara. Fuera, una unidad de doce guardias pretorianos los esperaba mientras salían, protegiéndose los ojos con las manos del sol cegador que brillaba en lo alto.

—Deténganse ahí y escuchen bien —dijo uno de los guardias —. Van a venir con nosotros para asearse. Después, asistirán a una vista senatorial en el foro para saber cuál es su destino.

—¿Y si nos negamos? —preguntó Séneca.

—Entonces estarán firmando su propia sentencia de muerte.

—Entonces, guíenos —dijo Séneca con un suspiro de resignación—. Estamos justo detrás de usted.

El legionario condujo a los cuatro exploradores escaleras abajo y, cruzando la calzada, los llevó a un cuartel junto al foro.

—Ahí dentro están los baños —dijo el soldado, señalando una puerta—. Encontrarán jabón y novaculas de sobra. Úsenlos bien, porque apestan, y esas barbas son inaceptables. Entreguen sus ropas a los esclavos para que las quemen; ellos les proporcionarán nuevas vestiduras para la vista. Estaré aquí fuera esperando cuando terminen.

Séneca miró a sus camaradas y se encogió de hombros. No había otra opción y, además, la idea de un baño era tentadora.

—Que así sea —dijo, abriendo paso hacia la estancia llena de vapor—.

Una hora más tarde, salieron con el aspecto de hombres diferentes. Todos estaban bien afeitados y un esclavo les había cortado el pelo. A pesar del alivio de estar limpios por primera vez

en meses, se sentían incómodos, sobre todo por las togas que les habían dado y que no les sentaban bien.

—¿No tienes otra cosa? —gruñó Falco al salir—. Parezco un político, y eso me hace sentir más sucio que antes.

—Si los declaran inocentes —dijo el soldado—, serán libres de comprar la ropa que quieran. Ahora, vengan conmigo. —Los condujo por un pasillo y se detuvo ante una puerta cerrada, flanqueada por dos esclavos—. Su futuro se encuentra ahí dentro —dijo—. Que los dioses los acompañen. —Se dio la vuelta y los dejó solos.

—Escuchad —susurró Séneca a sus camaradas—. Si esto sale mal, a mi señal, corred hacia la salida más cercana. No sé hasta dónde llegaremos, pero moriremos luchando.

—¿Nos podemos llevar a unos cuantos senadores con nosotros? —preguntó Falco.

—Falco —dijo Séneca—, en este caso, puedes hacer lo que te plazca, y no me interpondré en tu camino. ¿Listos?

Todos asintieron. Los dos esclavos abrieron la puerta y entraron en la cámara revestida de mármol.

Se detuvieron un instante, confusos. Las gradas de mármol a ambos lados estaban diseñadas para albergar a más de cien hombres, pero al fondo de la sala solo vieron una figura, de espaldas a ellos. Séneca avanzó con cautela, seguido por los demás.

—¿Qué está pasando? —exigió—. Se suponía que íbamos a tener una audiencia.

—Oh, la vais a tener —dijo una voz familiar—. Y la buena noticia es que soy el único que la preside. —El hombre se dio la vuelta y los cuatro ahogaron un grito de sorpresa. Era Lépido, ataviado con las galas de un senador romano. Cogió una copa de cristal de una mesa repleta de vino y fruta.

—Bueno —dijo—, ¿no vais a acompañarme?

Con un rugido de júbilo, se abalanzaron hacia él y se congregaron en torno al recién nombrado senador. Falco, sin embargo, pasó de largo y cogió una jarra de vino.

—No te preocupes por él —rio Séneca—. Nunca cambiará, y así es exactamente como lo quiero.

Durante la siguiente media hora, Lépido relató lo que había sucedido desde que abandonó la prisión. Resultó que Calígula había sido asesinado y, ante las pocas opciones disponibles, la Guardia Pretoriana había nombrado emperador a su tío, Tiberio Claudio César. En el caos subsiguiente, Lépido había aprovechado la oportunidad para defender su causa al más alto nivel.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Séneca.

—Parece que Claudio fue un candidato reacio —explicó Lépido —. Lo encontraron escondido detrás de unas cortinas, temiendo por su vida. El apoyo de la Guardia Pretoriana lo persuadió para que aceptara el cargo, pero mientras se asienta en el puesto, ellos moverán los hilos en la sombra, al menos hasta que la población acepte el cambio y la vida vuelva a la normalidad.

—Entonces, ¿quién es el responsable de todo esto? —preguntó Séneca, mirando la comida y el vino dispuestos para ellos.

—El centurión que nos liberó —respondió Lépido—. Es un hombre muy astuto. Cuando le conté a lo que nos dedicamos, se dio cuenta de que podría haber un papel importante para hombres como nosotros.

—¿Se lo contaste? —dijo Séneca, sorprendido.

—Tenía que hacerlo —replicó Lépido—, pero no te preocupes, él mismo fue un *explorator* antes de unirse a la Guardia Pretoriana, así que se mostró comprensivo.

—¿Qué pasó después?

—Ayer, concertó una reunión con el nuevo emperador y defendió nuestra causa. Para ser sincero, no estoy seguro de que Claudio entendiera del todo lo que estaba pasando, pero al final, fui perdonado de todos los presuntos crímenes, al igual que tú y tus hombres, y Umber fue declarado criminal. Ahora mismo están ahí fuera, dándole caza.

—Entonces, ¿somos hombres libres? —preguntó Séneca.

—Lo sois —confirmó Lépido, observando cómo Falco, Marcus y Sica se abalanzaban sobre la comida. Luego tomó a Séneca del brazo y lo apartó de los demás, hablando en voz baja para que no los oyeran.

—Séneca —dijo—, mantengo todo lo que acabo de decir, y sois todos libres de marcharos. Pero hay algo que deberías saber antes de irte.

—Continúa.

—Como te decía —prosiguió Lépido—, el centurión vio un inmenso valor en tener a hombres como vosotros operando en nombre de Roma. Tanto es así que quiere convertiros en un brazo oficial del ejército.

—¡Qué! —exclamó Séneca—. Pero eso nunca funcionará.

—Escúchame —insistió Lépido—. Sé que suena contrario a todo en lo que creemos, pero piénsalo. Seguiréis en la sombra y nadie sabrá de vuestra existencia, salvo unos pocos elegidos en la cadena de mando que llega hasta Roma. Vuestras identidades permanecerán ocultas y las misiones seguirán llegando a través de mí. La única diferencia es que ahora tendréis la plena autoridad del emperador. Tendréis todo el equipo y el apoyo que necesitéis, incluso refuerzos legionarios si fuera necesario. Pero, en esencia, la ejecución de cualquier misión y los hombres que la lleven a cabo seguirán dependiendo de ti.

—No estoy seguro —dijo Séneca, dubitativo—. Suena bien, pero dejé la legión para evitar una estructura agobiante, y esto suena a que vamos directos a meternos en otra igual.

—No —le aseguró Lépido—. Apenas notaréis cambios sobre el terreno, pero os beneficiaréis del pleno apoyo de Roma.

—¿Negarse es una opción? —preguntó Séneca.

—No lo es —respondió Lépido—. Pero a mí me parece un acuerdo perfecto.

—Parece que no tenemos elección —dijo Séneca, forzando una sonrisa—. Sigo sin estar seguro, Lépido, pero si dices que así van a ser las cosas, entonces encontraremos la manera de que funcione.

—Excelente —dijo Lépido—, pero hay una cosa más que necesitas saber.

—¿Y cuál es? —preguntó Séneca con otro suspiro de resignación.

—Quiere otras tres unidades como la vuestra —dijo Lépido—. Y tú eres el hombre perfecto para entrenarlas.

Séneca se quedó mirando al senador, conmocionado. Era lo último que esperaba oír y no sabía cómo responder.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo finalmente—. Cuantas más haya, mayor será la probabilidad de ser descubiertos.

—No si son entrenadas a vuestro nivel —replicó Lépido—. Me han autorizado a establecer un campamento de entrenamiento en la Galia. Cuando terminemos aquí, debes regresar allí lo más rápido posible para hacer los preparativos finales. Una vez que esté listo, podrás empezar a reclutar. No hay tiempo que perder; vuestros servicios serán necesarios pronto.

—¿Por qué? —preguntó Séneca—. ¿Adónde vamos?

—Todavía no es seguro —dijo Lépido, bajando la voz—, pero por lo que le entendí ayer a Claudio, parece que quiere terminar lo que su sobrino loco empezó. Vais a ir al fin del mundo, Séneca. Tú y el resto de los Occultum vais a Britania.

Epílogo
Roma

Pasó más de una semana antes de que Séneca estuviera listo para marcharse de Roma. Algunos de sus hombres ya habían partido, pero él aún tenía asuntos pendientes. Umber y Scipio habían desaparecido y, a pesar de las peticiones de Séneca para que los buscaran, Lépido se negó, con el argumento de que Umber acabaría por meter la pata él solo y de que Scipio siempre había actuado bajo órdenes, la misma defensa que Séneca había esgrimido en varias ocasiones.

Además, Lépido decidió permitir que Secundus se atribuyera la gloria de haber encontrado la tercera águila, razonando que Roma ya se encontraba en un estado de agitación más que suficiente, y que rebatir dicha afirmación expondría sus propias acciones a un escrutinio mayor. Era un resultado poco satisfactorio, pero Séneca sabía que había una cosa más que podía hacer para quedarse tranquilo.

Aquella noche, regresó a los peligrosos callejones de la clase baja de Roma y volvió a la taberna que le había vendido las drogas días antes. Entró y, tal como sospechaba, vio al guardia que los había traicionado, semiconsciente en la misma mesa, con media jarra de cerveza aún intacta ante él. Séneca compró una copa de vino y se sentó en la misma mesa de antes. A los pocos minutos, la mujer que le había vendido las drogas lo reconoció y se acercó.

—Hola, amigo —dijo ella, sentándose a su lado—. ¿Ha vuelto usted para comprar más de nuestras maravillosas hierbas?

—Así es —respondió Séneca, depositando una moneda sobre la mesa—. Pero tengo una pregunta. La sensación es tan maravillosa que me preguntaba cuánta cantidad puedo tomar de una sola vez antes de que sea peligroso.

—No más de dos cucharadas —dijo ella, con un tono repentinamente serio—. Cualquier cantidad mayor puede tener un

efecto terrible, y ha habido hombres que han muerto tras tomar cinco, así que tenga cuidado.

—Lo tendré —dijo Séneca—. ¿Y ha dicho que cada frasco contiene diez cucharadas?

—Así es, así que tiene de sobra para que le dure la semana. —Colocó un frasco de polvos sobre la mesa y cogió la moneda.

—Esperamos volver a verle la semana que viene —dijo ella, poniéndose en pie.

—Quizá —respondió Séneca, terminándose el vino antes de levantarse y dirigirse a la puerta. Al pasar junto al hombre semicomotoso, se detuvo y se inclinó para susurrarle al oído—. Adiós, Custos —dijo en voz baja—, dulces sueños. —Dicho esto, vertió todo el contenido del frasco en la jarra de cerveza a medio terminar.

Diez minutos más tarde, Séneca llamó a la puerta de la casa del guardia. Cuando la mujer abrió, no le dio la oportunidad de hablar. En su lugar, extendió la mano y le entregó una bolsa.

—No sabe usted quién soy —dijo—, y nunca lo sabrá, pero su marido me ha pedido que le dé esto. Ha dicho que se marchen de la ciudad y que encuentren un lugar seguro donde criar a los niños.

—¿Dónde está? —preguntó la mujer—. ¿Está con usted?

—No —respondió Séneca—, y no va a volver, así que haga lo correcto y cuide de esos niños.

—Espere —dijo ella—, ¿qué quiere decir con que no va a volver? —Pero era demasiado tarde; Séneca ya había desaparecido en la oscuridad.

Detrás de él, la mujer cerró la puerta y se acercó a una mesa iluminada por una vela solitaria. Vació el contenido de la bolsa y, mientras sus hijos la miraban atónitos, rompió a llorar al ver tantas monedas de oro.

Más adelante, al final de la calle, Séneca dobló una esquina y se acercó a un hombre que sujetaba un par de caballos.

—¿Está hecho? —preguntó Sica en voz baja.

—Lo está —respondió Séneca—. Volvamos a la Galia. —Sin mediar más palabra, ambos hombres montaron a caballo y pusieron

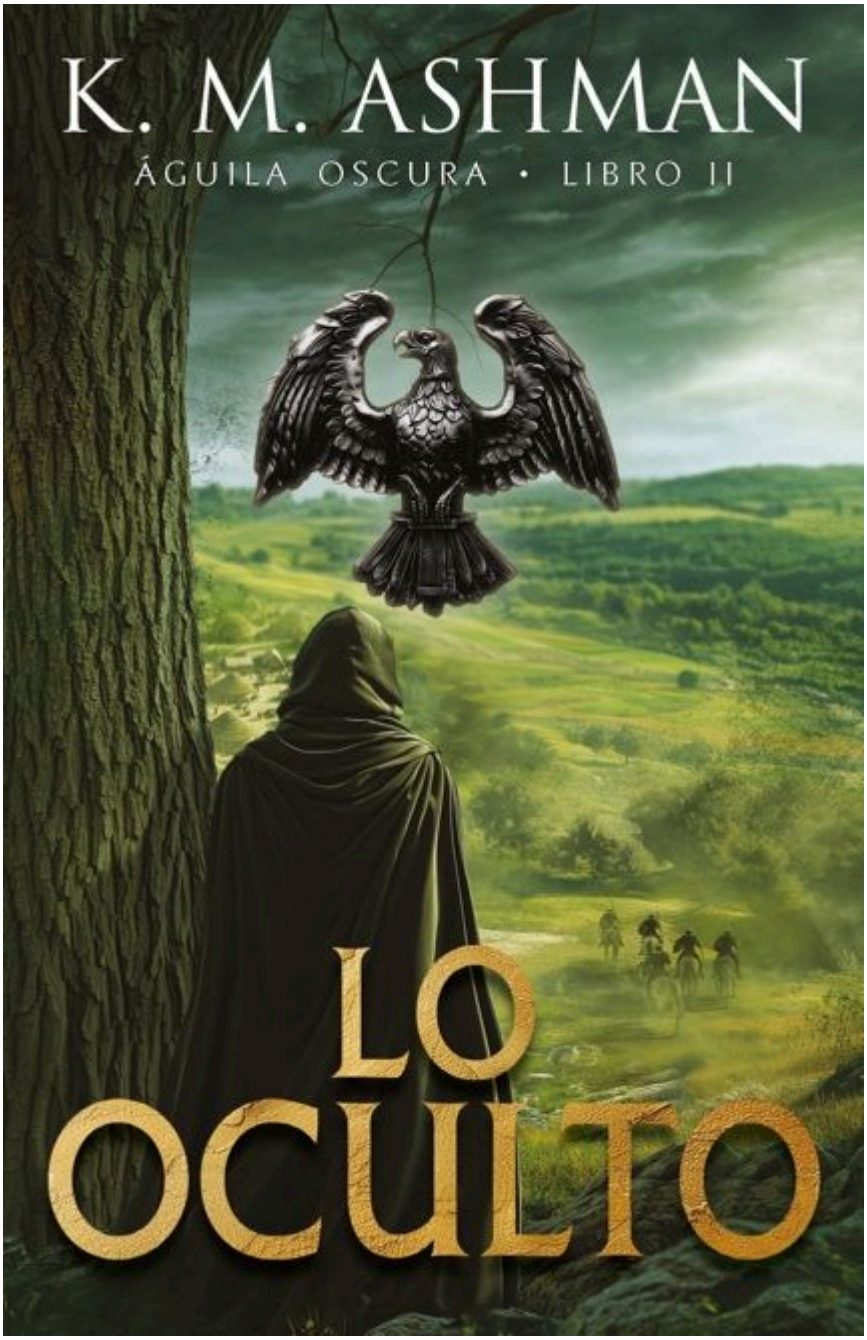
rumbo al norte. Había mucho que hacer y poco tiempo para prepararse.

FIN

Próximo Libro

Sigue la próxima entrega con Séneca y el resto de los Occultum mientras preparan el terreno para la invasión romana de Britania.

Haz clic en la imagen de abajo



Haz clic en Suscribirse para mantenerte informado de todos los nuevos lanzamientos.
SUSCRIBIRSE

Notas del Autor

No cabe duda de que las organizaciones militares a lo largo de la historia han utilizado redes de espías u otro tipo de personal «especial» para obtener ventaja sobre el enemigo; algunos de ellos llegaban incluso a adentrarse tras las líneas enemigas para sembrar el caos o recabar información. En la actualidad, su equivalente ha pasado a conocerse de forma colectiva como «Fuerzas Especiales» y son un activo innegable en cualquier organización militar. Puede que las armas hayan cambiado, así como las tácticas y las misiones, pero, en general, sus funciones han seguido siendo prácticamente las mismas: obtener la mayor ventaja posible sobre el enemigo.

Roma no fue una excepción y empleó diversas formas de fuerzas especializadas para recabar información de espías e informadores y para explorar terrenos propicios en territorio desconocido, sobre todo cuando las legiones estaban en marcha. Puede que nunca lleguemos a saber dónde y cómo se desplegaron, o el alcance de las tácticas especiales que pudieron haber empleado, puesto que tales misiones rara vez quedaban registradas, pero sí sabemos que existieron y que fueron un arma valiosa en el arsenal de Roma.

Exploratores

El término «exploradores» deriva del vocablo latino «explorare», que significa «investigar» o «explorar», y si bien las raíces del reconocimiento romano se remontan a los primeros días de la república, fue durante el período imperial cuando los *exploratores* se convirtieron en una parte especializada e integral del ejército romano.

Entre sus tareas se incluían el reconocimiento a larga distancia, la obtención de datos de espías, desertores y prisioneros, y la recopilación de información sobre la actividad enemiga en las zonas circundantes, especialmente si las legiones se encontraban en movimiento. También cartografiaban el terreno y enviaban

avanzadillas para encontrar emplazamientos adecuados para los campamentos de marcha. Los destacamentos de reconocimiento eran probablemente lo bastante reducidos como para poder llevar a cabo la recogida de información de manera eficaz, sobre todo cuando operaban muy por delante de las fuerzas amigas.

Speculatores

Los *speculatores* eran otro grupo especializado de exploradores y espías dentro de la maquinaria militar romana y, aunque compartían algunas similitudes con los *exploratores*, los *speculatores* tenían características y funciones distintas, y solían operar en grupos mucho más reducidos o incluso en solitario. El término «speculatores» deriva del vocablo latino «speculator», que significa «espía» o «explorador». Se crearon inicialmente durante la república romana, y tanto su formación como sus actividades evolucionaron con el tiempo.

Los *speculatores* estaban entrenados específicamente para la obtención de información y el espionaje. A diferencia de los *exploratores*, que a menudo eran reclutados de entre las tropas auxiliares con conocimientos locales, los *speculatores* procedían más probablemente de la ciudadanía romana o de otras unidades especializadas del ejército. Sus principales funciones incluían la infiltración tras las líneas enemigas para recabar información sobre las fuerzas, las fortificaciones y los planes del enemigo, y eran expertos en reconocimiento, contraespionaje y operaciones encubiertas. Los *speculatores* también se utilizaban para vigilar en secreto la lealtad y las actividades de los oficiales romanos y de otras unidades militares.

Frumentarii

Los *frumentarii* eran una organización de inteligencia y seguridad extremadamente hermética e influyente dentro del Imperio romano, que desempeñaba un papel crucial en la recopilación de información, el mantenimiento del orden y la garantía de la estabilidad del Estado romano. Si bien sus orígenes y actividades no están ampliamente documentados, se sabe que

estuvieron activos principalmente durante los últimos años del Imperio romano, sobre todo durante el reinado del emperador Diocleciano y la subsiguiente tetrarquía.

Los orígenes exactos de los *frumentarii* no están bien documentados, pero es probable que surgieran como una rama especializada del ejército romano o de la burocracia imperial. Su nombre deriva del vocablo latino «frumentum», que significa «grano» o «provisiones», en referencia a su función inicial de garantizar el suministro constante de grano y otros bienes esenciales a las legiones romanas.

Con el tiempo, evolucionaron hasta convertirse en una organización multifuncional con una amplia gama de responsabilidades, que incluían el espionaje, la obtención de información, el contraespionaje, el mantenimiento del orden en las provincias y el servicio como ojos y oídos del emperador en diversas regiones del imperio.

Numeri

El término *numeri* se refería a las unidades auxiliares irregulares del ejército romano. A diferencia de las unidades auxiliares regulares, compuestas principalmente por reclutas no ciudadanos que podían obtener la ciudadanía tras su servicio, los *numeri* solían reclutarse entre las poblaciones locales de las fronteras del imperio.

Estas tropas no siempre recibían un entrenamiento tan riguroso ni estaban tan bien equipadas como las legiones o las unidades auxiliares regulares, pero eran valiosas por su conocimiento de las condiciones locales y podían emplearse en diversas funciones, como escaramuzadores o fuerzas de guarnición.

Vexillatio

Una *vexillatio* era un destacamento de caballería o infantería romana enviado desde sus legiones de origen para una tarea específica. Dichas tareas podían abarcar desde una campaña militar concreta hasta un servicio de seguridad o una misión de reconocimiento. Las *vexillationes* constituían una respuesta flexible a

las necesidades del imperio, pues permitían un despliegue más rápido y específico sin necesidad de movilizar a una legión entera.

La Muerte del Emperador Calígula

Según los relatos históricos, en particular los de los historiadores romanos Suetonio y Dión Casio, Calígula fue asesinado el 24 de enero del 41 d. C. en una conspiración en la que participaron oficiales de la Guardia Pretoriana, una unidad de élite del ejército imperial romano responsable de la protección del emperador. En la conspiración también participaron miembros del senado y de la corte imperial.

El ataque tuvo lugar en un teatro provisional durante una serie de actos públicos en los que, al parecer, los conspiradores condujeron a Calígula con engaños a un pasillo apartado del teatro, donde de repente fue rodeado y apuñalado hasta la muerte. Las secuelas del asesinato fueron caóticas, con un breve vacío de poder que finalmente llevó a que el tío de Calígula, Claudio, fuese proclamado nuevo emperador por la Guardia Pretoriana.

Las Águilas

El águila, o *aquila*, tenía un gran valor simbólico para los soldados romanos, pues representaba el honor de la legión y la autoridad de Roma. Consistía en un águila dorada montada en lo alto de un asta, a menudo representada con las alas desplegadas, y era uno de los símbolos más importantes del poder militar romano. Su pérdida se consideraba un suceso catastrófico y una deshonra para la legión, mientras que la recuperación de las águilas perdidas era motivo de celebración y, a veces, objeto de campañas especiales. Las águilas eran tan veneradas que a menudo se las consideraba sagradas y los legionarios juraban por ellas. Solían utilizarse en ceremonias religiosas dentro de la legión y su presencia era un punto central para la lealtad y la moral de las tropas durante la batalla.

La Tercera Águila

La batalla del bosque de Teutoburgo, en el año 9 d. C., fue una derrota significativa para los romanos y una de sus pérdidas militares más catastróficas. La batalla tuvo lugar en lo que hoy es la actual Alemania e involucró a una alianza de tribus germánicas liderada por Arminio, un caudillo de los queruscos que había servido en el pasado como auxiliar romano. Las fuerzas romanas, compuestas por tres legiones junto con tropas auxiliares y caballería, fueron atraídas al denso y pantanoso bosque de Teutoburgo con el pretexto de sofocar un levantamiento local.

Los romanos, sin estar preparados para el traicionero terreno y creyendo que se encontraban entre aliados, sufrieron una emboscada y, a lo largo de varios días, padecieron una terrible derrota que llevó al comandante romano a suicidarse.

Las secuelas de la batalla tuvieron consecuencias de gran alcance y provocaron la retirada de la frontera romana del río Elba al río Rin, que se convirtió en el nuevo límite del Imperio romano. Otra de las graves consecuencias de la batalla fue la pérdida de las tres aquilae.

legionarias, un resultado devastador y bochornoso para Roma. Muchos historiadores no se ponen de acuerdo sobre lo que sucedió con aquellas aquilae; algunos afirman que nunca se recuperaron. Otros relatos, sin embargo, sostienen que dos fueron recuperadas por Germánico Julio César en su campaña contra las tribus germánicas entre el 14 y el 16 d. C., y la tercera por Publio Gabinio Secundo, en el 41 d. C., un legado romano que dirigió una exitosa campaña contra la tribu germánica de los caucos.

Acero de Damasco

Los orígenes del acero de Damasco se remontan al sur de Asia, concretamente a la India y Sri Lanka, alrededor del 300 a. C. Posteriormente, fue adoptado y desarrollado en Oriente Medio, en particular en la ciudad de Damasco y sus alrededores, que dio nombre al acero, y fue célebre por su excepcional filo y la retención del mismo.

El acero de Damasco tiene una historia fascinante y unas propiedades únicas que han cautivado la imaginación de

metalúrgicos, historiadores y coleccionistas durante siglos. Una de sus características más reconocibles es su intrincado y hermoso dibujo, a menudo denominado patrón «adamasquinado» o «de aguas», resultado de la forma única en que se forjaba y se superponían sus capas durante la producción. Los secretos del proceso de producción se perdieron durante siglos.

Los Queruscos

Los queruscos habitaban regiones de lo que hoy es el noroeste de Alemania, principalmente entre los montes Harz y el curso superior del río Weser. Su territorio se situaba en las tierras bajas, boscosas y pantanosas, que proporcionaban defensas naturales contra las invasiones. Son más conocidos por su feroz resistencia a la expansión romana en Germania y, en particular, por la batalla de la selva de Teutoburgo en el año 9 d. C.

Al igual que otras tribus germánicas, los queruscos adoraban a un panteón de dioses y diosas. Sus prácticas religiosas probablemente incluían ritos sacrificiales y la veneración de espíritus naturales y ancestrales, y su cultura habría sido rica en tradiciones orales, como mitos, leyendas y cantos heroicos. Su economía se basaba principalmente en la agricultura, siendo la labranza y la ganadería sus principales medios de subsistencia, y también practicaban la caza y, posiblemente, algo de comercio con las tribus vecinas. Eran asimismo expertos en la guerra de guerrillas, hábiles en el uso de los densos bosques de Germania en su favor.

Los Belgas

En la Galia, los belgas habitaban una región que se extendía desde la actual Francia septentrional hasta partes de Bélgica. Algunas tribus belgas también emigraron a Britania a través del canal de la Mancha y se asentaron principalmente en el sureste. Sus tierras se caracterizaban por una mezcla de bosques, ríos y llanuras fértiles. César los describió como los más valientes de todas las tribus galas, posiblemente debido a su ascendencia parcialmente germánica, que los distinguía de sus vecinos puramente celtas. La sociedad belga era tribal y jerárquica. Estaba dirigida por reyes o

caudillos y una nobleza guerrera. Estas tribus a menudo eran políticamente independientes, pero a veces formaban confederaciones, especialmente en respuesta a amenazas externas, como la expansión del Imperio romano.

Los Vándalos

Los vándalos fueron una de las muchas tribus germánicas que surgieron en Europa durante la tardía Edad del Hierro. Su sociedad era la típica de las primeras tribus germánicas, organizada en clanes dirigidos por caudillos o reyes, y su cultura era predominantemente guerrera, con un fuerte énfasis en el parentesco y la lealtad a la tribu.

Al igual que otras tribus germánicas, los vándalos eran guerreros hábiles. Luchaban principalmente a pie y eran conocidos por el uso de lanzas, escudos y, en épocas posteriores, por la guerra a caballo. Durante el siglo I d. C., los vándalos se encontraban fuera de las fronteras del imperio y estaban más preocupados por las dinámicas locales y regionales.

Publius Gabinius Secundus

Secundus existió realmente y fue un legado del ejército en Germania Inferior. En el 41 d. C., dirigió una exitosa campaña contra la tribu germánica de los caucos, que se había asentado en la costa del mar del Norte, entre los ríos Elba y Ems. Los caucos habían luchado en el bando de Arminio en la batalla de la Selva de Teutoburgo en el año 9 d. C., en la que los germanos destruyeron tres legiones romanas, una terrible derrota que los romanos recordaban bien. Obtuvo mucho prestigio al recuperar la última de las tres águilas romanas que se habían perdido en la batalla.

Germania Inferior/Superior

Germania Inferior era una provincia romana situada en la orilla oriental del río Rin, en lo que hoy son el sur de los Países Bajos, Bélgica y partes de la Alemania occidental. Su establecimiento como provincia se remonta al siglo I d. C., tras las conquistas romanas en la región. El nombre «inferior» se refiere a su posición

«baja» o aguas abajo a lo largo del Rin, en contraste con Germania Superior, que era «alta» o aguas arriba.

El Carcer Tullianum

Los orígenes de la prisión se remontan al siglo VII a. C. y fue uno de los lugares de reclusión más notorios de Roma, reservado para prisioneros de alto perfil, particularmente aquellos considerados enemigos de Roma. Su estructura constaba de dos celdas principales, una encima de la otra, con la entrada principal a la prisión en la celda superior, llamada Carcer. La celda inferior, o Tullianum, fue inicialmente una cisterna de almacenamiento de agua, excavada en roca maciza bajo la Colina Capitolina.

Era una cámara pequeña, húmeda y oscura, tristemente famosa por sus duras condiciones. El acceso a esta cámara inferior se realizaba a través de un agujero en el suelo de la celda superior, y los prisioneros eran bajados a ella para esperar su ejecución. Se cree que la cámara inferior también tenía una puerta integrada en la pared que conducía a las alcantarillas, la cual se utilizaba para deshacerse de los cuerpos de los ejecutados, pero no existen pruebas definitivas que respalden esta teoría.

Otras obras de K. M. Ashman

Semillas de Imperio

Semillas de Imperio

El ascenso del Águila

Campos de Gloria

Los Exploratores

Águila Oscura

Los Ocultos

Veteranus

Escarabajo

El espectro

Silures

Panthera

El Caminante de las Sombras

La Hermandad

Acero Templario

Piedra Templaria

Sangre Templaria

Furia Templaria

Gloria Templaria

Legado Templario

Lealtad Templaria

Los misterios de India Summers

Las Conspiraciones Vestales

Los Tesoros de Suleiman

Las Momias del Reich

Los Constructores de Tumbas

Las Crónicas Romanas

La Caída de Britania

El Ascenso de Caratacus

La Ira de Boudicca

Las Sagas Medievales

Sangre de la Cruz

En la Sombra de los Reyes

La Espada de la Libertad

Círculo de Acero

La Sangre de los Reyes

Una Tierra Dividida

Un Reino Herido

La Fragua de la Rebelión

La Princesa Guerrera

El Portador de la Espada

El Camino a Hastings

Los Desafíos de un Rey

Las Promesas de un Rey

El Destino de un Rey

La Saga del Otro Mundo

El Protocolo del Legado

El Séptimo Dios

La Última Ciudadela

Edén Salvaje

Vampiro

.